

Confesiones

Agustín, Santo, Obispo de Hipona



BOTTICELLI
Sant'Agostino in atto di meditazione e di preghiera
Firenze, Chiesa d'Ognissanti

Edición digital basada en la edición de Madrid, Espasa Calpe, 1983, 10ª ed. traducidas según la edición latina de la congragación de San Mauro, por el R. P. Fr. Eugenio Ceballos.

http://www.cervantesvirtual.com

Libera los Libros

Nota: se indica la numeración original con caracteres en rojo.

Indice

-13-

Presentación

Hace tiempo que faltaba en la COLECCIÓN AUSTRAL, junto a las grandes obras de la Antigüedad clásica y de toda la literatura humana, ese monumento de la literatura y de la humanidad que son las *Confesiones* de San Agustín. El título mismo de la obra ya produce un efecto mágico, porque se yergue ante nosotros la figura gigantesca del santo obispo de Hipona, que se forjó en el fondo de la más desgarradora tragedia del corazón humano, en la lucha del Agustín pecador contra sus pasiones y en el triunfo que las lágrimas de una madre, Santa Mónica, alcanzaron de Dios en favor de su hijo. Cuando el obispo de Milán, San Ambrosio, decía a Santa Mónica, atribulada por la falta de fe y la vida descarriada de su hijo: «Dios no puede permitir que se pierda un hijo de tantas lágrimas», pronunciaba una profecía tan consoladora para una madre como provechosa para la Iglesia católica y para la humanidad entera. Efectivamente, la conversión de Agustín trajo como fruto no solamente el cristiano y el obispo y el santo, sino también el filósofo, el escritor y el artista ganado para la humanidad. Agustín comienza a escribir apenas la luz de la fe se afirma definitivamente en su alma, cuando todavía es catecúmeno, pero ya en el camino de la conversión total. Su primera obra *Contra los académicos* está escrita, así como *Los soliloquios*, cuando se estaba preparando para el bautismo y después de haber pasado por el período de tinieblas del maniqueísmo, del escepticismo académico y, en fin, del neoplatonismo, que providencialmente preparó su conversión al cristianismo. Si se ha dicho, con razón, que San Agustín es el mayor filósofo cristiano y a la vez el padre de la filosofía y de la teología cristianas, no cabe duda que esta alabanza tiene ya su fundamento germinal en las *Confesiones*. En esta obra nos da San Agustín al mismo tiempo su autobiografía, su actitud espiritual definitiva como hombre frente a Dios, lo que significa darnos la posición de la razón frente a la fe, de la criatura frente a su Creador y del pecador frente a su Redentor Jesucristo. El fondo y el espíritu filosófico y teológico de las *Confesiones*, juntamente con la genial inteligencia y el ardiente corazón del doctor africano, nos permiten ya vislumbrar la trayectoria que tanto en los problemas meramente humanos como en las difíciles controversias teológicas iba a seguir el genio de San Agustín.

-14-

Véase, por ejemplo, todo el libro VII de las *Confesiones*, donde especialmente describe Agustín su proceso en el conocimiento de Dios: desde que por

influjo de los neoplatónicos comienza a descubrir el mundo espiritual y «entra en el interior de sí mismo» para ver «por encima de su mente» la «luz inconmutable» y exclamar: «¡Oh, eterna verdad y verdadera caridad y cara eternidad!», hasta que comprende que sólo Cristo es el verdadero camino para la salvación y entiende que «el Verbo se hizo carne».

En las *Confesiones* aparece no sólo el célebre método psicológico de la introspección, que San Agustín fue el primero en cultivar magistralmente, sino también la visión cristiana del neoplatonismo, realizando así por primera vez en forma brillante la fusión de la filosofía griega con el cristianismo; la clara distinción entre el espíritu y la materia; la jerarquía entre los seres y su ordenamiento por grados; la teoría de la participación por la cual todos los seres finitos son una participación del primer y absoluto Ser, que es Dios, la teoría luminosa de las ideas ejemplares platónicas, pero con la interpretación cristiana que las encuentra en las ideas ejemplares en Dios, el creacionismo que se armoniza con la misma concepción de las ideas ejemplares; el espíritu profundamente religioso y la experiencia mística dominando las relaciones del hombre con Dios y aun aplicándola a la prueba de la misma existencia de Dios. Todo ello, de ambiente neoplatónico, aparece ya en germen o a veces en explícitos análisis dentro de la trama llena de interés y vigor humano de las *Confesiones*.

Para la presente edición se ha creído oportuno prescindir de los tres últimos libros, a fin de poder dar cabida a la obra en un solo volumen. La naturaleza misma de estos últimas libros que omitimos nos permite hacerlo sin que ni el conjunto de la obra, ni cualquiera de los libros anteriores pueda perder su interés característico. Efectivamente, el relato autobiográfico, tanto de su vida exterior como de su vida interior, termina con el libro X. Los tres últimos libros los dedica San Agustín a la interpretación de los primeros versos del *Génesis*, relativos a la creación del mundo por Dios. Son un homenaje de alabanza que San Agustín tributa al Creador, dándole gracias por su conversión. Pueden, por lo tanto, considerarse como un bloque aparte, que no afecta al resto de la obra. Atendiendo, pues, a esta circunstancia nos hemos permitido prescindir de ellos en esta edición.

Si hay alguna filosofía viviente y, como ahora diríamos, genuinamente existencialista, es sin duda la de San Agustín, que se mueve siempre dentro del análisis completo y en íntimo contacto con la realidad y la corriente de la vida y de la existencia humana.

I. QUILES, S. I.

-15-

Prólogo del traductor

Entre las muchas excelentes obras con que los santos Padres han ilustrado la Iglesia, y que la divina Sabiduría ha concedido a los fieles para su enseñanza, puede darse el primer lugar a las *Confesiones* del gran Padre San Agustín. Porque, dejando aparte que esta obra es única en su línea, y que nunca ha tenido semejante ni me parece que lo tendrá jamás, la hace muy apreciable aquella dulce afición que causa siempre en el ánimo de los lectores y el atractivo con que los embelesa y encanta, de suerte que convidándolos a leer y saber la conversión de la vida de mi Padre San Agustín, les pone a todos delante de sus ojos la corrupción y desórdenes de su propia vida, excitándolos a su conversión; de modo que las *Confesiones* de San Agustín son también confesiones de todos cuantos las leen con atención; o como un retrato que se parece a todos los que le miran, hecho por el pintor más diestro y excelente de la Antigüedad, o como un espejo, que además de descubrir a cada uno sus propios defectos, induce a todos los que se miran en él a avergonzarse de ellos y enmendarlos, con la dirección y ejemplo de un santo como Agustín.

Pero lo que hace más admirable la destreza del Santo en esta excelente obra es haberla dispuesto de tal modo que, al mismo tiempo, nos induce al conocimiento de Dios y al de nosotros mismos; pero siendo tan importante y tan dificultoso el adquirir estos dos conocimientos, con este libro es muy fácil adquirirlos. Basta para esto ir siguiendo la luz y dirección que en esta obra nos da el Santo: pues cualquiera que la siga, podrá adelantar en ambos conocimientos cuanto le es permitido a un hombre envuelto en las tinieblas e ignorancia que el pecado de nuestro primer padre indujo en toda su descendencia.

Retratándose aquí San Agustín a sí mismo, hace un puntual retrato de nosotros, sin que le falte ni se le haya escapado cosa alguna que no la haya advertido y descubierto. Por más pliegues y dobleces que tenga el corazón del hombre, en frase del Nacianceno, y por más que procure envolverse y ocultarse en ellos para no ser conocido a fondo, no hay pliegue ni doblez adonde no llegue, se insinúe y penetre la luz que San Agustín comunica en esta obra, desenvolviéndolo todo y manifestando lo más oculto de sus senos. Nuestra ignorancia, errores, caídas, llagas, enfermedades, flaquezas, debilidades y -16- cuanto hay desordenado en las inclinaciones y

costumbres, todo lo hace patente, todo lo pone en claro, todo lo define y califica según su naturaleza, género y especie: no solamente guiando y dando luz al hombre para que se conozca bien a sí mismo, sino dándole ya casi hecho y formado su propio conocimiento.

Bien sabido es que esta obra excelentísima la escribió el santo doctor para alabar la justicia y la misericordia de Dios por los bienes que le había comunicado y por los males de que le había librado y eximido, o con que le había castigado, y también para levantar hacia Dios el espíritu y corazón de los que la leyeren, como él mismo dice en el libro segundo de sus «Retractaciones». Puede asegurarse que jamás hubo obra alguna que mejor corresponda a los designios de su autor, y pudiera añadirse que ha conseguido aún más de lo que intentaba, pues pasados veintisiete años de haberse escrito y publicado esta obra, dice el mismo San Agustín que producía los mismos buenos efectos que él se había propuesto al escribirla y formarla, y que no sólo hacía estos efectos en el mismo Santo, sino en los demás que la leían, entendían y se aprovechaban de sus documentos. También dice que de todas las obras que hasta entonces había escrito, ésta era la que había tomado más vuelo y la que más había gustado, pudiendo yo añadir que siempre ha sucedido lo mismo, y que los catorce siglos que han transcurrido desde la muerte de San Agustín no han hecho sino aumentar la estimación de esta obra, y dar a conocer más y más cada día el incomparable mérito que tiene.

Además del espíritu y carácter de santidad que se halla esparcido por toda la obra, y que se comunica a los lectores, causando en todos generalmente afectos de piedad y religión, está toda ella sembrada de pasajes de historia, de experiencias, de instrucciones, de sentencias y máximas sublimes y agudísimas reconvenciones que divierten, enseñan, edifican, mueven, persuaden y convencen. Pero lo que la hace sumamente apreciable y utilísima es que nos pone delante y representa, con mucha puntualidad, todos los diferentes estados que solemos tener; a todos y a cada uno les surte de reglas para gobernarse, de remedios contra las tentaciones, de fuerzas contra el desfallecimiento, de consuelos interiores contra las aflicciones del espíritu, de luces contra las dudas, de impresiones y estímulos contra el tedio, de auxilios contra la desconfianza y desesperación, de frases y palabras, o por mejor decir, de oraciones enteras fervorosas, para tener el hombre conversación con Dios.

Por todo lo cual, no solamente ha gustado en todo tiempo y ha sido las delicias de toda suerte de personas, de cualquier estado, edad, sexo y condición, sino que todos confiesan que la primera vez que la leen

experimentan en su alma un pesar y sentimiento de no haber saboreado antes una lectura tan singular y excelente.
Así, para satisfacer a tantos como la desean y buscan, ha sido preciso hacer varias ediciones latinas de esta obra, separándola de las demás del Santo; y además de eso hay un gran número de traducciones que de ella se han hecho en diferentes idiomas. Sólo en francés se ha traducido cinco veces por lo menos en estos últimos siglos.
El padre J. M., de la Congregación de San Mauro, da noticia y al mismo tiempo hace una prudente y sabia crítica de cuatro traducciones francesas anteriores a la suya, que son: la de M. Hennequin, obispo -17- de Rennes; la del padre Cerisier; la de M. d'Andilly y la de M. Dubois, de la Academia Francesa, y últimamente la del citado padre J. M., que testifica haberse hecho otras muchas traducciones en todos los idiomas. Yo he visto y manejado la que hizo en lengua italiana el señor Julio Mazzini, impresa primeramente en el año 1595 y reimpresa en Milán el de 1620. También he tenido presentes las tres que se han hecho en lengua castellana (e impresas también varias veces), la primera por el padre M. Toscano, la segunda por el padre Ribadeneira y la tercera por el padre M. Gante. Lo que es bastante prueba de lo mucho que el público se utiliza en el manejo de este libro de oro, y de que lo lee con gusto, estimación y provecho.
Pero como los traductores castellanos no tuvieron delante la edición latina de la *Congregación* de San Mauro, que es la más correcta que ha salido y la que ha merecido todas las aprobaciones de los sabios, no pudieron dar a sus traducciones toda la claridad que requerían algunos lugares del Santo, ni aprovecharse de las ventajas que dicha edición hace a las otras. Y aunque, hablando del último traductor, sea cierto que pudo aprovecharse de las luces que aquella famosa edición da a los más de los pasajes oscuros y dificultosos (pues ya corría en su tiempo), es indudable que no lo hizo, y además de eso quitó, añadió, alteró muchas sentencias y pensamientos muy delicados del Santo; y si a esto se añaden los defectos contraídos en las cuatro ediciones que lleva ya la dicha traducción, por los descuidos que tuvo el que había de corregirla, se ve claramente que ni está arreglada y conforme a la edición maurina ni a ninguna de las otras.
Esto me obligó a emprender una nueva y completa traducción de esta obra con fiel y puntual arreglo al original de la edición de San Mauro, aunque hablando con mi acostumbrada ingenuidad, receloso de incurrir, si no en aquellos defectos, en otros semejantes o mayores, porque es mucho más fácil advertir los defectos de una traducción que corregirlos o evitarlos todos. Y además de ser cosa bien difícil penetrar en el texto original algunos delicados y profundos pensamientos de mi Padre San Agustín, aun dado el caso que

esto se consiga felizmente, resta todavía la dificultad grande que se halla en hacerle hablar en nuestra lengua, de tal modo que se conserven en la traducción todos aquellos primores o los más especiales que tiene el original latino.

No obstante, tomó aliento mi desconfianza al ver que aquella traducción, con todo de estar tan defectuosa y en algunos pasajes muy distante de la mente del Santo, había corrido, al parecer, con estimación del público, esperando yo que este juez imparcial hará justicia y tendrá presentes las tales cuales ventajas que advierta en esta traducción mía respecto de las otras tres citadas para que con ellas puedan resarcirse los defectos que halle en ésta y no en las otras.

He procurado no omitir ni olvidar cosa alguna de cuantas pudieran hacer a esta traducción fiel y conforme al original. Por lo cual, sin atenerme pueril y servilmente a las palabras, he tenido particular y religioso cuidado de dar exactamente el sentido y concepto del original. Por lo mismo he procurado conservar en la traducción, cuanto me ha sido posible las mismas metáforas y otras figuras y tropos que usa el Santo con bastante frecuencia en esta obra, las antítesis, juegos de palabras, paronomasias, descripciones y pinturas, alusiones -18- y alegorías, y finalmente algunas frases y locuciones del Santo que, por lo frecuentes que son en ésta y otras obras suyas, las pudiéramos llamar sus favoritas, como dice el citado padre J. M.

Todo esto y mucho más se juzga necesario para que una traducción sea fiel y perfecta copia del original, pero es muy dificultoso y a veces imposible el guardar esa puntualidad y exactitud en las versiones del latín al español, generalmente hablando, porque en aquel idioma suele decirse más en una palabra, y con más propiedad, gracia y hermosura, que en este otro con muchos rodeos, frases y palabras. Esta dificultad, que es común a la versión de cualquier obra latina, es mucho mayor en las obras de los Santos Padres y determinadamente en ésta de mi Padre San Agustín, ya por la multitud de textos de la Sagrada Escritura que usa a cada paso, cuya versión a letra no siempre puede salir tan grave, airosa y expresiva como está en el original, ya porque no todos podrán entender perfectamente algunos de sus más elevados pensamientos, si se dan sólo materialmente traducidos y sin alguna paráfrasis o explicación.

Así me ha parecido indispensable para mayor inteligencia de algunos pasajes y expresiones enfáticas y figuras del Santo añadir algunas notas al fin de los capítulos que las necesiten, o al pie de cada página, según lo más o menos breve y sucinta que ella sea. Esto mismo practicó en su edición latina de esta obra el padre Enrique Wangnereck, en su traducción italiana del citado Mazzini, y en las francesas, Dubois y J. M. Por no abultar demasiadamente la

obra, no he querido aprovecharme de todas sus anotaciones, dando lugar solamente a las que me han parecido útiles o necesarias para aclarar los lugares más dificultosos o para concordar unos sucesos con otros que parecían opuestos, o para enlazar las doctrinas y sentencias de unos capítulos con las de otros anteriores, o para fijar la época de algunos hechos, o finalmente, para suplir de algún modo lo que el Santo omitió aquí enteramente, o tocó sólo de paso y necesita de una explicación para su inteligencia.

También me ha parecido conveniente partir algunas veces o subdividir los capítulos y los números del original latino en otros como artículos, que incluyen y contienen un sentido ya cabal y completo.

Porque además de ser estas divisiones otras tantas pausas y descansos que facilitan la lectura y ayudan a la memoria, hacen también que se perciban mejor las sentencias, pensamientos y doctrinas, o que no se confundan las unas con las otras.

Últimamente me parece justo prevenir a mis lectores, no por recomendarles mi traducción, sino para ocurrir a algunas dificultades que se les pueden ofrecer, que esta traducción no sólo tiene las ventajas que he insinuado respecto de las demás traducciones castellanas que he visto, sino que a favor de la edición francolatina del padre J. M., que he tenido presente y consultado, también ha de tener alguna ventaja respecto de la edición maurina. Porque, como dice el citado autor, después de hecha y publicada aquella edición famosa, se han descubierto otros manuscritos que entonces no pudieron adquirir y cotejar aquellos sabios y laboriosos editores, y estos manuscritos (que los más son del siglo XII y XIII, y uno tiene casi mil años de antigüedad), juntamente con la edición latina del año 1563, que tampoco vieron ni pudieron adquirir aquellos Padres, han -19- dado mucha luz a varios lugares de la obra, que en las demás ediciones estaban oscuros y dificultosos.

De este nuevo cotejo de manuscritos y ediciones, ejecutado con el mayor esmero y prolijidad, resultó que muchas lecciones variantes, que al tiempo de la publicación de todas las obras del Santo se desestimaron y excluyeron del texto, después, con la luz y autoridad de los citados manuscritos, se conoció la estimación y aprecio que se debía hacer de aquellas variantes, y que era justo injerirlas en el texto, excluyendo las otras que al tiempo de la primera edición se habían preferido. Por lo cual los curiosos y eruditos que adviertan en esta traducción algunas diferencias, cotejándola con la edición primera de los Padres Maurinos, no la hallarán diferente, si la cotejan con esta última y mejorada edición latinofrancesa de que me he servido y que hizo y publicó en París el padre Jaime Martín, el año 1741, con cuyo auxilio me parece que esta

mi traducción podrá pasar entre los curiosos e inteligentes por la más ventajosa respecto de todas las versiones que de esta obra se han hecho en diferentes lenguas.

Ojalá que con todo este trabajo haya acertado a declarar los pensamientos y doctrinas de este santísimo y sapientísimo Padre de la Iglesia, para que puedan aprovecharse los fieles de esta preciosa y utilísima obra de sus *Confesiones*, que es como una introducción a las demás obras suyas, y que nunca se puede leer y manejar tanto como se debe, ni apreciarse y estimarse tanto como vale.

-21-

Libro I

Confiesa San Agustín los vicios y pecados de su infancia y de su puericia, y da gracias a Dios por los beneficios que recibió de su mano en una y otra edad

Capítulo I

Reconociendo Agustín la grandeza y majestad de Dios se enciende en deseos de alabarle

1. *Grande sois, Señor, y muy digno de toda alabanza*[1], *grande es vuestro poder, e infinita vuestra sabiduría*: y no obstante eso, os quiere alabar el hombre, que es una pequeña parte de vuestras criaturas: el hombre que lleva en sí no

[1] En toda esta excelente obra habla el Santo inmediata y directamente con Dios; y así toda ella contiene una sola y continuada oración del Santo, y la comienza alabando a Dios, regla fija y constante, que todos los autores sagrados y profanos han seguido respectivamente sin excepción alguna. Esto mismo se observa en la Oración dominical, que es el modelo de todas las mejores oraciones, porque las tres primeras peticiones que incluye tienen por objeto la gloria de Dios, la extensión del culto y el establecimiento de su reino en todos los corazones. Y para alabar a Dios, San Agustín, desde el principio de sus *Confesiones* se vale de las palabras del salmo CXLIV, 3, en que David alaba a Dios considerándole como rey, como bueno, como misericordioso, como gobernador de todas las cosas y conservador de ellas; y como bienhechor y favorecedor de los hombres, a quienes incesantemente comunica grandes beneficios.

solamente su mortalidad y la marca de su pecado[2], sino también la prueba y testimonio de que *Vos resistís a los soberbios*[3]. Pero Vos mismo lo excitáis a ello de tal modo, que hacéis que se complazca en alabaros; porque nos -22-
criasteis para Vos[4], y está inquieto nuestro corazón hasta que descanse en Vos.

Pero enseñadme, Señor, y haced que entienda si debe ser primero el invocaros que el alabaros, y antes el conoceros que el invocaros.

Mas ¿quién os invocará sin conoceros?, porque así se expondría a invocar otra cosa muy diferente de Vos, el que sin conoceros os invocara y llamara. O decidme, si es menester antes invocaros, para poder conoceros.

---

[2] Alude el Santo al desorden de la concupiscencia, que testifica que somos hijos de Adán nacidos en pecado original, cuyo efecto es la rebeldía del cuerpo contra el espíritu.

[3] Alude al mismo pecado original y a sus efectos, que son la ignorancia, la concupiscencia desordenada, la flaqueza, la malicia; y también todos los males del cuerpo, como la muerte, las enfermedades, los dolores y las demás molestias que, como dice Santo Tomás, no solamente son efectos de aquel primer pecado, sino también un claro testimonio de que somos hijos de Adán y Eva, que pecaron quebrantando con *soberbia* aquel precepto que les impuso Dios y *apeteciendo ser semejantes a Él cuanto a la ciencia del bien y del mal*: con cuya soberbia nos precipitaron a la multitud de miserias por las cuales suspiramos incesantemente en este valle de lágrimas. Con lo cual nos incita San Agustín al aborrecimiento del pecado, principalmente de la soberbia, pues todos los trabajos y penalidades de esta vida son otros tantos testimonios de que Dios aborrece y castiga los pecados, y determinadamente el de la soberbia.

[4] Nos pone el Santo delante nuestro último fin, que es Dios, a quien debemos adorar, servir y amar, y ordenar a esto mismo toda nuestra vida: porque nos hizo Dios para sí, y nuestro corazón no puede hallar descanso sino en Dios.

Mas ¿cómo os han de invocar, sin haber antes creído en Vos?, y *¿cómo han de creer, si no han tenido quien les predique* y les dé conocimiento de Vos? Pero también es cierto que *alabarán* al Señor los que le buscan: porque los que le busquen, le hallarán, y luego que le hallen, le alabarán.

Pues concededme, Señor, que os busque yo invocándoos, y que os invoque creyendo en Vos, pues ya me habéis anunciado y predicado. Mi fe, Señor, os invoca: la fe, digo, que Vos me habéis dado e inspirado por la humanidad de vuestro santísimo Hijo, y por el ministerio de vuestros apóstoles y predicadores.

Capítulo II

Que Dios está en el hombre y el hombre en Dios

2. ¿Y cómo he de invocar a mi Dios y Señor? Llamándole para que venga a mí, esté dentro de mí mismo. Pues ¿qué lugar hay en mí adonde pueda venir y estar mi Dios? ¿Cómo ha de venir a mí aquel soberano Dios, que crió el cielo y la tierra?

¿Por ventura, Dios y Señor mío, hay en mí alguna cosa adonde podéis caber Vos? ¿Acaso cabéis en los cielos y tierra que Vos hicisteis, y en que me criasteis? ¿O es mejor el decir que estáis en todo lo que tiene ser, por cuanto ninguna cosa pudiera existir sin Vos?

Pues si yo también existo y tengo ser, ¿para qué os suplico que vengáis a mí, no pudiendo yo existir ni tener ser si no estuvierais ya en mí? En todas partes estáis, y aun en el infierno, donde yo no estoy; pues como dice David, *aunque bajara al infierno, allí os hallara también*[5].

Luego es verdad, Dios mío, que yo no existiría ni tendría ser alguno si Vos no estuvierais en mí. ¿O sería mejor decir que no existiría ni tendría ser si yo mismo no estuviera en Vos, *de quien, por quien y en quien tienen ser todas las cosas*? Así es también, Señor; también así es verdad. Pues si yo estoy en Vos, ¿para dónde os llamo?, ¿o desde dónde habéis de venir a mí?, ¿o qué paraje tengo que buscar que esté fuera del cielo y de la tierra, para que desde éstos venga mi Dios a mí, que tiene dicho por Jeremías: *Yo lleno el cielo y la tierra*?

-23-

Capítulo III

Cómo Dios está en todas partes

3. Mas ¿por ventura cabéis en el cielo y tierra, aunque es cierto que les llenáis? ¿O los llenáis de tal modo que sobre todavía, porque no cabéis todo en cielo y tierra? Pues ¿adónde derramáis todo eso que de Vos ha sobrado, después de

---

[5] De la inmensidad de Dios se infiere rectamente que está en todas las criaturas; y que no puede ser algo lo que no esté en Dios. Lo cual se explica con el ejemplo que usa el mismo Santo (lib. 7, c. 5) diciendo que toda criatura respecto a Dios es como una esponja en el mar: pues el mar está en ella penetrándola por todas partes, y ella está en el mar que la contiene.

haber llenado tierra y cielo? ¿No será mejor decir que para estar Vos en vuestras criaturas no es necesario que os contengan ellas, siendo, por el contrario, que sois Vos quien las contiene a todas? Así, los vasos que están llenos de Vos, no son ellos los que os contienen, haciéndoos allí estable y permanente; pues aunque ellos se rompan, Vos no os derramaréis. Y cuando os derramáis sobre nosotros, no es cayendo Vos, sino antes más bien levantándonos a nosotros que estábamos caídos; y lejos de desuniros Vos y disiparos, nos recogéis y reunís a nosotros.

Pero, Señor, supuesto que llenáis todas las cosas, ¿las llenáis con todo vuestro ser?, o acaso, porque no pueden ellas abarcaros todo entero y de una vez, ¿no reciben más que una parte de Vos? ¿Y esa misma parte la reciben también y al mismo tiempo todas las criaturas?, ¿o cada una de ellas recibe distinta parte, y más grande las mayores, y más pequeñas las que son menores? En tal caso habría en Vos alguna parte que fuese mayor que otra. Pero ¿no es más cierto que todo Vos estáis en todas partes y que ninguna cosa hay que os abarque ni comprenda todo?[6]

Capítulo IV

Que la majestad y perfección de Dios son inexplicables

4. Pues, Dios mío, ¿qué ser es el vuestro?, ¿qué es lo que Vos sois sino mi Dios y Señor? Porque *¿qué otro Señor hay sino este Señor mismo?, ¿o qué Dios sino el Dios nuestro?* Vos sois, Dios mío, un soberano Ser, altísimo, perfectísimo, poderosísimo, omnipotentísimo, misericordiosísimo y justísimo, ocultísimo[7] y presentísimo, hermosísimo y fortísimo; tan estable como incomprensible; inmutable y que todo lo mudáis; nunca nuevo y nunca viejo; renováis todas las cosas, y dejáis envejecer a los soberbios sin que lo reconozcan; siempre estáis en acción y siempre quieto; recogiendo y no necesitando; lleváis, llenáis y protegéis todas las cosas; las criáis, aumentáis y perfeccionáis todas. Buscáis sin que os falte cosa alguna; tenéis amor y no tenéis inquietud; tenéis celos y

[6] La doctrina de este capítulo y la del precedente nos obliga a contemplarnos siempre y en todas partes en la presencia de Dios, para que en todas partes le temamos como justo, y le amemos como bueno.

[7] *Ocultísimo*, porque su divinidad no se nos manifiesta y obliga a contemplarnos siempre y en todas partes en la presencia de Dios, para que en todas partes le temamos como justo, y le amemos como bueno.

estáis seguro; os arrepentís y no tenéis pesadumbre; os enojáis y tenéis tranquilidad; mudáis vuestras obras sin mudar de parecer.
Recibís también lo que halláis, sin haber jamás perdido cosa alguna; nunca sois pobre y os alegráis con las ganancias[8]; nunca -24- avariento y nos pedís usuras[9]; en obras de supererogación os damos algo de más, y Vos os constituís nuestro deudor; pero todo eso que os damos, ¿de quién sino de Vos lo recibimos?, ¿ni quién tiene cosa alguna que no sea dádiva vuestra? Finalmente, pagáis deudas sin deber a nadie; y perdonáis lo que os deben sin perder nada de lo que os es debido.
Pero Dios mío de mi vida y dulzura de mi alma, ¿qué es todo esto que acabo de decir, respecto de lo que Vos sois?, ¿y qué es cuanto puede decir cualquiera que hable de Vos? Y así, infelices y desgraciados aquellos que de Vos no hablan; pues aun los que hablan mucho de Vos se quedan tan cortos como si fueran mudos.

Capítulo V

Pide Agustín a Dios perdón de sus pecados

5. ¡Oh!, ¡quién pudiera descansar en Vos! ¿Cuándo tendré yo la dicha de que vengáis a mi corazón y le poseáis enteramente, y le embriaguéis de vuestro espíritu, para que olvide yo todos mis males, y me abrace y una estrechamente con Vos, que sois mi único y verdadero bien? Decidme Vos, Dios mío, ¿qué es lo que sois para mí? Usad conmigo esta misericordia, para que yo lo pueda decir con vuestra gracia.
Pero ¿qué soy yo para Vos, que me mandáis que os ame, y si yo no lo ejecuto, os enojáis conmigo y me amenazáis con el castigo de la mayor infelicidad? ¿Y es por ventura pequeña infelicidad el mismo dejar de amaros? ¡Ay de mí, si tal hiciera!
Pues decidme, Dios mío y Señor, por vuestra infinita misericordia, lo que Vos sois para mí. Responded diciendo a mi alma: *Yo soy tu salud eterna*. Mas decídselo de tal modo que lo oiga bien y lo entienda. He aquí, Señor, delante de Vos, los oídos de mi corazón abridlos Vos y decid a mi alma: *Yo soy tu*

[8] Explica el santo doctor en estas y en las siguientes palabras el amor con que Dios busca nuestras almas y premia nuestras obras sin tener necesidad de nuestros bienes, para lo cual usa el Santo estas locuciones metafóricas, tomadas del amor y deseo de las riquezas.
[9] Llaman los teólogos obras de supererogación aquéllas que no caen debajo de precepto, ni hay obligación de hacerlas; pero como éstas también se hacen con los auxilios de la divina gracia, cuando Dios las premia, son dones suyos los que corona y premia.

salud. Que al oír esta voz, yo correré siguiéndola, y me abrazaré con Vos. No me ocultéis la hermosura de vuestro rostro. Muera yo[10] para verle, y no moriré dejándole de ver.

6. Estrecha es, Señor, la casa de mi alma, para que vengáis a ella; pues ensanchadla Vos. Está para caerse y amenaza ruina; pues reparadla Vos y fortalecedla. Tiene varias cosas que desagradan a vuestros ojos: bien lo conozco y confieso; pero ¿quién sino Vos puede limpiarla?, ¿o a quién sino a Vos he de clamar diciendo: *Limpiadme, Señor, de las ocultas manchas de mis culpas, y no imputéis a vuestro siervo las ajenas*?

Yo creo y tengo fe, y por eso hablo y me explico de este modo: bien lo sabéis Vos, Señor. ¿No es verdad, Dios mío, que habiéndoos -25- confesado yo mis culpas y acusándome a mí mismo, Vos ya habéis perdonado las impiedades de mi corazón? No alego esto con ánimo de entrar a juicio con Vos, que sois la suma Verdad; pues no quiero engañarme a mí mismo lisonjeándome de ser justo; no sea que entonces se verifique en mí que mi propia iniquidad mintió y se engañó a sí misma. No quiero, pues, entrar en juicio con Vos; porque *si Vos, Señor, atendéis a todas nuestras culpas, ¿quién podrá comparecer en vuestra presencia?*

Capítulo VI

Describe Agustín su infancia, y alaba la eternidad y providencia divina

7. Permitid, Señor, que no obstante ser yo *polvo y ceniza*, hable delante de vuestra misericordia. Permitidme hablar, Señor, pues vuestra misericordia es a quien hablo y no a los hombres, que harían burla y se reirían de mí. Y si acaso os riereis Vos también, estoy muy cierto de que lo convertirías en provecho mío, volviendo a tener misericordia de mí.

Pero ¿qué es lo que yo intento deciros, Dios y Señor mío, sino que ignoro de dónde haya venido a esta vida[11], que no sé si la llame vida mortal o muerte vital? Aquí estaban ya para recibirme los consuelos y favores de vuestra misericordia, según oí de los padres que me engendraron y de quien hicisteis

[10] San Agustín, abrasado de los vivísimos deseos de ver a Dios, pide aquí la muerte de su cuerpo, para llegar a conseguir la presencia divina, que tan ardientemente deseaba, asegurándose de este modo contra los peligros que hay de perder la vida del alma mientras se vive en la tierra.

[11] Nació en 13 de noviembre del año 354.

que yo naciera, porque a mí no me ha quedado especie alguna de lo que entonces pasó. Recibiéronme, pues, los consuelos y favores que me previno vuestra misericordia, proveyéndome y surtiéndome de la leche que había de mamar y necesitaba para mi sustento. Porque ni mi madre ni las amas que me criaban se llenaban los pechos a sí mismas, sino que Vos, Dios mío, erais quien se los llenaba, ministrándome por medio de ellas el alimento propio de mi infancia, según las determinaciones de vuestra providencia, que surte abundantísimamente de cuanto es necesario a todas las criaturas.

También era don vuestro el que yo no quisiese más que aquello que me dabais; y que las amas que me criaban quisiesen también darme lo que para mí les dabais: como efectivamente lo hacían, dándome con mucho afecto y amor bien ordenado lo que habían recibido de Vos con abundancia. Porque era bueno y conveniente para ellas darme aquel mismo bien que de ellas recibía; aunque, a la verdad, no de ellas sino de Vos me venía aquel bien por ministerio de ellas: porque todos los bienes, sean corporales o espirituales, vienen siempre de Vos, Dios y Señor mío, de quien depende toda la salud y felicidad de mi cuerpo y alma: como lo advertí después, reflexionando la multitud de beneficios que interior y exteriormente me habéis hecho, que son tantas voces que me habéis dado para que lo reconozca. Mas por entonces lo que yo sabía era mamar, y entretenerme con las cosas que me eran agradables; y llorar y disgustarme con las que me eran incómodas y molestas: esto era lo que sabía, y nada más.

8. Después también comencé a reír: primeramente mientras estaba dormido, y después también reía estando despierto. Así me lo -26- han contado, y yo lo he creído, porque lo mismo vemos en los otros niños; pues yo no me acuerdo de estas cosas.

Poco a poco iba también conociendo dónde estaba, y procuraba manifestar mi voluntad y deseos a los que podían cumplírmelos; pero no podía manifestárselos bien, porque mis deseos estaban dentro de mí, y aquellas personas estaban fuera; y por ninguno de sus sentidos podían recibir ni penetrar el interior de mi alma. Por eso me agitaba, daba voces, y hacía aquellas pocas señas y ademanes que podía, para significar mis deseos interiores; a los cuales no se parecían ni eran bastante semejantes mis ademanes y acciones. Y cuando no me daban los gustos que pedía, o por no haberme entendido, o porque no me hiciese daño, me indignaba con mis mayores porque no me obedecían, y con las personas libres porque no se me sujetaban y servían, y me vengaba de todos con llorar. Lo mismo he visto que hacen todos los niños que yo he podido observar: y que yo fui también como ellos, mejor me lo han dado a entender los mismos niños que lo ignoran, que los que me criaron, que lo saben.

9. Pues he aquí que mi infancia murió hace ya mucho tiempo y, no obstante, yo todavía estoy vivo; pero Vos, Señor, sois el único que siempre vive y en quien nada muere, porque vuestro ser es antes del principio de los siglos, y antes de todo cuanto se puede decir antes. Vos sois el Dios y Señor de todo lo que criaseis, en Vos están permanentes e inmutables las causas y principios de todas las cosas mudables y transitorias; en Vos viven inalterables y eternas las ideas y razones de todas las criaturas temporales y destituidas de razón.
10. Yo os confieso y alabo, soberano Señor del cielo y de la tierra, por aquellos primeros principios de mi vida y de mi infancia, de que no me acuerdo: lo cual quisisteis que los hombres lo infiriesen y conjeturasen de lo que ven y experimentan que sucede a los otros, y creyesen muchas cosas de sí mismos, solamente por la autoridad de aquellas mujeres que los asistieron en aquella edad.
Yo entonces verdaderamente ya tenía algún ser, y también tenía vida; y al írseme acabando aquella edad de mi infancia, buscaba indicios y señas con que darme a entender a otros, y hacerles conocer mis pensamientos y deseos. ¿Quién sino Vos, Dios mío, había de ser el autor de una tal criatura? ¿Por ventura puede alguno ser la causa o artífice de sí mismo?, ¿o hay algún otro conducto por donde se nos comunique el ser y la vida fuera de Vos, que nos hacéis y formáis, y en quien el ser y el vivir no son dos cosas realmente distintas, sino que Vos mismo sois la suma vida y el sumo ser?
Sumo sois, y no sois capaz de mutación; ni este día, que para nosotros pasa y se hace sucesivamente, pasa también para Vos, no obstante que él está en Vos, donde están todas las cosas, porque no tuvieran camino alguno por donde ir pasando si no estuvieran contenidas en Vos. Como *vuestros años no pasan ni se acaban*, por eso todos ellos no son más que un día presente siempre continuo. ¿Cuánta multitud de días nuestros y de nuestros padres han pasado ya por ese vuestro día siempre presente, y de él tomaron su modo de existir, y efectivamente existieron a su modo, y todavía han de pasar por él otros muchos que tomarán de él su modo de ser sucesivamente, y existirán y serán según su modo?

-27-

Pero Vos, Señor, siempre sois el mismo; y todas las cosas que han de ser mañana y en los demás días adelante, y todas las que fueron ayer y en los demás días antecedentes, en ese *hoy* vuestro las haréis, y en ese *hoy* las habéis hecho.
¿Qué importará si alguno no entendiere esto que digo? Alégrese él, no obstante, y exclame diciendo: *¡Qué misterio tan grande será ése!* Alégrese,

vuelvo a decir, aunque no lo entienda bien; y quiera más hallaros sin entenderlo, que entenderlo sin hallaros.

Capítulo VII

Que aun la primera edad de la infancia no está libre de pecados

11. Sedme propicio, Dios mío, y aplacad vuestro enojo contra los pecados de los hombres. Aunque sea un pecador el que os invoca, tenéis misericordia de él, porque Vos hicisteis al hombre, pero no a su pecado.

¿Quién podrá hacer que yo me acuerde de los pecados de mi infancia? Porque nadie está limpio de pecado en vuestra presencia, aunque sea el infante recién nacido, que hace un solo día que vive sobre la tierra. Pues ¿quién me los podrá traer a la memoria? ¿Por ventura me los podrá recordar cualquier niño tamañito, en quien echo de ver lo que de mí no me acuerdo?

Pero ¿en qué podía yo pecar entonces? ¿Por ventura sería en pedir el pecho ansiosamente y llorando? Porque si ahora pidiera yo el alimento correspondiente a mi edad con tanta ansia como entonces el pecho, con razón se burlarían de mí los hombres, justísimamente sería reprendido. Luego es verdad que también entonces hacía algunas cosas reprensibles, aunque ni la razón ni la costumbre permitieran que fuese yo reprendido entonces, pues no podía entender a quien me reprendiese. Es verdad que después, conforme vamos siendo mayores, vamos perdiendo también y echando fuera de nosotros esos malos resabios y propiedades; pero también lo es que jamás se habrá visto que un hombre cuerdo y juicioso, cuando quiere limpiar o purificar alguna cosa, quite y arroje de ella lo que tenía de bueno.

¿Se puede acaso decir que eran buenas propiedades respecto de aquella edad pedir llorando aun aquello que le seria dañoso, indignarse fuertemente con los que no son sus criados, con las personas libres y respetables por su mayor edad, con los mismos que le dieron el ser y con otros muchos sujetos prudentes, que no quieren obedecer a las insinuaciones de su voluntad, y procurar también, cuanto le es posible, maltratarlos con araños y golpes, porque no obedecen a lo que el niño manda, cuando le sería perjudicial y dañoso que le obedecieran? De donde puede inferirse que en la infancia la pequeñez y delicadeza de aquel cuerpecito no puede hacer daño; pero que el ánimo, aun en aquella edad, no es inocente.

Yo mismo he visto y experimentado a un niño de pecho, que aún no sabía hablar, y tenía tales celos y envidia de otro hermanito suyo de leche, que le

miraba con un rostro ceñudo y con semblante pálido y turbado. ¿Y quién hay que pueda ignorar esto? Dícese que las madres y las armas enmiendan estos y semejantes defectos de los niños usando de no sé qué remedios.

-28-

Mas ¿podrá decirse que también es inocencia no poder sufrir un niño que de aquella fuente de leche copiosa y abundante participe el otro que está necesitado, y solamente puede vivir con aquel alimento? No obstante, se les toleran con facilidad y se les disimulan estas cosas, no porque sean de ninguna o muy poca importancia, sino porque han de acabarse con aquella edad. Y aunque Vos, Señor, aprobéis que con los niños se tenga esta conducta, no obstante, si aquellas propiedades se advirtieran en otro de más años, no debieran disimularse ni sufrirse.

12. Vos, pues, Dios y Señor mío, que disteis al niño aquella vida de que goza y aquel cuerpo dotado de sentidos, como lo vemos, y, adornado de sus miembros y figura bien proporcionada; y para la conservación e integridad de todo esto le disteis también los conatos y esfuerzos que son propios de un viviente animado y sensitivo, me mandáis que por todo esto os alabe y bendiga, *os confiese y cante a vuestro nombre* cánticos de alabanzas, ¡oh altísimo y soberano Señor de cielo y tierra!, pues verdaderamente os dais a conocer por Dios todopoderoso y sumamente bueno, aunque no hubierais hecho más que estas cosas, que nadie puede hacer sino Vos sólo, de quien únicamente provienen todos los modos y diferencias que tienen de ser las criaturas, y como hermosísimo dais hermosura a todas las cosas, y las ordeñáis y gobernáis por las justísimas leyes que les habéis impuesto a todas ellas.

Esta mi edad, Señor, que yo por mí no me acuerdo haberla tenido ni pasado, acerca de la cual tengo que creer lo que de ella otros me refieren, y que yo mismo conjeturo haberla vivido, por lo que veo y experimento en los demás niños (bien que esta conjetura es muy segura y cierta), no me determino a juntarla con la vida que tengo ni a contarla por una parte de lo que he vivido en este mundo. Porque en cuanto a estar envuelta en las oscuras tinieblas de mi olvido, es igual y semejante a la que tuve y pasé en el vientre de mi madre. Pues decidme, Dios mío, habiendo yo sido concebido en culpa, y viviendo en ella en el seno de mi madre, ¿en dónde, Señor, yo, siervo vuestro, estuve sin pecado, o en qué tiempo he sido inocente? Pero dejo aparte toda aquella edad, porque ¿qué he de hacer ni decir de ella, si no ha dejado algún rastro en mi memoria?

Capítulo VIII

Del modo con que aprendió a hablar, cuando llegó a la niñez

13. Creciendo insensiblemente y adelantando en edad todos los días, llegué desde la infancia a la puericia[12], o por mejor decir, la puericia llegó y sucedió a mi infancia. Ni ésta se retiró o apartó de mí, porque ¿adónde se ha ido?, pero verdaderamente dejó de ser y -29- se acabó aquella edad. De modo, que ya no era yo infante, esto es, sin habla, sino niño que podía hablar y hablaba.

Yo me acuerdo bastante de esto y he reflexionado después el modo con que aprendí a hablar, porque no fue esto por medio de alguna enseñanza de mis maestros o mayores, que me fuesen diciendo las palabras con determinado orden y método de doctrina, como poco después me enseñaron a leer; sino que yo mismo aprendí, valiéndome del entendimiento que Vos, Dios mío, me disteis. Porque viendo que ni con gemidos y voces diferentes, ni con varios movimientos y ademanes del cuerpo, podía explicar como quería los interiores efectos y deseos de mi voluntad, de modo que me entendiesen todos, y todo lo que les quería decir para que me obedeciesen, pronunciaba yo mentalmente las voces y palabras que oía, cuando ellos nombraban alguna cosa; y cuando en correspondencia de alguna palabra que habían dicho se movían corporalmente hacia alguna cosa, lo veía y observaba, y entonces conocía que aquella cosa se nombraba con aquella misma voz que ellos habían pronunciado, cuando querían mostrarla o significarla. Se conocía que ellos querían esto por las acciones y movimientos del cuerpo, que son como palabras naturales y lenguaje de que usan todas las naciones, y se forman, ya con todo el rostro, ya con los ojos solamente, ya con otras señas de los demás miembros del cuerpo, y ya finalmente con el sonido de la voz: con cuyas señas y acciones dan a entender las afecciones del alma en orden a pedir, retener, desechar, huir o aborrecer estas o aquellas cosas.

De este modo iba yo aprendiendo poco a poco muchas palabras en varias sentencias y proposiciones que oía, puestas y colocadas en sus propios y

---

[12] Los antiguos, según dice San Isidoro (lib. II, *Oríg.* cap. 2), dividían la vida del hombre en seis edades, esto es, en *infancia*, *puericia*, *adolescencia*, *juventud*, *varonía o gravedad* y *vejez*. La infancia comprendía los siete primeros años desde que nace el hombre y la puericia los siete siguientes. La adolescencia comprendía otros catorce años y se extendía hasta los veintiocho. La juventud se concluía a los cincuenta años. La varonía o gravedad (que es la edad media entre juventud y vejez) duraba hasta los sesenta años. Y últimamente la vejez, que no tiene más término que la muerte.

correspondientes lugares; y oyendo unas mismas palabras muchas veces, iba aprendiendo lo que significaban. Finalmente, adiestrándose mis labios y lengua en formar aquellas mismas palabras, conseguí explicar con ellas los deseos de mi voluntad. De este modo comencé a hablar con los que andaban a mi lado, y éste fue como el primer paso que di en la carrera peligrosa del trato y sociedad humana, dependiendo siempre de la autoridad de mis padres y voluntad de mis mayores.

Capítulo IX

Del aborrecimiento que los muchachos tienen al estudio, amor al juego y temor al castigo

14. ¡Qué de miserias y engaños, Dios y Señor mío, comencé desde luego a experimentar en la sociedad humana! Porque desde la tierna edad de mi puericia me proponían y enseñaban que era recto y justo obedecer a los que me aconsejaban que procurase lucir y florecer en este siglo, aventajándome y sobresaliendo en el estudio de aquellas artes y facultades parleras que sirven para adquirir reputación y honor entre los hombres, y las riquezas del mundo vanas y falaces.

En consecuencia de esto me pusieron a la escuela para que aprendiese a leer y escribir: en lo que yo no advertía qué utilidad pudiese haber y, no obstante, me azotaban cuando era negligente en aprender. Este rigor era alabado de mis padres y mayores; pero ello es cierto que muchos que nos han precedido en esta vida nos han dejado abiertos -30- unos caminos trabajosos, por los cuales nos hacen ir por fuerza, multiplicando así los dolores y penalidades a los hijos de Adán.

Pero hallé y tuve maestros que os invocaban, Dios y Señor mío, y en sus necesidades se encomendaban a Vos, y yo también lo aprendí de ellos. Desde entonces conocí yo, según los alcances de mi corta edad, que Vos erais una cosa tan grande y excelente, que podíais oírnos y favorecernos, aunque no os manifestarais a nuestros sentidos. Por lo cual desde niño acostumbraba acudir a Vos como a mi defensa y amparo, y rompía los nudos de mi lengua para invocaros y pediros favor; y aun siendo yo tan pequeño, os suplicaba con el mayor fervor que no me azotasen en la escuela. Y cuando (para bien mío) no me lo concedíais, los hombres, y aun mis padres, que no me deseaban mal alguno, se reían de que me hubiesen azotado; siendo así que era para mí entonces el mayor y más grave mal que pudiera sucederme.

15. ¿Hay por ventura, Señor, algún ánimo tan grande, y unido a Vos con un amor tan fino y excelente, que se burle tanto de los trabajos por vuestro amor? (porque la insensatez puede también hacerlo): ¿hay, pues, algún hombre, vuelvo a decir, que en fuerza del amor y caridad fervorosa con que os ama, esté tan grandemente apasionado de Vos, que se burle de los potros, garfios de hierro y de otros tormentos semejantes? (para librarse de los cuales y compelidos del gran temor que les tienen los hombres, en todo el universo acuden a Vos con fervorosas súplicas): ¿hay, pues, alguno que los juzgue todos tan leves y de tan poca consideración, que se burle tanto de los que temen aquellas penas y martirios como nuestros padres se reían y burlaban de los tormentos con que los muchachos éramos afligidos de nuestros maestros? Pues a la verdad, ni yo los temía menos que aquellos otros puedan temer los tormentos insinuados, ni os suplicaba con menos fervor que ellos que me libraseis de semejantes castigos, no obstante que los mereciese por mi negligencia en aprender, haciendo menos de lo que me pedían y mandaban en cuanto a leer y escribir. Porque a mí no me faltaba memoria ni ingenio, pues Vos, Señor, me lo disteis muy suficiente para aquella edad; pero gustaba del juego, y por él me castigaban los que tenían el mismo gusto y ejecutaban lo propio. Pero los juegos y diversiones de los que son ya hombres hechos se llaman quehaceres, negocios y ocupaciones; y los juegos y entretenimientos de los muchachos son castigados de los maestros y mayores como delitos; y no hay quien tenga lástima ni se compadezca de aquéllos, o de éstos, o de unos y de otros.
En efecto, cualquier hombre que juzgue bien y rectamente de las cosas no me parece que aprobaría que yo fuese azotado por jugar a la pelota en aquella edad, porque el juego me impedía aprovechar en un estudio, con el cual había yo de jugar, cuando mayor, con modo más culpable y reprensible; ni tampoco negaría que el mismo que me azotaba incurría en semejantes o mayores defectos, pues si en alguna disputa era vencido por otro maestro quedaba más atormentado de cólera y envidia, que podía yo quedar cuando en el juego de la pelota era vencido del compañero con quien jugaba.

-31-

Capítulo X

Cómo por amor al juego no se aplicaba al estudio

16. No obstante, ello es cierto que yo pecaba, Dios y Señor mío, autor y ordenador de todas las criaturas (aunque de los pecados solamente *ordenador*[13], mas no autor), es cierto que yo pecaba, obrando contra lo que me mandaban mis padres y maestros: pues podía hacer buen uso de aquellas letras que querían que aprendiese, fuese su ánimo entonces el que fuese. Porque, a la verdad, yo no dejaba de hacer aquello que me mandaban, por ocuparme en otras cosas mejores, sino por la afición que tenía al juego, en cuyos lances deseaba con cierto aire de soberbia quedar siempre victorioso; y también porque gustaba de oír fingidos cuentos y fábulas, que cada vez me aficionaban más, y excitaban en mí mayor deseo de oírlas; y avivándose más y más mi curiosidad, y pasándose de los oídos a los ojos, me inclinaba y hacía desear ardentísimamente hallarme en aquellos espectáculos y juegos a que los hombres ya grandes solían asistir: los cuales espectáculos y juegos los disponen y mandan ejecutar unos sujetos tan autorizados y de tan superior

---

[13] Es doctrina del santo doctor, y la repite muchas veces, que de los mismos pecados de los hombres se suele Dios servir, ya para castigo de otros antecedentes, ya para humillar a los soberbios, ya para otros fines de su ocultísima y justísima Providencia. Así, en el capítulo XII de este mismo libro, dice el Santo: *Tu vero... errore omnium utebaris ad utilitatem meam: meo autem (scit. utebaris ad poenam meam). Ita de non bene facientibus tu bene faciebas mihi. Jussisti enim, et sic est, ut poena sua sibi sit omnis inordinatus animus*: pero del error que cometían todos aquellos, os servíais para mi provecho y del que yo cometía..., os valíais para mi castigo. Así, Señor, de los que no hacían bien, hacíais bien para mí: y de mi mismo pecado formabais justamente mi castigo. Porque Vos habéis dispuesto (y se cumple puntualmente la orden) que todo corazón desordenado sea verdugo de sí mismo.
También en el libro II de *La Ciudad de Dios*, cap. 17, dice el Santo: *Deus sicut naturarum bonarum optimus Creator est, ita malarum voluntatum justissimus ordinator*: así como Dios es óptimo Criador de todas las cosas buenas, así es también justísimo ordenador de todas las voluntades malas; de donde se infiere que la mente de San Agustín en este capítulo X de las *Confesiones* es la misma que en los lugares citados, y en otros muchos que pudieran citarse; y en todos enseña constantemente el Santo que de las cosas buenas es Dios no solamente ordenador, sino también autor y criador; pero de los pecados, errores y vicios solamente es ordenador: *peccatorum tantum ordinator*; no porque los mande, sino porque primeramente los permite y luego los ordena a los fines que tiene determinadas su altísima Providencia, que tuvo por mejor sacar de los males bienes, que dejar de permitir que hubiese males: *Melius judicavit de malis bene facere, quam mala nulla esse permittere*, que dice el santo doctor en el *Enquiridión*, caps. 29 y 27.

dignidad en la república, que casi todos los demás hombres desearían que sus hijos llegasen a verse en estado de mandar y disponer aquello mismo; y no obstante, llevan a bien y consienten que sean castigados, si por divertirse en ver aquellos juegos, dejan de adelantar en el estudio con el cual desean que lleguen algún día a poder dar al pueblo aquellos espectáculos y diversiones.
Mirad, Señor, con ojos de misericordia estas contrariedades de los hombres, y libradnos de incurrir en ellas a todos los que os invocamos; y librad también a los que todavía no os invocan, para que lo hagan, y los libréis enteramente.

-32-

Capítulo XI

Afligido con una enfermedad pide el Bautismo; pero habiéndose mejorado prontamente, se dilata el dárselo por consejo de su madre

17. Desde mi niñez había oído hablar algunas veces de la vida eterna que nos está prometida por el abatimiento y humildad de Jesucristo, Dios y Señor nuestro, que se dignó bajar hasta nosotros para curar nuestra soberbia: y por el cuidado y solicitud de mi madre, que tenía puesta en Vos su confianza, desde que nací era yo santiguado en vuestra Iglesia[14] con la señal de la cruz, y había sido participante de su misteriosa sal. Pues ya sabéis, Señor, que

---

[14] No era permitido a los catecúmenos hacer ellos sobre sí la señal de la cruz, ni tampoco tomar por sus manos la sal que se les daba durante el estado de catecúmenos; sino que esto lo recibían de mano de los ministros catequizantes. Tampoco se les permitía aprender ni rezar el Símbolo de la fe, ni la oración del Padre nuestro; solamente se les cantaba uno y otra, y se les explicaba algunos días antes de recibir el Bautismo; pero se les daba la sal misteriosa y bendita siempre que se les examinaba; y antes y después de recibirla, les hacía muchas veces la señal de la cruz con este orden: En primer lugar el padrino y la madrina, en segundo un acólito, en tercero el padrino, en cuarto otro acólito, en quinto el padrino, en sexto otro tercer acólito, en séptimo el padrino, en octavo un presbítero y en noveno lugar el padrino. La Iglesia romana había establecido fuesen siete estos exámenes o escrutinios que se hacían de los catecúmenos, en reverencia de los siete dones del Espíritu Santo: comenzaban el miércoles de la tercera semana de Cuaresma y se acababan en uno de los días de la Semana Santa; y solamente después del séptimo y último escrutinio era cuando se les explicaba la primera vez el símbolo de los catecúmenos, y desde entonces se les llamaba *Competentes*.

siendo, yo muy pequeño todavía, me vi acometido repentinamente de un gravísimo dolor de estómago, que me puso en términos de morir. Vos, Dios mío, que velabais como mi guarda y amparo sobre la salud de mi alma, visteis con cuánta ansia y anhelo de mi corazón, y con cuánta fe pedí a mi piadosa madre, y a la que es madre de todos nosotros, vuestra Iglesia católica, que me concediese el bautismo de Jesucristo, vuestro Hijo, Dios y Señor nuestro.

Este accidente conturbó mucho a mi madre, pero como deseaba mi salud eterna, y con el más fino amor y caridad me paría espiritualmente a vuestra fe, procuró a toda prisa que se me confiriese aquel saludable Sacramento, con que había de ser lavado de todas las manchas de mis culpas, confesando a mi Señor Jesucristo para lograr el perdón de todos mis pecados hubiera tenido efecto nuestra intención entonces, a no ser porque mejoré prontamente y quedé fuera de aquel peligro. Así se dilató para más adelante mi bautismo, en que se había de haber lavado y purificado mi alma, creyendo que después de aquel lavatorio serían mayores y más peligrosas las manchas de mis delitos; como si fuera inevitable y forzoso volver a mancharme, si quedaba vivo.

De modo, Señor, que desde aquella edad ya creía yo en Vos juntamente con mi madre y toda nuestra familia, exceptuando a mi padre solamente, cuyo respeto y autoridad nunca preponderó en mi estimación a la que yo tenía y hacía de la piedad de mi madre; y así no pudo él con su ejemplo apartarme del creer en mi Señor Jesucristo. Y por otra parte ponía mi madre toda su atención en procurar que a Vos, Dios mío, os tuviese por mi padre verdadero, más bien -33- que al que me había engendrado. Y Vos, Señor, la ayudabais, haciendo que su dictamen y piedad prevaleciesen en mí, respecto de la autoridad y ejemplo del varón a quien ella no obstante obedecía y servía, siendo mejor que él; porque conocía que en esto os servía y obedecía a Vos, que se lo mandabais.

18. Pero quisiera saber, Dios mío (si esto fuere conforme a vuestra voluntad), con qué fin se dilató mi bautismo por entonces: y si acaso fue para mi provecho que con aquella dilación me dejasen como sueltas las riendas para pecar; o si verdaderamente no fue esto dejármelas sueltas para el pecado. Porque si no es así, ¿qué fundamento puede tener lo que aún ahora por todas partes oímos decir de muchos: *Dejadle que haga lo que quiera, pues aún no está bautizado*? Pero en verdad, que hablando de la salud del cuerpo no decimos: *Dejadle que reciba más heridas, o que tenga más llagas, pues todavía no ha sanado él de las primeras*.

Pues ¿cuánto mejor hubiera sido que se me hubiese dado cuanto antes la salud, y que mis cuidados y los de mis padres se ocupasen en conservar y asegurar mediante vuestra protección la salud de mi alma, que hubiera

entonces recibido de Vos? Mejor hubiera sido ciertamente. Pero las muchas y grandes olas de tentaciones que me amenazaban, y después de pasada la puericia habían de acometerme, ya mi madre las presentía y conocía anticipadamente; y más quiso exponer a los golpes de aquellas olas el barro de que había de formar después mi imagen, que no la misma imagen, formada ya y perfecta.

Capítulo XII

Cómo le compelían y forzaban al estudio, y cómo Dios volvía en bienes sus males

19. En aquella misma edad de mi puericia, en que había menos que temer que en la juventud, no amaba yo las letras, ya aborrecía que me precisasen a estudiarlas. En esto me hacían bien, y yo era el que obraba mal, porque no hubiera aprendido si por fuerza no me hubieran obligado; y porque ninguno hace bien aquello que hace por fuerza, aunque sea bueno aquello mismo que hace.

Ni tampoco me hacían bien los que me violentaban al estudio; sino que todo el bien que se me hacía en esto de Vos provenía, Dios y Señor mío. Porque ellos no miraban ni atendían a qué fin podía yo ordenar aquellas letras que por fuerza me hacían aprender, más que a saciar los insaciables deseos de una rica pobreza y de una afrentosa gloria. Pero Vos, que *tenéis contados todos los cabellos de nuestra cabeza*, del error que cometían todos aquellos que me violentaban, usabais Vos y os servíais para mi provecho; y del que yo cometía no queriendo aprender, os valíais para mi castigo: que no dejaba de merecerlo, siendo en aquella edad tamañito muchachuelo y tamaño pecador. Así, Señor, de los que no hacían bien en lo que hacían conmigo, sacabais bien y provecho para mí; y de mi mismo pecado sacabais justamente mi castigo. Porque Vos tenéis dispuesto (y se cumple puntualmente el orden vuestro) que todo ánimo desordenado sea verdugo de sí mismo.

Capítulo XIII

A qué estudio se aficionaba más

20. Desde mi tierna edad me hacían aprender el griego; pero yo aborrecía semejante estudio: y no sé por qué le tenía tanta aversión entonces, que aún ahora no he podido acabar de averiguar el motivo.

Al contrario me sucedió con el latín, al cual me aficioné mucho; no digo aquel latín que podían enseñarme los maestros de primeras letras, sino el que enseñan los que se llaman gramáticos, porque aquel otro estudio de las primeras letras, en que se aprende a leer, escribir y contar, no le tenía por menos pesado y penoso que el de todo el griego.

Pues ¿de dónde podía dimanar esta aversión, sino de mi pecado, y de lo caduco de esta vida, por ser el hombre compuesto de carne animada de un espíritu, cuya vida es[15] como *un soplo de aire pasajero que va y no vuelve*? Porque a la verdad el estudio de aquellas primeras letras era mejor y más sólido; pues con él podía conseguir, como de hecho conseguí entonces y también ahora, ya el leer lo que hallo escrito, ya también escribir todo lo que quiero. Pero en el otro estudio, a que yo me incliné más, me obligaban a aprender los errados rumbos de no sé qué Eneas olvidándome de lo errado de los míos y a llorar la desgracia de Dido, que por amor de Eneas se mató a sí misma; cuando yo, miserable de mí, no lloraba la muerte que a mí mismo me daban estas fábulas, apartándome de Vos, que sois mi Dios y mi vida.

21. ¿Qué cosa más digna de compasión y lástima que un hombre infeliz y miserable que no tenía lástima ni se compadecía de sí mismo, y que lloraba la muerte de Dido, causada de su grande amor a Eneas, no llorando mi propia muerte, causada de no amaros a Vos, Dios mío, luz de mi corazón, sustento y fortaleza de mi alma, y virtud que la fecundáis, llenando toda la capacidad de mi entendimiento?

No os amaba yo, Señor; antes bien os era desleal. Y andando así perdido, por todas partes *oía mis aplausos. Porque tener amistad con este mundo* es apartarse de Vos; y por ese apartamiento recibe el hombre aplausos en el mundo, para

---

[15] Como se dijera: Esto nacía de lo caduco y frágil de mi vida, porque siendo el hombre compuesto de alma y cuerpo, tiene diversas y contrarias inclinaciones. Y, como dice el padre J. M., *carne y espíritu* aquí se deben tomar en el mismo sentido que cuando dijo nuestro Salvador: *El espíritu está pronto, pero la carne es flaca*: *Spiritus quidem promptus est, caro autem infama*. (Matth. XXVI, 41).

que se avergüence, si no persevera en la unión y amistad de quien le aplaude tanto.
No lloraba yo esto, y lloraba a Dido, que por último extremo de su amor se mató a sí misma; siendo así que yo amaba extremadamente a vuestras criaturas dejándoos de amar a Vos, y portándome como terreno en tener puesta mi afición en cosas de la tierra. Y estaba tan aficionado y adherido a aquella lectura, que si me estorbaran leer aquellas cosas, lo sentiría mucho, porque no me dejaban leer lo que me causaría sentimiento. Pues estas y semejantes locuras son reputadas como mejores estudios y aplaudidas con el nombre de bellas letras; -35- y su estudio se juzga de más utilidad que el otro en que me enseñaron a leer y a escribir.
22. Pero al presente, Dios mío, dad voces en el interior de mi alma y clame allí vuestra verdad diciéndome: *No es así, no es así; mejor es sin duda aquella doctrina y enseñanza primera*. Porque a la verdad yo más quisiera que se me olvidaran los rodeos por donde anduvo Eneas y las demás historietas a este modo, que el escribir y leer.
Bien sé que las puertas de sus aulas las cubren los gramáticos con una especie de velos o cortinas, pero éstas no tanto sirven para significar los misterios que sus fábulas ocultan, cuanto para encubrir los errores y desvaríos que allí se enseñan.
No tienen que alborotarse ni dar voces contra mí, que no les temo desde que en vuestra presencia, Dios mío, confieso los afectos y deseos de mi alma, y he resuelto acusarme de las erradas sendas que he seguido, para enmendar lo que he errado, y seguir de aquí adelante el camino de vuestras santas leyes y preceptos.
No se me opongan, ni griten contra mí los que viven de vender y comprar las doctrinas y reglas de la gramática; porque si yo les pregunto si es verdad que Eneas vino alguna vez a Cartago, como dice Virgilio, los menos instruidos responderán que no lo saben, pero los que saben algo más, dirán que aquello no es verdad. Pero si les preguntase con qué letras se escribe el nombre de Eneas, todos los que aprendieron a escribir responderán uniformemente y conformándose con aquellas reglas y forma de caracteres que están instituidos y determinados por el convenio y voluntad de los hombres, y será verdadera su respuesta. Y finalmente, si les preguntara cuál sería mayor daño para esta vida, olvidársele a un hombre el leer y el escribir, u olvidársele todas aquellas ficciones poéticas, ¿quién no ve lo que respondería cualquiera que no estuviese olvidado enteramente de sí mismo?
Luego aun siendo muchacho hacía yo mal en amar y aficionarme más al estudio de aquellas cosas tan vanas, que al de éstas, que son más útiles y provechosas, o por mejor decir, obraba mal amando aquéllas y aborreciendo

éstas. Pues ¿qué diré de mi repugnancia a los primeros principios de la aritmética? Era para mí una canción insufrible el oír a los otros, y repetir yo mismo: *uno y uno son dos, dos y dos son cuatro*; cuando por otra parte era para mi gusto un pasaje muy delicioso, el de aquel caballo de madera lleno de gente armada, el incendio de Troya y la *sombra de Creúsa*.

Capítulo XIV

Del aborrecimiento que tenía al estudio de la lengua griega

23. Pues ¿cómo aborrecía yo también la gramática griega, que enseña estas y semejantes fábulas?, porque Homero verdaderamente es destrísimo en tejer estas ficciones, y es dulcísimamente vano; y no obstante, era bien amargo para mí cuando muchacho. Yo creo que lo mismo les sucederá respecto de Virgilio a los muchachos griegos de nacimiento cuando los obliguen a aprenderle, como a mí me obligaban a aprender a Homero.

-36-

Esto debía consistir en que la gran dificultad que generalmente hay en aprender una lengua extraña servía de amarga hiel con que se rociaban todas las dulzuras que yo hallaba en la narración de las fábulas griegas. Pues cuando aún no sabía palabra de aquel idioma, me obligaban con terribles amenazas y crueles castigos a que le aprendiera.

Es verdad que también durante algún tiempo de mi infancia estuve sin saber palabra alguna de la lengua latina; y con todo eso solamente de oírla hablar la aprendí (sin que me hostigasen con miedos ni tormentos), entre los halagos y caricias de las amas, y entre las chanzas y juegos de los que me entretenían o se divertían conmigo. Pero si la aprendí, sin que ninguno me estimulase con castigos ni amenazas, fue porque mi mismo corazón me obligaba a que manifestase sus interiores afectos; lo que no pudiera hacer si no hubiera aprendido algunas palabras, no de los que las enseñaban, sino de los que hablaban en mi presencia, en cuyos oídos procuraba yo también ir pariendo a mi modo mis conceptos. De donde se infiere que para aprender estas cosas conduce más una curiosidad voluntaria que el temor y la violencia.

Pero ya conozco, Dios mío, que es voluntad vuestra serviros de este freno para reprimir el exceso de aquella curiosidad, siendo éste uno de los efectos de vuestras leyes y determinaciones, que comprenden y abrazan todas las edades de los hombres, desde las palmetas que sufren los niños de mano de sus maestros, hasta las torturas que padecen de los tiranos los mártires; y de

este modo vuestras divinas leyes nos hacen volver a Vos, porque van mezclando saludables amarguras en los mismos deleites ponzoñosos que nos habían apartado de Vos.

Capítulo XV

Oración del Santo a la Majestad divina

24. Oíd, Señor, benignamente la súplica que os hago, y concededme que mi alma no desfallezca siguiendo los documentos de vuestra enseñanza, y no cese yo de alabaros y bendeciros por las misericordias que conmigo habéis usado, sacándome de todos los perversos caminos de la iniquidad, por donde yo andaba perdido. Haced, Dios mío, que perciba en Vos una dulzura incomparablemente mayor que la de todos los engañosos deleites que antes seguía; y así os ame ardentísimamente y cuanto me fuere posible, y que con todas las fuerzas de mi alma me abrace vuestra mano poderosa, para que me saquéis victorioso de todas las tentaciones que hasta el fin de mi vida me puedan acometer.

Y pues Vos, Señor, sois mi verdadero Rey y mi Dios, quiero emplear en servicio vuestro todo cuanto bueno y útil aprendí de muchacho. Sea, vuelvo a decir, para servicio vuestro todo cuanto aprendí y adelanté en hablar, en leer, en escribir y en contar, lo cual yo os consagro en reconocimiento de lo que me castigasteis por la adhesión que tenía a aquellas vanidades de las fábulas y de que me habéis perdonado los pecados de deleitarme en ellas. Es cierto que estudiándolas aprendí muchos buenos vocablos y palabras útiles, pero -37- también lo es que se pueden aprender en otros escritos, que no son tan fabulosos y vanos; y éste es el camino seguro por donde se había de llevar a los muchachos[16].

---

[16] Esto que dice aquí San Agustín se vio claramente cumplido, con gran provecho de los estudiantes cristianos, en tiempo del emperador Juliano Apóstata. Sintiendo éste y deseando impedir que los profesores cristianos, explicando a sus discípulos el poeta Homero y otros autores gentiles, les hiciesen ver lo ridículo de la religión pagana, publicó dos leyes: por la una excluyó de toda cátedra y enseñanza a los cristianos; y en la otra prohibió a los cristianos estudiantes no solamente la entrada en los colegios públicos, sino también la lectura de los autores profanos. Entonces los hombres más hábiles y sabios entre los cristianos, como San Gregorio Nacianceno, Apolinar, Orígenes y algunos otros que estaban muy versados e instruidos en toda clase de letras, compusieron en prosa y verso infinidad de tratados sobre todas materias, y los pusieron en manos de los jóvenes cristianos, por donde ellos aprendían todo cuanto era necesario y conducente para pulir e

Capítulo XVI

Reprueba el método que comúnmente se observa en la enseñanza de la juventud

25. Pero ¡oh funesto y caudaloso[17] río de la costumbre! ¿Quién te podrá resistir?, ¿hasta cuándo ha de durar tu corriente sin secarse?, ¿hasta cuándo envolverás en tus olas a los hijos de Eva, dando con ellos en este mar profundo y espantoso que apenas en la sagrada nave de la cruz se puede vadear? ¿Por ventura no fue la costumbre la que puso en mi mano aquellos libros, en que leí que Júpiter truena en el cielo y adultera en la tierra? Y verdaderamente él no pudiera hacer estas dos cosas; pero esto se fingió con la mira de que el adulterio verdadero tuviese un modelo autorizado con un trueno fingido.

Pero ¿qué filósofo de buen juicio oye con serenidad de ánimo y con paciencia lo que el otro de su misma profesión está clamando y diciendo: *Estas cosas las fingía Homero, que trasladaba a los dioses las flaquezas de los hombres, y más quisiera yo que hubiera trasladado a nosotros las virtudes de los dioses*? Es muy cierto que Homero fingió todas estas cosas, pero fue siempre atribuyendo divinidad o haciendo dioses a unos hombres viciosos y malvados, para que los delitos más enormes no pareciesen tales; y para que se juzgase que cualquiera que hiciese aquellas maldades no imitaba a unos hombres perdidos, sino a unos dioses que habitaban en los cielos.

Y no obstante eso, ¡oh río infernal de la costumbre!, a ti se arrojan los hijos de los hombres con los estipendios que dan por aprender unas máximas tan perjudiciales, y se tienen por una gran cosa cuando esto se ejecuta públicamente en la plaza y con autoridad de las leyes que determinen se den salarios y gratificaciones, además de sus ordinarios estipendios[18], y entonces

---

ilustrar su entendimiento, para ejercitar la memoria y para formar su corazón, sin el riesgo de beber con la doctrina la ponzoña del vicio. Pues esto mismo que consiguieron entonces los cristianos, compelidos de la persecución, se pudiera conseguir mejor en todo tiempo, como dice aquí San Agustín.

[17] Prosigue quejándose de la costumbre de enseñar a la juventud por aquellos autores profanos y peligrosos; explicando la fuerza de la costumbre en la metáfora de un río, que con su impetuosa corriente lo arrastra todo: pues también todos los hombres se dejan llevar de la costumbre, sin poder resistir el ímpetu y fuerza de su corriente.

[18] Continúa la metáfora de un río, que hace ruido con las piedras que conmueve dándose unas contra otras; y así también los hombres que se llevan de la costumbre de enseñar y leer aquellos poetas, dan voces y claman diciendo que allí se aprende a hablar bien, etc. Esto es, alborotados los hombres, que siguen tu corriente.

conmovidas tus piedras con el -38- imperio de tus olas, hacen gran ruido diciendo: aquí se aprende a hablar bien; aquí se adquiere elocuencia, tan necesaria para persuadir las cosas y explicar las sentencias. Pues qué, ¿no podríamos saber estas palabras, *rocío de oro, regazo, engaño, bóveda del cielo*, y otras tales voces que se hallan escritas en la misma fábula, si Terencio no hubiera introducido en una de sus comedias a aquel joven lascivo que toma a Júpiter por ejemplo de su impureza, mirando una pintura que había en la pared, donde se representaba el modo con que dicen que Júpiter engañó a Dánae, bajando a su regazo disfrazado y transformado en rocío o lluvia de oro? Y ve aquí cómo aquel joven se provoca a sí mismo a deshonestidad, diciendo de este modo: «Pero ¿qué dios fue el que cometió este estupro? No menos que aquel dios tan poderoso, que con los truenos hace que se estremezcan y retumben las bóvedas del cielo. Pues yo, que soy un hombre mortal y flaco, ¿tendré por cosa indigna de ejecutarse lo que se dice haber ejecutado un dios tan grande? Lo hizo efectivamente con toda voluntad».

De donde se sigue que la obscenidad y torpeza de esta fábula no es la que sirve y conduce para que se aprendan mejor aquellas expresiones; antes al contrario, por medio de semejantes palabras se obra con mayor libertad aquella torpeza. No acuso yo las voces o palabras, que son como unos vasos preciosos y exquisitos, sino el vino del error que nos daban a beber en ellos unos maestros embriagados ya de él, y que nos castigaban si no queríamos beberlo, sin que nos fuera permitido apelar a algún juez sobrio y que no estuviese preocupado como ellos y poseído del error.

Y no obstante eso, yo, Dios mío, en cuya presencia hago memoria de estas cosas con seguridad, las aprendí gustoso y, pobre de mí, me deleitaba en ellas; y por eso se decía de mí que era un muchacho de grandes esperanzas.

Capítulo XVII

Continúa reprendiendo el modo acostumbrado de ejercitar a los jóvenes en el estudio

27. Permitidme, Dios mío, que diga también algo del ingenio que Vos me disteis y de los desatinos en que lo ejercitaba.

Se me daba un asunto, sobre el cual había de componer, y esto causaba bastante desasosiego e inquietud en mi alma, ya por ganar el premio de alabanza, ya por el deshonor a que me exponía, ya por el miedo de los azotes con que me amenazaban. Se me proponía, pues, por asunto, que dijera yo las

palabras que diría Juno airada y muy sentida porque no podía impedir que abordase a Italia el rey de los troyanos, cuyas palabras nunca había oído que Juno las dijese; pero nos obligaban a que, siguiendo las huellas de las ficciones poéticas, dijésemos en prosa algo que fuese semejante a lo que el poeta hubiera dicho en verso. Y aquél era más alabado que con más propiedad había sabido contrahacer y remedar los afectos -39- de ira y sentimiento correspondientes a la dignidad de la persona de Juno que él representaba, y que había usado de palabras más propias y expresivas para adornar y vestir con majestad oportuna las sentencias.

Pero ¡oh Dios mío y verdadera vida mía!, ¿de qué me servía, que cuando llegaba yo a decir lo que me tocaba, recibía más alabanzas y aplausos que los otros mis coetáneos y condiscípulos?, ¿era más que humo y aire todo aquello?, ¿por ventura no había otra cosa mejor en que se ejercitasen mi ingenio y mi lengua? Vuestras alabanzas, Señor, vuestras alabanzas, de que están llenas vuestras Santas Escrituras, hubieran suspendido y fijado la instabilidad de mi corazón para que no fuese agitado y arrebatado por el aire de aquellas vanidades, para venir a ser ignominiosamente la presa de los inmundos espíritus y potestades aéreas; pues no es uno solo el modo con que se sacrifica a los ángeles apóstatas.

Capítulo XVIII

Que los hombres ponen cuidado en guardar las leyes y preceptos de los gramáticos, y no lo ponen en observar los mandamientos de Dios

28. Pero ¿qué hay que admirar que me dejase llevar tanto de las vanidades y anduviese tan apartado de Vos, Dios mío, en un tiempo en que se me proponían para mis modelos unos hombres que se llenaban de confusión y vergüenza si les enmendaban algún solecismo o barbarismo que hubiesen cometido al tiempo de referir algunas acciones propias suyas, que no eran defectuosas, y por el contrario, se gloriaban de verse aplaudidos cuando referían sus deshonestidades y torpezas con voces propias, expresivas, y con retórico adorno y elegancia?

Vos, Señor, veis estos desórdenes y calláis como paciente, misericordioso y fiel en vuestras promesas; mas ¿por ventura habéis de callar siempre? También ahora os dignáis sacar de este profundo abismo a un alma que os busca sedienta de vuestros deleites, y os dice de corazón: *Yo he buscado, Señor,*

y siempre he de buscar la luz de vuestro rostro; pues muy lejos están de ver los que siguen la ciega oscuridad de sus pasiones.

Porque el apartarse de Vos, o el volver a Vos, no se hace con pasos del cuerpo, ni consiste en distancia de lugares. ¿Acaso aquel vuestro hijo menor, de quien habla el Evangelio, tomó algún caballo, coche o nave, o voló con alas materiales y visibles, o echó a andar y se valió de sus pies para apartarse de Vos y llegar a aquella región remota y extraña, donde viviendo pródigamente desperdició y malgastó cuanto le disteis al tiempo de su partida? Dulce y amoroso padre fuisteis cuando le disteis todos aquellos bienes, pero más dulce, benigno y amoroso cuando volvió a Vos tan pobre y necesitado. Conque el estar un hombre apartado de la luz de vuestro rostro es estar sumergido en las espesas tinieblas de sus vicios.

29. Mirad, Dios y señor mío, y miradlo con la paciencia que acostumbráis, cómo observan los hijos de los hombres con mucho -40- cuidado las reglas que han dejado establecidas los maestros antiguos para el uso y pronunciación de las letras y de las sílabas, haciendo tan poco aprecio de las eternas leyes que Vos les habéis dado en orden a su salvación. De suerte que si alguno de los que hacen profesión de saber, o enseñar aquellas reglas en que convinieron los antiguos maestros, pronunciase o escribiese sin aspiración la primera sílaba de esta palabra *ombre*, desagradaría a los hombres mucho más, que si contra vuestras leyes aborreciese a un semejante suyo. Como si a un hombre pudiera otro enemigo hacerle mayor daño que él se hace a sí mismo con aquel odio con que se irrita contra su prójimo; o como si un hombre persiguiendo a otro pudiera hacer con él mayor estrago que el que causa en su propio corazón. Y a fe que no es tan íntima a su alma la ciencia de las letras como es la conciencia propia suya, donde está escrito que en este odio y aborrecimiento *ejecuta él con otro lo que no quisiera que ejecutaran con él mismo*.

¡Qué ocultos son vuestros juicios, Dios mío! Sólo Vos sois grande y habitáis en lo alto de los cielos silenciosamente, y por inmutables decretos de vuestra justicia esparcís por el mundo las ceguedades, que sirven de castigo y pena a los deseos desordenados de los hombres.

¡Qué mayor ceguedad que la de un hombre que, deseoso de adquirir fama de elocuente, acusa a otro hombre enemigo suyo, y persiguiéndole con odio crudelísimo, alega contra él en presencia de un juez, que es hombre también como ellos, y a vista de un concurso numeroso de hombres! Éste, pues, tiene grandísimo cuidado de que por ignorancia de la lengua no se le escape algún solecismo, como si en latín dijera *inter hominibus*, y en castellano *entre de los hombres*; y no se le da cuidado, ni se guarda de aquel odio, con que tira a quitar aquel hombre de entre los hombres.

Capítulo XIX

Que algunos vicios de la puericia pasan también a otras edades del hombre

30. A la entrada de semejantes costumbres yacía yo infeliz cuando muchacho, y en tal palestra y doctrina comenzaba a ejercitarme, temiendo más cometer un barbarismo, que tener envidia a otros que no lo cometían.

Yo os confieso, Dios mío, todas estas cosas, que me las alababan aquéllos a quienes yo deseaba agradar y en esto juzgaba entonces que consistía la rectitud y honestidad de mi vida, porque no veía el abismo de fealdad en que estaba sumergido y lo apartado que estaba de Vos. Pues aun entre aquellas gentes, ¿qué cosa había más fea y corrompida que yo, que aun siendo ellos tales les desagradaba engañando con innumerables mentiras a mi ayo, a mis maestros y a mis padres, por amor al juego y por la afición a ver vanos espectáculos y a imitar con inquietud bulliciosa los juegos y habilidades que en ellos se ejecutaban?

También hurtaba lo que podía de la despensa de casa y de la -41- mesa de mis padres, ya por golosina, ya por tener que dar a otros muchachos que me vendían el gusto de jugar conmigo, no obstante que se divertían tanto como yo en el juego. En él comúnmente hacía trampas para quedar victorioso, siendo yo verdaderamente el vencido de aquel vano deseo de sobresalir y de quedar superior. Y no había cosa que menos pudiese sufrir que el que me hiciesen las mismas trampas que les hacía a ellos, ni había cosa que más severamente reprendiese en los otros, cuando los cogía en alguna de ellas; y cuando a mí me cogían y reprendían, más quería enfadarme con todos y reñir, que ceder y darles la razón.

¿Es acaso ésta la que se puede llamar inocencia pueril? No lo es, Señor, no lo es, Dios mío, porque estas mismas propiedades ejecutadas con los ayos y maestros, con las nueces, bolitas y pajarillos[19], pasan después a ejecutarse con los gobernadores y reyes, con el oro, posesiones y esclavos; estos mismos procederes pasan ciertamente a las otras edades mayores, que suceden y se siguen a la puericia, como a las palmetas de los muchachos suceden otros mayores castigos.

---

[19] De aquí puede colegirse el perjudicial engaño que padecen los que juzgan que son cosas leves, de poca consideración y consecuencia, las mentiras, los engaños, los hurtos y otros delitos que suelen hacer los muchachos, pues como dice San Agustín, estos mismos vicios crecen también con ellos, y los practican en materias más importantes y dañosas cuando son mayores.

Conque, mi Dios y mi Rey, cuando Vos dijisteis que *el reino de los cielos es de aquéllos que eran tales como los párvulos*, no tanto fue aprobar en ellos la inocencia, cuanto la humildad que simbolizan por su pequeña estatura.

Capítulo XX

Da gracias a Dios San Agustín por los beneficios que le hizo en la puericia

31. No obstante, Dios mío y mi Señor, sumamente bueno y excelentísimo Criador y gobernador del Universo, bien conozco que os debería dar infinitas gracias, aun cuando no me hubierais concedido que llegase a la edad de la juventud. Porque aun entonces tenía ser, vivía, sentía y cuidaba también de mi conservación (lo cual es como un rastro e indicio de aquella ocultísima e imperceptible unidad que compone todas las cosas, y de donde también yo procedía); guardaba con el sentido interior de mi alma la integridad de mis sentidos externos, y me deleitaba con la verdad que hallaba y descubría aun en las cosas pequeñas, y con los pensamientos que yo podía formar de tales cosas.

Además de esto, aun en aquella edad de mi puericia no quería ser engañado; tenía una memoria feliz, con el trato y comunicación me iba instruyendo; me era deliciosa la amistad; huía del dolor y pena, del menosprecio y de la ignorancia. En una criatura como ésta, ¿qué cosa hay que no sea admirable y digna de alabanza?

32. Pues todas estas cosas son dádivas de mi Dios, porque yo no me las di a mí mismo, y todas ellas son buenas, y yo consto y me compongo de todas ellas. Luego es bueno mi Hacedor, y Él es -42- todo mi bien, y le bendigo y alabo alegremente por todas aquellas bondades de que constaba yo aun cuando muchacho. En lo que entonces pecaba yo era porque en lugar de buscar en Él los deleites, las honras, las verdades y aun a mí mismo también, buscaba todo esto en sus criaturas y, por eso, venía a caer en sentimientos, en confusiones y en errores.

Bendito seáis, Dios mío, dulzura mía, honra mía y mi única confianza. Gracias os doy, Señor, por todos vuestros dones; pero guardádmelos y conservádmelos Vos, y de este modo me guardaréis a mí, se aumentarán y perfeccionarán los bienes que me disteis, y lograré estar con Vos, que me disteis el ser.

Libro II

Llora amargamente el año decimosexto de su edad, en que, apartado de los estudios, estuvo en su casa y se dejó llevar de los halagos de la lascivia, y se entregó a una vida derramada y licenciosa

Capítulo I

De su adolescencia y vicios de aquella edad

1. Quiero traer a la memoria mis fealdades pasadas y las torpezas carnales que causaron la corrupción de mi alma; no porque las ame ya, Dios mío, sino para excitarme más a vuestro amor. Correspondiendo a vuestro amor hago esto, recorriendo mis perversos caminos con pena y amargura de mi alma, para que Vos, Señor, seáis dulce para mí, dulzura verdadera, dulzura felicísima y segura; y me reunáis y saquéis de la disipación y distraimiento que ha dividido mi corazón en tantos trozos como objetos ha amado diferentes, mientras he estado separado de Vos, que sois la eterna y soberana Unidad.
En algún tiempo de mi adolescencia deseaba ardientemente saciarme de estas cosas de acá abajo, y al modo que un árbol nuevo brota por todas partes espesas y frondosas ramas, yo también me entregué osadamente a varios y sombríos afectos y pasiones, con lo cual se afeó la hermosura de mi alma, y agradándome a mí mismo, deseando agradar y parecer bien a los ojos de los hombres, vine a ser hediondez y corrupción en los vuestros.

Capítulo II

Cómo a los dieciséis años se entregó a amores impuros

2. ¿Y qué era lo que me deleitaba sino amar y ser amado? Pero en esto no guardaba yo el modo que debe haber en amarse las alas mutuamente, que son los limites claros y lustrosos a que se ha de ceñir la verdadera amistad, sino que levantándose nieblas y vapores del cenagal de mi concupiscencia y

pubertad, anublaban y oscurecían mi corazón y espíritu de tal modo, que no discernía entre clara serenidad del amor casto y la inquietud tenebrosa del amor impuro. Uno y otro hervían confusamente en mi corazón, y entrambos -44- arrebataban mi flaca edad, llevándola por unos precipicios de deseos desordenados, y me sumergían en un piélago de maldades.

Vos, Señor, estabais muy irritado contra mí, y yo no lo advertía ni reflexionaba. En pena del orgullo y soberbia de mi alma, me había puesto sordo con el ruido de la cadena de mi mortalidad, que llevaba siempre arrastrando; me iba alejando de Vos, y Vos me dejabais ir; estaba abatido, derramado, perdido, hirviendo en torpezas, y Vos callabais, Dios mío. ¡Oh!, ¡qué tarde llegasteis a ser todo mi gozo! Callabais Vos entonces, y yo con soberbio abatimiento y con inquieto cansancio apartándome de Vos, iba prosiguiendo en buscar más y más gozos estériles, que eran como semillas que no me habían de producir otros frutos que penas, sentimientos y dolores.

3. ¡Ojalá hubiera habido quien arreglase aquella mi pasión que me era molesta!, ¡ojalá me hubieran reducido a un estado en que pudiese usar bien de las hermosuras de estas cosas terrenas y transitorias, haciéndome contener dentro de los justos límites que habéis señalado para el uso de las criaturas y de sus deleites! Para que así las olas impetuosas de mi juventud, si es que no podían tranquilizarse enteramente, a lo menos se detuviesen en la orilla y playa del matrimonio, usando solamente de él para la procreación, como prescribe y manda vuestra ley, Dios mío y mi Señor, que habéis dado también la forma y regla a la propagación de nuestra carne mortal, como quien puede hacer tratables las espinas y abrojos, que no se habían de padecer ni sentir en vuestro paraíso terreno. Porque vuestra benigna y favorable omnipotencia no nos desampara, ni se aleja de nosotros, aun cuando nosotros nos alejamos de Vos.

Ojalá que por lo menos hubiera puesto más cuidado en oír y atender al ruido de vuestras nubes, que es la voz de vuestros Apóstoles, entre los cuales San Pablo, hablando de los casados, dice: *No dejarán de tener tribulaciones en su carne, pero yo os perdono*. Y a los otros dice: *Al hombre le sería mejor no llegar a la mujer*. Y después añade: *El que está sin mujer, piensa en las cosas de Dios, y en cómo ha de agradarle; pero el que está casado piensa en las cosas del mundo, y en cómo ha de agradar a su mujer*. Estas voces había de haber escuchado atentamente, y por el reino de los cielos hubiera separado de mí todos esos deleites, y esperaría con mayor felicidad y paz gozar de vuestros abrazos.

4. Pero yo, infeliz de mí, me acaloré y fatigué siguiendo el ímpetu de mis pasiones, apartándome de Vos, y traspasando todos los límites justos que vuestra ley me había puesto y señalado. Es verdad que no me libré de vuestros castigos; mas ¿quién de los mortales podrá librarse de ellos? Porque

Vos siempre estabais junto a mí castigándome misericordiosamente, y rociando de amarguísimos sinsabores todos mis placeres ilícitos, para que así buscase deleites cumplidos y sin mezcla de amarguras y disgustos. Mas no hubiera encontrado cosa alguna en que poder deleitarme de ese modo, fuera de Vos, Señor, fuera de Vos, cuya ley es tan suave, que *fingís y aparentáis aspereza y penalidad en vuestros preceptos, y que si nos herís, es para sanarnos*; y si nos hacéis morir a nosotros mismos, es para que no muramos eternamente a Vos.

¡Dónde estaba yo, y cuán lejos de las delicias de vuestra casa andaba desterrado en el año decimosexto de mi edad! Entonces fue -45- cuando tomó dominio sobre mí la concupiscencia, y yo me rendí a ella enteramente, lo cual, aunque no se tiene por deshonra entre los hombres, es ilícito y prohibido por vuestras leyes.

No cuidaron mis padres de evitar con el matrimonio mis caídas; y solamente cuidaron de que aprendiese a hablar bien y a saber formar una oración retórica y persuasiva.

Capítulo III

Del viaje que hizo a Cartago para continuar allí sus estudios y de los intentos de sus padres en orden a esto mismo

5. En aquel año se habían interrumpido mis estudios[20], porque habiendo yo vuelto de Madauro, ciudad que estaba cerca de Tagaste, en la cual había estado aprendiendo letras humanas y la retórica, en este tiempo intermedio se iban juntando y previniendo los caudales necesarios para enviarme a continuar mis estudios a la ciudad de Cartago, que estaba mucho más lejos, lo cual se intentó y efectuó más por animosa resolución de mi padre, que por la abundancia de sus riquezas, pues él era un vecino de Tagaste cuyas facultades y hacienda eran bien cortas.

Pero ¿a quién refiero yo estas cosas? No os las cuento a Vos, Dios mío, sino que en presencia vuestra, y haciéndoos testigo de ello, las refiero y cuento a todo mi linaje, esto es, a todo el género humano, en que verdaderamente se comprende cualquiera pequeña porción de hombres a cuyas manos vayan a

---

[20] Esta interrupción comenzó en las vacaciones del año 369 y acabó en las del año 370.

dar estas mis letras y escritos. Y esto ¿con qué fin o para qué lo hago? Para que yo mismo y todos los que lo leyesen, pensemos y conozcamos desde cuán grande y profundísima distancia de vuestra suma bondad hemos de clamar todavía a Vos. Pero ¿qué cosa hay más próxima a vuestros oídos que semejantes clamores, si los acompaña el corazón confesándoos y la vida es regulada por la fe?

¿Quién había que entonces no llenase de elogios a mi padre, porque con unas expensas superiores a su hacienda me daba cuanto fuese necesario para ir a continuar los estudios tan lejos de mi patria, cuando se veía que otros ciudadanos mucho más ricos que mi padre no cuidaban de ejecutar otro tanto con sus hijos? Ni tampoco mi padre cuidaba de que yo adelantase en vuestro santo temor y servicio, ni de que viviese castamente, con tal que cultivase la elocuencia y me hiciese *discreto y culto*, aunque el campo de mi corazón, de quien Vos, Dios mío, sois el único, legítimo y verdadero dueño, estuviese *desierto y sin cultivo*.

6. Luego, pues, que en dicho año decimosexto de mi edad comencé a estar en casa con mis padres, como estaba sin ocupación y apartado por entonces del estudio por falta de medios, crecieron tanto con la ociosidad las espinas de mi incontinencia, que me cubrían todo de pies a cabeza, y no había quien me las arrancara. Antes bien, al contrario, una vez que estando yo en el baño me vio mi padre con señas de pubertad, como lisonjeándose ya con la esperanza -46- de tener nietos, se lo fue a contar a mi madre muy alegre y gozoso; mas era en fuerza de la embriaguez que padecen los hilos de este siglo, causada del vino invisible de su mal inclinada y perversa voluntad hacia las cosas de acá abajo; en cuya embriaguez vive este mundo olvidado de Vos, que sois su Criador, y amando en vuestro lugar a las criaturas. Mas como ya habíais comenzado a hacer templo vuestro del corazón de mi madre y a tener allí vuestra santa habitación (pues mi padre era sólo catecúmeno, y había poco que lo era), mi madre se estremeció y sobresaltó con un piadoso temblor y santo miedo, pues aunque todavía no estaba yo bautizado, temió que seguiría aquellas torcidas sendas por donde caminan los que os vuelven las espaldas, en lugar de caminar mirando siempre a Vos.

7. Mas ¡ay de mí!, ¡ay Dios mío!, ¿cómo me atrevo a decir que Vos callabais, cuando yo me iba alejando más y más de Vos?, ¿acaso es verdad que callabais Vos, Dios mío, y no me llamabais? Pues ¿cúyas, sino vuestras, eran aquellas voces que resonaban en mis oídos, pronunciadas por boca de mi madre, fiel sierva vuestra, aunque nada de lo que me decía llegase a penetrar mi corazón, ni yo lo pusiese por obra? Porque bien me acuerdo de que mi madre deseaba mucho cogerme a solas, para amonestarme muy seria y encarecidamente (como lo ejecutó), que no tuviese trato ilícito con mujer alguna, y

especialmente con mujer casada; pero a mí me parecían éstos unos consejos mujeriles, a los cuales me daría vergüenza obedecer. Mas ellos eran recados y avisos vuestros que mi madre me llevaba, y yo no lo conocía. Juzgaba yo que Vos estabais callando cuando mi madre me hablaba, y no cesabais de llamarme por su boca; y despreciándola yo, Vos erais en ello el despreciado por mí, siendo yo un infeliz siervo vuestro, hijo de una sierva vuestra.

Mas yo no conocía nada de esto y corría tan ciegamente al precipicio, que me avergonzaba de no ser tan desvergonzado como otros compañeros de mi edad, porque yo les oía jactarse de sus maldades, y gloriarse tanto más de ellas cuanto más feas eran y más torpes; con lo que me aficionaba a sus vicios, no sólo por el deleite, sino también por el deseo de alabanza. ¿Qué cosa hay más digna de menosprecio que el vicio? Y no obstante, para no ser menospreciado, me hacía yo más vicioso, y cuando no tenía algún suceso con que igualarme a otros más rematados y perdidos, suponía haberlo hecho, siendo falso, para que no les pareciese yo más despreciable por ser más inocente, y no me tuviesen en menos por ser más casto.

8. He aquí con qué compañeros iba yo paseando las calles y plazas de Babilonia[21]: me revolcaba en su cieno como si fuese en ungüentos olorosos, y para que me enlodase más y estuviese más tenazmente pegado a su inmundicia, el enemigo invisible me hollaba con sus pies en medio de ella, y me detenía allí engañado, porque era yo muy fácil de engañar en esto. Mi madre, que ya había huido del medio de Babilonia, pero que iba poco a poco en la retirada, aunque me había aconsejado la castidad, no cuidó de reprimir -47- mi matrimonio; si es que no pudiese por otros medios atajarse enteramente el daño que amenazaba lo que mi padre había dicho de mí, y que ella conocía bien que ya entonces me era muy perjudicial, y en adelante debía ser para mí muy expuesto y peligroso.

No procuró esto mi madre temiendo que con los lazos del matrimonio se frustrarían las esperanzas que de mí tenían; no digo la esperanza de la vida eterna que mi madre tenía puesta en Vos, sino la esperanza de mis adelantamientos en la carrera de los estudios, lo cual deseaban padre y madre con la mayor ansia; pero con esta diferencia, que aquél, pensando muy poco o nada en Vos, eran locuras y vanidades las que proyectaba acerca de mí; pero ésta consideraba que aquellos regulares y acostumbrados estudios de las ciencias, no sólo no me estorbarían, sino que también me ayudarían para

[21] Entiende por Babilonia el mundo, que por la mucha confusión de sus errores, pecados y miserias es una Babilonia.

conoceros algún día y poseeros. Así lo conjeturo, fundándome en lo que ahora me puedo acordar de las costumbres y genio de mis padres.
También para el juego y otras diversiones me aflojaban las riendas más de lo que pide una severidad prudente y moderada, dejándomelas sueltas para otros varios afectos, pasiones, y en todas estas cosas había una niebla oscura que me impedía ver la serenidad hermosa de vuestra verdad; y así de la abundancia de estos bienes abusaba yo, haciéndolos servir a la maldad.

Capítulo IV

De un hurto que hizo en compañía de otros

9. Vuestra ley, Señor, prohíbe y castiga el hurto; y esta ley de tal modo está grabada en el corazón del hombre, que no hay maldad que baste para borrarla, porque ¿qué ladrón hay que pueda tolerar que otro le robe a él, aunque él esté abundante y el otro necesitado? Pues no obstante eso, yo quise hacer un hurto y lo hice efectivamente, sin que a ello me moviese la necesidad ni la escasez, sino el tedio de la virtud y la abundancia de mi maldad, porque hurté una cosa de que yo estaba sobrado, y de mucho mejor especie y calidad que lo que hurté. Ni tampoco quería aprovecharme de lo que iba a hurtar, sino que mi gusto estaba únicamente en el mismo hurto y pecado.
En una heredad, que estaba inmediata a una viña nuestra, había un peral cargado de peras, que ni eran hermosas a la vista ni sabrosas al gusto. No obstante eso, juntándonos unos cuantos perversos y malísimos muchachos, después de haber estado jugando y retozando en las eras, como teníamos de costumbre, fuimos a deshora de la noche a sacudir el peral y traernos las peras, de las cuales quitamos tantas, que todos veníamos muy cargados de ellas, no para comerlas nosotros, sino para arrojarlas después, o echarlas a los cerdos, aunque algo de ellas comimos. En lo que ejecutamos una acción que no tenía para nosotros de gustosa más que el sernos prohibida.
Ved aquí patente y descubierto mi corazón, Dios mío, ved aquí mi corazón, del cual habéis tenido misericordia, estando él en un profundo abismo de maldad y miseria. Que os diga, pues, mi corazón -48- ahora: ¿qué es lo que allí buscaba yo o pretendía, para ser malo tan de balde, que mi malicia no tuviese otra causa que la malicia misma? Ella era abominable y fea, y no obstante yo la amaba; amé mi perdición, amé mi culpa, pero de tal modo, que lo que amé no era lo defectuoso sino el defecto mismo. ¡Torpe bajeza de un alma, que dejándoos a Vos, que sois el apoyo y firmeza de su ser, busca su

perdición y exterminio, y que no solamente apetece una cosa de que se ha de seguir afrenta o ignominia, sino que apetece y desea la ignominia misma!

Capítulo V

Que ninguno peca sin algún motivo

10. No se puede negar que los cuerpos que tienen algún brillo y hermosura, como el oro, la plata y los demás, son agradables y graciosos a la vista; también respecto del tacto es muy eficaz y poderoso aliciente la proporción y conformidad de una y otra carne; y a los demás sentidos les corresponde también su respectivo modo de tocar sus objetos que a cada uno le es propio y conveniente. Aun las honras temporales, la potestad de mandar y ser superior a otros, tienen su especie de hermosura y atractivo, de donde también nace como de su principio el deseo de la venganza; pero no obstante, para conseguir y gozar cualquiera de estas cosas, no se ha de salir, Señor, fuera de Vos, ni apartarse poco ni mucho de vuestra ley. La vida misma temporal que aquí gozamos tiene sus halagos, dulzuras y atractivos, ya por un cierto modo de hermosura que ella en sí tiene, ya por su correspondencia, conexión y enlace con todas las demás hermosuras inferiores. También es muy dulce y agradable la amistad humana, porque con el nudo del amor hace de muchas almas una sola.

Por conseguir todas estas cosas y otras semejantes peca el hombre, cuando con inmoderada inclinación a ellas, siendo así que son los bienes más bajos e inferiores que hay, deja los mayores y soberanos bienes como son vuestra ley, vuestra verdad y a Vos mismo, que sois nuestro Señor y nuestro Dios. Es cierto que todas estas cosas inferiores tienen y nos comunican algunos deleites, pero no como los de mi Dios, que creó todas las cosas, porque en Él se deleitan eternamente los justos, y Él es todas las delicias de los rectos de corazón.

11. Por eso, cuando se desea averiguar el motivo o causa que pudo haber para cometerse algún delito, no suele darse por averiguado hasta que se descubre que pudo ser el apetito y deseo de conseguir alguno de aquellos bienes que hemos calificado de inferiores y últimos entre todos, o el miedo de perderlos, porque en la realidad son hermosos y agradables, aunque respecto de los otros superiores, eternos y soberanos bienes, sean viles y despreciables.

Sucede, pues, que alguno comete un homicidio. ¿Qué motivo tuvo? Que amaba y quería para sí a la mujer del que mató, o quería alzarse con la

hacienda del difunto, o quería robarle algo con que poder vivir, o temió que el otro le hiciese a él alguno de estos -49- daños, o estaba ofendido de él anteriormente y le mató por vengarse. ¿Por ventura aquel hombre hubiera hecho el homicidio sin alguna causa y deleitándose solamente en el homicidio mismo? ¿Quién lo había de creer?

Aun en aquel malvado y cruel hombre (*Catilina*) de quien se dijo que era más malo y cruel cuando lo era de balde y sin motivo, se señaló antes la causa de esto, diciendo: *que lo hacía para que no se le entorpeciese con la ociosidad la mano o el corazón*. Pero esto mismo, ¿para qué o por qué lo procuraba? Para que, ejercitándose en aquellas crueldades, se pudiese apoderar de la ciudad de Roma y llegar a conseguir entonces sus honras, sus ejércitos y sus tesoros; y finalmente librarse del miedo y sujeción de las leyes y de los trabajos y molestias que padecía por la pobreza y escasez en que se hallaba, y por el conocimiento que tenía de sus maldades. Conque aun el mismo Catilina no amaba sus atrocidades por sí mismas, amaba otras cosas, y para conseguir éstas ejecutaba aquéllas.

Capítulo VI

Que todas las cosas que nos incitan a pecar con apariencia de bien, solamente en Dios es donde son verdaderos y perfectos bienes

12. Pues, miserable de mí, ¿qué fue lo que yo busqué en el hurto que ejecuté en aquella noche a los dieciséis años de mi edad? Porque tal maldad no puede en sí misma tener nada de hermoso que pueda halagar siquiera para hablar de ella.

Las peras que hurtamos, sí que eran hermosas, porque al fin eran criatura vuestra, Señor, que sois hermosísimo sobre todas las cosas, Creador de todas ellas, Dios sumamente bueno y sumo bien, y bien mío verdadero. Hermosas eran aquellas peras, Señor, pero no era su hermosura y bondad lo que mi alma apetecía. Porque tenía yo abundancia de otras mejores, y aquéllas las cogí solamente por hurtar, pues luego que las tuve, las arrojé, comiendo de aquel hurto solamente la maldad, con que me divertía y alegraba. Porque si entró en mi boca algo de aquellas peras, solamente el delito y la maldad era lo que para mi gusto las hizo sazonadas y sabrosas.

No obstante, ahora, Dios y Señor mío, indago y busco qué fue lo que en aquel hurto pudo deleitarme, y no hallo ni descubro en él hermosura ni bondad alguna. No digo tal hermosura y bondad como la que se halla en la justicia o

en la prudencia; ni tampoco como la que se nota y advierte en el entendimiento del hombre, en la memoria, en los sentidos, en la vida vegetativa; ni como la bondad y hermosura de los astros con que se adornan los cielos, ni como la de la tierra y el mar llenos de sus mismas producciones, que por medio de la generación se van sucediendo las unas a las otras, pero ni aun siquiera como la falsa y aparente hermosura con que engañan los vicios al corazón del hombre.
13. Porque la soberbia procura remedar y parecerse a la excelencia y grandeza; siendo Vos, Dios mío, el que únicamente sois grande y excelso sobre todas las cosas. Y la ambición, ¿qué busca sin honor y gloria, cuando Vos sois el único que debe ser honrado sobre -50- todos y eternamente glorificado? También la crueldad de las potestades quiere ser temida; pero ¿quién lo debe ser más que Dios, de cuyo poder ninguna cosa hay que pueda librarse ni escaparse?, o ¿cuándo, en dónde, por quién, ni cómo puede? Las halagüeñas delicias de la sensualidad incitan a que las amen, pero no hay cosa alguna más deliciosa que vuestro amor y caridad, ni que se ame más útil y saludablemente que vuestra verdad, cuya belleza y resplandor no admite comparación alguna. La curiosidad parece que intenta saberlo todo, cuando sois Vos el único que lo sabe perfectísimamente. Hasta la ignorancia, tontería y necedad quiere cubrirse con el nombre de sencillez e inocencia; pero así, como nada hay más sencillo que Vos, tampoco puede haber cosa alguna más inocente que Vos, pues aun a los malos pecadores nada les hace mal y daño sino sus malas obras. La pereza pretende tranquilidad y quietud, pero ¿qué quietud hay cierta fuera del Señor? La superfluidad y lujo quiere tener el nombre de hartura y abundancia, pero Vos sois solamente la plenitud y abundancia indefectible de eternas suavidades. La prodigalidad y profusión aparenta y quiere ser un bosquejo de la liberalidad; pero Vos sois verdaderamente el único dador liberalísimo de todos los bienes. La avaricia quiere poseer muchas riquezas, siendo Vos quien las posee todas. La envidia solicita excelencia y singularidad, y ¿qué cosa puede haber tan excelente como Vos? La ira pretende venganzas, pero ¿quién se venga más justamente que Vos? El temor hace al hombre que se espante con los acontecimientos repentinos y extraordinarios, cuando éstos son contrarios a las cosas que ama, y cuya seguridad desea; pero ¿qué cosa hay nueva o extraordinaria ni repentina o imprevista para Vos?, o ¿quién tiene poder para quitaros lo que amáis?, o ¿en dónde sino en Vos está la verdadera e indefectible seguridad? La tristeza nos consume con la pena y sentimiento de haber perdido aquellos bienes con que nos deleitábamos, porque no quisiéramos perderlos nunca, así como a Vos nada se os puede quitar.

14. Ve aquí cómo el alma se hace delincuente, cuando se aparta de Vos, y busca fuera de Vos aquellos bienes que no los puede hallar cabales y sin mezcla hasta que se vuelve a Vos. Así todos los que se alejan de Vos y se rebelan contra Vos tiran a imitaros, aunque perversamente; y aun limitándose así y contrahaciendo tan mal vuestras perfecciones, muestran que Vos sois el autor de la naturaleza y prueban, por consiguiente, que no hay donde poderse esconder ni retirarse enteramente de Vos.
Pues en aquel hurto, ¿qué bondad o hermosura fue la que yo amé?, ¿y qué hubo en aquella acción en que pudiese yo imitar a mi Dios y Señor, aunque mala y perversamente?, ¿por ventura el gusto que entonces tuve consistía en que obraba contra vuestra ley, atribuyéndome un poder falso y fingido (pues no podía ejecutarlo con verdadera y legitima autoridad), para imitar de este modo, siendo un vil esclavo, una parte de vuestra libertad e independencia, por cuanto obraba impunemente lo que no era lícito, en lo que se descubre alguna sombra de poder absoluto y oscura semejanza de vuestra omnipotencia? Esto es como si un esclavo huyera de su señor y no cesara de seguir su sombra.
-51-
¡Oh corrupción humana! ¡Oh vida monstruosa! ¡Oh abismo de la muerte! ¿Es posible que pudo deleitarme lo que no era lícito, no por otra causa sino porque no era lícito?

Capítulo VII

Da gracias a Dios porque le ha perdonado sus pecados y porque le ha preservado de otros muchos

15. ¿Con qué agradeceré al Señor poder ahora acordarme de estas cosas sin que mi alma se atemorice ya ni tenga que temer por causa de ellas? Ámeos yo, Señor, y no cese de daros gracias y bendiga vuestro santo nombre, porque me perdonasteis tantas malas obras y tan abominables y perversas.
A vuestra gracia y misericordia atribuyo que hayáis deshecho mis pecados como se deshace el hielo, y también os debo atribuir el haberme librado de cuantas malas obras dejé de hacer. ¿Y qué mal no pude hacer yo, que amé de balde y sin motivo alguno la maldad? Yo confieso que Vos me perdonasteis todos mis pecados, ya los que libre y espontáneamente cometí, ya los que guiado de vuestra gracia dejé de cometer.

¿Qué hombre hay que, si atiende y reconoce su fragilidad, se pueda atribuir osadamente a sí mismo su castidad e inocencia, para inferir de aquí que está menos obligado a amaros, como si él hubiera tenido menos necesidad de vuestra misericordia que los otros a quienes perdonasteis sus pecados por su verdadera conversión y penitencia?
Por lo cual, el que llamado de Vos siguió vuestro llamamiento y evitó aquellos desórdenes que él sabe ahora de mí mismo y que confieso haber ejecutado, no se burle de mí porque estuve enfermo, y me sanó aquel mismo que le preservó a él para que no enfermase, o por mejor decir, para que enfermase menos; y así os debe amar tanto y aún más que yo, pues ve que el mismo remedio con que yo sané de las dolencias de mis pecados es el que le ha preservado a él de haberlas padecido.

Capítulo VIII

El gusto de obrar mal en compañía de otros fue lo que le movió a hacer aquel hurto

16. ¿Qué utilidad tuve yo, miserable de mí, en aquellas obras en que ahora me avergüenzo al acordarme de ellas, y especialmente en aquel hurto, en que no amé otra cosa sino el hurto mismo? Nada amé más que eso, siendo eso mismo también nada, y yo más infeliz por eso mismo. Mas, no obstante, yo solo no hubiera hecho aquel hurto, según me acuerdo ahora del ánimo e intención que entonces tenía. Y, pues, deseé también allí la compañía de los otros delincuentes con quienes le hice, no será cierto que nada amé en el hurto sino el hurto mismo; antes bien se ha de inferir[22] que amé otra nada, -52- porque también aquello nada es. ¿Qué ser es el que tiene en realidad de verdad? Pero ¿quién hay que pueda enseñarme acerca de esto que se me ofrece ahora preguntar y averiguar, sino el que ilumina mi entendimiento y aparta las tinieblas de ignorancia que hay en él?
Si yo hubiera amado entonces aquellas peras que hurté y hubiera deseado aprovecharme de ellas, pudiera también haberlas hurtado solo, contentándome con aquella especie de iniquidad que bastase a cumplir mi gusto, y no hubiera encendido o avivado mi apetito con la unión de las

[22] Llama San Agustín *nada* al hurto, a la mala compañía y a todo lo que es pecado y malo, porque en doctrina del Santo, el *mal* no es cosa positiva, sino privación del algún bien, y toda privación es *nada*.

voluntades y de los ánimos de mis cómplices y compañeros. Mas no teniendo yo gusto ni deleite alguno en aquellas peras, le tenía en hacer aquel mal, acompañado de los otros, que cooperaban a él juntos conmigo.

Capítulo IX

De lo perjudicial y contagiosa que es la mala compañía

17. ¿Qué venía a ser este desordenado afecto de mi alma? Él sin duda era excesivamente malo y feo, y el daño era para mí, que le tenía en mi alma. Pero al fin, ¿qué era él en sí mismo? ¡Ah! *¿quién hay que conozca bien todos los pecados*? Era una grande gana de reír y celebrar entre nosotros con mucha complacencia de nuestro corazón que engañábamos y burlábamos a los dueños de las peras, que estaban muy ajenos de pensar lo que hacíamos, y tenían vehemente repugnancia a que lo hiciéramos. Pues ¿cómo yo tenía mi deleite y gusto en no ejecutarlo solo? ¿Será acaso porque ninguno a solas se ríe con gusto ni facilidad? Es cierto que así sucede comúnmente; mas no obstante eso, la risa suele alguna vez vencer a los hombres, aunque estén solos, cuando les ocurre a la imaginación o los sentidos alguna especie muy digna de reírse. Pero ello es cierto que si yo hubiera estado solo, no hubiera hecho aquel hurto.

Bien sabéis Vos, Dios mío, que esto es puntualmente lo que me dicta mi conciencia y me recuerda mi memoria acerca de aquel hecho. Yo solo no hubiera cometido aquel hurto, en que no me complacía lo que hurtaba, sino el hurtar, lo cual tampoco me hubiera dado gusto hacer a mis solas, y así no lo hubiera hecho.

¡Oh amistad enemiga y perniciosa!, engaño imperceptible del alma, ansia de hacer mal por modo de juego o fiesta y apetito del daño ajeno, sin pretender en ello alguna utilidad y sin deseo alguno de venganza, sino solamente porque algunos digan: *Vamos, hagamos*, pues da entonces vergüenza el no ser desvergonzado.

Capítulo X

Que todo el bien está en Dios

18. ¿Quién podrá desenredar y aclarar esta retorcidísima y enredadísima complicación de nudos? Ciertamente que está fea y horrorosa; no quiero

mirarla ni tampoco verla. Sólo a Vos quiero atender y mirar, justicia e inocencia cuya hermosura y pureza roba la -53- atención de las almas castas; a Vos, que las embriagáis con tales delicias, que saciándose con ellas, nunca quedan hartas. En Vos es donde se halla perfectísimamente el descanso y la vida perpetua e inalterable. Los que entran a ser participantes de ella, *entran en la alegría de su Señor*, sin tener ya que temer ni que desear, pues se hallan sumamente bien en el Bien sumo.

Yo me aparté de Vos, Dios mío, y anduve errante y descaminado, muy lejos de vuestra firmeza y estabilidad, durante mi juventud; y de este modo llegué a hacerme a mí mismo una solitaria región y país desierto, donde reinan la pobreza y la necesidad.

Libro III

Confiesa cómo en Cartago se enredó en los lazos del amor impuro, que leyendo allí el *Hortensio* de Cicerón, al año 19 de su edad, se excitó al amor de la sabiduría, y cómo después cayó en el error de los maniqueos. Últimamente refiere el sueño que tuvo su santa madre y la esperanza y seguridad que le dio un obispo acerca de su conversión

-54-

Capítulo I

Cómo deseando agradar y ser amado, cayó en los lazos del amor

1. Llegué a la ciudad de Cartago[23], y por todas partes me veía incitado a amores deshonestos. Todavía no amaba yo, pero deseaba amar, y con una mal disimulada y oculta infelicidad me aborrecía por ser menos infeliz. Deseando tener amor, buscaba a quien amar, que era lo mismo que aborrecer mi seguridad y el camino que estaba libre de lazos y peligros.

Esto provenía de que estaba muy falto y necesitado de aquel interior alimento que sois Vos mismo, Dios mío; y no tenía hambre ni apetito de él, antes estaba sin deseo alguno de los alimentos incorruptibles y espirituales, no porque estuviese lleno y harto de ellos, sino porque me causaban tanto mayor fastidio cuanto más vacío y falto de ellos estaba. Por eso no estaba sana mi

[23] Llegó a Cartago hacia final del año 370.

alma; y como llagada y enferma, se salía fuera de sí, miserablemente ansiosa de rozarse con las criaturas sensibles y exteriores, para que le quitasen aquella comezón que le causaban sus llagas. Pero tampoco se amarían aquellas criaturas si no tuvieran alma con que poder amar ellas.

El amar y el ser amado se me proponía como una cosa muy dulce, especialmente si también gozase de la persona que me amaba. Conque venía a ensuciar la clara fuente de la amistad con las inmundicias de la concupiscencia[24], y enturbiaba su candor con el cieno de la lascivia, y no obstante ser impuro y torpe, quería ser tenido -55- por galán y cortesano, muy picado de vanidad, por lo que no tardé mucho en caer en los lazos del amor, cuya prisión deseaba.

Pero ¡oh Dios mío y misericordia mía!, ¡con cuánta hiel y amargura rociasteis aquella suavidad de mis placeres, usando conmigo de vuestra infinita bondad! Porque logré también el ser amado y la posesión del objeto de mi amor, alegre y contento de verme atado con fuertes y funestas ligaduras, para ser después herido y azotado con varas de hierro ardiendo; que esto viene a ser, para quien ama, los celos, las sospechas, los temores, las iras, desazones y contiendas.

Capítulo II

De la afición que tenía a los espectáculos trágicos

2. Me arrebataban también hacia sí los espectáculos del teatro, llenos de imágenes de mis miserias e incentivos del fuego que en mi ardía.

Pero ¿en qué consistirá que cuando un hombre ve representar sucesos lamentables y trágicos, quiere allí dolerse de ellos y sentirlos, y no obstante, él mismo no quisiera padecerlos? Es muy cierto que él desea padecer aquella pena y sentimiento, pues ese mismo sentimiento y dolor es su deleite. Pues ¿qué viene a ser esto sino una gran locura? Porque tanto más se mueve a dolor cualquiera con aquellos lamentables casos cuanto menos sano está de semejantes afectos, aunque cuando es él mismo quien los padece, se suele llamar miseria, y cuando son otros y él se compadece de ellos, se llama misericordia.

---

[24] Alude en esto a la amistad que tomó con una mujer al año siguiente de su llegada a Cartago, teniendo él diecisiete años de edad, y en este mismo año murió su padre, Patricio.

Pero ¿qué misericordia ha de ser la que se ordena a unas cosas puramente representadas y fingidas? Porque allí no se le excita al que está oyendo y mirando para que socorra o favorezca a alguno, sino solamente a que se duela de aquel fracaso, y cuanto más se mueve a dolor y sentimiento, tanto más favor le hace el actor de aquellas representaciones. Y si aquellas calamidades y desgracias (verdaderas o fingidas) se representan de modo que no causen sentimiento y dolor al que las mira, se sale de allí fastidiado y quejándose de los actores; pero si se conmueve y enternece, persevera con más intención, y tiene gusto y alegría en llorar.
3. Pues qué, ¿también se aman los dolores? Lo cierto es que todo hombre desea estar gozoso. ¿Acaso consistirá esto en que ya ningún hombre tenga gusto en ser él mismo infeliz y miserable, o en padecer miseria y trabajo alguno, no obstante, tiene gusto y placer en ser compasivo y misericordioso, y como esto no puede serlo sin padecer alguna pena y dolor, por esta sola razón se apetezcan o se amen los dolores?
Este género de compasión puede provenir del claro manantial de la amistad. Pero ¿adónde va a parar esa corriente? ¿Para qué irá esa agua cristalina de la compasión descaminada y perdida la claridad y celestial serenidad que tiene?, ¿para qué irá a entrarse por su propia inclinación en el precipitado arroyo de pez encendida, que exhala grandes ardores de negras liviandades, en los que ella también se muda y se convierte?

-56-

Pues qué, ¿hemos de desterrar de nosotros la misericordia y compasión? No por cierto. ¿Luego algunas veces se han de amar las penas y dolores? Sí, alma mía, pero cuida mucho de que esa misericordia no vaya a parar a la inmundicia, confiando en la gracia y protección de mi Dios, y *Dios de nuestros padres, digno de ser alabado y ensalzado por toda la eternidad*; guárdate de emplear tu compasión en la inmundicia.
Ahora yo verdaderamente no dejo de compadecerme y tener misericordia, pero entonces en los teatros me complacía con los amantes cuando conseguían el fin de sus depravados amores, aunque allí no lo ejecutasen más que en apariencia y representación. Mas cuando los amantes padecían la pena y sentimiento de verse privados uno de otro, yo también me contristaba y como que tenía compasión; y no obstante esta diferencia y contrariedad de afectos, me deleitaban entrambos. Pero ahora tengo mayor compasión del que se alegra en una maldad, que de otro que padece pena y sentimiento por verse privado de un deleite pernicioso y haber perdido aquella felicidad infeliz.

Ésta es sin duda más verdadera misericordia; pero en ella no causa deleite el dolor y compasión. Porque aunque merece alabanza por su obra y acto de caridad el que se duele y compadece de un miserable, con todo eso más quisiera él, si es legítima y verdaderamente misericordioso, que no hubiera males de que compadecerse. Porque así como es muy posible que la benevolencia sea malévola o quiera algún mal a otro, así lo es también que el verdaderamente misericordioso desee que haya miserables para que él ejercite su misericordia.
Así es cierto que hay un dolor laudable, pero ninguno hay amable. Porque Vos, Dios y Señor mío, que amáis tan finamente a nuestras almas, por eso más pura y perfectamente que nosotros sin comparación alguna, tenéis misericordia porque no va acompañada de dolor ni pena. Pero *¿quién hay que pueda llegar a tanto*?
4. Al contrario me sucedía a mí en aquel tiempo, pues yo, pobre de mí, amaba el compadecerme y buscaba tener de qué dolerme cuando en el trabajo ajeno, fingido y representado, aquella acción y lance con que el cómico me hacía saltar las lágrimas era la que más me agradaba y con mayor vehemencia me suspendía. Pero si andaba yo como infeliz oveja descarriada de vuestro rebaño y sin querer aguantar que fueseis Vos el pasto que me guardaseis, ¿qué maravilla es que estuviese lleno de roña y asquerosos males? De aquí nacía el que yo amase los dolores, no los que me penetrasen muy adentro (pues no deseaba padecer cosas semejantes a las que veía representar), sino unos dolores con los cuales, oídos y representados, me estragase superficialmente; pero a estos dolorcillos exteriores, que hacían lo mismo que las uñas de los que se rascan, se seguía una hinchazón ardiente y una inflamación con materia y corrupción lastimosa. Tal era mi vida; pero Dios mío, ¿era vida eso?

-57-

Capítulo III

De lo mucho que le disgustaba la conducta de los estudiantes de Cartago

5. Entretanto, vuestra misericordia, fiel siempre conmigo, andaba como volando alrededor de mí, aunque a lo lejos, porque estando yo entregado a tantas maldades y siguiendo los impulsos de mi sacrílega curiosidad, que, alejándome de Vos, me conducía y llevaba a cometer innumerables bajezas y perfidias, que eran otros tantos viles y engañosos sacrificios, en que ofrecía mis malas operaciones en obsequio de los demonios, Vos, Señor,

infinitamente misericordioso, disponíais que en todos mis desórdenes hallase mi castigo.
También me acuerdo de que en un día de fiesta y dentro de las paredes de vuestro templo, me atreví a desear desordenadamente un objeto y tratar allí un asunto que me había de producir frutos de muerte. Por eso me castigasteis con graves penas; pero fueron nada respecto de mi culpa, Dios mío, misericordia mía, amparo mío y defensa contra los terribles males en que anduve soberbiamente confiado y orgulloso, apartándome lejos de Vos, siguiendo mis caminos y no los vuestros, y amando una fugitiva libertad que no alcanzaba.
6. También aquellos estudios en que me empleaba y tenían nombre de buenos y honestos se dirigían y ordenaban a que luciese en los tribunales y sobresaliese en los pleitos y alegatos, consiguiendo tanto mayores elogios cuanto inventase y usase mayores engaños. ¡Tan ciegos son los hombres, que llegan a gloriarse de su misma ceguedad!
Ya era yo el primero y principal en la clase de retórica, de lo cual estaba soberbiamente gozoso e hinchadamente vano, aunque mucho más quieto y moderado que otros (como Vos, Señor, lo sabéis), y enteramente apartado de las pesadas burlas y chascos que hacían aquellos estudiantes traviesos y revoltosos, que llamaban *eversores* o trastornadores (nombre infausto y diabólico que se ha hecho ya como insignia y distintivo de urbanidad), entre los cuales vivía yo con una especie de vergüenza porque no era como ellos. Yo me mezclaba y andaba con ellos y me complacía su amistad, aunque siempre tenía oposición y horror a sus desordenadas travesuras, esto es, a los engaños y chascos con que descaradamente perseguían e insultaban la cortedad y vergüenza de los forasteros y desconocidos, para inquietarlos y descomponerlos sin motivo ni interés alguno más que hacer burla de ellos, y fomentar con estos chascos y burlas sus mal intencionadas alegrías. Nada hay que se parezca más a lo que hacen los demonios que lo que hacían aquéllos. Y así, ¿qué nombre les convenía mejor que el de *trastornadores*? Pero antes eran trastornados ellos, burlándolos y engañándolos ocultamente los falaces y malignos espíritus, en su misma intención de burlarse de los otros y engañarlos.

Capítulo IV

Cómo se encendió en amor a la filosofía, leyendo el tratado de Cicerón que se intitula *Hortensio*

7. En compañía de éstos estudiaba entonces, siendo aún de poca edad, los libros que trataban de la elocuencia, en la cual deseaba yo sobresalir por un fin tan reprensible y vano como era el deseo de la vanagloria y aplausos de la vanidad humana.
Siguiendo el orden acostumbrado en mi estudio, había llegado a un libro de Cicerón, cuyo lenguaje casi todos admiran, aunque no tanto su ánimo y espíritu. Aquel libro contiene una exhortación del mismo Cicerón a la filosofía, y se intitula el *Hortensio*. Este libro trocó mis afectos y me mudó de tal modo, que me hizo dirigir a Vos, Señor, mis súplicas y ruegos, y que mis intenciones y deseos fuesen muy otros de lo que antes eran. Luego al punto se me hicieron despreciables mis vanas esperanzas y con increíble ardor de mi corazón deseaba la inmortal sabiduría, y desde entonces comencé a levantarme para volver a Vos. Porque no leía aquel libro para ejercitarme en hablar bien (como juzgarían todos los que supiesen que para este fin estaba yo estudiando a expensas de mi madre, teniendo ya entonces diecinueve años, y habiendo más de dos que mi padre había muerto); no lo leía, pues, ni lo estudiaba para ejercitarme y perfeccionarme en la elocuencia, ni me había él persuadido a seguir lo bien que hablaba, sino lo bueno que decía.
8. ¡Con cuánto ardor, Dios mío, deseaba volver a tomar vuelo y elevarme sobre estas cosas terrenas hasta llegar a Vos! Yo no conocía lo que ejecutabais conmigo por medio de semejantes afectos y deseos, porque en Vos está la sabiduría, en cuyo amor me encendió tanto aquel libro, persuadiéndome lo que en griego se llama filosofía, que es lo mismo que *amor de la sabiduría*. Muchos hay que engañan por medio de la filosofía, coloreando y desfigurando sus errores con la grandeza y dulzura de tan decoroso nombre, y casi todos los que en aquellos tiempos y en los anteriores habían hecho engaños semejantes, están notados y descubiertos claramente en aquel libro. Allí también se halla aquel saludable aviso y amonestación de vuestro divino Espíritu, hecha a los hombres por boca de un siervo vuestro justo y santo: «Estad atentos y cuidadosos para que ninguno os engañe por la filosofía y vana falacia, fundada en doctrina de los hombres, y conforme a los principios

de la mundana ciencia, y no según la de Jesucristo, en quien habita corporalmente toda la plenitud de la Divinidad».
Por lo que a mí toca, bien sabéis, luz de mi corazón, que aún no tenía noticia de estas palabras del Apóstol y lo que únicamente me deleitaba en aquella exhortación era que me encendía en deseos, no de esta o aquella determinada secta de filósofos, sino a que amase y buscase, consiguiese y abrazase fuertemente la sabiduría, tal cual ella era en sí misma, y solamente una cosa me templaba aquel ardor y deseos, y era el no encontrar allí el nombre de Jesucristo. Porque este nombre, por misericordia vuestra, Señor, este nombre de vuestro Hijo y mi Salvador, aun siendo yo niño de pecho, lo había bebido y mamado con la leche de mi madre, y lo conservaba grabado -59- profundamente en mi corazón, y todo cuanto estuviese escrito sin este nombre, por muy erudito, elegante y verdadero que fuese, no me robaba enteramente el afecto.

Capítulo V

Le desagradaron las Sagradas Escrituras por parecerle que tenían un estilo humilde y llano

9. Determineme, pues, a dedicarme a la lección de las Sagradas Escrituras, para ver qué tales eran. Y conocí desde luego que eran una cosa que no la entendían los soberbios y era superior a la capacidad de los muchachos; que era humilde en el estilo, sublime en la doctrina y cubierta por lo común y llena de misterios; y yo entonces no era tal que pudiese entrar en ella, ni bajar mi cerviz para acomodarme a su narración y estilo. Cuando las comencé a leer hice otro juicio muy diferente del que refiero ahora, porque entonces me pareció que no merecía compararse la Escritura con la dignidad y excelencia de los escritos de Cicerón. Porque mi hinchazón y vanidad rehusaba acomodarse a la sencillez de aquel estilo, y por otra parte no alcanzaba mi perspicacia a penetrar lo que interiormente contenía. Pero la Sagrada Escritura es tal, que se deja ver sublime y elevada a los ojos de los que son humildes y pequeños, y yo me desdeñaba de ser pequeño y me tenía por grande, siendo solamente hinchado.

Capítulo VI

Del modo con que los maniqueos le engañaron

10. De aquí nació que vine a dar en manos de unos hombres tan soberbios como extravagantes[25], y además de eso, carnales y habladores, en cuyas lenguas estaban ocultos los lazos del demonio, y cuyas palabras eran como una liga confeccionada, en que se mezclaban las sílabas de vuestro nombre, del de mi Señor Jesucristo y del Espíritu Santo, abogado y consolador de nuestras almas. Estos nombres los tenían siempre en la boca, pero era solamente en cuanto al sonido de las palabras, pues el corazón lo tenían vacío de la verdad. Pero ellos repetían frecuentemente estas voces: *Verdad, verdad*, y me la recomendaban mucho y nunca se encontraba en ellos; antes por el contrario, me decían muchas falsedades, no solamente hablando de Vos[26],

---

[25] Éstos eran los maniqueos, cuyo jefe fue un persa, que antes se llamaba Urbico o Cúbrico y después tomó el nombre de *Manés*: cuyo nombre daba a entender su locura (pues *Manés* en griego quiere decir furioso); pero sus discípulos, como dice San Agustín en el libro de las *Herejías*, herejía 46, duplicando la *n* de su nombre, le llamaron manniqueo, para que significase el que vertía manná: *Mannichoeum, quasi manna fundentem*.
Cayó Agustín en manos de los maniqueos el año de 374 y estuvo enredado en sus errores por espacio de nueve años, como él mismo repite en varias partes. Pero a los veintiocho años de su edad, que era el año de 383, fue cuando le acabó de disgustar su doctrina, y los dejó y despreció.

[26] El primero y principal error de los maniqueos era acerca de la naturaleza divina. Lo primero que enseña Manés era que había dos principios entre sí contrarios y coeternos, y que eran dos sustancias: una del bien y otra del mal. 2.º Que cuando ambas sustancias pelearon entre sí, se mezcló el mal con el bien. 3.º Que de esta mezcla fue de donde Dios, o la naturaleza del bien, fabricó y formó el mundo. 4.º Que esta luz corporal, que se extiende infinitamente, mezclándose en todas las cosas luminosas y lúcidas (entre las cuales también cuentan a nuestras almas), es la misma sustancia y naturaleza de Dios. De donde se sigue que ya nuestras almas, ya las demás cosas lúcidas y luminosas, eran trozos de la sustancia divina.
De los elementos enseñaba también varias extravagancias fabulosas. Lo primero, que los elementos eran dobles, cinco buenos y cinco malos. 2.º Que los cinco primeros fueron producidos por la naturaleza del bien y los cinco segundos por la del mal. 3.º Que de aquellos buenos habían dimanado las virtudes santas y de estos otros malos los principios de las tinieblas. 4.º Que los elementos malos eran éstos: *El humo, las tinieblas, el fuego, el agua y el viento*, a los cuales se oponían los cinco buenos, de este modo: al humo *el aire*, a las tinieblas *la luz*, al fuego malo *el fuego bueno*, al agua mala *el agua buena*, al viento malo *el viento bueno*. 5.º Que para pelear con los elementos malos, fueron enviados desde el reino y sustancia de Dios los elementos buenos, y en aquella pelea se mezclaron los unos con los otros. 6.º Que en el elemento del humo nacieron los animales de dos pies y, entre ellos,

que sois la misma verdad, sino también hablando de -60- los elementos del universo, que son obra de vuestras manos. Yo debiera, oh Padre mío, infinitamente bueno y hermosura de todas las criaturas, haber dejado por vuestro amor a todos los filósofos, aunque hayan hablado bien y enseñado doctrinas verdaderas acerca de los tales elementos.

¡Oh verdad, verdad, cuán entrañablemente y de lo íntimo de mi alma suspiraba por Vos, aun en aquel tiempo cuando ellos me hablaban de Vos frecuentemente y de diversos modos, ya sólo de palabra, ya también en sus libros, que eran muchos y grandes!

Éstos eran los platos en que estando yo muy hambriento de Vos, me ministraban ellos el manjar de su doctrina, proponiéndome en lugar de Vos el sol y la luna, hermosas obras vuestras; pero finalmente obras vuestras; no Vos mismo, ni aun las mejores y más principales de vuestras obras. Porque vuestras criaturas espirituales son mucho más excelentes que todas estas corpóreas, por más resplandecientes y celestiales que sean.

Pero mi sed y mi hambre no eran tampoco de aquellas criaturas perfectas y superiores, sino de Vos mismo, de Vos, Verdad eterna, en que no puede *haber mudanza alguna, ni la oscuridad más leve y momentánea*. No obstante, en los platos de sus libros me presentaban unas ficciones brillantes y especiosas, respecto de las cuales sería mejor amar a este sol (que a lo menos descubre a nuestra vista un verdadero ser), que amar aquellos fantasmas falsos con el alma engañada por los ojos.

Y con todo eso, juzgando yo que aquello que me proponían erais Vos, y teniéndolo por verdad, me alimentaba de ello, aunque no con ansia y apetito, porque en mi paladar no perciba el sabor y gusto de lo que Vos sois: como no erais Vos aquellas vanas ficciones, no me nutría con ellas ni medraba, antes bien me enflaquecía más y consumía.

Una comida soñada es muy parecida a las comidas verdaderas de que se alimentan los que están despiertos y, no obstante ser tan parecidas, no se alimentan ni mantienen con aquel manjar soñado los que están dormidos; pero aquellos otros manjares intelectuales -61- de que voy hablando, ni siquiera se parecían a Vos de modo alguno, como después me lo habéis manifestado Vos mismo, porque aquéllos eran unos cuerpos fingidos y fantásticos, respecto de los cuales son mucho más ciertos y verdaderos entes todos estos cuerpos celestiales y terrenos que vemos con los ojos corporales, y que los ven igualmente que nosotros los brutos y las aves, los cuales tienen

---

también los hombres: en las *tinieblas* los que andan arrastrando; en el *fuego* los cuadrúpedos; en las *aguas* los animales que nadan; y en el *viento* los que vuelan.

más cierto y verdadero ser en sí mismos, que en aquellas imágenes que en nuestra imaginación formamos de ellos. Y aún tienen más certeza y realidad aquellas imágenes que en nuestra fantasía formamos de los cuerpos, que los otros fantasmas enormes e infinitos, que con ocasión de aquéllas imaginábamos y fingíamos nosotros, pues absolutamente son nada y no tienen ser alguno en toda la naturaleza, de cuyos fantasmas vanos y fingidos me apacentaba yo entonces, o por mejor decir, no me apacentaba.

Pero Vos, oh amor mío, a quien acudo desfallecido para tener fortaleza, ni sois estos cuerpos tan hermosos que vemos en los cielos, ni los otros que no vemos allí ni los descubrimos, porque Vos sois el que los ha creado a todos ellos, y aun no son ellos las cosas más excelentes y perfectas que habéis creado. Pues ¡cuán lejos estáis de ser aquellos fantasmas que imaginaba yo mismo, y que eran solamente fantasmas de unos cuerpos que no hay ni tienen ser en todo el universo!, respecto de los cuales tienen más verdadero ser y más cierta realidad las imágenes que formamos de aquellos cuerpos que hay verdaderamente en el mundo; pero también los cuerpos tienen más cierto ser y realidad en sí mismos que los fantasmas o ideas que en nuestra imaginación formamos de ellos. No obstante eso, ni Vos sois esos cuerpos tan reales y verdaderos, ni tampoco sois el alma que da la vida a los cuerpos, en lo cual es mejor, más noble y cierto que los cuerpos mismos. Pero Vos sois la vida de las almas, vida de las vidas, que vivís por Vos mismo y sin mudanza alguna, ¡oh vida de mi alma!

11. Pues ¿dónde estabais entonces para mí? ¡Cuán lejos estabais de mí, Dios mío! Mas yo era el que andaba alejado de Vos, y que me veía, como el hijo pródigo, privado aun *de las bellotas con que alimentaba a los cerdos*. Porque, a la verdad, ¡cuánto mejores eran las fábulas de los gramáticos y poetas que estas ilusiones y trampas engañosas! Pues los versos y composiciones poéticas, y aun la representación de Medea volando por esos aires, son ciertamente más útiles y conducentes que la doctrina de aquellos impostores, que ponían y enseñaban haber *cinco elementos*, los que decían estar colocados en *cinco cuevas o cavernas tenebrosas*. Todo lo cual, además de ser fingido y no tener ser alguno, es tan perjudicial, que da la muerte a quien lo llega a creer. Pero los versos y poesías los traslado a verdaderos principios y hago que me sirvan de pasto verdadero, y si cantaba o refería en verso la fábula de Medea, que volaba por los aires, no era afirmándolo como verdadero, ni tampoco lo creía aunque se lo oyese referir a otro; pero aquellas doctrinas confieso que llegué a creerlas.

¡Pobre infeliz de mí!, ¡por qué grados fui cayendo hasta dar en el profundo abismo en que me veía! Porque yo, Dios mío (a quien confieso todas mis miserias, pues tuvisteis piedad de mí antes que yo pensase confesároslas),

con mucha fatiga y ansia, por hallarme tan -62- falto de la verdad, os buscaba, Dios mío, con los ojos y demás sentidos de mi cuerpo, y no con la potencia intelectiva, en que Vos quisisteis que me distinguiese y aventajase a los irracionales, siendo así que Vos estabais más dentro de mí que lo más interior que hay en mí mismo, y más elevado y superior que lo más elevado y sumo de mi alma.
De este modo vine a dar con aquella mujer[27] atrevida y sin prudencia, de quien hace un enigma Salomón, y la propone sentada en su silla a la puerta de su casa, diciendo a los pasajeros: *Comed gustosamente de los panes ocultos y guardados, y bebed el agua hurtada, que es más dulce*. Ésta, pues, me engañó fácilmente, porque me halló vagueando fuera de mí, esto es, ocupado en las cosas exteriores y que se ven y perciben por los sentidos corporales, que eran únicamente las que yo meditaba en mi interior.

Capítulo VII

Cómo se dejó llevar de la doctrina de los maniqueos

12. No sabía ni conocía yo que hubiese alguna otra cosa que verdaderamente existiese fuera de las corpóreas y sensibles, y así me parecía que obraba como hombre de entendimiento y de ingenio agudo conformándome con aquellos necios que me engañaban, preguntándome de dónde procedía lo malo, si tenía Dios forma corpórea, y si tenía también cabellos y uñas, si se habían de tener por justos los que tenían muchas mujeres a un tiempo, y los que quitaban la vida a otros hombres y sacrificaban animales.
Como yo estaba ignorarte de la verdad acerca de estas cosas, me hallaba no poco embarazado y perturbado con tales preguntas, y por los mismos medios y con los mismos pasos con que me apartaba de la verdad me parecía que la iba alcanzando, por no haber llegado todavía a conocer que no es otra cosa el mal sino privación del bien, hasta llegar al mayor mal, que es la nada y privación de todo bien. Pero ¿cómo lo había yo de conocer, si mi conocimiento por los sentidos no pasaba de las cosas corpóreas, y con el interior conocimiento del alma no pasaba de los fantasmas o especies de mi fantasía?

[27] En este enigma entiende aquí San Agustín la secta maniquea, en que cayó engañado por las razones que refiere en este capítulo y en el siguiente, y por otras que se pueden ver en Tillemont, tomo 13, capítulo VIII.

Tampoco había llegado a conocer que *Dios es un puro espíritu* y que no tiene partes extensas a lo largo ni a lo ancho, ni cantidad corpórea, material y de bulto, porque ésta necesariamente ha de ser menor en una parte sola que en el todo. Y aunque se supusiese que dicha cantidad era infinita, seria menor contraída a un cierto y determinado espacio, que extendida por un espacio infinito, y así no estaría toda ella en todas partes, como lo está el espíritu y como lo está Dios. Y además de esto, ignoraba totalmente qué es lo que hay en nosotros por donde seamos semejantes a Dios, y por lo que pueda decir la Escritura con verdad que fuimos formados *a imagen y semejanza de Dios*.
13. Ni había llegado a conocer aquello en que consiste la justicia -63- interior y verdadera, que no arregla sus juicios por la costumbre, sino por la ley rectísima dada y establecida por un Dios todopoderoso, para que se formasen las costumbres de todas las regiones y edades con arreglo a ella, que sabe acomodarse a todas las edades y regiones, no obstante ser una misma en todas partes y tiempos, y no tener diversidad alguna en esta parte respecto de la otra, ni ser de diverso modo en este que en otro tiempo. Con arreglo a esta justicia fueron justos Abraham, Isaac, Jacob, Moisés, David y todos los demás que han sido alabados por boca del mismo Dios, aunque los tenga por inicuos la multitud de los ignorantes, que *juzgan de todo por principios humanos* y miden las costumbres de todo el mundo por el nivel de las suyas y de su tiempo. Esta ignorancia es semejante a la de un hombre que no entendiendo palabra en materia de armaduras, ni sabiendo cuál de ellas corresponde a cada parte del cuerpo, quisiese cubrir la cabeza con las grebas, que es la armadura que corresponde a las piernas, y a éstas quisiese calzarles el morrión o celada, que es para la cabeza, y luego murmurase y se quejase de que ni lo uno ni lo otro se ajustaba ni le sentaba bien. O como si un mercader, en un día en que había ley para que se guardase fiesta desde el mediodía adelante, se diese por ofendido porque no se le permitía vender por la tarde, permitiéndosele vender por la mañana; o como si uno se admirara de ver que en una misma casa se le permitía a un criado inferior coger algunas cosas en la mano, que no se le permitía a otro más principal, v. gr., al copero, que está destinado a ministrar la bebida; o como si uno afeara que se ejecutase detrás de los pesebres lo que no se permitía hacer delante de la mesa; o se indignase porque siendo una la habitación y una la familia, no se daba a todos y en todas partes un mismo trato y una misma cosa.
Así vienen a ser éstos que se irritan cuando oyen decir que en aquellos siglos les fue lícita a los justos alguna cosa que a los de nuestro tiempo les está prohibida, y porque a aquéllos mandó Dios una cosa y a éstos otra, según la diversidad de motivos que ocurrían en diversos tiempos; no obstante que los unos y los otros obraban arreglados a una misma rectitud y justicia. Por ellos

mismos están continuamente experimentando que en el cuerpo de un mismo hombre corresponde y viene bien a una parte lo que a otra no le corresponde, que en un mismo día es lícito hacer esta o aquella cosa un poco antes, que de allí a una hora ya no es lícito hacerla, que en una misma casa se permite o se manda hacer alguna cosa en un lugar determinado, que justamente se prohíbe o se castiga que se ejecute en otro.
¿Por ventura se podrá decir por esto que la justicia es mudable y varia? Los tiempos, a quienes ella preside sin mudanza, son los que se varían y se mudan, porque no pueden venir todos juntos, sino sucesivamente unos tras otros, porque esto pide esencialmente el ser y naturaleza de los tiempos.
Pero los hombres, cuya vida sobre la tierra es tan corta, como por una parte no pueden enlazar sensiblemente las causas y motivos que reglaron las costumbres de los primeros siglos, y las de las otras naciones que ellos no han tratado ni experimentado, con las que están experimentando y viviendo todos los días, y por otra parte pueden fácilmente ver en un mismo cuerpo, en un mismo día y en -64- una misma casa qué es lo que corresponde a cada uno de los miembros, a cada uno de los instantes y a cada uno de los sitios y personas de una casa; de ahí es que acusan y reprenden aquella diversidad de costumbres, y se conforman con esta otra diversidad de acciones.
14. Todas estas cosas las ignoraba yo entonces, o no las consideraba, y aunque por todas partes se están viendo a los ojos, yo no las veía. Pues aun cuando hacía versos, sabía muy bien que no debía ni podía poner cualesquiera pies en cualquier parte del verso, sino en tal y tal especie de verso, tal y tal pie determinado y en una misma especie de verso no podía poner en todas partes un pie mismo; y el arte de poesía, que daba estas reglas diferentes, no era diverso de sí mismo en un paraje y en otro, sino un solo y único arte que a un mismo tiempo contenía todas estas reglas diferentes.
Pero yo contemplaba que la justicia que había dado la regla a las acciones de los hombres justos y santos contenía mucho mejor y con mayor excelencia y sublimidad todos sus preceptos juntos y de una vez, aunque eran entre sí tan diferentes, sin variarse ella ni admitir mutación alguna, no obstante que en varios tiempos no lo mandaba todo junto, sino que distribuía y repartía en diversos tiempos lo que a cada uno era correspondiente y propio. Y yo, que estaba tan ciego que no veía estas cosas, me atrevía a reprender a aquellos antiguos y santos patriarcas, que no solamente usaban de las cosas que tenían presentes del modo que Dios les mandaba e inspiraba, sino que también anunciaban las cosas venideras según y como Dios se las revelaba.

Capítulo VIII

Explica contra los maniqueos qué pecados se deben detestar siempre

15. Pero ¿acaso podrá señalarse algún tiempo o lugar donde se tenga por malo o se dé por cosa injusta el amar a Dios de todo corazón, con toda el alma y con todas sus potencias, y el amar cada uno a su prójimo como a sí mismo? Por eso todas aquellas maldades que son contra la naturaleza, en todas partes y en todos tiempos son abominables y dignas de castigo, como lo fueron las de los habitantes de Sodoma . Y aunque todas las gentes del mundo se conformaran en cometer aquellas maldades, no por eso dejarían de ser reos del mismo delito y pena, atendiendo a la justicia y ley divina, por cuanto Dios no formó a los hombres para que usasen de sí tan torpemente los unos de los otros. Y así se deshace y se rompe aquella íntima unión y sociedad que debemos tener entre nosotros y Dios, cuando se mancha con el uso perverso de la concupiscencia carnal aquella misma naturaleza que le tiene y reconoce por su Autor.

Pero aquellos delitos y maldades que solamente son contra las costumbres de los hombres en pueblos diferentes se deben evitar siguiendo la diferencia de costumbres de cada pueblo, para que lo que tengan entre sí ordenado y establecido por costumbre o por ley de la ciudad o de la nación no se quebrante por vicioso antojo de ningún ciudadano o extranjero. Porque verdaderamente es torpe y fea cualquiera parte de un cuerpo que no se conforma y conviene con su todo.

-65-

Pero cuando Dios manda alguna cosa que es contra la costumbre o estatuto de cualesquiera gentes o pueblos, sin duda se debe hacer aunque no se haya hecho allí jamás; y si antes se ejecutaba y se había ya interrumpido, se debe hacer y ejecutar de nuevo; y si no estaba mandado y establecido que se hiciese la tal cosa, se debe establecer y mandar que se haga. Porque si puede un rey mandar en la ciudad y territorio donde reina lo que ninguno de sus antecesores ni tampoco él mismo había mandado hasta entonces, y el obedecerle no es contra las leyes de la sociedad, antes bien lo sería el dejar de obedecerle, porque es deber y concierto universal de la sociedad humana el obedecer a sus reyes; Dios, que es Rey universal de todas las criaturas, ¿cuánto más debe ser obedecido sin la más leve duda en todo cuanto mandare? Porque así como entre los magistrados y gobernadores de la

sociedad humana hay uno superior a quien deben obedecer los subalternos, así Dios, como superior a todos, de todos debe ser obedecido.
16. También son detestables y dignos de castigo los delitos que se cometen contra el prójimo con deseo de hacerle algún daño, ya sea de palabra diciéndole alguna afrenta, ya de obra haciéndole algún agravio; y esto tanto si se hace por vengarse de él, como por conseguir algún exterior provecho o interés, como sucede al ladrón respecto del pasajero a quien roba; o por evitar algún mal que le ha de sobrevenir de otro a quien teme; o teniéndole envidia, como acontece en el que es infeliz respecto de otro dichoso, y en el que estando en prosperidad teme y le pesa de que otro se le iguale; o por sólo el gusto y deleite que él saca del daño ajeno, como los que se deleitan en hacer burla de otros, o pegarles chascos.
Éstas son las principales especies de la iniquidad, las cuales nacen del apetito desordenado de dominar, de la vana curiosidad y deseo de ver, o del apetito desordenado de los deleites sensuales, ya sea juntándose todos tres apetitos, ya dos de ellos, ya uno solo. Pues de este modo, dulcísimo y altísimo Dios mío, todos los desórdenes de nuestra vida son transgresiones de vuestra divina ley, o contra los tres primeros preceptos, o contra los siete últimos de vuestro Decálogo, figurado y entendido en la Escritura por *El salterio de diez cuerdas*.
Pero ¿qué maldades de los hombres pueden llegar hasta Vos, que sois inviolable?, ¿ni qué ofensas pueden ellos efectivamente ejecutar contra Vos, a quien es imposible hacer mal o daño alguno? Pero ¡ah! que Vos castigáis los males que ejecutan contra sí mismos los hombres (pues aun pecando contra Vos, obran cruelmente y sin piedad contra sus almas, y esto es *proceder engañosamente la maldad contra sí misma*), ya sea viciando y pervirtiendo su propia naturaleza, que Vos creasteis y ordenasteis, ya sea usando inmoderadamente de las cosas lícitas, o deseando ardientemente las que no son permitidas, para abusar de ellas *contra el orden natural*, ya se hagan reos por desmandarse contra Vos con interiores afectos o con palabras exteriores, *tirando coces contra el aguijón*, ya sea finalmente cuando rotos los lazos de la sociedad humana y traspasados sus límites, se alegran temerarios y atrevidos con las particulares alianzas o con las divisiones que ellos entre sí privadamente forman, según que el estado actual de las cosas les agrada o les disgusta.

-66-

Estas maldades ejecutan los hombres cuando os dejan a Vos, que sois fuente de la vida, único y verdadero Creador y Gobernador del universo; y por su

propia soberbia y particular orgullo aman en las criaturas un bien aparente y falso. Así es constante que no se vuelve a Vos sino por medio de una humilde piedad, y Vos entonces nos sanáis de nuestras malas costumbres, y perdonáis sus pecados a los que humildemente los reconocen y confiesan, y oyendo Vos los gemidos y sollozos de los pecadores, que se ven aprisionados con los hierros de sus culpas, nos desatáis y dejáis libres de las cadenas que nosotros mismos nos habíamos forjado. Por el contrario, mientras nos sublevamos contra Vos por seguir la falsa libertad de nuestro desenfreno, con el deseo y ansia de conseguir más, padecemos el castigo de perderlo todo, por amar nuestro bien particular más que a Vos mismo, que sois el bien universal de todos.

Capítulo IX

De la diferencia que hay entre los pecados; y de la que hay también entre el juicio de Dios y el de los hombres

17. Pero entre tantas maldades y delitos de los hombres, entre la multitud de sus iniquidades, hay también que contar aquellas faltas que cometen los que comienzan a aprovechar en la virtud; las cuales son reprendidas y vituperadas por aquellos que juzgan rectamente, atendiendo a las reglas de la perfección, y son también alabadas de otros, atendiendo al fruto que esperan de ellas, como se alaba por lo común el trigo aún recién nacido y en verde.

Otras acciones hay que se parecen a los graves delitos y pecados, y realmente no son pecados ni delitos, porque ni son ofensas contra Vos, Dios y Señor mío, ni son contra el bien común y sociedad humana, como cuando se hace alguna prevención y acopio de las cosas propias de la estación del tiempo y necesarias para la vida y, por otra parte, no hay certeza de que sea este cuidado efecto de una codicia desordenada; o cuando se castiga con legítima potestad a los culpados, pero ignorándose si los jueces lo hacen movidos de un mal deseo de mortificarlos. Y así, muchas cosas que a los hombres les parecen vituperables y malas, Vos, Señor, las aprobáis y dais por buenas; y otras muchas, alabadas de los hombres, Vos las desaprobáis como culpables, porque muchas veces la exterior apariencia de la obra es muy distinta del ánimo e intención de quien la ejecuta y de lo que pedía la circunstancia oculta del tiempo en que se hizo o determinó.

Pero cuando Vos mandáis de nuevo alguna cosa nunca usada, no obstante que en otro tiempo la hubieseis prohibido, y que no manifestéis la causa y

motivo de mandarla entonces, y aunque finalmente sea contra los estatutos de la sociedad de algunos particulares, ¿quién duda de que se ha de hacer lo que mandáis, siendo cierto y constante que ninguna sociedad de hombres se debe tener por justa y buena sino aquella que os sirve y obedece? Pero dichosos aquéllos que saben ciertamente que Vos habéis mandado alguna cosa, porque entonces vuestros siervos hacen todas las cosas, o para cumplir las obligaciones que tocan al tiempo presente, o para prevenir y anunciar lo que ha de suceder en lo futuro.

-67-

Capítulo X

Desvaríos de los maniqueos acerca de los frutos de la tierra

18. Siendo así que ignoraba yo estas cosas, me burlaba de aquellos santos antiguos que fueron vuestros siervos y vuestros profetas. ¿Y qué es lo que hacía con burlarme de ellos, sino daros motivo de que os burlarais de mí, pues vine poco a poco a dar insensiblemente en aquellas extravagancias y desvaríos de creer que cuando los higos se arrancaban del árbol, ellos y la higuera, que era su madre, lloraban de sentimiento[28] lágrimas de leche? Pero que si algún santo de los maniqueos[29] comía aquel higo arrancado (suponiendo que él no hubiese cometido el delito de arrancarle, sino que le

[28] Entre los innumerables desvaríos de la doctrina de los maniqueos era uno el atribuir a las plantas vida sensitiva; y que así no se podía cortar o arrancar fruto, rama u hoja de algún árbol o planta sin que se les causase algún dolor o sentimiento, y que tampoco era lícito el arrancar las espinas o hierbas malas de una heredad, por lo cual abominaban la agricultura, con ser la más inocente de las artes, porque era rea de muchos homicidios y hacía muchas muertes. San Agustín en el libro *De Haeresib.*, haer. 46.

[29] Se distinguían en dos clases los maniqueos: los unos se llamaban *electos* o *santos*, los otros *auditores* u *oyentes*. Los primeros eran aquéllos que habían adelantado tanto en su locura, que pudieran ser ya maestros de ella y estaban firmes y constantes en su error. Los segundos eran los que, no hallándose todavía instruidos en aquella doctrina, estaban como vacilantes y dudosos en ella, y eran discípulos u oyentes de los otros, y como catecúmenos de aquella secta: en esta clase y orden estuvo San Agustín, sin haber pasado nunca a la otra clase de los efectos.

hubiese cortado o arrancado otro), y por medio de la digestión le mezclaba[30] con su propia sustancia, después, gimiendo y sollozando en su oración,

[30] Habiéndose mezclado entre sí el bien y el mal en aquella batalla que tuvieron, decían que era necesario limpiar y purificar el bien separándole del mal, con quien estaba mezclado. Y esta purificación y separación fingían ellos que se hacía de diversos modos: 1.º Por la virtud divina en todo el mundo y sus elementos. 2.º Por los ángeles de luz se purificaba la sustancia del bien que estaba mezclada y como atada en la sustancia del mal en los demonios. 3.º Por los electos, que comiendo, libertaban una parte de la sustancia buena y divina que estaba mezclada con la mala, y como atada a los manjares y bebidas, las cuales partículas de la sustancia divina, mediante la masticación y digestión hecha en el estómago del electo, se libertaban y desataban, y ellos exhalaban o respiraban aquellas partículas, que unas eran ángeles y otras eran almas. 4.º Esta purificación del bien no la podían hacer sino los electos. 5.º A los auditores u oyentes se les perdonaban aquellas muertes (que precisamente habían de hacer en las plantas, siendo labradores), porque daban de comer a los electos, que purificaban la divina sustancia. Y así los electos ni labraban los campos ni cogían los frutos, sino que era la obligación de los oyentes el traerles todo lo necesario. 6.º Pero esta purificación no la hacían comiendo carnes, porque decían que cuando mataron a aquel animal, huía de la carne la divinidad que había antes en ella, fuera de que aquella carne muerta, decían, no era digna de purificarse en el

despedía en el aliento y exhalaba de aquel higo no sólo ángeles, sino también partículas del Dios sumo y verdadero, las cuales hubiesen estado siempre atadas a aquel higo si no se hubieran disuelto por los dientes y estómago de aquel varón santo y *escogido*.

-68-

Y yo, infeliz y miserable, creía que mayor misericordia debíamos usar con los frutos de la tierra que con los hombres para quienes se producían. Porque si alguno que estaba necesitado de alimentos los pedía, sería como condenar a muerte aquel fruto, si se le daba a alguno que no fuese maniqueo.

---

estómago de los electos, los que también se abstenían de todo vino y mosto, porque era *la hiel del príncipe de las tinieblas*. 7.º Decían, por último, de sus delirios, que todo cuanto de divina sustancia se purificaba en todo el universo lo recogían y juntaban los ángeles y lo ponían en dos naves, que eran el Sol y la Luna, y lo llevaban al reino de Dios, a quien pertenecía.

Todos esos desatinos me ha parecido conveniente declararlos, porque sirven para entender mejor algunos lugares del Santo en esta obra; de los mismos y de muchos más trata el Santo en el libro que intituló: *De los errores de los maniqueos*.

Capítulo XI

Llanto y sueño de Santa Mónica acerca de la conversión de su hijo Agustín

19. Vos, Señor, usando conmigo de vuestra paternal benignidad, desde lo alto del cielo extendisteis vuestra mano poderosa y sacasteis a mi alma de una profundidad tan oscura y tenebrosa como ésta, habiendo mi madre, vuestra sierva fiel, derramado delante de Vos más lágrimas por mí que las otras madres por la muerte corporal de sus hijos. Porque con la fe y espíritu que Vos le habíais dado, veía ella la muerte de mi alma. Mas Vos, Señor, os dignasteis oír sus oraciones; Vos os dignasteis oírla y no despreciasteis sus lágrimas, que copiosamente corrían de sus ojos, hasta regar con ellas la tierra en todos los sitios en que se ponía a hacer oración por mí en presencia de vuestra divina Majestad, que se dignó oírla y atender a su llanto y oración. Porque, ¿de dónde sino de Vos le había de venir aquel sueño que tuvo, con el cual la consolasteis tanto que me permitió vivir[31] en su compañía, comer a su mesa y habitar en su casa, lo que antes no había querido consentir por lo mucho que ella aborrecía y detestaba los errores y blasfemias de mi secta? Un día, pues, estando dormida, soñó que estaba puesta de pie sobre una regla de madera, y que se le acercó un joven gallardo y resplandeciente con rostro alegre y risueño, estando ella muy afligida y traspasada de pena, el cual le preguntó la causa de su aflicción y tristeza, y de tantas lágrimas como derramaba todos los días, no para saberlo de su boca, sino para tomar de aquí ocasión de instruirla y enseñarla, como suele suceder en tales sueños. Ella le respondió que era mi perdición lo que la hacia llorar, y él le mandó entonces y le amonestó (para que viviese más segura en este punto) que reflexionase con atención y viese que donde ella estaba, allí mismo estaba yo también. Luego que oyó esto miró con atención y me vio estar junto a sí en la misma regla. ¿De dónde le vino este consuelo sino de aquella suma bondad con que atendíais a los gemidos de su corazón? ¡Oh!, ¡cuán bueno sois, Dios y Señor mío todopoderoso, que de tal suerte cuidáis de cada uno de nosotros, como si fuera el único de quien cuidáis, y de tal modo cuidáis de todos como de cada uno de por sí!

---

[31] De aquí se infiere que Agustín había vuelto de Cartago a Tagaste, donde vivía entonces, aunque de esto no habla expresamente. Todo el tiempo que pasó desde su vuelta de Cartago hasta que Santa Mónica tuvo este sueño, como su madre no le permitía estar en su casa ni en su compañía, le llevó a su casa aquel rico ciudadano de Tagaste, Romaniano, y le estimó tanto y le dio tan grandes muestras de amistad, que servían y respetaban a Agustín como al mismo dueño de la casa.

20. ¿De dónde sino de Vos le vino también aquella respuesta que me dio tan pronta y oportuna, cuando al referirme el sueño que -69- había tenido, y procurando yo interpretarle diciendo: Que antes bien el sueño significaba que ella podía vivir con esperanzas de ser algún día lo que yo era, respondió inmediatamente y sin detenerse en nada: *No por cierto, no es así, porque a mí no se me dijo: donde él está, allí también estás tú, sino al contrario: donde tú estás, allí también está él*?

Yo os confieso, Señor, que, según lo que me acuerdo y varias veces he contado, más me movió esta respuesta que Vos me disteis por boca de mi piadosa madre, que el sueño mismo que me refirió y con que tan anticipadamente anunciasteis la alegría y gozo que había de tener, aunque de allí a mucho tiempo, para darle desde entonces algún consuelo en la aflicción y solicitud que tenía por mí. Pues ella, bien lejos de turbarse con la falsedad de mi interpretación, aunque verosímil y aparente, se impuso al instante en la verdad, y vio prontamente cuanto había que ver acerca del suceso, y lo que yo verdaderamente no había advertido antes que ella lo dijera.

Aun después de todo esto estuve yo casi por espacio de nueve años[32] revolcándome en lo profundo del cieno, y rodeado de tinieblas de error y falsedad. Y aunque muchas veces procuré levantarme y salir del abismo profundo, con el hincapié y conatos que hacía, me hundía más adentro; y entretanto aquella viuda casta, piadosa, templada, y tal cuales son las que Vos amáis, ya más alegre con la esperanza que le habíais dado, pero no por eso menos solícita en llorar y gemir, no cesaba de importunaros a todas horas con sus oraciones y lágrimas por mi conversión, y aunque eran bien admitidos en vuestra divina presencia sus fervorosos y continuos ruegos, no obstante Vos dejabais que me envolviese y revolviese todavía más en aquella espesa oscuridad de mis errores.

---

[32] Estos nueve años que aquí y en otras partes dice San Agustín que estuvo en el error de los maniqueos deben contarse de modo que finalizasen cuando se disgustó tanto con las respuestas que le dio Fausto, que era el más célebre de los maniqueos, lo cual fue en el año 383. Así se infiere que comenzó a seguirlos en el año 373 ó 374, a los diecinueve o veinte años de su edad, y poco después de haber leído el *Hortensio* de Cicerón. Así Tillemont, *Hist. ecclesiast.*, tomo 18, página 23.

Capítulo XII

Lo que un santo obispo respondió a Santa Mónica acerca de la conversión de su hijo

21. También en este tiempo intermedio le disteis otra respuesta y misterioso aviso, semejante al pasado y para el mismo intento, de lo cual quiero hacer aquí conmemoración, no obstante que omito otras muchas cosas, ya porque no puedo acordarme de todas ellas, ya por llegar más presto a confesaros las que son más urgentes y precisas. Por boca, pues, de un ministro vuestro, que era sacerdote y obispo, educado y criado en vuestra Iglesia, y muy práctico y versado en vuestras Santas Escrituras, le disteis otra respuesta y aviso misterioso. Porque habiéndole mi madre suplicado que tuviese a bien el hablarme e impugnar mis errores hasta desengañarme de mis falsos dogmas y perversa doctrina, y enseñarme la buena y verdadera (súplica que hacía también a todos los hombres sabios que encontraba, -70- y le parecían a propósito para este efecto), lo rehusó aquel obispo, en lo que se portó prudentemente, respondiendo a mi madre, según supe después, que estaba yo todavía incapaz de admitir otra doctrina, porque estaba muy embelesado en la novedad de aquella herejía maniquea y envanecido de haber dado en qué entender a muchos ignorantes con varias cuestiones y sofismas que les proponía, como ella misma le había contado. Pero también le dijo: *Dejadle por ahora en su error, y no hagáis más diligencia que rogar a Dios por él, que él mismo, continuando en estudiar y leer, llegará a conocer cuán enorme es el error e impiedad de la secta maniquea*. También le refirió él mismo cómo siendo él niño le habían entregado a los maniqueos por voluntad de su madre, a quien antes habían engañado y que no solamente había él leído casi todos sus libros, sino que también los había copiado de su puño, y que él por sí mismo y sin que ninguno le arguyese ni impugnase, había conocido cuán abominable y digna de dejarse era aquella secta, y como tal la había abandonado. Pero habiendo acabado de decirle todo esto, como mi madre no se aquietase, sino que antes bien le instase más y más, importunándole con ruegos y lágrimas para que se viese y disputase conmigo, él entonces, como cansado ya de su importunación, le dijo: *Déjame, mujer, así Dios te dé vida, que es imposible que un hijo de tantas lágrimas perezca*. Palabras que mi madre recibió como si hubieran sonado desde el cielo, según ella me lo repitió muchas veces en nuestras familiares conversaciones.

Libro IV

Recorre los nueve años de su vida, en que desde el año 19 hasta el 28 enseñó retórica y tuvo una manceba, y se dedicó a la astrología genetliaca. Después se duele del excesivo e inmoderado dolor que tuvo por la muerte de un amigo, y el mal uso que hacía de su excelente ingenio

Capítulo I

Del tiempo que empleó en engañar y pervertir a otros, y de los medios que usaba para ello

1. Durante aquel mismo espacio de los nueve años que he dicho, contados desde los diecinueve de mi edad hasta los veintiocho, viví engañado y engañando a otros; y entre la variedad de mis deseos y apetitos, tan pronto era engañado como engañador, ya públicamente, enseñando las artes que llaman liberales, ya ocultamente bajo el pretexto y falso nombre de religión, siendo allí soberbio, aquí supersticioso, y en todas partes vano. Por una parte seguía continuamente el humo y aire de la gloria popular, queriendo llevarme siempre los aplausos del teatro, y ser preferido a todos los demás competidores en hacer versos, y llevarme las despreciables coronas con que eran premiados los que salían vencedores en las contiendas de ingenio y, finalmente, sobresalir en las locuras de los espectáculos y en la destemplanza de los apetitos; y por otra parte deseando purificarme de todas estas manchas, llevaba que comer a los que entre los maniqueos se llamaban escogidos y santos, para que en la oficina de su estómago me fabricasen ángeles y dioses que me librasen de todos mis pecados. Estos delirios seguía y practicaba entonces en compañía de mis amigos, engañados por mí, que estaba tan engañado como ellos.

Búrlense en hora buena de mí aquellos hombres soberbios y arrogantes que no han sido hasta ahora saludablemente postrados y abatidos por vuestra mano poderosa, Dios y Señor mío, que yo por eso no tengo que omitir la confesión de mis infamias, para gloria y alabanza vuestra. Permitidme, os ruego, y concededme que vaya recorriendo mi memoria con exactitud los pasados rodeos y extravíos de mis errados procederes, y que de todos ellos os haga un sacrificio -72- con que mi alma quede llena de júbilo y alegría.

Porque a la verdad, si Vos no me guiáis y vais conmigo, ¿qué seré para mí quedando solo, sino una guía ciega que me vaya llevando al precipicio? Y por el contrario, cuando hago algo de bueno, ¿qué hago yo sino recibirlo de Vos, o qué soy sino un niño que recibe el néctar de vuestros pechos o, cuando más, un hombre que se sustenta de Vos mismo, que sois manjar incorruptible? Y ¿qué es cualquier hombre, sea el que fuere, si al fin no es más que un hombre? Pues búrlense de mí en hora buena esos espíritus fuertes y poderosos, mientras que yo, flaco y pobre, confieso vuestro nombre y os alabo.

Capítulo II

De cómo enseñaba retórica; de la fidelidad que guardaba a una mala amistad que tenía; y cómo despreció los pronósticos de un agorero

2. Enseñaba yo en aquel tiempo la retórica, y vendía aquel arte de elocuencia que sabe vencer y dominar los corazones, siendo al enseñarla vencido y dominado yo de la codicia. Pero bien sabéis, Señor, que lo que más deseaba era tener discípulos, en el sentido en que comúnmente se llaman buenos[33], a los que sin engaño alguno les enseñaba el arte de practicar engaños, no para que jamás usasen de ellos contra la vida de algún inocente, sino para defender alguna vez al culpado. Y Vos, Dios mío, visteis desde lejos esta fidelidad que iba a perderse por un camino tan resbaladizo, y centellear entre mucho humo aquella buena fe mía con que enseñaba a los que, como yo, *amaban la vanidad y buscaban la mentira*.

En aquel mismo tiempo tenía yo una mujer, no que fuese mía por legítimo matrimonio, sino buscada por el vago ardor juvenil escaso de prudencia; pero era una sola, y le guardaba también fidelidad, queriendo saber por experiencia propia la diferencia que hay entre el amor conyugal pactado mutuamente con el fin de la procreación, y el pacto de amor lascivo, en el cual suele también nacer algún hijo contra la voluntad de los amantes, aunque después de nacido los obliga a que le tengan amor.

3. También hago memoria de que habiendo yo voluntariamente entrado en una oposición pública de poesía dramática, me envió a decir no sé qué

[33] Los sacó muy aventajados, insignes y famosos, como fueron Licencio y su hermano, hijos de Romaniano, su protector y amigo Eulogio, que le sucedió en la cátedra de retórica; San Alipio, etc.

agorero cuánto le había de dar por que él me asegurase la victoria, y yo, detestando y abominando aquellos feos sacrificios, le respondí que aunque aquella corona de frágil *hierba* que se había de dar al vencedor fuera de oro e inmortal, no permitiría que para que yo la lograra se matase siquiera una mosca. Porque en sus sacrificios y conjuros había él de quitar la vida a algunos animales, y con aquellos honores que hacía a los demonios, le parecía que los convidaba y movía a que me favoreciesen. Pero bien conozco, oh Dios de mi alma y de mi corazón, que el haber yo desechado y abominado aquella maldad, no fue por amor vuestro, porque aún no sabía amaros, pues ni acertaba a imaginaros sino como -73- una luz y resplandor corporal. Y un alma que suspira por semejantes ficciones, ¿no es cierto que anda muy distraída en Vos, poniendo su confianza en falsedades y *apacentándose de los vientos*? En verdad que no quisiera yo que por mí se hiciera sacrificio a los demonios, siendo así que yo mismo con aquella superstición me sacrificaba a ellos, porque ¿qué otra cosa es *apacentarse de los vientos*, sino dar a comer a los demonios, esto es, servirles de deleite y diversión con nuestros errores?

Capítulo III

Cómo dejó el estudio de la astrología, a que se había dedicado por consejo de un anciano bien instruido en medicina y física

4. Por eso no cesaba de consultar a aquellos otros impostores que llamaban matemáticos[34], porque éstos no usaban de sacrificio alguno, ni oraciones y conjuros dirigidos a los demonios para adivinar; no obstante que sus predicciones también las reprueba y condena la cristiana y verdadera piedad. *Lo bueno y justo es confesarse a Vos, Señor, y deciros: Tened misericordia de mí y sanad mi alma, pues ha pecado contra Vos*; y no abusar de vuestro perdón para

[34] En tiempo del Santo se daba el nombre de matemáticos principalmente a los astrólogos *judiciarios*, que también llamaban *planetarios*, porque hacían sus predicciones observando los planetas, y *genetliacos*, porque pronosticaban la vida, costumbres y sucesos del infante observando la situación que tenían los astros en el instante del nacimiento. Contra los cuales habla el Santo más abajo en el libro VII, cap. VI; en el libro V de *La Ciudad de Dios*, y en otras partes, impugnándolos con solidez y eficacia. También los condena el Derecho canónico, cap. II de Sortilegio; el Concilio Tridentino, Índice libros prohib., reg. 9, y Sixto VI, en Bula particular contra astrólogos, y también el Derecho civil, ley 9, códice 1, 18. Pero en nuestros días no se toma el nombre de matemáticos en este sentido, generalmente hablando, sino que significa los que estudian y profesan la aritmética, geometría, astrología lícita y otras artes que se llaman matemáticas.

volver a pecar, sin tener muy presenta aquella sentencia del Salvador: *Mira, hombre, que ya estás sano; no quieras pecar más, no sea que te suceda algo peor*. Esta saludable doctrina intenta de todo punto destruirla dichos astrólogos cuando dicen: «Del influjo de los cielos nace a los hombres la causa inevitable de pecar: el planeta Venus, o Saturno o Marte hicieron esto o aquello». Y esto lo dicen para que el hombre, que es carne y sangre y corrupción soberbia, quede disculpado, y se atribuya el pecado al Creador y Gobernador del cielo y de los astros. ¿Y quién es éste sino Vos, Dios nuestro, que sois dulzura y suavidad inefable, origen y fuente de toda justicia, *que dais a cada uno según sus obras, y no despreciáis un corazón contrito y humillado*?

En aquel tiempo había un hombre muy hábil, muy sabio y excelente en el arte de la medicina[35], el cual en nombre del cónsul a quien pertenecía la acción, había puesto con su mano propia la corona que yo había ganado en el certamen de poesía sobre mi cabeza malsana; aunque esto no lo hizo en cuanto médico, porque de aquella mi dolencia sólo Vos sois el médico, que sois quien *resiste a los soberbios y da gracias a los humildes*. Pero ¿acaso dejasteis de -74- serviros también de aquel anciano para mi provecho y para el remedio y medicina de mi alma?

Pues como yo me había hecho muy familiar suyo, y asistía continua y atentamente a sus razonamientos (que sin adorno y hermosura de palabras eran gustosos y graves por lo agudo de sus sentencias), luego que conoció por mis conversaciones que yo estaba muy dedicado a los libros astrológicos, me amonestó benigna y paternalmente que los arrojase de mí y no gastase mi cuidado y estudio en aquella locura y vanidad, pudiendo emplearle en cosas útiles. También dijo que él había aprendido de tal suerte aquel arte, que en los primeros años de su edad quiso seguir aquella profesión para ganar de comer, esperando que, pues había entendido a Hipócrates, también podría entender aquellas doctrinas; pero que no por otro motivo las había dejado y seguido la medicina, sino porque había llegado a conocer que eran falsísimas; y siendo un hombre de juicio, no quería ganar la comida engañando a los hombres. «Pero tú, dijo él, tienes la cátedra de retórica con que sustentarte y vivir en el mundo, y sigues esta falsedad engañosa, no por necesidad, sino voluntariamente y por tu gusto, por lo que tanto más debes creerme lo que te digo de aquel arte, pues trabajé por saberlo tan perfectamente que pensaba mantenerme de aquella profesión sólo». Y habiéndole preguntado cuál era la causa de que por medio de aquella doctrina se pronosticasen muchas cosas que salían ciertas, me respondió lo mejor que pudo, que la fuerza de la suerte esparcida por todas las cosas naturales era la que causaba esos aciertos.

[35] Éste era el Vindiciano, de quien vuelve a hablar después, en el libro VII, cap. VI.

Porque, decía él, si muchas veces queriendo alguno saber algo por suerte, y valiéndose para esto de los versos de cualquier poeta (en los que su autor dijo e intentó otra cosa muy distinta), suele suceder que el verso se acomoda y ajusta maravillosamente al asunto y negocio que se buscaba, no será mucho que del alma humana, movida de superior instinto, y sin advertir esa emoción que se hace en ella, salga alguna respuesta por suerte y casualidad, no por arte ni regla, que se acomode y adapte a los hechos y asuntos de quien hace la pregunta.

6. Y esto, Señor, me lo procurasteis enseñar por medio de aquel sabio médico que estaba ya desengañado de aquellas falsedades, y dejasteis con esto delineado en mi memoria lo que yo por mí mismo había de buscar e investigar en adelante. Pero entonces ni el anciano médico ni mi amadísimo Nebridio, mancebo de gran bondad y gran juicio, que se burlaba de todo aquel arte de adivinar, pudieron persuadirme de que dejase el estudio de aquellas doctrinas, porque me movía todavía más que ellos la autoridad de los autores de aquellos libros, y porque aún no había hallado un documento seguro y convincente, como lo buscaba, que me pusiese en evidencia de que las cosas que sucedían conforme las predijeron los astrólogos cuando se les consultaba salían verdaderas por la suerte y el acaso, y no por el arte de la observación de los astros.

-75-

Capítulo IV

Refiere la enfermedad y bautismo de un amigo suyo a quien él había pervertido, cuya muerte sintió y lloró amargamente

7. En aquellos años, y al mismo tiempo que había comenzado a enseñar en la ciudad en que nací, había adquirido un amigo, que porque estudiamos juntos, por ser de mi edad y estar ambos en la flor y lozanía de la juventud, llegó a serme muy amado. Desde niños habíamos crecido juntos, habíamos ido juntos a la escuela y juntos habíamos jugado. Pero entonces aún no era tan estrecha nuestra amistad, aunque ni tampoco después cuando digo que le amé tanto, era nuestra amistad tan verdadera como debe ser, porque sólo es verdadera amistad la que Vos formáis entre los que están unidos a Vos por la caridad *que ha derramado en nuestros corazones el Espíritu Santo, que nos fue enviado y dado.*

Pero no obstante era para mí aquella amistad dulcísima y sazonada con el fervor de nuestros iguales cuidados y estudios. Porque también le había yo desviado, aunque no entera y radicalmente, de la verdadera fe que siendo joven seguía, y le había inclinado a aquellas falsedades supersticiosas y perjudiciales que hicieron a mi madre llorar tanto por mí. De modo que aun en el error que seguíamos interiormente éramos iguales y no podía mi alma hacer nada sin él. Pero he aquí que Vos, yendo a los alcances a vuestros siervos fugitivos, como *Dios de las venganzas*, y al mismo tiempo fuente inagotable de las misericordias, convirtiéndonos a Vos por caminos y modos admirables, sacasteis de esta vida a aquel mancebo, cuando apenas se había cumplido un año de nuestra amistad, que me era más deliciosa que todas las delicias que en aquel tiempo gozaba.
8. ¿Quién hay que sea él solo suficiente a contar los motivos que tiene para alabaros, por lo que ha experimentado solamente en sí mismo? ¿Qué es lo que entonces ejecutasteis, Dios mío? ¡Oh, cuán insondable es la profundidad de vuestros juicios! Porque estando aquel amigo mío enfermo de calenturas, le dio una vez un síncope, que le duró mucho tiempo, juntamente con un sudor mortal, y viéndosele ya sin esperanzas de vida, se le dio el Bautismo sin que él lo supiese, ni pudiese conocerlo, lo cual me dio poco cuidado, persuadiéndome que su alma conservaría mejor lo que yo le había enseñado, que lo que se ejecutaba en su cuerpo sin saberlo él ni advertirlo. Pero muy al contrario sucedía, porque él volvía en sí y con salud en el alma[36].
Luego al punto que pude hablarle (y pude luego que él pudo oírme, pues no me apartaba de su lado, y mutuamente pendíamos uno de otro), intenté burlarme del Bautismo que le habían dado, cuando se hallaba muy lejos de tener conocimiento ni sentido: creyendo yo que él también se burlaría conmigo de aquel hecho, como que ya sabía entonces que le habían bautizado. Mas luego que oyó mi burla, me mostró tanto horror como si fuera yo su mayor enemigo, -76- y me amonestó con una admirable y repentina libertad, que si quería ser amigo suyo, no volviese a hablar de aquello por aquel estilo. Yo entonces, espantado todo y turbado, reprimí lo que se me ofrecía responderle, dejándolo para cuando hubiese convalecido y estuviese capaz con las fuerzas de su cabal salud, para poderle yo decir entonces todo cuanto quisiese. Pero pocos días después, estando yo ausente, le acometieron otra vez las calenturas y murió; mejor dicho, fue como arrebatado de entre las manos de mi locura, para estar bien guardado junto a Vos para mi consuelo.

---

[36] No han entendido o no han explicado bien este pasaje nuestros traductores: como quiera, debe suponerse que el joven habría antes manifestado deseos de recibir el Bautismo.

9. Sentí tanto su pérdida, que se llenó mi corazón de tinieblas, y en todo cuanto miraba, no veía otra cosa sino la muerte. Mi patria me servía de suplicio y la casa de mis padres me parecía la morada más infeliz e insufrible; todo cuanto había contado y comunicado con él, se me volvía en crudelísimo tormento, viéndome sin mi amigo. Por todas partes le buscaban mis ojos, y en ninguna le veían. Aborrecía todas las cosas, porque en ninguna de ellas le encontraba, ni podían ya decirme, como antes cuando vivía y estaba fuera de casa o ausente: espera, que ya vendrá. Estaba yo trocado en un confuso enigma sin entenderme a mí mismo y preguntaba a mi alma *por qué estaba tan triste y por qué me afligía tanto*; y no tenía qué responderme. Y si le decía: *Espera en Dios*, con razón me desobedecía, porque más verdadero ser tenía, y mucho mejor era aquel amadísimo hombre que había perdido, que aquel fantasma que yo entonces creía Dios, y en quien le mandaba que esperase. Sólo el llanto me era más dulce y gustoso, y el sucesor de mi amigo en causar las delicias de mi alma.

Capítulo V

Por qué los afligidos e infelices tienen gusto en llorar

10. Mas ahora, Señor, ya que pasaron todas aquellas cosas y con el tiempo se me ha mitigado el dolor de aquella herida, ¿podré escuchar de Vos que sois la verdad eterna y aplicar los oídos de mi alma a vuestra boca, para que me digáis por qué el llanto es gustoso a los desventurados y afligidos?
¿Por ventura, Señor, no obstante que estáis presente en todas partes, será posible que estén muy lejos de Vos nuestras necesidades y miserias? Vos, Señor, inalterablemente permanecéis en Vos mismo; pero nosotros nos mudamos continuamente, experimentando siempre diversos acaecimientos y novedades, y no nos quedará siquiera el consuelo de la esperanza, si no llegaran a vuestros oídos nuestras lágrimas.
Pues ¿en qué consiste que el gemir, el llorar, el suspirar, el quejarse se tiene como un fruto suave y dulce que se coge de la amargura de esta vida? ¿Acaso lo que hay dulce y gustoso en el llanto es la esperanza que tenemos de que Vos oigáis nuestros suspiros y lágrimas? Pero esto era bueno para que lo dijéramos de los ruegos y súplicas que os hacemos, porque siempre van acompañadas del deseo de llegar a conseguir algo. Mas en el dolor y sentimiento de una cosa ya perdida y en el triste llanto de que entonces estaba yo cubierto, ¿podremos por ventura decir lo mismo? Porque yo no

esperaba que mi amigo resucitase, ni con mis lágrimas pretendía -77- tal cosa; sino solamente era mi fin sentir su muerte y llorarla, porque me hallaba infeliz y miserable, y había perdido lo que causaba toda mi alegría. ¿O es acaso que siendo amargo el llorar, nos causa deleite cuando llegamos a tener disgusto y aborrecimiento de las cosas que gozábamos antes con placer y alegría?

Capítulo VI

De lo mucho que sintió la muerte de su amigo

11. Mas ¿para qué hablo de esto?, pues no es ahora ocasión de haceros preguntas, sino de confesaros mis miserias. Yo era miserable como lo es cualquier alma aprisionada con el amor de las cosas perecederas, que cuando las pierde, la despedaza el sentimiento, y entonces es cuando conoce toda su miseria aun antes de perderlas. Así me hallaba yo en aquel tiempo, y lloraba amarguísimamente y descansaba en mi amargura. Tal como ésta era mi miseria, y más que a aquel amigo mío amaba yo la vida miserable que tenía, pues aunque quisiera trocarla, con todo eso no quisiera perderla antes que perderle a él, ni sé si quisiera perderla por él, como se refiere de Orestes y Pílades (si es que no sea fingido), que querían morir el uno por el otro, o entrambos al mismo tiempo, porque tenían por mayor daño vivir el uno sin el otro. Pero no sé qué afecto muy contrario a éste había nacido en mí, pues tenía grandísimo tedio de la vida y miedo de la muerte. Yo creo que cuanto mayor era el amor que le tenía, tanto más aborrecía y temía a la muerte, como a enemiga crudelísima que me lo había quitado, y juzgaba que ella había de acabar de repente con todos los hombres, una vez que había podido acabar con aquél.
Así cabalmente me hallaba yo, que bien presente lo tengo. Ved aquí mi corazón, Dios mío: he aquí todo mi interior; ved que no lo tengo olvidado, esperanza mía, que me limpiáis de la inmundicia de semejantes afectos, atrayendo a Vos los ojos de mi alma, y *librando mis pies de los lazos que me tenían enredado*. Me admiraba de que los demás mortales viviesen, pues había muerto aquél a quien yo amaba como si no hubiera de morir, y más me maravillaba de que habiendo muerto él, viviera yo, que era otro él. Bien dijo Horacio, hablando de un amigo suyo, *que era la mitad de su alma*, porque yo creí que la mía y la suya habían sido una sola alma en dos cuerpos. Y por eso me causaba horror la vida, porque no quería vivir a medias y como

dividido[37], y por eso quizá temería el morirme, porque no muriese de todo punto aquel a quien había amado tanto.

Capítulo VII

Cómo se salió de su patria por no poder aguantar este dolor

12 ¡Oh, qué locura no saber amar a los hombres humanamente! ¡Oh, qué necio hombre era yo, pues las cosas humanas las padecía sin moderación! Y así me acongojaba, suspiraba, lloraba, andaba -78- turbado, incapaz de descanso ni consejo. Traía mi alma como despedazada, ensangrentada, impaciente de estar conmigo y no hallaba dónde ponerla. No hallaba descanso alguno ni en los bosques amenos, ni en los juegos y músicas, ni en los jardines olorosos, ni en los banquetes espléndidos, ni en los deleites del lecho y, finalmente, ni lo hallaba en los libros ni en los versos. Todo me causaba horror, hasta la misma luz, y todo cuanto no era mi amigo me era insufrible y odioso, menos el gemir y llorar, pues solamente en esto tenía algún corto descanso. Pero luego que se le quitaba o estorbaba a mi alma este triste alivio, me abrumaba la pesada carga de mi miseria.

Bien sabía yo que debía levantar mi alma hacia Vos, Señor, para que me la curaseis; pero ni quería, ni podía, y tanto más incapaz me hallaba para esto, cuanto lo que yo pensaba de Vos era menos sólido y estable. Porque lo que yo imaginaba no erais Vos, era un vano fantasma lo que en mi error tenía por mi Dios. Y si me esforzaba por poner mi alma en aquello que yo imaginaba ser mi Dios para que allí descansase, se resbalaba por no hallar solidez y volvía a caerse sobre mí, quedando yo hecho una infeliz morada de mí mismo, donde ni pudiese estar ni la pudiese dejar. Porque ¿adónde podría huir mi corazón que se alejara de sí mismo?, ¿adónde huiría de mí?, ¿dónde dejaría de ir tras de mí? No obstante, me salí de mi patria y desde Tagaste me fui a Cartago, porque allí buscaban menos mis ojos a mi amigo, donde no tenía costumbre de verle.

[37] Vid. lib. II, *Retract.*, cap. VI.

Capítulo VIII

Cómo el tiempo y el trato con los amigos le fueron curando su sentimiento

13. No se van los tiempos en balde, ni pasan ociosamente por nuestros sentidos, antes bien producen en nuestras almas efectos admirables. Venía y pasaba el tiempo un día tras de otro, y viniendo y pasando días iba yo adquiriendo nuevas especies y diferentes memorias; así, poco a poco volvía a aficionarme a los antiguos placeres, a los que iba cediendo aquel dolor y sentimiento mío. No le sustituían otros nuevos dolores, sino causas y principios de otros dolores nuevos. Porque ¿de dónde provino que con tanta facilidad y tan íntimamente penetrase aquel dolor mi corazón, sino porque yo había derramado mi alma inútilmente en la arena, amando a aquel hombre, que había de morir, como si fuera inmortal?

Lo que principalmente contribuyó a mi alivio y restablecimiento fue el trato y los consuelos de los amigos, que amaban lo que yo amaba en lugar de Vos; y esto era una gran fábula y un tejido de mentiras, con cuyo uso continuado se corrompía nuestra alma complaciéndose en oírlas. Pero aquella fábula no moría para mí, no obstante que muriese alguno de mis amigos.

Otras cosas había que me estrechaban más fuertemente a ellos, como el conversar y reírnos juntos, servirnos unos a otros con buena voluntad, juntarnos a leer libros divertidos, chancearnos y entretenernos juntos, discordar alguna vez en los juicios, pero sin oposición de la voluntad, y como lo suele uno ejecutar consigo mismo, -79- y con aquella diferencia de dictámenes (que rarísima vez sucedía) hacer más gustosa la conformidad que teníamos en todo lo demás, enseñarnos mutuamente alguna cosa, o aprenderla unos de otros, tener sentimientos de la ausencia de los amigos y alegría en su llegada. Con estas señales y otras semejantes que, naciendo del corazón de los que se aman, se manifiestan por el semblante, por la lengua, por los ojos y por otros mil movimientos agradables, que servían de fomento a nuestro amor, encendíamos nuestros ánimos, y de muchos hacíamos uno solo.

Capítulo IX

De la amistad humana, y que es dichoso el que en Dios y por Dios ama a sus amigos

14. Esto que acabo de decir es lo que se ama en los amigos, y de tal modo se ama, que se tendría por culpado el hombre que no amase al que le ama, o no correspondiese con su amor al que le amó primero, sin desear ni pretender de su amigo otra cosa exterior más que estos indicios y muestras de benevolencia. De aquí nace aquel llanto y lamento cuando muere algún amigo; de aquí aquellos lutos que aumentan nuestro dolor; de aquí el tener afligido el corazón convirtiéndose en amargura la dulzura que antes gozaba; y de aquí la muerte de los que viven, por la vida que han perdido los que mueren. Dichoso el que os ama a Vos, y a su amigo le ama en Vos, y a su enemigo por amor de Vos. Porque sólo está libre de perder a ninguno de sus amados quien los ama a todos en aquél que nunca puede perderse ni faltar. ¿Y quién es éste sino nuestro Dios, y un Dios que hizo el cielo y la tierra, y que llena tierra y cielo, porque llenándolos los creó?

A Vos, Señor, nadie os pierde sino el que os deja, y el que os deja, ¿adónde va o adónde huye, sino de Vos, amoroso, a Vos mismo enojado? Porque ¿dónde no hallará vuestra ley para su castigo? *Pues vuestra ley es la verdad* y *Vos sois la verdad misma*.

Capítulo X

Cómo la bondad de todas las criaturas es muy limitada y transitoria, e incapaz de dar quietud y descanso a los deseos del alma

15. Dios de las virtudes, convertidnos a Vos, mostradnos vuestro rostro, y seremos salvos. Porque a cualquier parte que se vuelva el corazón del hombre ha de tener que padecer dolores, si no es que se vuelva hacia Vos, aunque se abrace con las criaturas más hermosas que están fuera de Vos y fuera de él. Ellas no tuvieran ser alguno si no le hubieran recibido de Vos: ya nacen, ya mueren; nacen como que comienzan a ser, crecen para

perfeccionarse y, después de perfectas, envejecen y acaban; pero no[38] todas las criaturas -80- se envejecen, y todas se acaban. De modo que cuando nacen y caminan a ser, cuanto más aceleradamente crecen para lograr el lleno de su ser, tanta más prisa se dan para no ser. Éste es el modo propio de su ser y naturaleza. Solamente les habéis dado que sean partes de unas cosas, que no existen todas a un tiempo y de una vez, sino que faltando unas y sucediendo otras, forman el universo y el todo, de quien ellas son partes. Así se forman también nuestra conversación y plática cuando la tenemos boca a boca o de palabra, porque el todo de nuestra conversación nunca llegaría a tener su ser propio, si después que una palabra se pronunció en cuanto a todas las sílabas que la componen, no cesara y dejara de ser para que otra palabra le suceda.

Alábeos por estas cosas mi alma, Dios mío, Creador de todas ellas, pero no sea de modo que por los sentidos del cuerpo se quede con apego y algún amor a ellas. Porque van estas cosas caminando sin parar hacia el no ser y despedazan al alma con pestilentes deseos de existir siempre y descansar en las mismas cosas que ama. Pero en estas cosas transeúntes y sucesivas no tiene el alma en dónde parar y descansar, porque ellas, como no paran, huyen; ¿y quién es capaz de seguirlas con los sentidos corporales ni de retenerlas aun cuando están más presentes?

Los sentidos del cuerpo son tardos y perezosos como les corresponde ser a unos sentidos corpóreos, y eso es modo y propiedad de su naturaleza. Son suficientes, hábiles y proporcionados para lo que fueron creados; pero no son suficientes para detener las cosas transitorias que van corriendo desde el principio que les corresponde hasta el fin que les está señalado. Porque en vuestra eterna palabra por quien fueron creados, están oyendo que se les manda y dice: *Desde aquí comenzaréis, y llegaréis hasta allí*.

---

38 En las ediciones interiores a las del padre J. M. se lee de otro modo este pasaje, pues dice: *Etenim omnia senescunt, et omnia intereunt*; pero en la citada edición, que es conforme a los mss., se añade la negación: *Et non omnia senescunt, et omnia intereunt*. Seguimos esta lección, ya por ser más conforme a los mss., ya porque nos parece más absoluta y universalmente verdadera. La cual sentencia puede entenderse de dos modos: el uno es aplicando la negación a la primera parte de la sentencia, y no a la segunda, haciendo entonces este sentido: *No todas las cosas se envejecen* (porque muchas acaban antes de envejecerse), *pero todas acaban*. El otro es aplicando la negación a toda la sentencia, y entendiéndola de las criaturas espirituales, v. gr., de los ángeles y del alma racional, que no se envejecen ni acaban, y también de los cielos, aunque materiales y corpóreos.

Capítulo XI

Que todas las cosas creadas son mudables, y sólo Dios es inmutable

16. No quieras, alma mía, hacerte vana siguiendo la vanidad, cuyo ruidoso tumulto hará ensordecer los oídos de tu corazón. Oye también al mismo Verbo eterno, que clama y te da voces para que vuelvas a él, donde está el lugar de tu quietud inalterable, en que nunca el amor se verá dejado ni despedido, si él mismo no deja y se despide primero. Atiende a la mudanza de todas las criaturas, que unas dejan de ser para que en su lugar sucedan otras, y así conste de todas sus partes sucesivamente este inferior universo. ¿Por ventura, dice el Verbo divino, yo me ausento y me mudo a alguna otra parte? Pues fija allí, alma mía, tu mansión y entrega allí cuanto tienes (pues de allí lo tienes), siquiera después de verte fatigada con -81- tan repetidos engaños. Vuelve a dar a la Verdad todo cuanto posees, pues de ella lo has recibido, y así lo tendrás más asegurado sin pérdida alguna; antes cobrará nuevos verdores y reflorecerá lo que esté seco y marchito, se curarán todas tus enfermedades y cuanto hayas perdido y disipado se reformará, se renovará y se volverá a unir estrechamente contigo; y en lugar de arrastrarte tras de sí todo lo caduco y hacerte bajar hacia la nada, adonde ello camina, todo será estable, firme y permanecerá contigo estando unida tú a Dios, que siempre permanece y eternamente es estable.
17. ¿Para qué, pervirtiendo el orden que debe haber entre el cuerpo y el espíritu, sigues tú a tu carne? Ella es la que convertida y reducida a buen orden te debe seguir a ti. Cuanto por medio de ella sientes y percibes, es una parte no más, y estás aún ignorante del todo que se compone de estas partes; y no obstante eso, te deleitan. Si tus sentidos corporales estuvieran dispuestos y proporcionados para sentir y percibir el todo, si para que se contentasen con parte del universo no tuvieran tan tasados los límites que juntamente se les han señalado y puesto para tu pena y castigo, tú mismo quisieras que pasara lo que existe de presente, para recibir mayor complacencia con todas las cosas juntas. Porque con uno de los sentidos del cuerpo oyes lo que hablamos, y por cierto que no quieres tú que las sílabas se paren y detengan, sino que pasen y vuelen, para que llegando las otras que se siguen puedas oírlas todas. Lo mismo sucede en todas aquellas cosas que son compuestas de partes que no existen todas a un tiempo, en las cuales más deleitaría el todo, si fuera posible sentirle o percibirle de una vez, que cada parte de por sí. Pero muchísimo mejor que estas cosas es el que las hizo todas y este mismo es nuestro Dios, que no pasa ni se aparta, ni cosa alguna hay que le suceda.

Capítulo XII

Que no es malo el amar las criaturas, con tal que en ellas amemos a Dios

18. Si te agradan los cuerpos, toma de ellos motivo para alabar a Dios, y haz que el amor que les tienes, vuelva y llegue hasta su Creador; no sea que en las cosas que te agradan a ti le desagrades tú a Él.
Si te agradan las almas, ámalas en Dios, porque aun ellas son mudables, y sólo fijas en Él tienen firmeza y estabilidad, y de otra suerte faltarían y perecerían. Ámalas, pues, en Él, y lleva contigo hacia Él cuantas pudieres, y diles: Amemos a este Señor, amemos a Éste, que hizo todas estas criaturas, y no está lejos de ellas. Porque no las hizo, y se fue, antes bien el mismo ser que les dio, le conservan estando ellas en Él.
Ve ahí donde Él está, en el alma a quien gusta la verdad. Está en lo íntimo del corazón; pero nuestro corazón se ha extraviado y alejado de Él. *Pues volved a entrar en vuestro corazón, prevaricadores*, y uníos estrechamente a vuestro Creador. Permaneced en Él, y seréis permanentes. Descansad en Él, y gozaréis de un verdadero descanso.

-82-

¿Adónde vais por esos derrumbaderos escabrosos?, ¿adónde vais a parar? El bien que buscáis y amáis proviene de Él; pero ¿qué bondad hay comparada con la suya? Este bien es suave y dulce, pero justamente se volverá amargo, porque injustamente se aman dejando a Dios las criaturas que dimanan de Él. ¿Para qué insistir todavía en andar por caminos difíciles y penosos? No está el descanso en donde lo buscáis. Buscad lo que deseáis, pero sabed que no está donde lo buscáis. Buscáis la vida bienaventurada en la región de la muerte, y raro está allí, porque ¿cómo es posible que haya vida bienaventurada donde siquiera no hay vida?
19. Bajó acá nosotros el que es nuestra misma vida y tomó sobre sí nuestra muerte, y la mató con la superabundancia de su vida que esencialmente le es propia. A grandes voces clamó diciéndonos que dejando este destierro nos volvamos a Él, acompañándole hasta aquel inaccesible trono, desde donde vino a buscarnos, descendiendo primeramente al seno virginal de María Señora Nuestra, donde se desposó con la naturaleza humana, para que nuestra carne moral pudiese conseguir la inmortalidad; y de allí, *como esposo que sale de su tálamo, se esforzó alegremente con ánimo gigante para correr su camino*. No se retardó ni detuvo en su carrera, antes la corrió toda, clamando con sus palabras, con sus obras, con su vida, con su muerte, con su bajada al

infierno y con su ascensión al cielo, que nos volvamos a Él. Y se apartó de nuestra vista para que volvamos sobre nosotros, entremos en nuestro corazón y le hallemos; pues aunque se fue, siempre está aquí con nosotros. No quiso estar largo tiempo con nosotros descubiertamente, pero no nos ha dejado. Volviose a aquella parte de donde nunca se retiró, pues desde allí creó el mundo, que *fue hecho por Él, y en el mundo estaba, cuando vino al mundo a salvar a los pecadores, al cual bendice y confiesa mi alma, y Él la sana de los pecados con que le ha ofendido*.
¿Hasta cuándo, hijos de los hombres, habéis de tener el corazón empedernido y pesado? ¿Es posible que aun después de haber dejado la vida a vosotros no queráis ascender y vivir con quien es la vida vuestra? Pero ¿adónde subís, cuando soberbios os levantáis para poner vuestras bocas en el cielo? Bajad para que subáis, y subid tanto que lleguéis a Dios, porque verdaderamente caísteis, subiendo contra Él.
Diles estas cosas, alma mía, para que lloren en este valle de lágrimas, y de este modo los lleves contigo a Dios: díselas movida de su divino Espíritu, ardiendo tú en el fuego de su amor y caridad.

Capítulo XIII

De dónde nace el amor

20. Todas estas cosas las ignoraba yo entonces, y amaba estas hermosuras inferiores de acá abajo, y me iba a lo profundo, diciendo a mis amigos: «¿Amamos por ventura algún objeto a no ser que sea hermoso? Pero ¿qué es ser hermoso?, ¿y en qué consiste la hermosura?, ¿qué es lo que nos atrae y aficiona a las cosas que amamos? Porque si no hubiera en ellas gracia y hermosura, de ninguna manera nos moverían a su amor».

-83-

Yo advertía y veía en los mismos cuerpos que alguno de ellos era como un todo perfecto, y por eso era hermoso, y que otro, por tanto, era decente y agradable porque se acomodaba a alguna otra cosa, a la cual era muy apto y conveniente; como una parte del cuerpo es conveniente a su todo, y como el calzado al pie, y otras cosas a este modo. Esta consideración que brotó en mi alma naciendo de lo íntimo de mi corazón me obligó a escribir los libros *De lo Hermoso* y *De lo Conveniente*, que me parece fueron dos o tres. Vos, Dios mío,

lo sabéis, que yo no me acuerdo, porque ni los tengo ni sé cómo se me han perdido.

Capítulo XIV

Cómo dedicó los libros *De lo Hermoso* y *De lo Conveniente* a Hierio, orador romano, y del motivo por que amaba a dicho Hierio

21. Pero ¿qué fue, oh mi Señor y mi Dios, qué fue lo que me movió a dedicar aquellos libros a Hierio, orador de la ciudad de Roma, a quien no conocía de vista, sino que le amaba por la fama de su doctrina, que era grande, y porque había oído algunos dichos suyos que me habían agradado? Y me agradaba mucho más porque agradaba a otros muchos que le alababan sobremanera, admirándose de que un hombre sirio de nación, después de haberse hecho docto en la elocuencia griega, hubiese salido tan admirable orador en la latina, además de su vastísima erudición en todas las materias concernientes al estudio de la sabiduría.

Si es alabado algún hombre, se le ama aunque esté ausente. ¿Por ventura aquel amor, saliendo de la boca del que alaba, se introduce al corazón del que oye la alabanza? No por cierto, sino que de un amante se enciende otro. De aquí nace ser amado el que es alabado, cuando se cree que las alabanzas no nacen de un corazón falaz y doloso, esto es, cuando le alaba quien le ama.

22. Así amaba yo entonces a los hombres, gobernándome por el juicio de los otros hombres: no por el vuestro, Dios mío, en el cual nadie se engaña. Pero ¿por qué este amor no era como el que se tiene al que en el circo se distingue en manejar y correr caballos, o al que en el anfiteatro sobresale en luchar con las fieras[39], siendo -84- uno y otro famoso y celebrado por las aclamaciones

[39] De los tres más comunes géneros de diversiones o juegos públicos que tenían y usaban los romanos y que se comprenden en el nombre común y general de espectáculos, hace aquí mención San Agustín. Primero habla de los que corrían caballos, que se hacía en el circo, y por eso también se llamaban circenses estos juegos; luego nombra a los que peleaban con diferentes fieras, lo cual era en el que llamaban anfiteatro y, finalmente, a los histriones o representantes que hacían sus representaciones en el teatro. Todos estos sitios eran entre sí muy divertidos, así como los fines a que servían y los sujetos que en ellos se empleaban. Lo que hace más al caso por ahora para mejor inteligencia del Santo es que todos ellos los ejecutaban personas viles e infames entre los romanos, porque los dos primeros los ejecutaban solamente los esclavos, los gladiadores y los reos condenados a muerte. El espectáculo del anfiteatro o lucha con las fieras se daba al pueblo romano –dice el padre J. M.– para acostumbrar y familiarizar con la sangre los ojos de los espectadores, y

del pueblo, sino que muy de otro modo, y mucho más seria y gravemente era alabado por mí y amado aquel orador, y del mismo modo que quisiera yo que me alabaran a mí? Pues es muy cierto que no quisiera yo ser alabado y amado como lo son los cómicos, aunque yo mismo los alababa y amaba; antes por el contrario, más quisiera ser eternamente ignorado y desconocido, que ser famoso y celebrado de aquel modo, y antes eligiera ser aborrecido de todos que ser amado como ellos.

¿Dónde se distribuyen *estos pesos* que inclinan y llevan a tan varios y diferentes amores a una misma alma? ¿Qué viene a ser lo que yo amo en otro hombre, que por otra parte lo aborrezco en mí (que si no lo aborreciera, no lo detestaría y desecharía de mí), no obstante que el otro es hombre como yo? Mengua sería el decir que al modo que se ama un buen caballo, sin que el mismo que le ama quiera ser caballo, aunque pudiera, así se ame también al comediante, porque éste es hombre, y de nuestra misma especie.

Pues ¿cómo amo en el hombre lo que aborrezco yo ser, siendo yo también hombre? Insondable, profundo es el mismo hombre, cuyos *cabellos tenéis Vos, Señor, contados*, sin que uno tan sólo se os escape; y si no es fácil contar sus cabellos, mucho menos las afecciones y movimientos de su corazón.

23. Mas aquel orador era tal que yo le amaba, queriendo ser como él era, en lo que andaba perdido por mi soberbia y me dejaba llevar del viento de la vanagloria, mientras que Vos ocultísimamente me gobernabais sin conocerlo yo.

¿Y de dónde sé y os confieso con tanta certidumbre que el amor que yo tenía a aquel hombre más se fundaba y nacía del amor que le tenían los que le elogiaban, que de las mismas prendas por que era celebrado? Porque si en lugar de elogiarle le hubieran vituperado aquellos mismos sujetos y refirieran aquellas mismas cosas con menosprecio y vilipendio suyo, no me hubieran movido ni excitado a amarle; no obstante que las cosas que se contaban de él eran las mismas y el sujeto también era el mismo, y sólo hubiera sido diferente el afecto de los que las referían.

---

hacerlos así crueles y feroces, inspirando en los jóvenes una grande emulación y deseo de hacer otro tanto como aquéllos que eran aplaudidos y alabados cuando triunfaban de aquellas fieras. Dice que eran todos infames entre los romanos, porque los histriones o representantes no lo eran entre los griegos, antes bien eran entre ellos muy distinguidos y honrados, porque representaban las acciones y hazañas (fingidas o verdaderas) de sus héroes y sus dioses; y como dice el mismo San Agustín, era sentencia de los griegos: *Que si aquellos dioses debían ser adorados, aquellos hombres debían ser honrados*. Si dii tales colendi sunt, profecto etiam tales homines honorandi sunt (Lib. II, *De Civ. Dei*, cap. XIII.).

Mirad, Señor, en lo que viene a caer un alma vacilante que todavía no está firme en el sólido cimiento de la verdad. Según soplaren los aires de las lenguas, afectos y opiniones de los hombres, así ella es llevada y traída, arrojada y rechazada, oscureciéndosele de tal suerte la luz, que no se ve la verdad, siendo así que la tenemos presente y delante de nosotros.
Para mí era una gran cosa que un hombre como aquél llegase a tener noticia de aquellos libros y de mis ocupaciones y estudios. Y si él los diera por buenos y los aprobara, me encendería mucho más en su amor; como al contrario si los reprobara, sería una herida mortal para un corazón tan vano como el mío y tan falto de aquella solidez que no se halla sino en Vos.

-85-

Entretanto yo me deleitaba en repasar dentro de mi alma aquellos tratados de lo Hermoso y Conveniente, que le había dedicado y remitido, y teniéndolos muy presentes en mi memoria para contemplarlos, los admiraba a mis solas sin que ninguno me acompañase a alabarlos.

Capítulo XV

Por estar oscurecido su entendimiento con las ideas o imaginaciones corpóreas, no podía alcanzar a conocer las criaturas espirituales

24. Mas como yo, ¡oh Dios mío todopoderoso!, único autor de todas las maravillas, como yo no veía aún en el arte de vuestra sabiduría el principio y fundamento de todo aquel grande asunto, iba corriendo mi ánimo las formas corpóreas y definía lo *Hermoso*, distinguiéndolo de lo *Conveniente*, diciendo: Que aquello era lo que por sí mismo agradaba; y estotro era lo que solamente agradaba por el respeto que tenía a alguna otra cosa, lo cual confirmaba con varios ejemplos tomados de cosas corporales. Pasé de aquí a considerar la naturaleza de nuestra alma; pero la falsa opinión de que estaba preocupado acerca de las criaturas y cosas espirituales no me dejaba conocer claramente la verdad. Veníaseme a los ojos con bastante ímpetu la fuerza de la verdad; y yo apartaba mi vacilante pensamiento de todo lo incorpóreo, empleándole en considerar lineamientos, colores y cosas corpulentas y abultadas. Y no pudiendo hallar en mi alma semejantes cosas, me parecía que no me era posible ver ni conocer a mi alma.

Y como yo amase en la virtud la paz y aborreciese en el vicio la discordia, notaba en aquélla una especie de *unidad*, y en estotro una cierta *división*. Y en aquella *unidad* me parecía que consistía el alma racional y la naturaleza de la verdad y la del sumo bien. Y en esta *división* pensaba yo, desventurado de mí, que consistía no sé qué sustancia de vida irracional, y la naturaleza del sumo mal, que no solamente era sustancia, sino también verdadera vida, pero no creada por Vos, Dios mío, que habéis creado todas las cosas. A la primera la llamaba *unidad*, como que era un solo espíritu sin distinción de sexo; y a la segunda la llamaba *cualidad*, porque la subdividía en ira e intemperancia, atribuyendo a aquélla los delitos y a estotra los vicios, sin saber en esto lo que me hablaba. Porque ni sabía ni había llegado a comprender que el mal no es sustancia alguna, ni nuestra alma puede ser el bien sumo e inconmutable.
25. Así, pues, como es cierto que el cometerse unos delitos proviene de que el principio de los movimientos del alma está viciado y prorrumpe en sus acciones sin guardar orden ni moderación, y que otros delitos provienen de la inmoderada inclinación a los deleites sensuales, así también, estando viciada la parte superior y racional del hombre, suceden los errores y falsas opiniones, que afean y manchan lo mejor y más puro de su vida; y de este modo se hallaba entonces mi entendimiento, ignorando yo que mi alma tenía necesidad de ser ilustrada por otra luz superior para ser participante de la verdad, y que ella por sí misma no era la naturaleza de la verdad. *Vos, Señor mío y mi Dios, sois esta luz que ilustrará mi entendimiento, y con vuestra luz se desharán sus tinieblas*, pues nada -86- tenemos sino lo que hemos recibido y participado de vuestra plenitud. *Vos sois la verdadera luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo*, porque ni en Vos puede haber la más *leve mutación ni la más instantánea oscuridad*.
26. Entretanto yo me esforzaba por llegar a Vos; mas como *Vos resistís a los soberbios*, era repelido de Vos para que sólo percibiese las amarguras de lo que causaba mi muerte.
Porque, a la verdad, ¿qué mayor soberbia que atreverme a decir con extremada locura que yo era naturalmente lo mismo que Vos sois? Yo me conocía mudable; tanto, que deseando ser sabio, deseaba mudarme de malo en bueno; y no obstante, más quería que a Vos os tuviesen por mudable, que el que a mí me juzgasen de otra naturaleza que la que Vos tenéis.
Por eso era repelido de Vos, que resistíais al vano orgullo y engreimiento mío; me ocupaba en imaginarlo todo con formas corpóreas; y no obstante ser yo de carne, reprendía y acusaba a la carne, y *mi espíritu, que andaba vagueando, no acertaba a volverse a Vos*, antes iba extraviándose más y más hacia las cosas que ni tienen ser en Vos, ni en mí, ni en cuerpo alguno, y que

bien lejos de ser obras que producía vuestra verdad, eran fingidas por mi vana imaginación, a semejanza de las que veía en otros cuerpos.
Como ignorante y hablador que era, decía a vuestros pequeñuelos fieles y convecinos míos, de cuya virtud y fe estaba yo muy lejos: *¿En qué consiste que yerre un alma que ha creado Dios?* Y no quería que a esto se me replicase diciendo: *Y Dios, ¿cómo puede errar?* Más quería confesar que vuestra sustancia inconmutable erraba violentada, que el que la mía, siendo mudable, errase voluntariamente, confesando que erraba en pena y castigo suyo.
27. Tendría yo veintiséis o veintisiete años de edad cuando escribí aquellos libros, revolviendo en mi imaginación las ideas y fantasmas corporales que no cesaban de hacer ruido a los oídos de mi corazón, los que yo procuraba aplicar, ¡oh Verdad dulcísima!, y tener atentos al sonido de vuestra interior melodía, meditando en lo *Hermoso* y en lo *Conveniente*, pero deseando permanecer en esta atención para oírlos y *alegrarme mucho por escuchar la voz del Esposo*, no podía conseguirlo, porque las voces de mi error arrebataban hacia afuera, y con el peso de mi soberbia caía hacia lo más bajo. Porque Vos, Señor, no dabais a mi oído gozo ni alegría, ni se alegraban mis huesos, porque no eran humillados.

Capítulo XVI

Cómo entendió por sí mismo las categorías o predicamentos de Aristóteles, y los libros de las artes liberales

28. ¿Y de qué me servía que teniendo veinte años no cabales y viniendo a mis manos aquella obra de Aristóteles intitulada *Las diez categorías o predicamentos* (obra que el maestro de retórica que yo tuve en Cartago, y otros tenidos por doctos, citaban y alegraban con un tono enfático y misterioso, haciéndome con esto suspirar por dicha obra, como por una cosa muy excelente y divina), la leí yo a mis solas y la entendí perfectamente por mí mismo? Y habiendo -87- conferenciado con otros, que apenas habían podido entender dichas categorías, como ellos confesaban, no obstante que se las habían explicado maestros muy eruditos, ya de palabra, ya por medio de muchas figuras y descripciones que para explicárselas hacían en la arena, nada me pudieron añadir de nuevo sobre lo que yo por mí mismo había comprendido solamente con leerlas.
Y a la verdad, me parecieron bastante claras dichas categorías, que se reducen a tratar de las sustancias, cómo es el hombre, y de las cosas que en ellas se

contienen, cómo es la figura del hombre, qué cualidades tenga, cuánta sea su estatura y cuántos pies tenga de alto, cuál sea su linaje y de quién sea hermano, en qué lugar esté, cuándo nació, si está en pie o sentado, si calzado o armado, si hace algo o si padece, y generalmente todo lo que se comprende en estos nueve géneros o predicamentos de lo que he puesto algunas cosas por modo de ejemplo, y también en el primer género de la sustancia, donde son innumerables las cosas que se contienen.

29. Pues ¿de qué me aprovechaba esto, cuando verdaderamente me dañaba? Porque juzgando yo que todo cuanto existe y tiene ser debía estar comprendido necesariamente en aquellos diez predicamentos, también a Vos, Dios mío, que sois infinitamente simplicísimo e inconmutable, os quería comprender en ellos y procuraba entenderos de tal modo, como si fuerais Vos el sujeto en que se sustentaba vuestra grandeza y vuestra hermosura, y éstas estuviesen en Vos como en sujeto, al modo que están en el cuerpo, siendo Vos mismo vuestra grandeza y vuestra hermosura; lo que no sucede en el cuerpo, que no es grande ni hermoso en cuanto es cuerpo, pues aunque fuera menos grande y menos hermoso, no por eso dejaría de ser cuerpo.

Así lo que yo imaginaba de Vos, todo era falsedad: ficciones eran de mi miseria, no verdades sólidas y correspondientes a vuestra suma felicidad. Se vio cumplido en mí lo que Vos habíais mandado, diciendo que la tierra produjese para mí cardos y espinas, y que no pudiese llegar a recibir y tomar mi propio sustento sino a costa de sudor y trabajo.

30. ¿Y de qué me servía tampoco que leyese y entendiese por mí mismo, y sin necesitar de maestro que me los explicasen, todos los libros de las artes que llaman liberales, cuantos pude haber a las manos, si me hallaba entonces delincuente esclavo de mis desordenados apetitos, y aunque me deleitaba en aquellos libros, ignoraba de dónde provenía todo lo que tenían de verdadero y cierto? Porque yo tenía las espaldas vueltas a la luz y el rostro a las cosas donde la misma luz reverberaba, y así mi rostro, que miraba los objetos iluminados, se quedaba sin ser iluminado él mismo.

Bien sabéis, Señor, Dios mío, que sin dificultad y sin que hombre alguno me enseñase, entendí cuanto andaba escrito de retórica, de lógica, de geometría, de música y aritmética, porque la prontitud en el entender y la agudeza en el discernir son dádiva especial vuestra, aunque yo no os ofrecía por ello sacrificio de alabanzas. Y así no me servía de mi ingenio tanto para mi provecho como para mi daño, pues queriendo tener a mi disposición tan buena porción de las riquezas de mi alma y usar de ellas a mi arbitrio, *no refería ni ordenaba a Vos aquel talento y fortaleza mía: antes apartándome de Vos, me*
-88- *fui, como el hijo pródigo, a una remota región* a malgastar aquella hacienda mía en tan indignos empleos como me han dictado mis pasiones y apetitos.

Porque ¿de qué me servía una cosa tan buena como los talentos que Vos me habíais dado, si yo no usaba bien de ella? Ni yo creía que aquellas artes y ciencias las aprendiesen otros con mucha dificultad, no obstante ser ingeniosos y aplicados, hasta que intenté explicárselas, y entonces conocí que el más hábil y excelente en ellas era el que menos tardaba en entenderme cuando las explicaba.
31. Mas ¿de qué me servía todo esto cuando yo juzgaba que Vos, Señor, Dios mío y verdad eterna, erais un cuerpo luminoso o infinito, y que yo era un pedazo de aquel cuerpo? ¡Extraña perversidad! Pero así era yo. No me avergüenzo, Dios mío, de confesar las misericordias que habéis obrado en mí, y de alabaros por ellas, pues no me avergoncé entonces de publicar a los hombres mis blasfemias y de ladrar contra Vos.
Pues ¿de qué me aprovechaba entonces un ingenio tan pronto para todas aquellas ciencias, y haber explicado tantos libros, y tan enredosos y dificultosos, sin que ningún hombre me enseñase a mí, ni me ayudase a entenderlos y explicarlos, si en la doctrina de la piedad y religión erraba tan feamente y con tan sacrílega torpeza? ¿O qué daño era para vuestros pequeñuelos su ingenio mucho más tardo, una vez que no se apartaban lejos de Vos, para que en el nido de vuestra iglesia estuviesen seguros hasta echar plumas y criar alas de caridad con el alimento de la sana doctrina de la fe?
¡Oh Dios y Señor nuestro, *esperemos en el abrigo y protección de vuestras alas*, defendednos con ellas y sobrellevadnos! *Vos llevaréis a los pequeñuelos y los sustentaréis sobre vuestras alas toda su vida hasta la vejez. Porque cuando Vos sois nuestra firmeza*, entonces es firmeza verdadera, y estamos verdaderamente firmes; pero cuando sólo hay firmeza nuestra, es enfermedad y flaqueza. Todo nuestro bien está en Vos siempre, y por eso el habernos apartado de Vos es habernos pervertido. Pues volvamos ya, Señor, a Vos, para que no nos acabemos de perder; vive en Vos sin defecto alguno todo nuestro bien, que sois Vos mismo, y no tememos que nos falte lugar a donde volver, por haber caído de él nosotros, pues con nuestra caída no se arruinó nuestra casa, que es vuestra eternidad misma.

-89-

Libro V

Habla del año 29 de su edad, en el cual, enseñando él retórica en Cartago y habiendo conocido la ignorancia de Fausto, que era obispo, el más célebre de

los maniqueos, comenzó a desviarse de ellos. Después, en Roma fue castigado con una grave enfermedad: interrumpido por eso en la enseñanza de la retórica, pasó después a enseñarla a Milán, donde por la humanidad y sermones de San Ambrosio fue poco a poco formando menor concepto de la doctrina católica

Capítulo I

Excita a su espíritu para que alabe a Dios

1. Recibid, Señor, el sacrificio de mis *Confesiones* que os ofrece mi lengua, que Vos mismo habéis formado y movido *para que confiese y bendiga vuestro santo nombre*. Sanad todas las potencias y fuerzas de mi alma y cuerpo, para que digan y clamen: *Señor, ¿quién hay semejante a Vos?* Porque el que os refiere y confiesa lo que pasa en su interior, no os dice cosa alguna que no sepáis, pues por muy cerrado que esté el corazón humano, no impide que le penetren vuestros ojos; ni la dureza de los hombres puede resistir la fuerza de vuestra mano, antes bien cuando queréis, ya usando de misericordia, ya de justicia, deshacéis enteramente su dureza, ni hay criatura alguna que se esconda de vuestro calor.
Pues alábeos mi alma, Señor, de modo que os ame, y confiese a Vos vuestras misericordias, de modo que os alabe. Todas vuestras criaturas no cesan de tributaros alabanzas; los animales y demás criaturas corpóreas, ya que no os pueden alabar inmediatamente por sí mismas, os alaban por boca de los que las conocen y contemplan como hechuras vuestras, sirviendo ellas de escalones para que nuestra alma suba a descansar en Vos, estribando en estas cosas que hicisteis, para llegar a Vos, que sois el que las hizo maravillosamente, en quien tienen su seguro descanso, su propio sustento y su verdadera fortaleza.

-90-

Capítulo II

Que los pecadores no pueden huir de la presencia de Dios, y que debieran convertirse a Él

2. Por más que los hombres inicuos y perversos pretendan retirarse y huir de Vos, no pueden evitar que los vean vuestros ojos, que penetran y distinguen

las más oscuras sombras. Aunque los pecadores sean feos en sí mismos, hacen que resalte más la hermosura de todo el universo. Pero ¿en qué pueden haceros daño, o en qué pueden menoscabar la pureza de vuestro imperio, que desde los altos cielos a los profundos abismos es justo y perfectísimo? ¿Y adónde se fueron *cuando huyeron de vuestra presencia*?, ¿adónde podrán irse que Vos no los halléis? Pero huyeron por no veros a Vos, que los estáis viendo a ellos, y ciegos vienen a tropezar con Vos, pues nunca perdéis de vista ni desamparáis cosa alguna de cuantas habéis creado. En Vos, Señor, vienen a tropezar los injustos para ser justamente castigados, habiendo huido de vuestra misericordia, tropezando en vuestra rectitud y cayendo en los rigores de vuestra justicia. No parece sino que ignoran que estáis en todas partes, por lo mismo que ningún lugar os puede cercar ni comprender, y que sólo Vos estáis siempre presente aun a aquéllos que se apartan muy lejos de Vos.

Conviértanse, pues, y vuelvan a buscaros, pues si ellos dejaron a su Creador, Vos no desamparáis a vuestras criaturas. Conque ellos se conviertan a Vos y vuelvan a buscaros, ya estáis dentro de su corazón, si se confiesan a Vos y se arrojan en vuestros brazos, y lloran en vuestro seno sus extravíos que les han sido tan trabajosos, Vos suavemente les enjugáis sus lágrimas, y esto hace que las derramen más copiosas, y que tengan gusto en derramarlas, porque Vos, Señor, y no ninguno de los hombres que son de carne y sangre, sino Vos mismo, que sois Creador y Redentor, los reparáis y consoláis.

Pues ¿dónde estaba yo cuando os buscaba? Os tenía delante de mí y, habiéndome apartado de mí mismo y estando lejos y fuera de mí, a mí mismo no me hallaba, y mucho menos a Vos.

Capítulo III

De la llegada de Fausto, maniqueo, a Cartago: su carácter y talentos; y de la ceguedad de los filósofos, que no conocieron al Creador por medio de las criaturas

3. Quiero hablar en presencia de mi Dios acerca de aquel año, que fue el veintinueve de mi edad. Ya había venido a Cartago cierto obispo de los maniqueos, que se llamaba Fausto, gran lazo del demonio, en que muchos se enredaban y caían engañados con la suavidad de sus palabras. Yo también alababa su elocuencia, pero distinguía entre el modo de decir y la verdad de las cosas que se dicen, la cual buscaba yo y deseaba aprender ansiosamente; y

así más atendía a ver qué manjar de ciencia me ofrecía para mi sustento aquel Fausto, tan famoso entre ellos, que no al plato de palabras hermosas en que la proponía. Antes de verle y oírle sabia yo que -91- tenía fama de hombre muy instruido en todas las ciencias, y docto perfectamente en las artes liberales. Y como yo había leído muchas obras de filósofos, y las conservaba en la memoria, comparaba alguna de sus doctrinas y sentencias con las grandes y largas fábulas de los maniqueos, y me parecían mucho más probables las cosas que enseñaron aquellos filósofos, *cuyo ingenio y estudio bastó para averiguar muchas cosas de este mundo*, aunque no llegaron a conocer al Autor de él, *porque siendo Vos tan grande, miráis desde cerca a los humildes y os alejáis de los espíritus que conocéis excelsos y orgullosos*. Así no os acercáis sino a los que tienen un corazón contrito, ni permitís que os hallen los sabios, aunque haya llegado a tanto su curiosidad y ciencia, que sepan el número de las estrellas del cielo y de las arenas del mar, o tengan medidas las regiones celestiales y averiguado el curso de los astros.

4. Con el entendimiento e ingenio que Vos les concedisteis investigaron todas estas cosas y hallaron la verdad en muchas de ellas; también llegaron a anunciar los eclipses del Sol y de la Luna muchos años antes que sucediesen, y en qué día y en qué hora habían de suceder, y cuánta parte de ellos se habían de eclipsar. Y les salió tan verdadero su cómputo, que sucedió del mismo modo que lo habían pronosticado. Además de esto inventaron y dejaron reglas seguras que hoy día se leen y sirven, y con ellas se pronostica en qué año, en qué mes del año, en qué día del mes, en qué hora del día y en cuánta parte de su luz se ha de eclipsar la Luna o el Sol, y vendría a suceder infaliblemente como lo han pronosticado.

Los hombres que no saben estas reglas se admiran y se pasman; los que las saben se alegran y se envanecen, y con esta impía soberbia se apartan de Vos y padecen la falta de vuestra luz, y viendo tanto antes el defecto del Sol, que es futuro, no ven su defecto, que está presente, porque no indagan piadosa y cristianamente el origen de donde les ha venido aquel ingenio capaz de hacer estas investigaciones. Dado caso que descubran y hallen que Vos sois quien les ha hecho y creado, no se entregan a Vos para que conservéis lo mismo que habéis hecho, ni sacrifican en honra vuestra lo que ellos han hecho en sí mismos, degollando en lugar de aves sus altanerías, que los elevan hasta las nubes; matando sus vanas curiosidades, que como los peces penetran los senos más ocultos del abismo; y haciendo morir a sus sensualidades y lujurias en lugar de las fieras y animales del campo, para que Vos, Dios mío, *que sois un fuego consumidor*, abraséis todos estos afectos y cuidados mortíferos, dándoles un nuevo ser y vida inmortal.

5. Pero ellos no dieron con el camino que lleva a este conocimiento, pues no conocieron a vuestro Verbo eterno, por el cual hicisteis las estrellas y demás criaturas que ellos cuentan y numeran, y a los mismos que las cuentan, y a los sentidos con que miran las mismas cosas que cuentan, y al entendimiento con que ajustan esta cuenta, *porque no hay cuenta ni número de vuestra infinita sabiduría. Pero ese vuestro Unigénito se hizo Él mismo nuestra sabiduría, nuestra justicia, nuestra santificación y quiso ser contado y entrar en el número de los hombres, y como tal pagó tributo al César*.

No atinaron aquellos filósofos con este camino, por el cual bajasen -92- desde sí mismos hasta llegar a Él, y por Él mismo humanado, subiesen a conocerle creador de todo. No conocieron este camino: por eso piensan que son tan sublimes y resplandecientes como las estrellas, y esto los hizo caer precipitadamente en tierra, *y su necio corazón se oscureció y quedó sin luz alguna*.

Ellos dicen de las criaturas muchas cosas verdaderas; pero como no buscan con veneración piadosa la verdad, que es el artífice de las criaturas, por eso no la hallan, conociendo que es el verdadero Dios, *no le honran y glorifican como a Dios, ni le dan gracias por sus obras; antes se desvanecen en sus pensamientos y dicen que son sabios*. Se atribuyen a sí mismos los que son dones vuestros, al mismo tiempo que con ceguedad perversa os quieren atribuir las que son obras suyas, esto es, apropiando a vuestra naturaleza mentiras y falsedades, siendo Vos la verdad por esencia, y trasladando la gloria y honra debida a un Dios incorruptible a la semejanza e imagen de los hombres corruptibles, y de las aves, de los cuadrúpedos y de las serpientes, de modo que toda vuestra verdad la truecan en mentira, dando a las criaturas la adoración y el culto en lugar de tributárselo al Creador.

6. No obstante, yo conservaba en mi memoria muchas cosas verdaderas que ellos dijeron de las criaturas y la cuenta y razón que ellos enseñaron por los números y orden de los tiempos me salía puntual y conforme a los visibles testimonios de los astros; pero comparando esto con la doctrina de Maniqueo, que sobre éstas escribió muchísimos delirios y extravagancias, no hallaba de ningún modo cómputo ni razón de los solsticios, ni de los equinoccios, ni de los eclipses de Sol y Luna, ni de otras cosas semejantes que yo había aprendido *en los libros de la sabiduría de este universo*. A pesar de eso se me mandaba que creyese todo aquello, lo cual no venía bien con las otras reglas y razones que tenía yo muy averiguadas por los cálculos y números, y por lo que veía con mis ojos; antes era muy diferente uno de otro.

Capítulo IV

Que sólo el conocimiento de Dios hace bienaventurados

7. ¿Por ventura, Señor, Dios de la verdad, le basta a cualquier hombre saber estas cosas para agradaros? Antes bien es infeliz el hombre que sabiéndolas todas, no os conoce a Vos; y aquél es verdaderamente dichoso que tiene conocimiento de Vos, aunque ignore todas aquellas cosas. Pero el que os conoce a Vos y también a ellas, no es más dichoso por saber aquellas cosas; el conocimiento de Vos sólo es lo que le hace dichoso y bienaventurado, si conociéndoos *os honra y glorifica como a Dios, os bendice y da gracias y no se desvanece con sus pensamientos*. Pues así como el que posee un árbol y os da gracias por el fruto que coge de él, aunque no sepa cuántos codos tiene de alto, ni cuánto tiene de ancho, es de mejor condición y os agrada más que el que mide y cuenta todas sus ramas, pero no le posee, ni conoce ni ama al que le crió, así el hombre fiel, *cuyas son todas las riquezas del mundo, y todas las posee como si no tuviera cosa alguna*, uniéndose con Vos, a quien sirven todas las -93- cosas, aunque no sepa siquiera *las vueltas de los septentriones*[40], es mejor sin duda alguna (y sería necedad dudarlo) que el que sabe medir los cielos, contar las estrellas y pesar los elementos, sin pensar en Vos, que ordenasteis todas las cosas con número, peso y medida.

Capítulo V

El atrevimiento con que Fausto enseñaba lo que no sabía acerca de los astros le hacía indigno de que le creyesen acerca de otras materias

8. Mas ¿quién le pedía a un maniqueo, sea el que fuere, escribir también estas cosas, sin cuya noticia se podía aprender la piedad cristiana? Pues Vos dijisteis al hombre *que la piedad es la sabiduría*, y aquel maniqueo pudiera muy bien ignorar estas otras cosas, pero además de que él no las sabía, atreverse a enseñarlas con mucha desvergüenza, convence de que no era capaz de conocer la piedad. Porque el profesar estas ciencias, por notorias que sean, es vanidad mundana, y sólo el confesar vuestra gloria es la piedad verdadera.

---

[40] *Las vueltas de los septentriones* son las siete estrellas que componen aquel signo que los astrónomos llaman *Ursa major* y el vulgo llama El Carro, y da vueltas alrededor del polo ártico.

Así aquel descaminado maniqueo no parece que habló tanto sobre aquella materia, sino para que, convencido de ignorar estas cosas por los que las sabían a fondo, se conociese manifiestamente el poco crédito que merecía en las demás cosas que enseñaba tocantes a su secta, y que eran mucho más oscuras y dificultosas. No quería él que le tuviesen en poco, antes intentaba persuadir con mucho ahínco que residía en él personalmente y con toda su potestad el mismo Espíritu Santo consolador de vuestros fieles y que los hace ricos de dones celestiales.
Y así habiéndose conocido claramente las muchas falsedades que decía hablando del cielo y de las estrellas, del curso del Sol y de la Luna (aunque estas cosas no pertenezcan a la doctrina de la religión), se hizo evidente su sacrílega osadía en pretender que se le diese crédito como a una persona divina, cuando decía cosas no sólo mal sabidas, sino falsas, con tan loca y soberbia vanidad.
9. Cuando oigo a algún cristiano y uno de mis hermanos en Cristo (sea el que fuere), que no sabe estas materias y que entiende una cosa por otra, miro en él con paciencia a un hombre que sigue aquella opinión; ni veo que le sea perjudicial no saber la situación y habitud de los cielos y elementos con tal que de Vos, Señor y Creador de todo, no crea algunas cosas indignas. Pero le será muy dañoso si juzga que esto pertenece a los dogmas principales de la piedad y religión, y se atreve a afirmar con pertinacia eso mismo que ignora. Es verdad que estos descuidos y flaquezas los sufre la caridad con afectos de madre en un recién convertido y principiante en la fe, *hasta que este hombre crezca y llegue a ser varón perfecto, de modo que no pueda ser agitado con cualquier viento de doctrina*. Mas en un hombre que de tal modo se atrevió a hacerse maestro, autor, guía y cabeza de aquéllos a quienes persuadía de dichas falsedades, -94- que estuviesen creyendo sus secuaces que no seguían a un hombre como quiera, sino a vuestro mismo Espíritu Santo, ¿quién sería que no juzgase que tan gran locura se debía detestar y arrojar lejos de sí, especialmente habiéndole convencido de que en muchas cosas que enseñaba había dicho falsedades y mentiras?
Sin embargo, aún no había yo averiguado de todo punto si las variedades de los días y noches, ya más largos, ya más breves, y la misma sucesión del día y de la noche, los eclipses y todo lo demás que yo había leído antes en otros libros, se podría también explicar con la doctrina de aquel maniqueo, con lo cual, si pudiera conseguirse, ya quedaría dudoso para mí si era de este o del otro modo como se había de pensar en esta materia, y entonces para deponer la duda y determinarme al asenso, antepondría su autoridad por el grande crédito de santidad que tenía.

Capítulo VI

Que Fausto era naturalmente verboso, pero ignorante de las ciencias y artes liberales

10. Casi por espacio de aquellos nueve años que yo gasté en oír las doctrinas de los maniqueos, sin poder fijar mi entendimiento en cosa alguna, estuve esperando la venida de este Fausto, con un deseo vehementísimo, porque los demás de su secta con quienes yo había tratado, y que no sabían responderme a las preguntas y objeciones que yo les hacía en estas materias, todos me prometían que vendría este Fausto, y que con su venida y comunicación todas aquellas dificultades y otras mayores que propusiese se me resolverían con facilidad y solidez.

Luego, pues, que vino experimenté que era un hombre agradable y gustoso en su conversación, y que las mismas cosas que decían ellos comúnmente, las parlaba él con mucha más gracia. Pero ¿de qué servía para mi sed hallarme con un decente copero que ministraba vasos más preciosos? Ya estaban mis oídos hartos de oír aquellas cosas que él decía y no me parecían mejores porque estaban mejor dichas, ni sólidas y verdaderas por estar más compuestas y adornadas, ni el alma del que las decía me parecía sabia porque fuese gracioso el semblante y el estilo hermoso. Aquellos que me lo habían ponderado no juzgaban bien de las cosas, pues solamente les había parecido sabio y docto porque les daba gusto oírle hablar.

También conocí otra bien diferente casta de hombres que tenían a la verdad por sospechosa y rehusaban asentir a ella sólo porque se les dijese con estilo copioso y elegante. Pero Vos, Dios mío, ya me habéis enseñado por medios bien ocultos y admirables que en esto erraban los unos y los otros; y por tanto creo que Vos erais quien me lo habíais enseñado, porque ello era verdadero, y ninguno sino Vos puede ser el Maestro de la verdad en cualquier parte y de cualquier modo que ella se descubra. Ya, pues, había aprendido de Vos que ni debía parecer y tenerse por verdadera una cosa sólo porque se decía con elegancia, ni tampoco se había de tener por falsa sólo porque se dijese con estilo desaliñado y sin adorno. Ni -95- por el contrario debía pensar que era verdadero lo que se decía con estilo humilde y llano, ni que era falso lo que se decía con estilo muy elevado y compuesto. Y así debía imaginar que sucedía con la ciencia y la ignorancia lo que sucede a los manjares buenos y a los malos, que así como unos y otros pueden servirse en platos preciosos o viles, así la ciencia y la necedad pueden tratarse con palabras toscas o elegantes.

11. De modo que aquella grande ansia con que yo había esperado tantos años a aquel hombre se satisfacía en parte por el gusto que causaba el oírle

disputar, ya por el modo y afectos que tenía, ya por las palabras tan propias que usaba, y la facilidad con que se le ocurrían las expresiones más oportunas para ordenar sus pensamientos y sentencias. Yo confieso que me deleitaba el oírle, y le alababa y ensalzaba con otros muchos, y también mucho más que ellos; pero me era muy sensible que entre tanta gente como le estaba oyendo en público no se me permitiese el proponerle mis dudas y cómo partir los cuidados de mis dificultades confiriéndolas con él familiarmente, y alternando sus soluciones con mis dudas y mis réplicas con sus respuestas. Luego que pude lograr esto, y acompañado de mis amigos, comencé a hablarle, en ocasión y oportunidad que hacía decente nuestra disputa, alternando él y yo nuestras razones y réplicas, y le pude proponer algunas de mis dificultades, conocí inmediatamente que no tenía siquiera una tintura de las artes liberales, a excepción de la gramática, que la sabía medianamente y de un modo muy común. Mas como había leído algunas oraciones de Cicerón y unos pocos libros de Séneca, algunos pasajes de poetas, algunos libros que tendría de su secta escritos en latín limado y culto; y como por otra parte estaba ejercitando todos los días el hablar, había adquirido facilidad para explicarse en buen estilo, que él hacía ser más agradable y engañoso, gobernándolo con la destreza de su ingenio y cierta gracia que tenía natural.
¿No es así como lo cuento, Dios y Señor mío, y juez de mi conciencia? Todo mi corazón y memoria pongo delante de Vos, que entonces me gobernabais con un secreto impulso de vuestra Providencia y poníais ya delante de mis ojos mis afrentosos errores, para que los contemplase y los aborreciese.

Capítulo VII

Cómo se apartó de la secta de los maniqueos

12. Después que conocí claramente que Fausto ignoraba de todo punto aquellas ciencias en que yo juzgaba que sería él muy docto y excelente, comencé a perder las esperanzas de que él pudiese aclarar y resolver las dificultades y dudas que me tenían inquieto. Es verdad que aunque él ignorara aquellas ciencias y las resoluciones de mis dudas, pudiera saber las verdades tocantes a la piedad y religión, si no fuera maniqueo. Los libros[41] de

[41] Los libros en que casi consistía toda la ciencia de *Manés* los heredó éste, con los demás bienes, de su esposa (que era una persiana viuda y rica, de quien él había sido esclavo); de los cuales fue autor un tal Escitión Escita, quien tuvo por discípulo a Terbinto, el cual murió en casa de aquella señora viuda y le dejó aquellos libros de su maestro. Recogiolos

esta secta están llenos -96- de prolijas fábulas acerca del cielo y de las estrellas, del Sol y de la Luna, cuyas doctrinas ya conocía yo que no podría él explicármelas con la delicadeza que era necesaria y como yo quería, esto es, cotejándolas con el cálculo de los astrónomos que yo había leído en otros libros, para ver, mediante este cotejo, si eran menos fundadas las razones de dicho cálculo y número que las que se contienen en los libros de los maniqueos, o si igualmente se hallaba la razón en unos y en otros. Pero luego que le propuse estas cosas para que las considerase y resolviese, él verdaderamente procedió con tal modestia, que ni aun se atrevió a tomar sobre sí esta carga, porque conocía que no sabía nada de esto, ni tampoco se avergonzó de confesarlo. No era como otros muchos habladores, que yo había experimentado y sufrido, que intentaban enseñarme acerca de mis dudas, y todo lo que decían era nada. Éste era de corazón franco, y aunque no lo tenía recto en orden a Vos, tampoco era demasiadamente arrojado respecto de sí mismo. No era tan ignorante que no conociese su ignorancia, y así no quiso meterse temerariamente a disputar de aquellas cosas que le habían de poner en aprietos y estrechuras, de donde no pudiese salir ni volver atrás, y por esto también me agradó más. Porque la modestia de un ánimo que conoce su ignorancia y la confiesa con ingenuidad es más hermosa y amable que el conocimiento de las cosas que yo deseaba saber; y en todas las dudas y cuestiones más dificultosas y sutiles que le propuse siempre le hallé modesto del mismo modo.

13. Frustrada, pues, la esperanza que yo había tenido en la sabiduría de aquel maniqueo, y desesperando mucho más de los otros doctores de aquella secta, cuando este famoso, aplaudido de ellos, se había mostrado tan ignorante en todos los puntos que me hacían dificultad, comencé a tratar con él, por desearlo él mismo, de las ciencias que yo enseñaba a los jóvenes en Cartago, donde yo estaba siendo maestro de retórica, y yo leía y explicaba en su presencia, ya las materias que él deseaba oír, ya las que a mí me parecían acomodadas a su ingenio. Pero el conato y ahínco con que yo había determinado hacer progresos en aquella secta se acabó de todo punto, luego que acabé de conocer la poca instrucción de Fausto; no de modo que me apartase enteramente de los maniqueos, sino como quien no hallaba otra cosa mejor, determinaba contentarme por entonces con aquélla en que, fuese como fuese, ya había venido a dar, hasta ver si acaso se descubría algún otro mejor rumbo que seguir.

Manés y les añadió muchas fábulas y desvaríos, arrogándose el título de autor de ellos. Éste fue el principio de la secta de *Manés* y el fin de él fue morir desollado vivo hacia el año 278.

Así aquel Fausto, que para otros muchos había sido lazo de la muerte, fue, sin quererlo él ni saberlo, quien comenzó a aflojarme el lazo en que antes estaba yo cogido y preso. Porque vuestras manos, Dios mío, en lo oculto de vuestra providencia, no desamparaban a mi alma; al mismo tiempo mi madre os ofrecía en sacrificio por mí la sangre de su corazón en las continuas lágrimas que de día y de noche derramaba, y Vos, Señor, me favorecisteis por unos medios verdaderamente maravillosos. Sí, Dios mío, Vos lo hicisteis, porque -97- *entonces quiere el hombre seguir vuestro camino cuando Vos mismo sois el que gobernáis sus pasos*. Ni ¿quién es el que puede manejar el negocio de nuestra salvación, sino vuestra mano, que restablece las obras que ella misma hizo?

Capítulo VIII

Cómo se partió a Roma contra la voluntad de su madre

14. Vos, Señor, hicisteis que me persuadiesen el ir a Roma, y que era mejor enseñar allí lo que enseñaba en Cartago. Y no quiero dejar de confesaros lo que me movió a tomar este partido, porque en todas estas cosas se debe reconocer lo inaccesible de vuestros altísimos juicios y contemplar y alabar vuestra misericordia, tan especialmente pronta a favorecernos.

No quise, pues, ir a Roma por tener allí mayores intereses y alcanzar mayor honra y dignidad, como me lo prometían seguramente los amigos que me aconsejaban el viaje, aunque también todo esto movía entonces mi ánimo; pero la causa principal, y casi única, que me movió fue haber oído que los jóvenes que estudiaban en Roma eran más quietos y se sujetaban de tal suerte al mejor ordenado método de disciplina, que no se entrometían frecuente y desvergonzadamente en la clase o aula de otro maestro que no fuese el suyo, ni absolutamente se les permitía entrar sin su licencia. Lo contrario se acostumbraba en Cartago, donde es tan torpe y destemplada la licencia de los estudiantes, que se entran violenta y desvergonzadamente en cualquier aula y casi con un furioso descaro perturban aquel orden que cada maestro tiene establecido para el aprovechamiento de sus discípulos. Cometen con increíble insolencia muchos agravios e injurias, que debían ser castigados por las leyes, si no los patrocinara la costumbre, que los muestra ser tanto más infelices cuanto ya ejecutan como lícito lo que nunca lo será por vuestra ley eterna. Ellos juzgan que quedan sin castigo aquellos agravios que hacen, estando su castigo en la misma ceguedad con que los hacen y padeciendo ellos sin comparación mayores males que los que causan a los otros.

Pues aquellas malas costumbres que no quise yo tener cuando aprendía, me veía obligado a sufrirlas en otros cuando enseñaba, y por eso gustaba de irme a Roma, donde no había aquellos desórdenes, como me lo aseguraban todos los que lo sabían. Pero a la verdad, Vos, Señor, que sois mi esperanza y mi posesión en la tierra de los vivos, para que yo mudase de lugar y tierra (por convenir así a la salud de mi alma), por una parte me poníais estímulos en Cartago para arrancarme de allí, y por otra me proponíais atractivos en Roma para llevarme allá. Esto lo hacíais por medio de unos hombres que aman esta vida mortal, de los cuales unos ejecutaban locuras, y los otros me prometían vanidades; y Vos, Señor, para corregir mis pasos, os valíais ocultamente de su perversidad y de la mía. Porque los que perturbaban mi reposo estaban furiosamente ciegos y los que me incitaban al viaje estaban poseídos de aficiones terrenas; y yo, que en Cartago aborrecía una verdadera miseria, apetecía en Roma una felicidad falsa.

-98-

Vos sabíais, Dios mío, por qué me convenía dejar aquella viudad y caminar a la otra; pero ni a mí me lo disteis a entender, ni tampoco a mi madre, que mi partida la sintió de muerte, y me siguió hasta la orilla del mar. Yo la engañé cuando ella me tenía asido fuertemente, precisándome o a dejar mi viaje o a llevarla en mi compañía; le hice creer, con engaño, que mi intento era solamente acompañar a un amigo, hasta que tuviese viento favorable con que hacerse a la vela. Así engañé a mi madre, y a tal madre, y me escapé, y Vos me habéis perdonado esta mentira por vuestra misericordia, y aunque estaba lleno de abominables manchas, me guardasteis de las aguas del mar hasta que llegase al agua de vuestra gracia, y lavado con ella se secasen los ríos de lágrimas que mi madre derramaba por mí todos los días, regando con ellas la tierra en que se postraba en vuestra presencia.

No obstante, rehusando ella volverse sin mí, me costó mucho trabajo persuadirla a que pasase aquella noche en una capilla dedicada a San Cipriano, que estaba cerca del puerto. Como quiera, en aquella misma noche me partí secretamente y ella se quedó orando y derramando lágrimas.

¿Y qué era, Dios mío, lo que mi madre os pedía con tan copiosas lágrimas, sino que impidieseis mi navegación? Pero Vos, providenciando mi salud con sabiduría investigable y oyendo benignamente su súplica en cuanto al punto principal de sus deseos, no cuidasteis de lo que entonces os pedía, para que algún día viese que obrabais en mi lo que ella continuamente os suplicaba.

Sopló el viento, y llenando nuestras velas, brevemente perdimos de vista la ribera en la cual mi madre a la mañana siguiente hacía extremos de dolor y

clamaba a Vos con quejas y gemidos de que Vos al parecer no hacíais caso, siendo así que a mí me dejabais arrebatar de mis mundanas codicias y deseos, para que se acabasen de una vez en mí esos mis deseos y codicias, y al mismo tiempo castigabais en mi madre, con el justo azote de dolor y pena, lo que había de carnal y terreno en el amor y deseos que de mí tenía. Porque ella deseaba estar en mi presencia como otras madres en la de sus hijos, pero lo deseaba mucho más que todas; y es que no sabía los grandes gozos que le habíais Vos de dar por mi ausencia. No lo sabía, y por eso lloraba y se lamentaba tanto, siendo aquellos tormentos que padecía consecuencias tristes del castigo de Eva, pues buscaba gimiendo con dolor lo que había parido con dolor. Y finalmente, después de haberme acusado de engañoso y de cruel, volviendo a su continua ocupación de suplicaros por mí, se fue a seguir su acostumbrado método de vida, mientras yo seguía el camino de Roma.

Capítulo IX

Cómo enfermó en Roma con tan grave calentura, que le puso a peligro de la vida

15. Apenas llegué a Roma, fue mi recibimiento ser castigado con el azote de una enfermedad corporal, y me iba a los infiernos, llevando conmigo todos los pecados que había cometido contra Vos, contra mí y contra mis prójimos, que eran muchos y graves además del pecado -99- original *con que todos morimos en Adán*, porque ninguno de ellos me habíais perdonado en Cristo, *ni su cruz había puesto fin a las enemistades que* con Vos había yo contraído por mis pecados. ¿Y cómo las había de haber deshecho y concluido, estando yo en la creencia de que era un fantasma y cuerpo aparente el que fue crucificado? Así tan verdadera era la muerte de mi alma como falsa me parecía a mí la muerte de Jesucristo; y tan verdadera era su muerte como falsa la vida de mi alma, que no lo creía. Agravándose, pues, mis calenturas, ya iba perdiendo la vida temporal y eterna, porque, ¿adónde fuera yo, si hubiese muerto entonces, sino al fuego y a los tormentos que correspondían a mis malas obras, según la verdad de vuestra providencia?
No sabía esto mi madre, pero os rogaba por mí aunque estaba ausente, y Vos, que estáis presente en todas partes, la oíais y teníais misericordia de mí, para que recobrase la salud de mi cuerpo, estando todavía mi alma delirante en su impiedad sacrílega. Porque aun estando en aquel tan gran peligro, ni siquiera deseé recibir vuestro bautismo; que mejor era yo cuando muchacho, pues se

le pedí entonces a mi piadosa madre, como ya tengo referido y confesado. Yo había crecido para afrenta mía, y loco y desatinado me burlaba de aquel remedio que Vos habíais preparado para nuestras almas; pero Vos no me dejasteis morir, que hubiera sido morir dos veces, y para el corazón de mi madre tan penetrante herida, que jamás hubiera sanado de ella. Porque no puedo explicar bastantemente el tiernísimo amor que me tenía y con cuánto mayor cuidado procuraba dar a mi alma el ser y vida de la gracia, que el que tuvo para darme a luz al mundo.

16. Así no veo cómo sanaría mi madre de aquel golpe, pues mi muerte, y en tan mal estado, le hubiera traspasado sus amorosas entrañas. ¿Y dónde estarían ya tantas y tan continuas oraciones como por mí os hacía sin cesar, y que en ninguna parte dejaba de dirigir a Vos? Mas ¿por ventura, Señor, siendo Vos Dios de las misericordias, *habíais de despreciar el corazón contrito y humillado* de aquella viuda casta y abstinente, que hacía tantas limosnas y servía con toda sumisión a vuestros santos[42], que no dejaba pasar día ninguno sin contribuir con su ofrenda para el sacrificio del altar[43], y que dos veces al día, una por la mañana y otra por la tarde, venía a vuestra iglesia, -100- sin faltar jamás, no para ocuparse en vanas conversaciones y habladurías de viejas, sino para oír lo que Vos le hablabais en vuestros sermones por boca de vuestros ministros, y para que Vos la oyeseis a ella en sus oraciones? Pues Vos, Señor, ¿habíais de despreciar las lágrimas de una mujer como ésta, con las cuales no os pedía oro ni plata, ni otro algún bien terreno, mudable y transitorio, sino la salud del alma de su hijo? Vos, con cuya gracia era ella tan virtuosa, ¿habíais de despreciar sus oraciones y lágrimas, y le habíais de

---

[42] Esta palabra *Santos* se toma muchas veces, en la Sagrada Escritura, para significar todos los que de algún modo están dedicados al culto de Dios: así unas veces significa solamente los fieles, otras los legos que hacían profesión de seguir una vida más austera y pura que los demás, ya significa los religiosos, vírgenes y viudas consagradas por estado a vivir en continencia, ya también los clérigos destinados al ministerio de los altares.

[43] Todos los fieles de la primitiva Iglesia (a excepción de los pobres) contribuían al sacrificio de la misa, mediante la ofrenda de pan y vino que llevaban al templo, y se ponía todo sobre el altar, de lo cual solamente se consagraba una parte, reservándose todo lo demás para el sustento de los pobres y de los ministros de la Iglesia. Se tenía gran cuidado de poner en un catálogo los nombres de los que hacían estas ofrendas y se leían públicamente y en voz alta antes de la consagración. Y esto, dice San Agustín, practicaba todos los días su santa madre, sin dejar un día nunca ni faltar jamás al sacrificio de la misa. Bien pudiera también entenderse en este pasaje lo que algunos entendieron probablemente, esto es, que no hablaba aquí San Agustín precisamente de las oblaciones u ofrendas que hacía Santa Mónica determinadas al sacrificio de la misa, sino de la ofrenda que se hacía para los pobres, llamada *ágapes*, como se verá después en el libro VI, cap. II.

negar vuestro favor y auxilio? De ningún modo, Señor, antes bien estabais presente a sus oraciones, las oíais y hacíais lo que en ellas os pedía, pero procediendo con el orden que estaba determinado en vuestros decretos eternos. No es imaginable que la hubieseis engañado en aquellas visiones y toques interiores que de vuestra parte había recibido (de las cuales unas he contado y otras he omitido), y todas las tenía ella muy presentes y fijas en su alma, y siempre en sus oraciones os las proponía como firmas de vuestra mano que estabais obligado a cumplir. Pues por ser infinita vuestra misericordia, os dignáis de obligaros con vuestras promesas y haceros deudor de aquellos mismos a quienes perdonáis todas sus deudas.

Capítulo X

De los errores en que andaba antes de recibir la doctrina evangélica

17. Vos, Señor, me sanasteis de aquella enfermedad y sacasteis a salvo al hijo de vuestra sierva, dándome por entonces salud en el cuerpo, para darme después mejor y más segura salud en el alma. También me juntaba en Roma por aquel tiempo con aquellos engañados y engañadores maniqueos que ellos llamaban *santos*, pues no sólo trataba con los llamados *oyentes*[44], de cuyo

[44] Ya se ha dicho anteriormente que los oyentes entre los maniqueos eran como los catecúmenos entre los cristianos, y así no estaban enteramente instruidos en todos los misterios de su secta, porque todavía no estaban incorporados o no hacían un cuerpo con ellos; por lo cual no eran propia y verdaderamente maniqueos sino aquéllos que se llamaban electos.
Así, cuando dice que se juntaba y trataba con los maniqueos, no sólo con los oyentes, sino también con los electos, da a entender que les oía sus pláticas, doctrinas y lecciones como uno de sus discípulos, pero nunca llegó a ser de los electos, y verdaderamente maniqueos, como él mismo testifica en el libro *De utilitate credendi*, cap. I.
Entre los electos había trece llamados *maestros*, uno de los cuales presidía a los demás, y todos ellos juntos ordenaban a sus obispos, que tenían el número fijo de setenta y dos. Estos obispos se hacían de los electos, como también los presbíteros y diáconos, a quienes escogían los obispos y los ordenaban. Como los electos pasaban por raza o estirpe sacerdotal, iban a misiones y suplían por los obispos, presbíteros o diáconos, o les ayudaban en sus respectivos ministerios.
Maniqueo había instituido un método de vida a los electos, que les era muy penoso y duro, porque su ley no les permitía comer ni carne ni huevos, ni leche, ni peces, ni tampoco beber vino. No les era permitido, aunque fuese para su sustento, arrancar una hierba, cortar una hoja de un árbol, ni coger de él fruto alguno arrancándolo con su mano. Ayunaban rigurosamente los domingos y lunes, en reverencia del Sol y de la Luna; y por

número era mi -101- huésped, en cuya casa había pasado mi enfermedad y convalecencia, sino también con los que llamaban *electos*.

Todavía estaba yo en la creencia de que no somos nosotros los que pecamos, sino que otra, no sé cuál, naturaleza pecaba en nosotros, y se deleitaba mi soberbia con imaginarme libre de toda culpa, y cuando hiciese algo malo, con no confesar que era yo quien lo había hecho, *para que sanarais mi alma, pues os ofendía*, antes gustaba de disculparla, echando la culpa a no sé qué otra cosa que estaba conmigo, pero que no era yo.

Mas a la verdad yo era todo aquello, y contra mí mismo me había dividido mi impiedad; y aquél era mi más incurable pecado, con el cual yo creía que no era pecador: era la iniquidad más execrable, querer más el que Vos, Dios mío todopoderoso, fueseis vencido por mí para mi perdición y daño, que el ser yo vencido por Vos para mi salud y provecho. *No habíais puesto todavía guarda a mi boca, ni puerta que cerrase mis labios*, para que mi corazón no se inclinase a las perversas palabras y doctrinas, con que en compañía de aquellos hombres pecadores y maniqueos disculpaba y daba por buenas las excusas en los pecados, así todavía estaba yo mezclado con sus *electos*[45].

18. No obstante, habiendo enteramente perdido la esperanza de hacer algún progreso en aquella falsa doctrina aun en aquellos puntos en que yo había determinado perseverar, ínterin no hallase otra cosa mejor, ya los miraba y sostenía con disgusto y negligencia. Además de eso se me ofreció también el pensamiento de que aquellos filósofos que llaman *académicos*[46], habían sido

---

estos ayunos los distinguían y reconocían los cristianos. Hacían profesión de guardar continencia y de abstenerse de tomar baños, por lo que andaban pálidos, consumidos y desfigurados; pero era porque ellos se procuraban artificiosamente un exterior penitente y mortificado, aunque en lo oculto tenían una vida muelle, delicada, regalona, deliciosa y muy desarreglada: eran muy dados a mujeres y no observaban ninguno de sus estatutos, como San Agustín les echa en cara muchas veces en sus escritos. No hablo de sus misterios y ritos, en los cuales la impureza y la abominación habían llegado a su colmo.

45 Como David en este versículo 4 del salmo CXL usa de la palabra «electos», *cum electis eorum*, se la apropia a sí con gracia y hermosura San Agustín, para acusarse de que *comunicaba con los electos* de los maniqueos.

46 El dudar de todo, y enseñar que todo era dudoso, es lo que siempre se ha atribuido a la secta de los académicos, si bien privadamente creían que el descubrimiento de la verdad estaba totalmente en la percepción de los sentidos. Pero no se atrevían a decirlo, temiendo que los epicúreos, y otros filósofos semejantes, convirtiesen en veneno este principio y máxima, que según ellos era la llave de la verdadera filosofía. De todo lo cual da noticia el mismo San Agustín en la epístola 1, en la 113, y en los libros que escribió contra los académicos. Arcesilao, filósofo griego, que floreció trescientos años antes de Jesucristo, fue el príncipe y cabeza de esta secta, que intentó reducir el método de disputar al modo del

más sabios y prudentes que todos los demás, porque defendían y enseñaban que de todas las cosas debíamos dudar, y que ningún hombre podía llegar a comprender ni una sola verdad.

Ésta me parecía haber sido claramente su sentencia (y así se juzga vulgarmente), porque aún no penetraba ni entendía bien su sistema. Y no dejé de apartar a mi huésped de la demasiada confianza que conocí tenía en aquella multitud de fábulas de que están llenos los libros de los maniqueos.

Sin embargo, yo trataba más familiar y amistosamente con éstos que con los otros hombres que nunca habían seguido aquella herejía. Bien es verdad que no la defendía ya con aquella eficacia y fervor -102- que antes acostumbraba; pero el continuo trato con los de aquella secta (que ocultamente tenía muchos secuaces en Roma) me hacía menos diligente para buscar otro rumbo de doctrina, especialmente habiendo yo perdido la esperanza de poder hallarse la verdad en vuestra Iglesia, de donde ellos me habían apartado. Parecíame cosa torpísima el creer que Vos, soberano Señor de cielo y tierra, Creador de todas las cosas visibles e invisibles, tuvieseis figura de carne humana, que constase de miembros corporales como los nuestros y de una cantidad y extensión determinada. La causa principal y casi única que hacía que fuese mi error inevitable era que siempre que yo quería pensar en mi Dios, no acertaba a pensar ni se me representaba otra cosa que cantidades corpóreas, por estar yo persuadido de que no había cosa alguna que no fuese cuerpo.

19. De aquí nacía que también al mal le aprendía yo como una cierta sustancia corpórea, que tenía su correspondiente magnitud oscura y fea, sustancia que o era gruesa y pesada, y la llamaban tierra, o era leve y sutil como el cuerpo del aire, y la llamaban espíritu maligno, el cual imaginaban ellos que se introducía y se calaba en aquella otra sustancia llamada tierra. Y como la piedad (por corta que en mí fuese) me obligaba a creer que un Dios bueno no había de haber creado una naturaleza mala, establecía yo dos sustancias grandes y corpulentas, contrarias entre sí y entrambas infinitas, pero con la diferencia de que la mala era menor y la buena mayor. Ve aquí el principio pestilencial de donde se originaban las demás doctrinas sacrílegas, porque intentando mi alma recurrir a buscar la verdad en la doctrina católica, me hacía retroceder y desistir de mi intento la idea que yo me había formado de ella, juzgando por doctrina católica la que verdaderamente no lo era.

---

de Sócrates, no afirmando ni estableciendo nada, pero impugnándolo todo, como dice Luis Vives sobre el cap. XII del lib. VIII de *La Ciudad de Dios* de San Agustín.

Me parecía más conforme a la piadosa idea que debía tener de Vos, Dios mío (cuyas misericordias usadas conmigo son motivo de eternas alabanzas), creer que por todas partes erais infinito, aunque me viese obligado a confesar que no lo erais por una sola parte, esto es, por parte de la contrariedad y competencia que teníais con la sustancia del real, que creer o imaginar que por todas partes erais finito, atribuyéndoos los miembros y figura del cuerpo humano.
También me parecía que mejor era creer que Vos no habíais creado mal alguno, que creer que habíais creado la naturaleza del mal del modo que yo lo imaginaba, pues como ignorante creía que el mal no solamente era sustancia, sino también corpórea, porque no sabía imaginar que espíritu fuese otra cosa que un cuerpo sutil que se esparcía por los espacios y lugares.
También a vuestro unigénito Hijo y nuestro Salvador, de tal modo le contemplaba haber salido de aquella masa y cuerpo lucidísimo que yo os atribuía, para que obrase nuestra salud, que no creía de Él otra cosa, sino lo que mis vanas imaginaciones podían alcanzar. Así pensaba que una tal naturaleza no podía haber nacido de la Virgen María sin mezclarse e incorporarse con la carne, y no me parecía posible que se mezclase de este modo con la carne aquel ser y naturaleza lucidísima que yo le atribuía, y que no se manchase. De suerte que rehusaba creer que Jesucristo hubiese nacido en verdadera carne humana, por no verme obligado a creer que se había manchado con la carne misma.

-103-

Al llegar aquí, supongo que vuestro siervos y personas espirituales se reirán de mí amorosa y caritativamente, si leyeren estas mis *Confesiones*; pero ello es cierto que yo era tal como digo.

Capítulo XI

Cómo trató y confirió sus dudas con los católicos

20. Además de lo dicho, no juzgaba yo que podían bien defenderse aquellos lugares de vuestra Escritura, que los maniqueos reprendían e impugnaban; pero deseaba verdaderamente tener alguna ocasión de comunicarlos y conferirlos todos en particular con algún hombre muy docto y muy versado en la Sagrada Escritura, y ver cómo él los explicaba y entendía.

Porque ya me habían comenzado a mover, estando en Cartago, las razones de Helpidio, que públicamente predicó y disputó contra los maniqueos, habiendo alegado tales textos de la Sagrada Escritura, que no se podían resistir ni darles fácil respuesta, y la que dieron los maniqueos me había parecido muy endeble y flaca. Aun ésta no la manifestaban fácilmente en público, sino secretamente a nosotros los de su secta, diciéndonos que las Escrituras del Nuevo Testamento habían sido falseadas por no sé quiénes, que quisieron mezclar y unir la ley de los judíos con la fe de los cristianos. Pero ellos no probaban esto, ni nos mostraban algunos otros ejemplares, incorruptos y que estuviesen sin la mezcla que decían. Mas mi costumbre de no pensar ni imaginar sino cosas corpóreas y abultadas me tenía tan preso y poseído, que como si las tuviera sobre mí me oprimían y agobiaban las mismas corpulencias de las cosas, bajo de cuya pesadez anhelaba fatigado, sin poder salir a respirar el aire puro de vuestra verdad.

Capítulo XII

Del engaño que practicaban en Roma los discípulos con sus maestros

21. Como el venir a Roma fue para enseñar allí el arte de la retórica, lo comencé a ejecutar con toda diligencia: al principio junté en mi casa algunos estudiantes que habían tenido noticia de mí, por los cuales también se divulgó mi fama, y antes de mucho conocí que tendría que sufrir en los estudiantes de Roma muchas cosas que no había experimentado en los de África. Pues aunque me aseguraron que en Roma no se ejecutaban aquellas *eversiones* y burlas perjudiciales que hacían los jóvenes perdidos de Cartago, también me informaron de que allí los estudiantes, por no pagar al maestro, se conspiraban repentinamente muchos de una vez y se pasaban a estudiar con otro, faltando a su fe y palabra, y haciendo poco aprecio de la justicia por amor del dinero.

También a éstos los aborrecía mi corazón, *aunque aquel odio no era muy justo y perfecto*, porque acaso más aborrecía el perjuicio que de ellos se me había de seguir, que el que hiciesen aquellas injusticias, que a todos les son ilícitas.

Como quiera, ellos verdaderamente afeaban sus almas, y se divorciaban y separaban de Vos, amando unas burlas y engaños que vuelan -104- con el tiempo, y una ganancia de lodo que no se puede coger sin ensuciarse la mano; abrazando el mundo, que huye, os despreciaban a Vos, que sois permanente, y que estáis llamando al alma que os ha dejado, y perdonáis las

ofensas que os ha hecho, como vuelva y se convierta a Vos. Yo aborrezco ahora también a semejantes hombres depravados e inicuos, al paso que amo y quiero que se corrijan y enmienden, para que estimen la doctrina que aprenden más que a su dinero; y a la misma doctrina y enseñanza os antepongan a Vos, Dios mío, que sois la verdad por esencia, la abundancia de todo bien seguro y cierto, y la unión y paz castísima de las almas. Pero entonces más repugnaba yo que fuesen malos, mirando a mi interés, que deseaba que se hiciesen buenos, atendiendo a vuestro amor.

Capítulo XIII

Cómo fue enviado a Milán por catedrático de retórica, donde fue bien recibido de San Ambrosio

22. Así, con la noticia que tuve de que los magistrados de Milán habían escrito a Símaco[47], prefecto de Roma, para que proveyese a aquella ciudad de un maestro de retórica, dándole también su pasaporte[48] y privilegio de tomar postas, y costeándole el viaje, yo mismo solicité que se me propusiese asunto para un discurso oratorio, y oído y aprobado, me enviase allá el prefecto. Para esta pretensión me valí de los mismos que estaban embriagados con los errores maniqueos, de los cuales iba a librarme en Milán, sin saberlo ellos ni yo.

Llegué, pues, a Milán[49], y fui a ver al obispo Ambrosio, fiel siervo vuestro, varón celebrado y distinguido entre los mejores del mundo, quien en sus pláticas y sermones ministraba entonces diestra y cuidadosamente a vuestro pueblo vuestra doctrina, *que es para las almas aquel pan que las sustenta, aquel*

---

47 Símaco es aquel célebre personaje de la ciudad de Roma cuyos escritos se han conservado y llegado a nuestros tiempos, el cual por su nacimiento ilustre, por sus empleos honoríficos y por su talento y elocuencia había sido escogido por la nobleza de Roma para que hiciese frente a los progresos del Cristianismo y se opusiese a la destrucción de los ídolos; pero de él triunfó gloriosamente San Ambrosio.

48 Todo esto me parece dio a entender San Agustín diciendo: *Imperita etiam evectione publica*. Véase la edición del padre J. M. y a Budeo.

49 San Agustín permaneció en Cartago desde el principio del curso del año 377 hasta cerca de las vacaciones del año 383; conque estuvo enseñando allí retórica por espacio de seis años; y así en Roma estuvo solamente algunos meses, pues en el año de 384 fue cuando salió de allí para Milán.

óleo que les da alegría y aquel vino que sobria y templadamente las embriaga. Pero Vos erais quien me conducíais y llevabais a él ignorándolo yo, para que después, sabiéndolo, me llevase y condujese él a Vos.
Aquel hombre, todo de Dios, me recibió con un agrado paternal, y todo el tiempo que estuve allí, aunque extranjero, me trató con el amor y caridad que debía esperarse de un obispo. Yo también comencé a amarle, aunque al principio le amaba, no como a doctor y maestro de la verdad (la cual no esperaba yo que se pudiese hallar en vuestra Iglesia), sino como a un hombre que me mostraba benignidad y afición.

-105-

Yo le oía cuidadosamente cuando predicaba y enseñaba al pueblo, aunque mi intención no era la que debía ser, pues iba como a explorar su facundia y elocuencia, y a ver si era correspondiente a su fama, o si era mayor o menor de lo que se decía. Yo estaba atento y colgado de sus palabras, pero sin cuidar de las cosas que decía, antes las menospreciaba, me deleitaba con la dulzura y suavidad de sus sermones, que eran más doctos y llenos de erudición que los de Fausto, bien que no tan festivos y halagüeños por lo que toca al modo de decir; en cuanto a lo sustancial de las doctrinas y cosas que decían, no había comparación entre los dos, porque Fausto, caminando por los rodeos, engaños y falacias de los maniqueos, se apartaba de la verdad y Ambrosio, con la doctrina más sana, enseñaba la salud eterna. *Pero esta salud está lejos de los pecadores*, como entonces era yo, aunque me iba acercando a ella poco a poco, sin saberlo ni advertirlo.

Capítulo XIV

Cómo oyendo a San Ambrosio fue poco a poco saliendo de sus errores

23. No solicitando yo aprender lo que predicaba Ambrosio, sino oír solamente el modo con que lo decía, que era el cuidado único y vano que me había quedado, perdida ya la esperanza de que hubiese para el hombre algún camino que le condujese a Vos, juntamente con las palabras y expresiones que yo deseaba oír, entraban también en mi alma las doctrinas y las cosas de que yo no cuidaba, porque no podía separar las unas de las otras. Y abriendo mi corazón para recibir la discreción y elocuencia de estas palabras, se entraba al mismo tiempo la verdad de sus sentencias; pero esto era poco a

poco y por sus grados. Porque primeramente comencé a sentir que también aquellas doctrinas podían defenderse; después ya juzgaba que positivamente se podía afirmar con fundamento la fe católica, que hasta entonces me había parecido que nada tenía que responder a los argumentos con que los maniqueos la impugnaban, y especialmente después de estar instruido en uno y otro sistema y haber visto disueltas las dificultades que me hacían algunos pasajes oscuros y enigmáticos del Antiguo Testamento, los cuales, tomados según el sonido de la letra, no los entendía bien, y daban muerte a mi alma.

Viendo, pues, declarados en sentido espiritual muchos pasajes de aquellos libros sagrados, ya me reprendía aquella preocupación en que había estado, creyendo que los libros de la Ley y de los Profetas no se podían explicar de modo que se diese satisfacción y respuesta a los que los detestaban y se burlaban de ellos. Mas no por eso me parecía que debía yo seguir el camino de la religión católica por tener ella también hombres doctos que la defendiesen, respondiendo abundantemente y con fundamento a las objeciones de los contrarios, ni tampoco creía que debía ya condenar la que hasta ahí había seguido, porque estaban iguales en cuanto a poder una y otra defenderse. Porque me parecía que la religión católica de tal suerte no era vencida, que tampoco fuese todavía vencedora.

24. Entonces me apliqué seria y eficazmente a buscar algunas razones sólidas, y documentos firmes y seguros con que poder de algún modo convencer la falsedad de la doctrina de los maniqueos.

-106-

Que si yo hubiese podido concebir una sustancia espiritual, al instante se hubieran desbaratado todas aquellas máquinas de la doctrina maniquea, y las hubiera arrojado enteramente de la imaginación, pero no podía concebirla. No obstante, considerando cada día más y más lo que otros muchos filósofos habían dicho acerca de esta máquina del universo y de toda la naturaleza de las cosas que se perciben y tocan por los sentidos corporales, juzgaba que muchas de sus sentencias eran más probables que las de los maniqueos. Por lo cual, dudando de todas las cosas, como se dice que acostumbran los académicos, y fluctuando entre todas las sentencias, fue mi determinación que debía dejar a los maniqueos, porque una vez que me hallaba en aquel estado de duda y de incertidumbre, juzgaba que ya no debía permanecer en aquella secta, que aun en mi dictamen no era tan probable como las de otros filósofos; a los cuales rehusaba también encomendar la curación de mi alma porque no tenían ni profesaban el nombre que da la salud, que es el de

Jesucristo. Y así determiné permanecer catecúmeno en la Iglesia católica, que mis padres me habían alabado, hasta que descubriese alguna cosa cierta adonde pudiese dirigir la carrera de mi vida.

Libro VI

Cuenta lo que hizo en Milán en el año 30 de su edad, fluctuando en sus dudas todavía. Confiesa que San Ambrosio poco a poco le hizo ir conociendo que la verdad de la fe católica era probable. Mezcla también muchas cosas de Alipio y de sus buenas costumbres, y refiere el intento que él y su madre tenían de que tomase el estado del matrimonio

Capítulo I

Cómo Agustín ni era maniqueo ni católico

1. ¿Dónde estabais, Señor, y adónde os habíais retirado por lo tocante a mí, Dios mío y toda mi esperanza, desde mi juventud? ¿Por ventura no me habíais Vos creado y llenado de dones que me diferenciaban de todos los animales de la tierra y de las aves del aire? Más sabio y capaz me hicisteis que todos ellos, pero yo andaba por lo sombrío de la tierra como los unos y por lo resbaladizo del aire como los otros: os buscaba fuera de mí, Dios de mi corazón, y no os hallaba; antes vine a parar en un profundo abismo, desmayando y perdiendo la esperanza de hallar yo la verdad.
Ya mi madre había venido a mí[50], siguiéndome por mar y tierra, llena de fortaleza y piedad, y segura en todos los peligros por la confianza que tenía en Vos, pues en los riesgos del mar y tormentas que padecieron en el viaje, ella misma consolaba a los marineros, siendo ellos los que suelen consolar y animar a los otros navegantes que, por falta de experiencia de los peligros del mar, se afligen y atribulan en semejantes ocasiones, y además de eso les prometía que habían de llegar sanos y salvos al puerto deseado, porque Vos en una visión se lo habíais revelado y prometido[51].

---

[50] La ida de Santa Mónica a buscar a su hijo fue por la primavera del año 385.

[51] Alude al sueño, y a lo demás de que se habló en el lib. V, cap. IX.

Al fin me halló en tan grave peligro como es el estar desesperado de poder hallar la verdad. No obstante, habiéndole yo dicho que ya no era maniqueo, pero que tampoco era católico cristiano, mostró mucha alegría, aunque no tanta como si oyera una cosa no pensada, -108- porque ya contaba verme libre de aquella parte de mi miseria que la había obligado a llorarme como muerto, pero como un muerto a quien Vos habíais de resucitar para vuestro servicio, y que ella traía siempre en las andas de su pensamiento, esperando que dijeseis al hijo de esta viuda, como al de la otra del Evangelio: *Mancebo, contigo hablo, levántate*; y que él resucitase y comenzase a hablar, y Vos se lo entregaseis a su madre. Habiendo, pues, oído que ya habíais hecho en mí mucha y gran parte de lo que todos los días os pedía con lágrimas que hicieseis (pues si yo no estaba todavía *aquietado* en la verdad, estaba ya *quitado* del error y falsedad), no por eso se alteró su corazón con ningún movimiento de alegría inmoderada, antes bien porque estaba muy segura de que también le habíais de conceder la parte que faltaba, porque Vos le habíais prometido el todo, me respondió muy sosegadamente y con un corazón lleno de confianza, que la fe que tenía en Jesucristo le hacía esperar firmemente que antes que ella saliese de esta vida me había de ver católico cristiano.

Esto es lo que me dijo a mí; pero delante de Vos, fuente inagotable de misericordias, multiplicaba oraciones y derramaba más copiosas lágrimas para que os dignaseis acelerar vuestros auxilios y alumbrar mis tinieblas. Acostumbraba acudir más cuidadosa y apresuradamente a vuestro templo, y pendiente de las palabras de Ambrosio *recibía de su boca aquellas aguas vivas que dan la vida eterna*, pues ella amaba y respetaba a aquel varón santo como a un ángel de Dios, porque sabía que él era quien me había puesto en aquel estado de dudas en que yo vacilaba, el cual presentía mi madre con toda certidumbre que era el medio por donde había yo de pasar desde mi dolencia a la sanidad, interponiéndose provechosamente aquel mayor peligro en que me hallaba, al modo del que los médicos llaman accesión crítica.

Capítulo II

De las viandas y ofrendas que acostumbraban llevar los fieles en África a los sepulcros de los santos mártires

2. Queriendo mi madre llevar a la iglesia, donde se veneraban las reliquias de algunos santos, la ofrenda de pan, vino y otras viandas[52], como lo acostumbraba en África, fue detenida por el ostiario del templo, pero luego que supo que aquello estaba prohibido en Milán por el obispo, con tal piedad y obediencia abrazó el mandato, que yo me admiré de ver con qué facilidad eligió antes reprenderse a sí misma sobre aquella costumbre, que examinar las razones que había -109- para que se prohibiese. No estaba poseída del vicio de la embriaguez, ni el amor al vino la incitaba a aborrecer la verdad, como a otros muchos hombres y mujeres, a quienes hablarles de la templanza y sobriedad les mueve tanto a vómito como el vino con mucha agua a los que se han embriagado. Mi madre, trayendo su canastillo a la iglesia con las viandas acostumbradas, las cuales se debían probar antes de ofrecerse, no ponía en él más que un pequeño vaso de vino tan aguado como pedía su paladar, acostumbrado a la sobriedad y templanza, para tomar de allí aquel sorbo que requería la ceremonia, y si eran muchas las reliquias de los santos que ella quería venerar con aquella ofrenda, llevaba aquel mismo vasito para ponerle en todos los sepulcros donde ponía su ofrenda, porque lo que ella pretendía en esto era cumplir con su piedad y devoción, sin buscar el deleite y gusto del paladar.

Luego, pues, que entendió que aquel insigne y apostólico predicador y prelado celosísimo de la piedad había mandado que no hiciesen ofrendas semejantes aun aquellas personas que sobria y templadamente las hacían, ya por no darles ocasión alguna de embriaguez a los destemplados y vinosos, ya también porque aquéllas, como honras funerales, tenían mucha semejanza

---

[52] Santa Mónica, como en la primitiva Iglesia acostumbraban hacer todos los fieles (a excepción de los que eran muy pobres), seguía en Milán la costumbre que tenía en África de llevar a la iglesia pan, vino y otros manjares, de lo cual se formaba el ágape o convite de los pobres; costumbre que observaron todas las iglesias de Oriente y Occidente, practicada en los primeros siglos por todos los cristianos y dimanada de los mismos apóstoles. Y, según San Gregorio Nacianceno, por tres motivos se hacían estos convites: en los días del nacimiento, en los de las bodas y en los de los entierros. De estos convites se comenzó a abusar, y en diversas iglesias se fueron quitando poco a poco. San Ambrosio los había prohibido en su tiempo, según prueban de este pasaje de San Agustín los autores que tratan de esta materia, y detenidamente Julio Selvagio, en el lib. III de sus *Antigüedades cristianas*, cap. IX, núm. 35.

con la superstición de los gentiles, pronta y gustosamente se abstuvo de continuarlas, y en lugar del canastillo lleno de frutos terrenos, aprendió a llevar a los sepulcros de los mártires su mismo corazón lleno de los más puros y fervorosos afectos, como también algo que pudiese dar a los pobres, para que así se celebrase la comunicación con el cuerpo de Cristo, a cuya imitación fueron sacrificados y coronados los mártires.

Pero me parece, Dios y Señor mío (y no me queda otra cosa acerca de esto en mi corazón, como Vos lo veis), que acaso mi madre no hubiera desistido fácilmente de aquella costumbre que debía atajarse si se la hubiese prohibido otro a quien no amase tanto como a Ambrosio, al cual por lo que cooperaba a mi salvación, amaba con muchísimo extremo. Él también la amaba por el método de su vida religiosísima y el fervor de espíritu con que se ejercitaba en buenas obras y frecuentaba la iglesia, tanto que muchas veces cuando me veía, prorrumpía en sus alabanzas, dándome la enhorabuena de que tuviese tal madre, no sabiendo él cuál hijo era yo, que dudaba de todas aquellas obras de piedad y no creía que se pudiese hallar el camino de la vida eterna.

Capítulo III

De las ocupaciones y estudios de San Ambrosio

3. No cuidaba yo entonces de gemir orando delante de Vos para que me socorrieseis, sino que toda mi alma estaba cuidadosa y ocupada en inquirir la verdad, e inquieta y desasosegada en discursos y disputas para hallarla. Al mismo Ambrosio le consideraba como un hombre dichoso y feliz según el mundo, viéndole tan honrado de los grandes y poderosos de la tierra, si bien el celibato que él observaba me parecía cosa dura y trabajosa. Pero ni yo había experimentado en mí, ni aun por conjeturas podía conocer la grande y firme esperanza que él tenía en Vos; sus combates contra las tentaciones de vanidad y soberbia que le ocasionaba su excelencia misma; los consuelos que le -110- comunicabais en sus adversidades, y los sabrosos gustos que percibía el interior paladar de su alma rumiando el pan de vuestra celestial doctrina; ni tampoco él sabía las congojas de mi corazón, ni la profundidad del precipicio adonde estaba yo para caer. Porque yo no podía preguntarle todo lo que quería y del modo que quería, por la multitud de gentes que le ocupaban con diversos negocios y cuyas urgencias y necesidades se llevaban los cuidados de quien deseaba aprovechar y servir a todos; eso me impedía a mí el poder hablarle y aun el verle. Cuando no estaba con aquellas ocupaciones y

negocios, que era por muy poco tiempo, lo gastaba en dar a su cuerpo el sustento necesario, o en la lección, que es el alimento del alma. Pero cuando leía, llevaba los ojos por los renglones y planas, percibiendo su alma el sentido e inteligencia de las cosas que leía para sí, de modo que ni movía los labios ni su lengua pronunciaba una palabra.

Muchas veces me hallaba yo presente a su lección, pues a ninguno se le prohibía entrar, ni había costumbre en su casa de entrarle recado para avisarle de quién venía; y siempre le vi leer silenciosamente, y como decimos, para sí, nunca de otro modo. En tales casos, después de haberme estado sentado y en silencio por un gran rato (porque ¿quién se había de atrever a interrumpir con molestia a un hombre que estaba tan embebido en lo que leía?) me retiraba de allí, conjeturando que él no quería que le ocupasen en otra cosa aquel corto tiempo que tomaba para recrear su espíritu, ya que por entonces estaba libre del ruido de los negocios y dependencias ajenas. También juzgaba yo que el leer de aquel modo sería acaso para no verse en la precisión de detenerse a explicar a los que estaban presentes, y le oirían atentos y suspensos de sus palabras, los pasajes que hubiese más oscuros y dificultosos en lo que iba leyendo, o por no distraerse en disputar de otras cuestiones más intrincadas, y gastando el tiempo en esto repetidas veces, privarse de leer todos los libros que él quería. Sin embargo, el conservar la voz, que con mucha facilidad se le enronquecía, podía también ser causa muy suficiente para que leyese callando y sólo para sí; en fin, cualquiera que fuese la intención con que aquel gran varón lo ejecutara, sería verdaderamente intención buena.

4. Lo cierto es que yo no podía lograr la ocasión de preguntarle todo lo que deseaba, ni oír las respuestas de aquel tan sagrado oráculo, que Vos teníais en el corazón de Ambrosio, sino que fuese acerca de alguna cosa que brevemente y como de paso se hubiese de resolver. Pero aquellos mis cuidados y desasosiegos requerían que estuviese muy desocupado el sujeto con quien habían de comunicarse, y ése no le hallaban. Oíale, sí, predicar al pueblo todos los domingos y explicar rectamente el Evangelio, con lo cual más y más me confirmaba en el juicio que ya tenía hecho de que muy bien podían desatarse los nudos de maliciosas calumnias que aquellos impostores maniqueos hacían contra los Libros Sagrados.

Luego que llegué también a averiguar que aquello de la Escritura que dice: *que hicisteis al hombre a vuestra imagen y semejanza*, vuestros hijos espirituales, que por la gracia reengendrasteis en el seno de nuestra madre la Iglesia católica, no lo entendían de tal suerte que ellos creyesen ni pensasen que Vos teníais un cuerpo también de la forma y figura del cuerpo humano, aunque yo todavía no alcanzaba -111- a imaginar y formar concepto de lo que es un

puro espíritu o sustancia espiritual, siquiera levemente y en confuso; con todo eso tuve una alegría mezclada de vergüenza de ver que tantos años hubiese yo ladrado, no contra la fe católica, sino contra las ficciones y quimeras que los vanos y carnales pensamientos de los hombres habían fabricado. En tanto había incurrido en aquella temeridad e impiedad, en cuanto había dicho reprendiendo lo que debía haber aprendido preguntando. Así habría conocido que Vos, Señor, aunque seáis altísimo y ocultísimo, estáis al mismo tiempo próximo y presentísimo a todas las cosas: que no constáis de miembros, unos mayores y otros menores, sino que todo entero estáis en todas partes, y no estáis contenido en ningún lugar o espacio, que no tenéis esta configuración del cuerpo humano, y con todo eso es certísimo que hicisteis al hombre a vuestra imagen y semejanza, siendo así que él desde la cabeza a los pies tiene extensión y está ocupando lugar.

Capítulo IV

Cómo oyendo predicar a San Ambrosio entendió la doctrina de la Iglesia, que antes no entendía

5. Supuesto que yo ignoraba cómo debía entenderse que el hombre era imagen vuestra, en lugar de insultar a los católicos y argüirlos como si ellos hubieran creído alguna vez lo que yo me había figurado, debiera consultarlos, para que, respondiendo a mis propuestas, me enseñasen cómo aquella razón de imagen debía tomarse y había de creerse. Así, tanto más vivamente me consumía el cuidado y deseo de conocer lo cierto y abrazarlo, cuanto más me avergonzaba de haber vivido engañado tanto tiempo y burlado con la promesa de que hallaría lo cierto, de haber procedido con osadía y terquedad pueril en afirmar y sostener tanta multitud de cosas inciertas y dudosas como si fueran muy ciertas y averiguadas. Si más adelante conocí claramente que eran falsas, ya sabía antes que no eran ciertas, y no obstante obraba como si lo fuesen, cuando con ciega porfía acusaba a vuestra Iglesia católica. No me constaba todavía que ésta enseñase las doctrinas verdaderas; pero sí el que no enseñaba aquellas cosas que yo tan gravemente había vituperado y reprendido.
Yo, pues, me avergonzaba, volvía sobre mí y me alegraba, Dios mío, de que vuestra Iglesia, única esposa de vuestro único Hijo, en la cual siendo yo niño se me comunicó el nombre de Cristo, no adoptase ni creyese tan pueriles simplezas, ni tuviese entre los dogmas de su sana doctrina que Vos, que sois

el Creador de todas las cosas, tuvieseis un cuerpo limitado por todas partes, como corresponde a la figura y miembros del cuerpo humano, y consiguientemente estuvieseis como encerrado en lugar o espacio alguno, aunque fuese muy grande y dilatado.

6. También me alegraba de que las antiguas Escrituras de la Ley y los Profetas no se me proponían ya de modo que las leyese con los ojos con que antes las miraba, cuando me parecían absurdas, y cuando acusaba y reprendía a vuestros santos, imputándoles que creían aquellos absurdos que a mí me parecía haber allí, siendo así que ellos no sentían de aquel modo, ni creían lo que yo me había figurado. -112- Muy alegre y contento oía predicar a Ambrosio, el cual, como si a propósito y con todo cuidado propusiera y recomendara la regla para entender la Escritura, repetía muchas veces aquello de San Pablo: *La letra mata, pero el espíritu vivifica*; cuando quitado el misterioso velo de algunos pasajes, que entendidos según la corteza de la letra parecía que autorizaban la maldad, los explicaba en sentido espiritual tan perfectamente, que nada decía que me disonase, aunque dijese cosas que todavía ignoraba yo si eran verdaderas.

Y era que temiendo yo precipitarme, suspendía mi juicio sin dar asenso a nada y me mataba, más que el precipicio, el estar así como colgado y suspenso. Quería yo que se me hubiera hecho tan clara demostración de las cosas que no veía, que tuviese tanta evidencia de ellas como la tenía de que siete y tres son diez. Pues no estaba yo tan loco que juzgase que ni aun esta verdad podía comprenderse, antes bien con la misma claridad y certidumbre con que conocía esta verdad, quería y deseaba comprender todas las demás cosas, ya fuesen corporales, pero ausentes o distantes de mis sentidos, ya fuesen espirituales, de las cuales no sabía formar sino ideas corpóreas.

Yo hubiera podido sanar, si me hubiera determinado a creer, pues siendo los ojos de mi alma purificados y fortalecidos por la fe, se dirigiera de algún modo a vuestra verdad, que siempre permanece y por ninguna parte es defectible. Pero como suele acontecer que el enfermo que cayó en manos de un mal médico teme después entregarse a otro, aunque sea bueno, así era la disposición y estado de mi alma, que no podía sanar sino creyendo, y rehusaba esta curación temiendo creer alguna falsedad. Por esto es que se resistía a ponerse en vuestras manos, con las que Vos, Dios mío, confeccionasteis la medicina de la fe y la esparcisteis por todo el mundo para curar sus dolencias, a cuyo efecto le disteis tan grande autoridad y preeminencia.

Capítulo V

De la autoridad de los Libros Sagrados, y cuán necesario es el uso de ellos

7. Pero también en esto daba yo la preferencia a la doctrina católica, pues conocía que si ella mandaba creer lo que no demostraba, ya fuese porque no había sujeto capaz a quien hacerle estas demostraciones, ya porque la materia no fuese demostrable, era modestamente y sin engaño alguno; a diferencia de la doctrina de los maniqueos, que comenzaban burlándose de la credulidad de los que los seguían, prometiéndoles con temeraria arrogancia no enseñarles cosa alguna que no fuese cierta y demostrada, y después los obligaban a creer ciegamente una infinidad de cosas falsísimas y absurdísimas, que no se las podían probar ni demostrar.

Después de esto, Vos, Señor, con vuestra mano suavísima y misericordiosísima, fuisteis poco a poco ablandando y componiendo mi corazón, haciéndome considerar cuán innumerable multitud de cosas creía yo sin haberlas visto y sin haberme hallado presente cuando se ejecutaron, como son tanta multitud de sucesos que refieren las historias de los gentiles, tantas noticias de pueblos y ciudades que yo no había visto, tantas cosas como había oído y creído a los amigos, a los -113- médicos y a otras mil personas, las cuales cosas si no las creyéramos, no podríamos absolutamente hacer nada en esta vida. Y por último, consideraba con cuánta seguridad y firmeza creía yo quiénes fuesen mis padres que me habían dado el ser y vida, cosa que no pudiera saberla si no la hubiera creído solamente por haberla oído. Estando yo reflexionando todo esto, me persuadisteis a que, habiendo Vos establecido la autoridad de vuestras Sagradas Escrituras en casi todas las naciones del mundo, no debían culparse aquéllos que las creían, sino los que no las creían, y que no habían de ser oídos los que acaso me dijesen: *¿De dónde sabes tú que aquellos Libros han sido dictados y dados a los hombres por el Espíritu de un verdadero Dios y veracísimo?*

Porque esto mismo era lo que más principalmente se había de creer, puesto que ninguna conferencia, con motivo de las muchas cuestiones que yo había leído en diferentes filósofos que mutuamente se impugnaban y contradecían unos a otros, jamás me pudo inducir a que tuviese la menor duda acerca de vuestra existencia, aunque ignorase todo lo que Vos podíais ser, ni tampoco acerca del cuidado y providencia que tenéis de las cosas humanas.

8. Es verdad que todo esto lo creía yo unas veces con mucha valentía y firmeza, otras veces con alguna flojedad; pero siempre creí que Vos existíais, y que teníais cuidado de nosotros, aunque no supiese ni lo que debíamos pensar y sentir de vuestra sustancia y naturaleza, ni cuál era el camino por

donde habíamos de ir o volver a Vos. Por eso, hallándome imposibilitado de encontrar la verdad con razones humanas, seguras y ciertas, vine a conocer que para esto nos era necesaria la autoridad de las Sagradas Escrituras, y comencé a creer que de ningún modo hubierais dado tan grande autoridad y aprecio en todo el mundo a aquellos Libros, si no quisierais que os creyésemos por aquella Escritura y os buscásemos por ella misma. Porque ya atribula a la profundidad de sus misterios todo lo que antes me parecía absurdo en tales Libros, después que muchos de aquellos pasajes que me repugnaban los oí explicar en un sentido probable.
Su autoridad me parecía tanto más respetable y más digna de creerse con una fe sacrosanta, cuanto la Escritura es por una parte fácil de ser leída de todos, y por otra esconde en un sentido más profundo toda la dignidad de sus misterios, dándose generalmente y acomodándose a todos por sus palabras llanísimas, por la sencillez humilde de su estilo, y ejercitando al mismo tiempo el entendimiento de los que no son leyes de corazón en el creer. De aquí resultan dos cosas muy importantes: la una es recibir a todos universalmente en su seno; y la otra, ser muy pocos los que llegan a Vos, Verdad eterna, teniendo que pasar e introducirse, como por estrechos poros, penetrando la corteza de la letra; los cuales pocos, sin embargo, son muchos más de los que serían si no estuviera la Escritura en tan altísimo grado de autoridad, o no recibiera y abrazara indiferentemente a todo el mundo en el seno de aquella santa humildad y sencillez de su estilo.
Pensaba yo todas estas cosas y Vos, Señor, me asistíais, suspiraba y me escuchabais, vacilaba y me gobernabais, proseguía caminando por el anchuroso camino el siglo y Vos no me dejabais solo.

-114-

Capítulo VI

Del infeliz estado de los ambiciosos, al través del ejemplo de un pobre mendigo que estaba muy alegre

9. Ardía mi alma en deseos de honores, de riquezas y de matrimonio, y Vos, Señor, os burlabais de mis ansias y proyectos. Padecía en semejantes deseos amarguísimos trabajos, siéndome Vos en esto tanto más propicio y favorable, cuanto menos permitíais que hallase dulzura en todo lo que no erais Vos. Ved cómo os manifiesto todo mi corazón, pues habéis querido, Señor, que me acuerde de todos estos beneficios y os rinda gracias por ellos. Haced que de

aquí en adelante esté mi alma unida a Vos, que la desembarazasteis de aquella tan tenaz y pegajosa liga de la muerte.
¡Qué infeliz era aquel estado de mi alma, cuando Vos teníais que punzarla en lo más delicado y sensible de sus llagas, para que dejadas todas las cosas se convirtiese a Vos, que sois sobre todas ellas, y convirtiéndose a Vos lograse su sanidad! ¡Qué miserable era yo entonces y de qué modo hicisteis que conociese mi miseria! Llegó el día en que habiéndome preparado para decir en alabanza y presencia del emperador un panegírico, en el cual había de mezclar mentiras y lisonjas con que merecer el aplauso y favor de los mismos que sabían la falsedad de mis elogios, en aquel día, pues, en que mi corazón no respiraba sino estos cuidados, abrasado en los ardores de varios pensamientos que le angustiaban, pasando por una calle de Milán, eché de ver a un pobre mendigo, que después de bien harto, según creo, estaba retozando y alegrándose. Esta ocasión me hizo suspirar y decir a los amigos que me acompañaban muchos sentimientos y quejas de nuestras locuras, pues con todos nuestros estudios y conatos, cuales eran los que entonces me afligían, estimulándome con los acicates de mis codicias y ambiciones a traer sobre mí la pesada carga de mi infelicidad, y haciéndola más pesada sólo con traerla, no pretendía otra cosa ni aspiraba a otro fin que llegar a conseguir una alegre tranquilidad, adonde había llegado antes que nosotros aquel pobre mendigo, y acaso no llegaríamos jamás a conseguirla. Porque la alegría de una felicidad temporal, que aquel pobre había alcanzado ya con unos pocos dineros que le habían dado de limosna, esa misma era la que yo anhelaba y la que buscaba por tan penosos caminos y trabajosos rodeos. Es cierto que la alegría que aquel pobre gozaba no es la verdadera alegría, pero mucho más falsa era la que yo buscaba por los medios que me sugería mi ambición, y a lo menos aquel pobre estaba alegre y yo angustiado, él estaba seguro y yo temeroso.
Ahora bien, si alguno me pregunta qué querría más, estar con alegría o estar con temor, respondería sin duda que más querría estar alegre. Y si me volviera a preguntar si quería más ser tal como era aquél o ser tal como me hallaba entonces, escogiera primero ser lo que yo era, aunque tan lleno de cuidados y temores; pero esta elección la haría mi perversidad, no la recta razón fundada en la verdad. Porque el ser yo más sabio que él no era la razón que me debía mover para anteponer mi estado al suyo, supuesto que de mi ciencia no sacaba yo gozo ni alegría, sino que me valía de ella para agradar a los hombres, no con el fin de instruirlos, sino solamente -115- con el designio de agradarles. Por eso Vos, Dios mío, *con el báculo de vuestra corrección y enseñanza quebrantabais los huesos de mi dureza*.

10. Nadie diga, pues, *que hay mucha diferencia* en los motivos y causas que tiene un hombre para su alegría, pues que si aquel mendigo se alegraba con su embriaguez, yo deseaba alegrarme con *aplauso y gloria*. Porque ¿con qué gloria, Señor, había de alegrarme, siendo una gloria que no estaba en Vos? Que si la alegría de aquel pobre no era verdadera, tampoco era verdadera gloria la que yo buscaba y que entorpecía y trastornaba mi razón, más que al otro su embriaguez. Además en aquella misma noche había de digerir aquel mendigo el vino con que se había embriagado, pero yo había ya muchos días que dormía y me levantaba con mi embriaguez, y había de proseguir durmiendo y volviéndome a levantar muchos días sin desecharla.

Es verdad que debe considerarse la diferencia que hay entre los motivos y causas de la alegría; bien lo conozco, y lo sé, que la alegría que nace de la esperanza cristiana es mayor incomparablemente que la que provenía de aquella vanagloria. Aun bajo este concepto, entre mí y el pobre había una distancia y diferencia muy grande, conviene a saber, que él era actualmente más feliz que yo, no sólo porque estaba rebosando alegría, al mismo tiempo que yo estaba lleno de cuidados que me arrancaban las entrañas, sino también porque él con buenas palabras había adquirido el vino y yo con mentiras buscaba mi vanagloria.

Estas y otras muchas cosas semejantes dije entonces a mis amigos, y en tales reflexiones que hacía con frecuencia consideraba cuál era mi estado y cuán mal me hallaba; y en medio del sentimiento y tristeza que me causaba esto, duplicaba mi mal de tal modo, que si me sucedía alguna cosa favorable, tenía repugnancia a aprovecharme de ella, porque, casi antes de asirla, se me iba de las manos y volaba.

Capítulo VII

Cómo apartó a su amigo Alipio de la locura de los juegos circenses

11. Sentíamos y llorábamos estas cosas todos los que vivíamos junta y amigablemente, pero en especial, y con grandísima familiaridad y confianza, las trataba con Alipio y Nebridio, el primero de los cuales era como yo, natural de Tagaste, de las más nobles y primeras familias de aquel pueblo, si bien era más joven, pues había sido mi discípulo cuando comencé a enseñar en dicha ciudad, y luego después en Cartago. Éste me amaba mucho, porque me tenía por hombre de bien y docto; e igualmente amábale yo por su bella índole y gran muestra que daba de virtud, que aun en sus pocos años se

descubría. Pero la impetuosa corriente de las costumbres de los cartagineses, aficionadísimos a vanos espectáculos, le había sumergido y llevado a la locura de los juegos circenses[53]. Al mismo tiempo que -116- él andaba miserablemente envuelto y agitado de estas olas, enseñaba yo la retórica en las escuelas públicas de la ciudad, pero él todavía no estudiaba conmigo entonces, ni me tenía por maestro, a causa de cierto disgusto que entre su padre y yo se había suscitado.

La noticia que yo tenía de su funesta pasión por aquellos juegos me afligía gravemente, por parecerme que estaban para perderse o ya podían darse por perdidas las grandes esperanzas que de él se tenían. Mas no tenía yo proporción alguna para amonestarle con la satisfacción de amigo, ni para apartarle de aquellos juegos con alguna reprensión, usando con él de la autoridad de maestro, porque yo juzgaba que en orden a mí estaría en la misma disposición que su padre, y a la verdad no era así. En efecto, posponiendo él la voluntad de su padre, en cuanto al resentimiento que había entre los dos, me había comenzado a saludar y a venir a mi aula, donde estaba un rato oyendo lo que yo explicaba y luego se iba.

12. Se me había olvidado en todas estas ocasiones el tratar con él lo que tenía pensado, para que su pasión ciega y violenta por aquellos vanos e inútiles juegos no apagase las luces de tan buen ingenio. Pero Vos, Señor, que con altísima providencia gobernáis todas las cosas que habéis creado, no os olvidasteis de Alipio, a quien habíais destinado para que fuese pastor[54] de vuestros hijos y ministro que les dispensase vuestros Sacramentos; y para que

---

[53] La institución de estos juegos es casi tan antigua como la fundación de Roma, pues en el día que Rómulo robó a las Sabinas, instituyó estos juegos, que se llaman circenses por el lugar en que se tenían, que era un sitio no perfectamente redondo, sino ovalado, de suerte que fuese más largo que ancho. Estaba rodeado de gradas, que se levantaban las unas más que las otras, para que todos pudiesen estar sentados y ver los juegos y espectáculos sin estorbarse los unos a los otros. Aquí luchaban unas veces hombres a caballo, otras los púgiles a pie, otras los gladiadores reciarios, etc. Véase lo que se dijo en el lib. IV, cap. XIV, nota 36*.

---

* [«nota 1» en el original (N. del E.)]

[54] En Tagaste, donde San Agustín y Alipio habían nacido, fue creado obispo Alipio en el año 394, según el cómputo de Baronio, y se puede colegir de la epístola que en este mismo año escribió San Agustín a San Jerónimo. Fue Alipio el compañero más amado y amante de San Agustín en toda su vida, y como por seguir a Agustín se hizo maniqueo, por seguirle también se hizo cristiano, y a un tiempo recibieron el bautismo; le siguió y acompañó cuando se retiró a las cercanías de Milán; después le acompañó a Tagaste y a Hipona, y finalmente vivió y murió no haciendo los dos más que un alma y un corazón. De él habla siempre San Agustín con singulares elogios y está puesto en el catálogo de los Santos, y reza de él toda la Orden de San Agustín en el día 16 de agosto.

su corrección se atribuyese a Vos solamente, la obrasteis por medio de mí, pero sin saberlo ni advertirlo yo. Porque un día, estando yo en mi escuela, sentado en el lugar que acostumbraba y delante de mis discípulos, vino Alipio, me saludó, tomó asiento y se puso a atender a las cosas que yo estaba tratando. Por casualidad tenía cierta lección entre manos que, para declararla de modo que su explicación se hiciese más perceptible y gustosa, me pareció que era oportuno traer la similitud y ejemplo de lo que sucedía en los juegos del circo, haciendo burla y como satirizando a los que se dejaban cautivar de semejante locura. Bien sabéis Vos, Dios y Señor Nuestro, que por entonces no pensaba yo en sanar a Alipio de aquella contagiosa enfermedad, mas él tomó para sí lo que yo dije y creyó que solamente lo había dicho por él. Y lo que hubiera sido para otro causa de enojarse conmigo, aquel prudente mancebo lo tomó por motivo para enojarse contra sí y para encenderse en amor vivo, verificándose lo que mucho tiempo antes habíais dicho e insertado en vuestras Sagradas Escrituras: *Reprende* -117- *al sabio y él te amará*. Y ciertamente que no era yo quien le había reprendido, sino que Vos, Dios mío, que usáis de todos los hombres como de instrumentos, ya con advertencia suya, ya sin ella, con aquel justo orden que Vos sólo conocéis, formasteis de mi corazón y lengua carbones encendidos con que cauterizar la podrida llaga que aquel joven de tan buenas esperanzas tenía en el ánimo para sanarle con aquel cauterio.

Solamente podrá callar vuestras alabanzas quien no considere vuestras misericordias; las cuales me obligan a que yo os confiese y alabe con lo más íntimo de mi corazón, acordándome de que al instante que él acabó de oír aquellas palabras, salió de aquella hoya profunda en que voluntariamente se había hundido y en que perseveraba ciego con aquel miserable deleite; y sacudiendo su ánimo con una fuerte templanza, saltaron fuera de él todas las manchas y lodos de aquellos juegos del circo, y no volvió jamás ni se acercó a ellos. Además de esto, venció la repugnancia que había en su padre para que yo fuese su maestro; y al fin, el padre cedió y se lo concedió. Volviendo a ser mi discípulo segunda vez, se hizo también compañero y participante de mi superstición, amando él en los maniqueos aquella continencia que aparentaban y que creía legítima y verdadera. Pero ella era fingida y engañosa, acomodada sólo a cautivar almas sencillas y preciosas, que no sabiendo todavía llegar a lo profundo e interior de la virtud verdadera, son fáciles de engañar con el buen exterior de la virtud fingida y aparente.

Capítulo VIII

Cómo Alipio se aficionó a la loca diversión del juego de los gladiadores, que él mismo aborrecía antes

13. Continuando Alipio la carrera regular de los estudios, que sus padres le habían encargado mucho que siguiese, antes que yo se fue a Roma[55], para aprender allí el derecho, donde se dejó arrebatar increíblemente de una extraordinaria afición y ansia de asistir al espectáculo de los gladiadores[56]. Porque siendo así que él aborrecía -118- tales espectáculos y le horrorizaban, encontrándose un día de los que estaban dedicados a tan crueles como funestos juegos con unos amigos y condiscípulos suyos, que venían de comer, con una amigable y familiar violencia le llevaron al anfiteatro, no obstante que él lo rehusó y resistió fuertemente, y que les iba diciendo: *Aunque a mi cuerpo le llevéis por fuerza a ese lugar y le coloquéis en él, ¿por ventura podréis obligar a mis ojos ni a mi alma a que atienda y mire tan bárbaros espectáculos? Por lo cual yo estaré allí como si no estuviera, y de este modo triunfaré de vosotros y de tales espectáculos*. Mas ellos, aunque oyeron esto, no

[55] Hacia fines del año 381 fue San Alipio a Roma y salió de allí acompañando a San Agustín el año 384, conque dos años más que nuestro Padre San Agustín estuvo en Roma San Alipio, y en ese tiempo fue cuando le sucedió lo que de él refiere nuestro santo Padre acerca de sus adelantamientos en los estudios, afición en los espectáculos, etc.

[56] Este espectáculo, originario de Etruria, les era muy delicioso a los romanos. Siempre en él había derramamiento de sangre humana y muertes de los que caían heridos, si los espectadores no les daban la vida, clamando y gritando para que no los acabasen de matar. Llegó a dividirse Roma en dos partidos o facciones, apasionándose unos y declarándose por los luchadores que llamaban *reciarios*, o *tracios*, y otros por los *mirmilones*, que eran dos suertes de luchadores que había. Y aunque los unos y los otros fuesen la gente más vil y baja y las heces de la república, llegó a estar la maldad tan aplaudida y la inhumanidad y barbarie tan patrocinada, que no solamente el vulgo y populacho, sino también la gente distinguida, la nobleza y los mismos emperadores se declaraban partidarios de alguna de aquellas dos facciones, como se refiere de Calígula y Tito, que se declararon a favor de los tracios o reciarios, y de Domiciano, que era apasionado de los mirmilones.
Como era tan grande la crueldad que se ejecutaba en estos espectáculos (pues se mataban los hombres unos a otros y se criaban, alimentaban y adiestraban para esto), siempre se tuvo por malo el asistir a tan cruel diversión, de que debían no sólo abstenerse, sino huir con horror todos los cristianos. Teodorico, rey de los godos, la prohibió y quitó enteramente.

desistieron de su empresa y le llevaron consigo, acaso deseando experimentar si podía cumplir lo que había dicho.
Habiendo llegado allá y tomado los asientos que pudieron, en todo aquel gran concurso no se veía otra cosa que deleites crudelísimos. Cerrando Alipio las puertas de sus ojos, estorbó que su alma saliese a ver tantos males, ¡y ojalá que también hubiese cerrado enteramente los oídos! Porque en un lance de aquella lucha fue tan grande el clamor de todo el pueblo, que movido fuertemente de aquellas voces y vencido de la curiosidad (pareciéndole que estaba prevenido interiormente para despreciarlo, fuese ello lo que fuese, y quedar victorioso), abrió los ojos y recibió mayor herida en su alma que el otro a quien deseaba ver había recibido en el cuerpo. Así cayó él más lastimosa y miserablemente que el otro a quien quiso ver, cuya caída ocasionó aquella gritería, que entrándole por los oídos, le hizo abrir los ojos, para que su ánimo, que entonces era aún más presuntuoso que fuerte, fuese herido y derribado, y conociese que tanto era más flaco, cuanto más había presumido de sí mismo, debiendo solamente confiar en Vos. Porque luego que vio la sangre derramada, bebió también por los ojos la crueldad[57], pues no los apartó de aquel espectáculo, antes fijó en él la vista, y embebido en aquel furor, sin advertirlo se iba deleitando en la maldad de la pelea y embriagándose con tan sangriento deleite.
Ya no era verdaderamente el mismo que había venido, sino uno de los muchos que allí estaban y con quienes se había mezclado, y verdadero compañero de aquéllos que por fuerza le habían atraído. Pero ¿qué hay que decir más? Vio, clamó, se enardeció y de allí llevó consigo la loca afición que le estimulase a volver, no sólo igualando en esta afición a los otros que le habían llevado a él, sino aventajándose a ellos y llevando también a otros.
Pero Vos, Señor, con vuestra mano omnipotente y misericordiosa le sacasteis también de aquel abismo y le enseñasteis a que no presumiese ni confiase de sí mismo, sino de Vos solamente, aunque esto fue mucho después.

[57] Éstos son los efectos que natural y necesariamente causan las diversiones crueles y sanguinarias, que son tan extremadamente opuestas a la blandura, piedad y compasión que debe hallarse en los corazones cristianos.

Capítulo IX

Cómo en una ocasión fue Alipio preso por sospecha de un hurto

14. Todo este suceso se conservó en su memoria para que más adelante le sirviese de medicina, como también el otro lance, que siendo estudiante todavía y discípulo mío, le sucedió en Cartago, pues estando él al mediodía en la plaza repasando la lección que había de dar después, como se acostumbra para ejercitar a los estudiantes, Vos, Señor, permitisteis que los guardas de dicha plaza lo prendiesen como ladrón. Lo cual, Dios y Señor nuestro, no me persuado que lo permitisteis por otra causa o motivo sino a fin de que aquél que había de ser tan grande hombre comenzase a aprender desde entonces cuán necesaria es una madura consideración en el conocimiento de las causas y delitos de los hombres, y no determinarse a condenar un hombre a otro ligeramente, llevado de una temeraria credulidad.

Fue el caso que Alipio se paseaba sólo delante de la casa del consistorio con sus tablas[58] y punzón de hierro, con que entonces se escribía, cuando hete aquí que un mozuelo del número también de los estudiantes, pero verdadero ladrón, llevando escondida un hacha, se entró sin verle Alipio hasta los enrejados de plomo que vienen a dar a la platería y sobre las tiendas de los plateros y comenzó a cortar el plomo de aquellas rejas. Al ruido del hacha dieron voces los plateros que estaban debajo y enviaron a algunos que fuesen allá arriba y prendiesen a cualquiera que por casualidad hallasen. El muchacho, habiendo oído las voces de aquéllos, se escapó dejándose allí el hacha, temiendo ser cogido con ella en las manos. Alipio, que no le había visto entrar, le sintió salir y le vio escapar corriendo. Deseando saber la causa por qué huía, se entró hasta aquel paraje y, hallando el hacha, se puso a mirarla y se estaba allí parado admirándose del hecho. Los que habían sido enviados a prender al ladrón encontraron sólo a Alipio, que tenía en la mano el hacha, a cuyos golpes habían acudido ellos. Echan mano de él, le llevan por fuerza y, juntándose todos los inquilinos de dicha casa, se gloriaban de haberle cogido como a manifiesto ladrón, y desde allí le llevaban a presentarle al juez.

---

58 Por aquel tiempo se usaba todavía escribir con un punzón de hierro, bronce u otro metal en unas tablillas que estaban enceradas, y en ellas con facilidad escribían. Éstas eran las que Alipio tenía en la mano cuando le sucedió este lance que refiere nuestro Santo.

15. Hasta aquí no más llegó la enseñanza que había menester, porque al instante, Señor, acudisteis a socorrer su inocencia, de la cual sólo Vos erais testigo. Pues cuando le llevaban a la cárcel o al castigo, les salió al encuentro un arquitecto, cuyo empleo principal era el cuidado de los edificios públicos. Los que le llevaban se alegraron de haberse encontrado determinadamente con aquél, que sospechaba de los inquilinos de las Casas consistoriales siempre que faltaba alguna cosa de ellas, para que conociese quién era el que hurtaba aquellas cosas.

Este arquitecto había visto muchas veces a Alipio en casa de un -120- senador, a quien él solía visitar a menudo; así que le conoció, cogiéndole de la mano le apartó de aquel tropel, y preguntándole la causa de tan grave mal, le informó Alipio de la verdad del hecho. Entonces vuelto el artífice a toda aquella gente alborotada que se hallaba presente y se explicaba con furiosas amenazas, mandó a todos que le siguiesen, y todos juntos fueron a la casa del mancebo autor del delito. Delante de la puerta había un muchachuelo de la misma casa, de tan poca edad, que fácilmente pudo declarar todo el suceso sin recelar que a su amo se le siguiese daño alguno, pues era paje de aquel mismo mancebo a quien había seguido y acompañado cuando iba a cometer su atentado. Habiéndole reconocido Alipio, se lo dijo también al arquitecto. Éste enseñó el hacha al muchacho, preguntándole de quién era. Sin detenerse, respondió el chico: *Es nuestra*; y consecutivamente fue descubierto todo lo demás, según se le fue preguntando.

Así, recayendo el delito sobre los de aquella casa, y quedando corrida toda aquella multitud de gente que había comenzado ya a triunfar de Alipio, éste, que había de llegar a ser en vuestra Iglesia predicador de vuestra divina palabra, y juez que había de fallar en su diócesis muchas causas eclesiásticas, se retiró de allí mucho más instruido a costa de su experiencia propia.

Capítulo X

De la bondad y desinterés de Alipio, y llegada de Nebridio

16. Hallé, pues, en Roma a Alipio, el cual se unió a mí con tan estrecho y fuerte lazo de amistad, que se partió a Milán en mi compañía, ya por no apartarse de mí, ya también por practicar allí algo de lo que había aprendido de jurisprudencia, facultad que seguía él más por voluntad de sus padres que por inclinación suya.

Ya por tres veces había ejercido el oficio de asesor, mostrando tan gran desinterés que admiraba a los demás abogados, cuando él se admiraba mucho más de los que anteponían el oro a la inocencia. También fue probada su buena inclinación con el cebo halagüeño de la codicia y con el duro y fuerte estímulo del temor, pues siendo en Roma asesor de un señor tesorero general del emperador por lo tocante a los tributos de Italia, había al mismo tiempo un senador muy poderoso, que tenía obligados a muchos con sus beneficios, y a otros muchos los tenía sujetos por el temor. Quiso este magistrado, según la costumbre que tenía de usar de su poder absoluto, que le fuese permitido hacer no sé qué cosa que estaba prohibida por las leyes, pero Alipio se le opuso. Le prometieron premios y se burló de la oferta; le hicieron amenazas y él no hizo caso de ellas. Todos se admiraron de un ánimo tan nunca visto y extraordinario, que a un hombre de tanta autoridad y tan celebrado por la fama, que tenía innumerables modos de hacerle bien o mal, no desease tenerle por amigo, o no temiese tenerlo por contrario. Aun el mismo juez, cuyo asesor era Alipio, si bien no quería que se ejecutase lo que pretendía el senador, no se atrevía a negarlo abiertamente, sino que echando toda la culpa a Alipio, decía que no se lo permitía su asesor, porque -121- a la verdad, si el juez lo hubiera hecho, Alipio se despediría y le hubiera dejado.

Lo que únicamente le tenía ya casi vencido por su afición a las letras era el poder emplear aquel caudal que le ofrecían en hacer que le escribiesen y copiasen varios códices de que forman su biblioteca, pero consultando con la justicia, se determinó a escoger lo mejor, juzgando que le era más útil sujetarse a la equidad que se lo prohibía, que seguir su libertad y el poder que se lo facilitaba. Poco es esto, pero el que es fiel en lo poco, también lo es en lo mucho. Ni puede dejar de ser cierto lo que salió de la boca de vuestro Hijo, que es la misma Verdad, cuando dijo: *Si en el uso de la riqueza injusta no procedisteis con fidelidad, ¿quién os confiará las verdaderas riquezas? Y si en lo ajeno no fuisteis fieles, ¿quién os querrá dar lo que es vuestro?* Tal era entonces este mi

amigo íntimo, y juntamente conmigo vacilaba sobre qué modo de vida habíamos de seguir.

17. Lo mismo le sucedía a Nebridio, el cual dejada su patria, que era cerca de Cartago, y dejada esta ciudad, que era donde él estaba lo más del tiempo, dejada su hacienda, que era considerable, y dejada, finalmente, su casa y su propia madre, que no había de seguirle, no se había venido a Milán por otra causa que por vivir en mi compañía y ocuparse conmigo en el ardentísimo estudio de la verdad y sabiduría. Juntamente con nosotros suspiraba y vacilaba, dedicándose con ardientes deseos a inquirir la vida bienaventurada y a escudriñar acérrimamente las cuestiones más arduas y dificultosas.

Así estábamos todos tres hambrientos y necesitados de enseñanza, y mutuamente nos comunicábamos nuestra pobreza y miseria, *esperando de Vos que nos dieseis oportunamente el alimento que necesitaban nuestras almas*. En todas las amarguras que vuestra misericordia esparcía sobre todas las acciones de nuestra vida mundana, queriendo nosotros averiguar la razón por qué las padecíamos, no se nos presentaban sino oscuridades y tinieblas, y nosotros para resistirlas no hacíamos sino gemir y exclamar diciendo: *¿Cuánto durará este estado?* Eso lo repetíamos muchas veces, pero diciéndolo, no dejábamos nuestro modo de pensar y de proceder, porque no se nos presentaba alguna cosa clara y cierta, que dejadas nuestras confusiones y dudas, pudiésemos seguramente abrazar.

Capítulo XI

Trata Agustín de ordenar su vida

18. Me causaba muy grande admiración el contemplar cuán largo espacio de tiempo había pasado desde el año diecinueve de mi edad, en que comencé a enfervorizarme en el estudio de la sabiduría, proponiendo que después de hallarla, había de abandonar todas las vanas esperanzas y engañosas locuras con que se fomentan los apetitos y codicias de los hombres. Andaba ya en los treinta años de mi edad y todavía estaba atollado en el mismo lodo con el ansia de gozar de los bienes presentes, fugitivos, y que me destruían, mientras yo me decía a mí mismo: «*Mañana* encontraré la verdad: ya se descubrirá lo cierto y yo lo asiré fuertemente. Fausto está para venir, y él declarará todas las dificultades. ¡Oh, qué grandes hombres son -122- los académicos, enseñando que ninguna cosa se puede tener por cierta para el régimen de esta vida! Pero busquemos la verdad con mayor cuidado y

diligencia, y no perdamos del todo la esperanza. Mira cómo no tienes ya por desatinos y absurdos los que antes te lo parecían en los libros eclesiásticos, sino que conoces que se pueden bien entender en otro sentido muy diferente y fundado. Pues me estaré quieto y firme en aquel primer grado en que me pusieron mis padres cuando era niño[59], hasta que se descubra claramente la verdad. Pero ¿dónde ha de buscarse? Ambrosio no tiene tiempo desocupado; yo tampoco tengo oportunidad de leer tanto. ¿Dónde iré a buscar los libros necesarios?, ¿con qué dinero y cuándo los compraré?, ¿quiénes son los que me los darán?

»No obstante, es menester repartir bien el tiempo y señalar algunas horas para tratar de la salud del alma. Grande esperanza he concebido viendo que la religión católica no enseña lo que yo pensaba y vanamente reprendía. Los católicos instruidos y doctos tienen por un grande error el creer que Dios tenga la forma o figura de cuerpo humano; pues ¿por qué dudamos llamar a la misma puerta por donde se nos descubrió esto, para que se nos manifieste lo demás? Las horas de la mañana me las ocupan los discípulos; ¿y qué es lo que hago en las restantes?, ¿por qué no las empleo en esto?

»Pero ¿cuándo visitaré a los amigos poderosos, de cuyos favores y protección necesito?, ¿cuándo trabajaré los cartapacios que compran los estudiantes? Y finalmente, ¿cuándo repararé las fueras del cuerpo con el alimento y sueño, y las del alma con algún descanso de tan continuas tareas y cuidados?

19. »Piérdase todo y abandonemos estas cosas inútiles y vanas, y dediquémonos solamente a la investigación de la verdad. Esta vida está llena de miserias y no tenemos certeza de la hora de la muerte. Si me acomete repentinamente, ¿en qué estado saldré de este mundo y adónde aprenderé lo que no he cuidado de aprender aquí? O por mejor decir, ¿no tendré que padecer allá por este mi descuido y negligencia?

»¿Y se sabe si la muerte misma, que nos corta el hilo de la vida, acabará también con todos nuestros cuidados? Conque también esto es menester averiguarlo y saberlo. Pero ¿qué?, no es posible que eso sea. *No es en balde*, no es sin utilidad y provecho que una autoridad tan eminente como la de la fe y religión cristiana esté tan extendida por el universo. Ni Dios hubiera hecho tantas y tan admirables cosas por nosotros, si con la muerte del cuerpo hubiera de acabar también la vida del alma. Pues ¿qué es lo que me detiene para que, abandonando todas las esperanzas de este mundo, me entregue totalmente a buscar a Dios y a la vida bienaventurada?

[59] Esto es, el grado de catecúmeno.

»Pero vamos despacio: también estas cosas terrenas son bien apetecibles y gustosas, no es pequeña su suavidad y dulzura, por lo cual no se ha de romper por todo tan ligera y repentinamente, porque sería cosa fea y vergonzosa volver a estas delicias del mundo después de haberlas dejado. Considera también que no es dificultoso que consigas algún empleo honorífico. Y entonces, ¿qué habría más que desear en este mundo? Yo tengo abundancia de amigos muy autorizados -123- y así, cuando no haya otra cosa y te corra mucha prisa, se te puede dar el cargo de una judicatura con que podrás casarte con una mujer que tenga bastante dote para que no se desfalquen tus rentas y caudales, y éste sería el término de todos tus deseos. Muchos grandes hombres, y muy dignos de imitarse, siendo casados fueron muy dedicados al estudio de la sabiduría».

20. Mientras yo decía todas estas cosas, y como encontrados vientos combatían mi corazón todas estas imaginaciones y alternativamente le impelían de una parte a otra, se iban pasando los tiempos y yo retardaba el convertirme al Señor y dilataba de un día para otro el vivir en Vos, pero no dilataba el morir en mí mismo cada día. Amando la vida bienaventurada, temía buscarla en Vos, donde tiene su asiento; y así huyendo de ella era como la buscaba. Juzgaba que sería sumamente infeliz y desdichado si me privara de la mujer y no pensaba en la medicina preparada por vuestra misericordia para curar esta misma dolencia, porque no la había experimentado y porque creía que la continencia se había de alcanzar con nuestras propias fuerzas naturales, las cuales no las veía en mí, siendo tan ignorante que no sabía, según dice la Sagrada Escritura: *Que nadie puede ser continente si Vos no le dais esta virtud*. Y ciertamente me la hubierais dado, si con gemidos íntimos de mi corazón os la hubiera pedido, y con una firme confianza hubiera colocado en Vos todos mis cuidados.

Capítulo XII

Disputa de Agustín con Alipio acerca del matrimonio y del celibato o vida de solteros

21. Alipio me impedía el que me casase, alegando que era absolutamente imposible, si me casaba, que viviésemos los dos juntos y dedicados quieta y seguramente al amor y estudio de la sabiduría, como había mucho tiempo que deseábamos. Porque él aun en aquella edad era castísimo, y tanto que causaba admiración, pues aunque a la entrada de su juventud comenzó a

experimentar el vicio opuesto, en lugar de atollarse en aquel lodo, quedó muy arrepentido y despreció de tal suerte los deleites de la sensualidad, que desde entonces vivía con muy grande continencia.
Mas yo le contradecía, oponiendo contra su sentencia los ejemplos de aquéllos que siendo casados habían continuado el estudio de la sabiduría, habían servido a Dios y conservado y amado fielmente a sus amigos. Pero a la verdad, estaba yo muy lejos de la grandeza de ánimo de aquéllos que citaba: atado a la dolencia de mi carne con el mortífero deleite que me tenía esclavizado, arrastraba mi cadena temiendo ser desatado de ella; y al modo que una llaga se estremece sólo con que la toque la mano que va a curarla, así desechaba yo los buenos consejos y palabras de Alipio, que eran como la mano que me iba a desatar de mi cadena. Además de eso, la serpiente infernal se valía de mi boca para hablar a Alipio; por medio de mi lengua tejía dulces lazas y los esparcía en el camino de su vida, para que se enredasen en ellos aquellos pies tan libres como honestos.
22. Porque admirándose Alipio de que un hombre como yo, a quien él tenía en gran concepto, estuviese tan preso con la liga de -124- aquel deleite, que siempre que hablábamos de esto, le decía que de ningún modo me era posible el vivir sin casarme, y viendo también que yo me defendía al mismo tiempo que él se admiraba diciéndole que había mucha diferencia entre lo que él había experimentado muy ligera y furtivamente (de lo cual apenas ya se acordaba y por eso podía despreciarlo fácilmente y sin trabajo alguno), y los deleites de mi larga costumbre, que se cohonestaron con el nombre del matrimonio, no tendría razón de maravillarse de que yo me hallase imposibilitado de mirar aquella vida con desprecio; comenzaba ya él también a desear casarse, no vencido ni por asomo de aquel deleite, sino únicamente movido de la curiosidad. Porque decía que solamente deseaba saber qué delicias venían a ser las de aquel estado sin las cuales mi vida, que él amaba tanto, no me parecía vida, sino tormento. Y es que su ánimo, como estaba libre de aquella prisión, se espantaba de la esclavitud del mío y admirándose de ella caminaba por el deseo de experimentarla, hasta llegar a la experiencia misma, para caer acaso en la misma esclavitud que en mí admiraba, porque esto sería *contratar con la muerte*, pues *quien ama el peligro caerá en él*.
Ni a él ni a mí nos movía mucho al estado conyugal lo que hace decoroso y recomendable el matrimonio, como es la buena dirección de una familia y la procreación de los hijos, sino que lo que a mí me llevaba principalmente y con vehemencia era la costumbre de saciar la insaciable concupiscencia que me tenía cautivo y me atormentaba, y al otro la admiración era lo que le traía a ser cautivo.

En este estado nos hallábamos, Señor, hasta que Vos, que siendo infinitamente excelso, no desamparáis a los que hicisteis del lodo, teniendo misericordia de nuestras miserias, nos socorristeis por unos medios y modos maravillosos y ocultos.

Capítulo XIII

Hácense diligencias de que se case Agustín

23. Me instaban fuertemente a que me casase. Ya había llegado a pedir a una joven para mujer mía, y ya también me la habían prometido, procurándolo principalmente mi madre, para que después de casado recibiese el saludable Bautismo, al cual ella se alegraba de verme más dispuesto y proporcionado de día en día, considerando que sus deseos y vuestras promesas se cumplirían con abrazar yo la fe. No obstante, Vos, Señor, no quisisteis darle a conocer en alguna visión qué suceso tendría el matrimonio mío que se trataba, aunque ella con grandes voces de su corazón os lo suplicase todos los días, ya por cumplir en esto su deseo, ya por haberla yo rogado que lo hiciese.

Bien veía ella en sueños algunas especies vanas y fantásticas, causadas en su imaginación por la solicitud y cuidado que ocupaba a su espíritu sobre este punto; y me las refería, no con aquella seguridad y confianza que acostumbraba, cuando erais Vos quien le hablabais o manifestabais alguna cosa, sino haciendo muy poco caso de ellas y despreciándolas. Porque decía que en cierto sabor y gusto que no sabía explicar con palabras conocía la diferencia que había entre las revelaciones que eran vuestras y las que eran solamente sueños de su -125- fantasía. No obstante, se trataba con instancia mi casamiento, y estaba pedida una mocita, cuya edad era casi dos años menos de los que se requieren para el matrimonio, y porque aquélla parecía a propósito, esperábamos hasta que cumpliese la edad competente.

Capítulo XIV

Determina Agustín instituir el método de vida común que él y sus amigos habían de observar

24. Muchos amigos, que en nuestras conversaciones abominábamos las inquietudes y molestias de la vida humana, habíamos premeditado y casi resuelto ya el vivir apartados del bullicio de las gentes en un ocio tranquilo, lo cual habíamos trazado de tal suerte, que todo lo que tuviésemos o pudiésemos tener lo habíamos de juntar y hacer de todos nuestros haberes una hacienda y masa común a todos nosotros, de modo que, en fuerza de una sincera amistad, no fuese una cosa de éste y otra de aquél, sino que de todos nuestros bienes se hiciese un cúmulo y todo él fuese de cada uno, y todas las cosas fuesen comunes a todos.

Parecíanos que nos podríamos juntar como hasta unos diez compañeros, habiendo entre nosotros algunos muy ricos, especialmente Romaniano[60], que era mi compatriota, y desde nuestra niñez amigo mío muy familiar, el cual por entonces había venido de África a nuestra compañía, traído de negocios graves que se le habían ofrecido. Éste era el que más instaba para que se pusiese en ejecución el plan de nuestra vida común y tenía su voto mucha autoridad para persuadirlo, por ser su riqueza mucho mayor que la de los demás. Habíamos convenido en que todos los años se habían de nombrar dos de nosotros, que como los anuales magistrados, cuidasen de todas las cosas temporales que nos fuesen necesarias, y los demás gozasen de una vida sosegada y quieta. Pero luego que comenzamos a pensar si este proyecto podía subsistir debiendo de haber mujeres en nuestra compañía (pues algunos de nosotros ya las tenían y otros queríamos tenerlas), todo aquel proyecto que diariamente íbamos perfeccionando se nos deshizo entre las manos, se desbarató y se dejó enteramente.

De aquí volvimos a nuestros suspiros y gemidos acostumbrados, y a seguir los anchurosos y frecuentados caminos del siglo, porque nuestro corazón estaba combatido de muchos y diversos pensamientos, *pero vuestros juicios y decretos permanecen eternamente*; en fuerza de los cuales decretos burlabais,

[60] Romaniano, paisano, amigo y bienhechor suyo, como se dijo en el capítulo XI del lib. III, es a quien dedicó los tres libros que escribió contra los académicos, y el *De vera Religione*. Hace mención Agustín de las excelentes prendas que tenía Romaniano al principio de los lib. I y II contra los académicos. No obstante, sabemos que había un hombre poderoso y rico, cuyo nombre no se sabe, que perseguía a Romaniano y no le dejaba gozar de toda la tranquilidad que pudiera prometerse por sus circunstancias.

Señor, nuestras disposiciones y hacíais que se fuesen cumpliendo las vuestras, para darnos el alimento en el tiempo más propio y oportuno, y extender vuestra liberal mano para *llenar nuestras almas de gracias y bendiciones*.

-126-

Capítulo XV

Toma Agustín otra amiga, en lugar de la primera, que se volvió al África

25. Entretanto se iban multiplicando mis pecados, y siendo violentamente arrancada de mi lado como estorbo para mi casamiento aquella mujer con quien yo estaba acostumbrado a tratar y en quien tenía puesto mi corazón, me quedó éste tan lastimado y herido que la daga todavía estaba fluyendo sangre.

Ella, después de hacer a Vos el voto de no conocer otro varón en toda su vida, se había vuelto al África, dejando en mi compañía un hijo natural que tuve de la misma. Pero yo, infeliz, que aún no tuve valor para imitar el de una mujer, pareciéndome mucha dilación la de dos años que habían de pasar antes de recibir la que había pretendido por mi mujer legítima, por no aguardar tanto tiempo y porque no era tan amante del matrimonio como esclavo del deleite lascivo, tomé amistad con otra, para que la continuación de mi mala costumbre conservase la enfermedad de mi alma y me la hiciese llevar entera o más agravada cuando llegase al estado matrimonial. Ni por eso se me curó la llaga que se había hecho en mi corazón con el apartamiento de la primera amiga; antes bien, además de haberme causado agudísimos dolores con el ardor primero, después, empobreciéndose la llaga, cuanto más fría estaba, tanto dolía más insufrible y desesperadamente.

Capítulo XVI

Cómo nunca llegó a perder el miedo de la muerte y del juicio

26. Alabado y glorificado seáis, Dios mío, fuente inagotable de misericordia. Yo cada día me iba haciendo más miserable y Vos cada día os ibais acercando

más a mí. Ya vuestra mano diestra y poderosa me iba a asir para sacarme del cieno y lavar todas las manchas y yo no lo conocía.

Ninguna cosa me estimulaba más para salir del abismo profundo de los deleites carnales en que estaba atollado, que el miedo de la muerte y de vuestro juicio final, miedo que nunca se apartó de mi alma, no obstante la multitud de opiniones que seguí en otras materias. Decía, hablando con mis amigos Alipio y Nebridio acerca del fin que habían de tener los buenos y los malos, que por mi voto se hubiera llevado la palma Epicuro[61] entre los demás filósofos, si no fuera porque yo c reía ciertamente que después de la muerte le quedaba otra vida a nuestra alma, y el premio o castigo correspondiente a sus obras, lo cual nunca quiso creer Epicuro. «Dado caso que nunca -127- hubiésemos de morir, les proponía yo, y que continuamente estuviésemos gozando de deleites corporales, sin temor alguno de perderlos nunca, ¿qué nos faltaría para ser bienaventurados o qué otra cosa habría que apetecer?». Y es que no conocía que este mismo modo de pensar era parte de mi gran miseria, pues por estar yo tan anegado y ciego, no se levantaban mis pensamientos hasta la luz de aquella purísima y soberana hermosura, que por sí misma merece ser amada, la cual no se ve con los ojos corporales, sino solamente con los ojos del alma. Ni siquiera consideraba, miserable de mí, el principio y fuente de donde dimanaba el placer y gusto con que yo trataba con mis amigos estas mismas cosas, aunque torpes y feas; ni tampoco sin ellos pudiera ser bienaventurado, según el modo de pensar que yo tenía entonces, por más que gozase de la mayor abundancia de deleites corporales. A estos amigos los amaba sin interés alguno y conocía que ellos me correspondían, amándome también del mismo modo.

¡Oh torcidos caminos de los hombres! ¡Desdichada el alma que se atreve a esperar que había de hallar mejoría alejándose de Vos! Por más vueltas que dé, atrás y adelante, a los lados, hacia todas partes, cuanto halle será tormentos, y sólo en Vos encontrará su descanso. Vos, Señor, estáis siempre presente y prevenido para librarnos de todos nuestros lamentables extravíos y nos ponéis en el camino vuestro, y nos consoláis y animáis, diciéndonos: Ea, corred por este camino vuestro, y nos consoláis y animáis, diciéndonos: Ea, corred por este camino, que yo os iré sosteniendo, yo os conduciré hasta el fin y os colocaré en donde deseáis.

---

[61] Aquí se ve claramente que San Agustín era del número de toda aquella multitud de autores antiguos que dijeron y creyeron que Epicuro había colocado la suma felicidad en los deleites de los sentidos; no obstante que algunos han querido disculparle, diciendo que colocaba la felicidad en el deleite del alma, que no estuviese acompañado de dolor ni pena alguna. Pero San Agustín y todos los antiguos dijeron lo contrario, y aun el poeta llama a un voluptuoso: *Epicuri de grege porcum*.

-128-

Libro VII

Explica las ansias de su alma, que se fatigaba en la imaginación del mal; cómo llegó también a conocer que ninguna sustancia era mala; y que en los libros de los platónicos halló el conocimiento de la verdad incorpórea y del verbo divino, pero no halló su humildad y anonadamiento

Capítulo I

Cómo Agustín todavía imaginaba a Dios al modo de un ente corpóreo, que estaba difundido por todas partes y llenando unos espacios infinitos

1. Ya todo el tiempo de mi adolescencia mala y perversa se había pasado y comenzaba el de la juventud, siendo yo cuanto mayor en la edad[62], tanto más torpe en la vanidad. Aunque yo no acertaba a imaginar sustancia alguna que no fuese corpórea y semejante a lo que suele percibir la vista, no imaginaba, Dios mío, que tuvieseis figura de cuerpo humano, porque desde que comencé a oír y saber algo de filosofía, siempre había huido de semejante pensamiento; y me alegraba de haber hallado esta misma verdad en la doctrina y creencia de nuestra madre espiritual, vuestra Iglesia católica. Pero no se me ocurría alguna otra idea que poder formar de Vos; al paso que no obstante ser yo hombre, y tan mal hombre, intentaba llegar a conoceros, siendo Vos el altísimo, único y verdadero Dios. Bien creía yo firmemente y con lo más íntimo de mi corazón, que Vos erais incorruptible, inviolable, incapaz de alteración y mudanza, pues sin saber yo de dónde o cómo tenía esta noticia, veía claramente y tenía por muy cierto que todo aquello que puede admitir corrupción no es tan bueno como lo que no puede corromperse, y lo inviolable o incapaz de padecer algún daño lo anteponía sin duda alguna, a lo que es violable o capaz de alteración, y lo que no padece mutación alguna lo tenía por mejor que todo lo que puede padecerla.
Esta creencia hacía que mi corazón clamase con vehemencia contra todos los fantasmas o ideas materiales que yo formaba imaginando vuestro ser; con sólo ese golpe procuraba espantar la multitud de -129- especies inmundas y corpóreas que, revoloteando alrededor de mi entendimiento, le confundían y

[62] Comenzaba entonces el año 31 de su edad.

ofuscaban. Apenas ellas se habían apartado de mí por un instante, cuando más amontonadas que antes volvían a presentarse y arrojándose de tropel sobre la vista de mi alma, me la oscurecían y anublaban de tal modo, que aunque yo no pensase que aquel mismo Ser incorruptible, inviolable, inconmutable, que yo prefería a todo lo corruptible, violable y mudable, tenía forma exterior de cuerpo humano, me veía precisado a pensar que era alguna cosa corpórea, que se extendía por todos los espacios y lugares, ya fuese infundida solamente en todas las cosas que hay dentro del mundo, ya también estuviese difundida por los espacios infinitos que se imaginan fuera del universo, porque todo lo que concebía sin orden ni respecto a algún espacio me parecía la nada sin ser alguno. Pero tan enteramente nada, que aunque no fuese como se imagina el vacuo, que es como si un cuerpo se quitara del lugar que ocupa y quedase el lugar vacío de todo cuerpo, ya terreno, ya acuoso, ya aéreo, ya celestial, sino que quedase el lugar vacío enteramente y desocupado, como un nada con extensión ancho y espacioso.

2. Yo, pues, como tal material y espeso en mis pensamientos, que aun para conocerme a mí mismo no estaba transparente y claro, pensaba que todo lo que no se extendiese por algunos espacios de lugar, o no se ensanchase, o no se juntase, o no se entumeciese, o no recibiese dentro de sí alguna cosa de esta calidad, o no fuese capaz de recibirla, no tenía ser alguno, y absolutamente era nada. Porque mi entendimiento no formaba otras ideas o imágenes interiores, sino semejantes a las formas o especies que recibían mis ojos y demás sentidos corporales; y no advertía ni reflexionaba que la interior potencia y facultad con que yo formaba aquellas mismas imágenes o ideas no era corpórea ni abultada, siendo no obstante alguna cosa grande, pues a no serlo, no podría formarlas.

Así, Dios mío, vida de mi vida, también imaginaba que, siendo Vos grande por infinitos espacios y lugares, llenabais y penetrabais por todas partes la gran máquina del universo. Que también fuera de ella, hacia cualquier parte que se considere, os extendíais por inmensos espacios que no tenían fin ni término alguno, de suerte que la tierra, el cielo y todas las cosas os poseyesen y por dentro y fuera estuviesen llenas y rodeadas de Vos, y dentro de Vos mismo tuviesen su fin y término, pero Vos no le tuvieseis por ninguna parte. Pues así como el cuerpo de este aire que está sobre la tierra no impide que la luz del sol le traspase y le penetre, no rompiéndole o dividiéndole, sino llenándole todo de su claridad, así juzgaba yo que penetrabais todos los cuerpos, no solamente del cielo, del aire, del mar, sino también de la tierra, y que todos ellos, en todas sus partes, grandes y pequeñas, eran respecto de Vos penetrables y como transparentes, para llenarse de vuestra presencia,

que con oculta inspiración e influencia secretísima gobernáis todas vuestras criaturas por lo interior y exterior de todas ellas.

De este modo discurría entonces porque no estaba en estado de pensar otra cosa, pero era falso lo que pensaba, porque si aquello fuera cierto, la parte mayor de tierra tendría en sí mayor parte de vuestra sustancia, y la que fuese menor, tendría menor parte de Vos; y de tal suerte llenaríais todas las cosas, que tanto más tuviese -130- de Vos el cuerpo de un elefante que el de un pajarillo, cuanto el Cuerpo de aquél es mayor y ocupa más lugar que el cuerpo de éste: así estaríais dividido en tantas partes grandes y pequeñas cuantas hay en todo el universo, para comunicar y hacer presente a las grandes otra igual y tan gran parte de Vos, y a las pequeñas otra igual y tan pequeña parte vuestra. Pero no sois Vos así, aunque yo entonces no lo conocía, porque aún no habíais alumbrado las tinieblas de mi ignorancia.

Capítulo II

Argumento con que Nebridio impugnó a los maniqueos

3. Bástame, Señor, contra aquellos hombres engañosos y engañadores de otros, habladores mudos, porque no se oía de su boca vuestra divina palabra, bástame, digo, para confundir a los maniqueos el argumento que mucho tiempo antes, estando nosotros en Cartago, había propuesto Nebridio, que nos hizo mucha fuerza a todos los que le oímos. Porque preguntaba él: ¿qué haría contra Vos aquella no sé qué raza de tinieblas (que los maniqueos dicen ser una gran masa opuesta a Vos), dado caso que Vos no quisieseis pelear contra ella? Pues si responden que todavía podía haceros algún daño, sería decir que Vos no sois inviolable e incorruptible; si por el contrario, respondieran que de ningún modo os podría dañar o hacer algún perjuicio, en tal caso no pueden señalar causa o motivo de reñir y pelear, y menos para pelear y reñir como ellos dicen, esto es, de tal modo, que una porción o miembro de vuestra sustancia, una producción de vuestra sustancia misma, se mezclaría con las potestades contrarias a Vos, que eran naturalezas que Vos no habíais creado, y de tal suerte la corrompían y trocaban de buena en mala, que su felicidad y bienaventuranza se convertía en infelicidad y miseria, y venía a tener necesidad de auxilios que la librasen de aquel estado y la purificasen de las manchas que había contraído. Esta porción de vuestra sustancia decían que era nuestra alma, a la cual viéndola así esclavizada, manchada y corrupta, la venía a socorrer vuestro divino Verbo, que había

quedado libre, puro y entero, pero que también él mismo era corruptible, como de la misma naturaleza y sustancia que había sido corrompida.
Por lo cual, si los maniqueos decían o confesaban que Vos o vuestra sustancia, sea ella la que fuese en sí misma, era incorruptible, se seguía claramente que todo aquello que decían era falso y detestable; y si decían que era corruptible vuestra sustancia propia, ello mismo se daba a conocer por falso y abominable desde luego. Bastábame, pues, este argumento solo contra los maniqueos para desechar y arrojar fuera de mí toda la doctrina de que me tenían imbuido y con que mi corazón estaba oprimido y angustiado, porque no tenían salida alguna que dar al argumento, sin que cayesen su corazón y su lengua en el horrible sacrilegio de creer y proferir estas blasfemias.

-131-

Capítulo III

Que el libre albedrío es la causa del pecado

4. Pero aunque yo confesaba y creía firmemente que Vos, mi Señor y verdadero Dios, sois incorruptible, invariable y por todas partes ajeno de mutabilidad y alteración, y que criasteis no solamente nuestras almas, sino también los cuerpos y generalmente todas las criaturas, todavía no entendía yo bien claramente cuál es la causa del mal o de lo malo; eso sí, conocía que cualquiera que ella fuese, debía buscarla de tal modo, que no me viese precisado por ella a creer que Vos, Dios y Señor inconmutable, erais capaz de alguna mudanza o variedad, para no hacerme yo malo a mí mismo, al indagar la causa de lo malo. Así la buscaba tan seguro de no dar en aquel desvarío, como estaba convencido y certificado de que no era verdad la doctrina de los maniqueos, que huía y detestaba con todo mi corazón, porque veía claramente que buscando ellos la causa y origen del mal, estaban llenos de maldad tan excesiva, que antes creían que vuestra naturaleza y sustancia malamente padecía, que el que la suya obrara malamente.
5. Yo me esforzaba cuanto podía para entender lo que había oído decir, esto es, que el libre albedrío de nuestra voluntad era la causa del mal que obrábamos y la rectitud de vuestro juicio la causa del mal que padecíamos; pero yo no podía entender esto clara y distintamente. Y así procurando sacar la atención de mi entendimiento de estas profundas tinieblas, volvía a sumergirme en ellas otra vez, y esforzándome repetidas veces a lo mismo, me hundía del mismo modo otras tantas veces.

Me levantaba algún poco hacia vuestra luz el saber yo con tanta certeza que tenía mi voluntad propia, como estaba cierto de que tenía vida. Así cuando quería o no quería algo, estaba certísimo de que yo mismo, y no otro, era el que quería o no quería aquello, y ya casi conocía que allí estaba la causa y principio de mi pecado.

También veía que hacer yo alguna cosa forzado y contra mi voluntad más era padecer que hacer, y esto juzgaba que no era culpa, sino pena, con la cual confesaba ser justamente castigado de Vos, a quien reconocía siempre como justo.

Mas otras veces decía: «¿Quién es el que me ha hecho? ¿Por ventura no es mi Dios, que no solamente es bueno, sino la misma bondad? Pues ¿de dónde me ha venido a mí el querer desordenadamente unas cosas[63] y ordenadamente no querer otras, por manera que esta repugnancia fuese justa pena de aquella voluntad injusta? ¿Quién puso en mí este veneno? ¿Quién injirió en mi alma esta raíz de amargura, -132- habiendo sido yo todo y totalmente hecho por mi dulcísimo Dios? Si el diablo es el autor de este mal, ¿quién fue el que le hizo a él? Porque si él mismo por su mala y perversa voluntad, de buen ángel que era, se hizo y se mudó en demonio, ¿de dónde le vino a él esa mala voluntad con la cual se hizo demonio, supuesto que todo él fue criado bueno por el Hacedor de todas las cosas, que es infinitamente bueno?»

Con estos pensamientos volvía otra vez a sumergirme en mis tinieblas y ahogarme entre mis dudas; pero no me llevaban tan a lo hondo, que llegase a lo profundo del error de los maniqueos, donde ninguno confiesa Vuestra

---

[63] *Unde igitur mihi malè vello, et benè nolle?*, dice el Santo. Como antes deja dicho que el hacer una cosa contra su voluntad y con repugnancia suya más propiamente era *padecer* que *hacer*, en el *malè velle* explica el *mal* de la culpa, y en el *benè nolle* el *mal* de la pena, que justamente se padece contra la voluntad propia, en castigo del otro mal de la culpa, que se hizo por su propia voluntad. Así nadie *malè velle* quiere decir *querer malamente y pecando*, o injustamente querer alguna cosa; y el *benè nolle* quiere decir que *justamente, bien y ordenadamente* padece y sufre aquella repugnancia de no querer alguna cosa, y hacerla como por fuerza (que más es padecer que hacer), y esto en justa pena de su voluntad injusta.

bondad infinita, cuando antes juzgan que Vos estáis sujeto a padecer males que el que los hagan los hombres.

Capítulo IV

Cómo necesariamente Dios es invariable e incorruptible

6. Del mismo modo procuraba entender claramente todo lo demás, así como había averiguado que lo incorruptible es mejor que lo corruptible, y por tanto, confesaba que cualquiera que fuese vuestro ser y naturaleza, precisamente había de ser incorruptible. Porque nadie pudo ni podrá jamás pensar cosa alguna que sea mejor que Vos, que sois el sumo y perfectísimo bien. Y como es verdad certísima que lo incorruptible se debe anteponer a lo que es corruptible, como yo lo conocía y ejecutaba, si Vos no fuerais incorruptible, pudiera mi entendimiento hallar alguna cosa mejor que Vos.

Conque allí mismo donde yo advertía que lo incorruptible es mejor que lo que puede corromperse, era donde debía buscaros y desde allí descubrir el origen del mal, esto es, el principio de la corrupción, de la cual no es capaz vuestra divina sustancia. Porque de ningún modo, por ninguna voluntad, por ninguna violencia, por ninguna casualidad, puede la corrupción manchar e inficionar la naturaleza de nuestro Dios, pues él es Dios, y todo lo que quiere para sí es de la linea del bien, y aun él mismo es el mismo bien que quiere, pero el poder corromperse no se ha juzgado jamás por bien alguno.

Ni tampoco cabe en Vos, Señor, el ser forzado a cosa alguna contra vuestra voluntad, ya que vuestra voluntad no es mayor que vuestro poder, a no ser que se diga que Vos sois mayor que Vos mismo, porque la voluntad y la potencia de Dios son el mismo Dios. Finalmente, ¿qué casualidad puede haber impensada para Vos, que sabéis y conocéis todas las cosas perfectísimamente? Además de que ninguna naturaleza ni criatura alguna existe sino porque Vos la conocéis.

Pero ¿para qué gasto tantas palabras en probar que la naturaleza de Dios no puede ser corruptible, cuando es evidente que si lo fuera no sería Dios?

-133-

Capítulo V

Vuelve otra vez a inquirir de dónde provenga el mal y cuál será su origen y raíz

7. Yo buscaba el origen del mal, y siendo así que lo buscaba malamente no echaba de ver el mal que había en el mismo modo con que le buscaba. Ponía yo delante de los ojos de mi alma todo lo que habéis creado, ya sean las cosas que podemos ver, como la tierra, el mar, el aire, los astros, los árboles y los animales, ya también todas las cosas que no vemos, como son el firmamento con todos los ángeles y todos los entes espirituales del universo; pero también estas cosas las fue colocando mi fantasía en diversos y respectivos lugares, como si verdaderamente fueran cuerpos. De todo ello formé en la imaginación como una gran masa compuesta de los distintos géneros de cuerpos de vuestras criaturas, tanto de aquéllos que eran verdaderos cuerpos, como de los otros que yo había fingido y apropiado a los espíritus. Yo imaginaba esta masa muy grande y extensa, no tanto como ella lo fuera en sí misma, que esto no podía saberlo a punto fijo, sino cuanto le pareció a mi fantasía, pero siempre me la representaba finita y limitada por todas partes.
Después, os concebía a Vos, Señor, como una sustancia infinita sin término ni límite alguno, que rodeaba y penetraba por todas partes aquella gran masa: así como si el mar lo llenase todo y hacia todas partes por espacios inmensos sólo hubiese un infinito mar, y dentro de sí tuviese una esponja que aunque fuese muy grande, fuera limitada y finita, esta esponja verdaderamente estaría por todas partes rodeada y llena de aquel inmenso mar.
Así juzgaba yo que todas vuestras criaturas, que son finitas y limitadas, estaban por todas partes circunvaladas y llenas de Vos, que sois infinito, y decía: veis aquí a Dios y veis aquí todo lo que Dios ha creado; Dios es bueno y su bondad excede infinitamente a todo el conjunto de sus criaturas; mas como él es sumamente bueno, todas las cosas las crea buenas, y ved ahí cómo todas las abraza y llena de su bondad. Pues ¿en dónde está el mal?, ¿de dónde ha dimanado?, ¿por dónde se ha introducido en el universo?, ¿cuál es la raíz que lo produce?, ¿de qué semilla nace?
¿Acaso diremos que el mal no tiene ser alguno? Pues ¿por qué tememos y evitamos lo que no hay ni tiene ser? Y si es que tememos vanamente y sin fundamento, sin duda que este temor ya es algún mal que inútilmente atormenta y despedaza nuestro corazón, y este mal será tanto más grave cuanto más tememos no habiendo que temer. Por lo cual, o hay algún mal

que temamos, o el mal que hay es que tememos. Pues ¿de dónde vino este mal? Porque Dios, siendo todo bondad, hizo buenas todas estas cosas. El mayor y sumo bien hizo las criaturas que son bienes menores; pero así el Creador como las cosas creadas, todo es bueno. Pues ¿de dónde nace el mal?

¿Será acaso que la materia de que hizo Dios todas las criaturas era en sí misma alguna cosa mala, y Dios la formó y ordenó, pero dejó algo en ella que no lo ordenase y convirtiese de mal en bien? Y si fue así, ¿qué causa hubo para esto? ¿Acaso no podía convertirla toda y mudarla en bien de modo que no quedase en ella nada -134- de malo, siendo Él todopoderoso? Finalmente, ¿por qué quiso servirse de ella para formar de allí sus criaturas, y no usar de su misma omnipotencia para destruirla enteramente y aniquilarla? ¿O podrá decirse que ella podía existir contra la voluntad de Dios? Aun suponiendo que fuese eterna, ¿por qué la dejó durar antecedentemente por infinitos espacios de duraciones[64] y tanto después tuvo por bien servirse de aquella materia, y hacer de ella alguna cosa? Y ya que repentinamente determinó y quiso hacer alguna obra, como omnipotente que es, comenzara antes aniquilando y deshaciendo enteramente aquella materia; y si así hubiera quedado Él siendo el todo, el verdadero, sumo e infinito bien. Y si no era conveniente a su bondad el que sólo destruyese y no fabricase al mismo tiempo y produjese algún bien, siendo Él tan bueno, destruida aquella mala materia y reducida a la nada, podía haber creado otra buena, de la cual produjese todas las cosas. Porque no sería todopoderoso si no pudiera hacer algo bueno sin ayuda de aquella materia que Él no había creado.

Ve aquí las cosas que yo andaba revolviendo en mi infeliz espíritu lleno de cuidados que le consumían, causados del temor de la muerte y de no hallar la verdad; pero estaba firmemente arraigada en mi corazón la fe que en la católica iglesia se tiene de vuestro Hijo Jesucristo, Señor y Salvador nuestro; y aunque a la verdad era mi fe todavía imperfecta en muchas cosas y se salía fuera de las reglas de la sana doctrina, con todo no la dejaba mi alma, antes bien cada día se iba instruyendo e imbuyéndose más y más en ella.

---

[64] Aunque en la hipótesis que se hace San Agustín diga: *Per infinita retrò spatia temporum*, por infinitos espacios de tiempos anteriores; no se ha de imaginar que antes de la creación hubiese tiempo alguno; que esto no puede establecerse en doctrina del Santo, ni tampoco puede imaginarse, porque el tiempo es una de las cosas que pertenecen a la creación y efecto de ella. Así, diciendo el santo por *infinitos* espacios de tiempo, bien da a entender que habla de la eternidad, que precedió a la creación y que como infinita duración abraza todos los tiempos, y virtualmente en todos ellos. Así, en el capítulo XV, dice que Dios no comenzó a producir las criaturas *post innumerabilia spatia temporum*.

Capítulo VI

Desecha Agustín por vanas y engañosas las adivinaciones de los astrólogos

8. Ya también había yo desechado enteramente las engañosas predicciones y sacrílegas locuras de los astrólogos; y éste es, Dios mío, uno de los efectos de vuestras misericordias, por el cual os debo confesar y bendecir con todas las fuerzas de mi alma. Pues, Vos, Señor, Vos y no otro fuisteis quien me hizo este beneficio. Porque ¿quién puede librarnos y apartarnos de la muerte que nos acarrea todo error, sino Vos, que sois la vida que no puede morir y la sabiduría que sin necesitar de luz alguna ilumina los entendimientos que la necesitan, la misma con que es regido y gobernado todo el universo, hasta las hojas de los árboles que se lleva el viento?

Vos procurasteis el remedio de aquella mi terquedad con que resistí y me opuse a Vindiciano[65], que era anciano agudo y docto, -135- y a Nebridio, que era joven de un talento admirable: cuando el primero afirmaba resueltamente y el segundo, aunque con alguna duda, repetía muchas veces que no hay arte alguno para conocer las cosas venideras; pero que las conjeturas de los hombres tienen muchas veces fuerza, de suerte que diciendo los hombres multitud de cosas acertaban por casualidad a decir, entre tantas, algunas de las que han de suceder, sin saberlo los mismos que lo decían, sino tropezando a ciegas con la verdad de algunos sucesos, en fuerza de lo mucho que hablan.

Vos, pues, Señor, hicisteis que yo tomase amistad con un hombre que acostumbraba consultar a los astrólogos sobre varios asuntos, aunque él no sabía mucho de la astrología, pero los consultaba, digo, por curiosidad, el cual sabía cierta especie, que decía habérsela oído a su padre, pero no advertía él mismo cuán poderosa era aquella especie para echar a rodar la opinión y crédito de tal arte. Éste, pues, que se llamaba Fermín, sujeto instruido en las artes liberales y en la elocuencia, hablándome como a su mayor amigo sobre ciertas cosas suyas, a las cuales aspiraba por la esperanza grande que tenía de adelantar su fortuna, me instaba que le dijese el juicio que yo formara de aquellas pretensiones, según su horóscopo y constelaciones que le correspondían; y yo, que por entonces ya había comenzado a inclinarme a la sentencia de Nebridio, no me excusé de hacer mis conjeturas y decirle lo que me ocurría como dudosamente; pero le añadí

[65] Véase el cap. III del lib. IV.

que estaba casi persuadido y convencido de que todas aquellas cosas y observaciones eran vanas y ridículas.
Entonces él me contó que su padre había sido curiosísimo en la referida facultad, habiendo juntado y manejado muchos libros de esta materia, y que había tenido un amigo igualmente dedicado a la misma facultad, que habían estudiado juntos; que con igual deseo de adelantar en ella, conferenciaban los dos, y se comunicaban mutuamente sus reflexiones, como soplando y avivando el fuego que ardía en su corazón de adelantar en un estudio tan vano, de modo, que aun en los brutos que nacían en casa de ellos observaban los instantes de su nacimiento y la posición de los astros respecto de aquellos mismos instantes, para sacar de allí algunas experiencias con que apoyar aquella especie de arte.
Así, refería él que había oído decir a su padre que al tiempo que su mujer y madre del mismo Fermín estaba embarazada de él, estaba también encinta una criada de aquel amigo de su padre, lo cual no se le pudo encubrir al amo, que con las más exquisitas diligencias procuraba examinar y saber aun los partos de las perritas de su casa. Y que había sucedido que teniendo en cuenta el padre de Fermín con el parto de su mujer y el otro amigo suyo con el de su criada, y contando uno y otro con la mayor exactitud los días, las horas, minutos y segundos de la preñez de entrambas, vinieron a parir las dos al mismísimo tiempo; de modo que se vieron forzados a aplicar a los recién nacidos las mismas constelaciones, sin distinción alguna, que el uno había observado para su hijo y el otro para su siervo. Porque luego que a las dos mujeres les comenzaron los dolores de parto, se avisaron los dos amigos mutuamente lo que pasaba en la casa de uno y otro, y previnieron mensajeros de ambas partes, -136- que al punto que supiesen lo que había nacido en cada una de las casas, lo avisasen a la otra sin dilatación alguna. Y como dueños que eran respectivamente de sus casas, con mucha facilidad habían dispuesto que al instante que se verificase el parto, se le hiciese saber al mensajero que estaba prevenido. Y así decía que los dos que habían sido enviados, se vinieron a encontrar uno a otro puntualmente en medio del camino y en tal distancia de las dos casas, que ni el padre de Fermín ni su amigo pudiesen notar diversa posición de astros, ni la más mínima diferencia de tiempo con que distinguir el horóscopo de los dos recién nacidos; y no obstante Fermín, como nacido de familia distinguida en su país, seguía las carreras más lustrosas del siglo, se iba aumentando en riquezas y sublimando en honras; y el otro, sin poder sacudir el yugo de su servidumbre, servía como esclavo a sus señores, según contaba el mismo Fermín, que le había conocido.

9. Oídas por mí estas cosas, y creídas también por habérmelas contado tal sujeto, toda aquella oposición y resistencia que yo había hecho a las persuasiones de Vindiciano y Nebridio se desarmó enteramente y se deshizo. Y lo primero que intenté fue apartar al mismo Fermín de aquella vana curiosidad, diciéndole: que para responderle con verdad a lo que me había preguntado después de contempladas bien sus propias constelaciones, había de haber visto en ellas que sus padres eran de lo más principal que había en su tierra, que su linaje y familia eran de la mayor nobleza de su propia ciudad, que habían concurrido en su nacimiento las circunstancias más honrosas que había tenido buena crianza, y los progresos que había hecho en el estudio de las artes liberales. Pero si aquel otro siervo me hubiera consultado sobre las mismas constelaciones (que correspondían a su nacimiento del mismo modo que al de Fermín), para que yo pudiera responderle la verdad, sería también necesario haber visto en ellas la bajeza de su linaje, su condición servil y todas las demás circunstancias suyas, que eran tan distintas y contrarias de las otras que allí mismo había yo antes visto y descubierto. Conque si viendo unas mismas constelaciones e influencias tenía que pronosticar y decir distintas y contrarias si había de acertar, y si pronosticaba los mismos acaecimientos y las mismas cosas al uno y al otro, erraba precisamente mi pronóstico, es argumento certísimo que prueba evidentemente que aquellas cosas que se aciertan después de vistas y observadas las constelaciones, se aciertan por casualidad y no por arte ni reglas; y al contrario, que si las predicciones de esta clase salen falsas, no es por ignorancia de aquel arte, sino por falibilidad y yerro de la suerte.
10. Tomando de aquí principio y meditando todo esto dentro de mí mismo para que ninguno de aquellos delirantes que vivían de hacer estas predicciones (con los cuales deseaba yo verme para argüirlos y ridiculizarlos), burlase la fuerza del argumento, con decir que Fermín me habría engañado a mí en aquella relación, o que su padre le habría engañado a él, para evitar, digo, que tuviesen este efugio, puse la consideración en el nacimiento de los que nacen juntos y se llaman mellizos: muchos de los cuales nacen tan inmediatamente uno tras otro, que aquel brevísimo espacio que media entre los dos, -137- por más fuerza que tenga en la naturaleza para diferenciarlos, según pretenden los astrólogos, no hay diligencia ni observación humana que baste a conocerle o advertirle; ni puede señalarse en aquellos caracteres y figuras que tiene que mirar el astrólogo para hacer verdaderos sus pronósticos. Pero es imposible que en este caso salgan verdaderos, porque mirando unos mismos caracteres y figuras que correspondían al nacimiento de Jacob y Esaú, debería un astrólogo pronosticar las mismas cosas respecto de entrambos, siendo así que en uno y

otro fueron muy diferentes los sucesos. Conque si para entrambos anunciaba las mismas cosas, salían falsos sus pronósticos; y si salían verdaderos, sería no anunciando ni diciendo las mismas cosas para entrambos, no obstante que eran unas mismas las figuras y caracteres que veía convenir al uno y al otro: de donde se sigue, que si hubiera acertado en sus pronósticos, acertaría por casualidad, y no por regla de alguna ciencia o arte.
Vos, Señor, que perfectísimamente gobernáis todo el universo, hacéis por medio de un influjo y dirección imperceptible que cuando alguno consulta a los astrólogos sobre algún suceso, sin saberlo ni advertirlo los consultados, ni los que los consultan, cada uno reciba aquella respuesta que le corresponde, atendidos los méritos de su alma: nace aquella respuesta del abismo impenetrable de vuestro juicio, siempre justo y recto, que ningún hombre debe extrañar, diciendo: ¿Qué viene a ser esto?, ¿para qué es esto? No diga tal cosa, no la diga, porque él no puede salirse de los límites de hombre.

Capítulo VII

De las graves penas que le causaba a Agustín el averiguar la causa y principio del mal

11. Ya Vos, Señor, me habíais librado de aquellas cadenas, cuando me ocupaba en buscar el origen del mal y no hallaba salida a mis dificultades. Pero no permitíais Vos que por más olas de varios pensamientos que me combatiesen, fuesen poderosas para apartarme de aquella fe con que creía vuestra existencia, y que sois una sustancia inconmutable; creía la providencia con que tenéis cuidado de los hombres y los juzgáis, y que en Jesucristo vuestro Hijo y Señor nuestro, y en las Santas Escrituras, que aprueba y recomienda la autoridad de vuestra Iglesia católica, habíais dispuesto a los hombres el camino de la salud por donde han de llegar a conseguir aquella vida dichosa que ha de haber después de nuestra muerte.
Salvas estas verdades y fijadas en mi alma inalterablemente, buscaba con ansia cuál sea el principio y origen que tiene el mal. ¡Y qué tormentos y dolores como de parto sufrió mi corazón para salir de esta duda, y qué gemidos le costó, Dios mío! Vos lo estabais oyendo sin saberlo yo. Cuando en el mayor silencio buscaba esta causa del mal con más fino ahínco, aquel silencioso tormento que deshacía mi corazón era una voz muy grande que llegaba a vuestra misericordia. Sólo Vos, y no hombre alguno, sabíais lo que yo estaba padeciendo. Porque de estas ansias mías, ¿cuánto era lo que por mi

boca venía a descubrirse a mis amigos más íntimos y familiares? ¿Por ventura -138- llegaba a sus oídos todo aquel gran tumulto de mi alma, para cuya explicación no había tiempo ni lengua que bastase? Pero todo llegaba a vuestros oídos, *y lo que gimiendo bramaba mi corazón, y todos mis deseos os eran muy patentes, pero la luz que había de aclarar mis ojos me faltaba*, porque ella estaba dentro de mi alma y no andaba por fuera. Ni ella ocupa algún lugar; y yo la buscaba entre aquellas cosas que le ocupan, y así no hallaba lugar alguno para mi descanso; ni estas cosas corpóreas me detenían tanto, que pudiese decir: *Estoy bien, esto me basta*, ni dejaban que me apartase de ellas para volver adonde me fuese bastantemente bien. Porque yo era superior a todas estas cosas, aunque inferior a Vos, y sólo Vos pudierais ser mi verdadero gozo, si yo estuviera sujeto y subordinado a Vos, que las cosas inferiores que criasteis, las sujetasteis a mí. Y éste era aquel igual y bien regalado temperamento que yo había de haber tenido en mis acciones y la región media que convenía a mi salud para permanecer como hecho a imagen vuestra, por manera que perseverando en serviros y obedeceros a Vos, dominase yo a mi cuerpo y él me obedeciese a mí. Pero en castigo del pecado con que me sublevé contra Vos soberbiamente y os hice guerra, *corriendo contra mi legítimo Señor, escudado solamente de mi orgullo y osadía*, todas las criaturas que me eran inferiores se habían levantado también contra mí y se habían puesto sobre mí, oprimiéndome tan fuerte y pesadamente, que por parte ninguna me permitían algún desahogo, ni tomar aliento. Si abría los ojos, no descubría por todas partes sino esas mismas criaturas, que amontonadas y de tropel se entraban por mis ojos; si me ponía a examinar y pensar lo que había visto, no se me presentaban a la imaginación y al pensamiento sino imágenes corpóreas; y si quería retirarme y apartarme de ellas, se me volvían a poner delante, como si me dijeran: *¿Adónde piensas ir, indigno y sucio?*

Estos sentimientos provenían de mis llagas, con las cuales Vos quisisteis *humillar al soberbio, poniéndole* como a un hombre todo llagado; creciendo la hinchazón de mi soberbia, me separaba de Vos, y llegó la inflamación a apoderarse tanto de mi rostro, que ya me tenía con los ojos cerrados.

Capítulo VIII

Cómo la divina Misericordia socorrió entre estas ansias a Agustín

12. Pero aunque Vos, Señor, eternamente permanecéis, vuestro enojo no permanece eternamente contra nosotros, pues tuvisteis compasión de mí, que soy tierra y ceniza y fue del agrado vuestro el reformar mis deformaciones, y así, con interiores estímulos me inquietabais para que no sosegase hasta tener conocimiento de Vos, por medio de la vista de mi alma. Se iba disminuyendo mi hinchazón, con el medicamento que ocultamente me aplicaba vuestra divina mano; y la turbada y oscurecida vista de mi alma se iba aclarando y sanando de día en día con el fuerte colirio de los saludables dolores que interiormente pasaba.

-139-

Capítulo IX

Cómo en los libros platónicos halló Agustín establecida la divinidad del Verbo eterno, pero no halló cosa alguna de lo perteneciente a su encarnación

13. Primeramente queriendo Vos hacerme conocer cuánto resistís a los soberbios, y cuán segura tienen *vuestra gracia los humildes*, y con cuánta misericordia mostrasteis a los hombres el camino de la humildad, *pues se hizo hombre vuestro divino Verbo y habitó entre los hombres*, dispusisteis que por medio de un hombre lleno de una soberbia intolerable viniesen a mis manos[66] unos libros de los platónicos, traducidos de la lengua griega a la latina.

---

[66] Estos libros vinieron a sus manos en el año 385, de los cuales dice después que estaban traducidos por Victorino, célebre profesor de Roma. En otra parte dice que estos libros le trocaron enteramente, y que eran como preciosos bálsamos de la Arabia, de los cuales cayendo algunas gotas sobre las centellas que tenía él en el corazón, acabaron de encenderle y abrasarle.
Antepuso San Agustín los platónicos a los demás filósofos, porque disputando de la Santísima Trinidad, y especialmente del Verbo divino, no se apartaron mucho de la verdad cristiana, como el Santo dice en el libro X de *La Ciudad de Dios*, capítulos 1 y 19; añadiendo que, mudando solamente algunas cosas, fácilmente se podían concordar con las verdades cristianas.

En estos libros hallé (no con las mismas palabras con que yo lo refiero, pero sí las mismas cosas y sentencias puntualísimamente) apoyado con muchas pruebas y gran multitud de razones, que *en el principio era el Verbo, y el Verbo estaba con Dios, y Dios era el Verbo: Éste estaba desde el principio con Dios. Que todas las cosas fueron hechas por Él, y sin Él nada se hizo. Lo que se hizo en Él es vida, y la vida era la luz de los hombres, y la luz luce en las tinieblas, y las tinieblas no la comprendieron. Que aunque el alma del hombre dé testimonio de la luz, no obstante, ella misma no es la luz, sino que el Verbo de Dios, que es Dios, es la verdadera luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. Y que Él estaba en este mundo y el mundo fue hecho por Él, y el mundo no le conoció*.

Pero que Él vino a los suyos, y los suyos no le recibieron, y que a todos los que creyendo en su nombre le recibieron, les concedió la potestad de hacerse hijos de Dios; esto no lo leí ni encontré en aquellos libros.

Leí también allí que *Dios Verbo no nació de la carne ni de la sangre, ni por voluntad de varón ni voluntad de la carne, sino que nació de Dios*. Pero que el Verbo se hizo carne y que habitó entre nosotros no lo leí allí.

14. Hallé también esparcido por aquellos libros, dicho de varios modos y repetidas veces, *que teniendo el Hijo la misma forma del Padre, nada le usurpa en juzgarse igual a Dios*, porque naturalmente lo es. Pero que se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo hecho semejante a los hombres, y fue reputado y tenido por hombre que se humilló a sí mismo y se hizo obediente hasta la muerte, y muerte de cruz, y que por todo esto Dios le resucitó de entre los muertos, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús se arrodillen todas las criaturas en el cielo, en la tierra y en los infiernos, y toda lengua confiese que Nuestro Señor -140- Jesucristo está en la gloria de Dios Padre; esto no se contenía en aquellos libros.

También se dice allí que antes de todos los tiempos, y sobre todos los tiempos, es y permanece inconmutablemente vuestro unigénito Hijo, coeterno a Vos, *y que de su plenitud reciben las almas* lo que las hace bienaventuradas, y también que participando de aquella infinita sabiduría que en sí misma es permanente y eterna, se renuevan ellas y se hacen sabias. Mas *que padeció Él muerte temporal por los pecadores, y que no perdonasteis a vuestro Hijo único, sino que le entregasteis a la muerte por todos nosotros*, no se refiere allí. Porque estos misterios de la humildad de Jesucristo *los escondisteis y ocultasteis a los sabios, y los revelasteis y descubristeis a los pequeñuelos, para que los que padecen trabajos y se ven agobiados con pesadas cargas, vengan a buscar a Jesús, y él los alivie y conforte, porque es manso y humilde de corazón*. Así, a los que imitan su blandura y mansedumbre, los guía a la justicia y santidad, y les enseña a seguir los caminos que él anduvo; y viendo con ojos compasivos nuestra humildad, nuestros trabajos y fatigas, nos perdona todos nuestros

pecados. Pero aquéllos que, soberbios y engreídos por parecerles que poseen la más sublime doctrina, no atienden al Maestro que les dice: *Aprended de Mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas; aunque conocen a Dios, no le glorifican como corresponde a Dios, ni le dan gracias*, sino que se desvanecen con sus propios pensamientos y su necio corazón se cubre de tinieblas; por manera que diciendo ellos que son sabios, se hacen conocidamente fatuos.

15. Encontré allí también que l*a gloria debida solamente a Dios incorruptible estaba trasladada y atribuida a los ídolos y vanos simulacros, hechos a semejanza del hombre corruptible, y de aves, de cuadrúpedos y de serpientes*. Esto era puntualmente apetecer aquel manjar de Egipto por el cual dejó y perdió Esaú su mayorazgo, es decir, que aquel pueblo que habíais escogido y privilegiado como a primogénito, teniendo *su corazón y voluntad puestos en las cosas de Egipto*, honró en lugar de Vos y dio adoración y culto a la cabeza de un animal cuadrúpedo, abatiendo su alma, que es imagen vuestra, delante de la *imagen y figura de un becerro que se apacienta de hierba*.

Este manjar[67] de idolatría hallé en aquellos libros, pero no quise alimentarme de él. Porque Vos, Señor, fuisteis servido de quitar el oprobio de Jacob, haciendo que el hermano que era mayor sirviese al menor; y también llamasteis a los gentiles para que fuesen vuestro pueblo y heredad, como antes los judíos. Y como yo era de los gentiles que Vos habíais llamado y habían venido al conocimiento vuestro, en aquella leyenda no hice más que coger[68] *el oro que Vos* -141- *mandasteis* a vuestro pueblo quitar a los de Egipto, porque aquel otro en cualquiera parte que estuviera, siempre era vuestro. Que también dijisteis a los atenienses, por boca de vuestro Apóstol, *que en Vos vivimos, nos movemos y existimos, como ya lo habían dicho antes algunos de sus sabios*; y los libros de que hablo también eran de allí[69]. Pero al leerlos yo, no hice caso ni puse mi atención en los ídolos de los egipcios, a cuyo culto hacían servir aquellos autores el oro que es tan vuestro, *dando a la mentira de un simulacro la adoración debida al Dios verdadero, y adorando y sirviendo a la criatura en lugar del Creador*.

[67] Con esta alegoría explica la doctrina de los platónicos acerca de la multitud de dioses, en lo cual, como Esaú, vendieron y perdieron la primogenitura o primacía de la sabiduría, imitando a los israelitas, que dieron adoración a un becerro. Pues este manjar es el que dice que no quiso comerlo, sino que lo desechó. Véase el libro 8 de *La Ciudad de Dios*, capítulos 12 y 18, y en el libro 10, el capítulo I.

[68] Quiere decir que se dedicó a coger de los libros de los filósofos lo que tenían de bueno y provechoso para convencer su espíritu, y hacer que adelantase más y más en el conocimiento de Dios y de la verdad.

[69] *Eran de allí*, esto es, de la Grecia.

Capítulo X

Cómo las verdades divinas se le iban ya descubriendo más claramente

16. Todo esto sirvió de amonestarme que volviese hacia mí mis reflexiones y pensamientos, y guiándome Vos, entré hasta lo más íntimo de mi alma; y pude hacerlo así porque Vos os dignasteis darme auxilio y favor. Entré y con los ojos de mi alma (tales cuales son) vi sobre mi entendimiento y sobre mi alma misma una luz inconmutable; no ésta vulgar y visible a todos los ojos corporales ni semejante a ella, o que siendo de su misma especie y naturaleza, se distinguiese en ser mayor, como sucedería si esta luz corporal fuese aumentando más y más su claridad y resplandor, y extendiéndose tanto, que ocupase con su grandeza el universo. No era así aquella luz de este género, sino otra cosa muy distinta y superior infinitamente a todo lo que vemos. Ni tampoco estaba sobre mi entendimiento, al modo que el aceite está sobre el agua o el cielo sobre la tierra, sino que estaba superior a mí, como el Creador respecto a sus criaturas, porque ella misma es la que me creó, y yo estaba debajo, como que soy hechura suya. El que conoce la verdad, conoce esta soberana luz; y el que la conoce, conoce la eternidad. La caridad es quien la conoce.

¡Oh, eterna Verdad, y verdadera caridad, y amada eternidad! Vos sois, Dios mío, por quien de día y de noche suspiro. Desde el primer momento en que os conocí, me elevasteis a que conociese con vuestra luz que había infinito que ver y que yo todavía no estaba capaz de verlo. Y fueron tan claros y activos los rayos de la luz con que iluminasteis mi alma, que deslumbrada la flaqueza de mi vista, no pudo resistir la vehemencia de luz tan excesiva: todo me estremecí de amor y espanto; hallé que estaba yo muy lejos de Vos y muy desemejante, y como que oía vuestra voz allá desde lo alto, que me decía: *Yo soy manjar de los que son ya grandes y robustos: crece, y entonces te serviré de alimento. Pero no me mudarás en tu sustancia propia, como le sucede al manjar de que se alimenta tu cuerpo, sino al contrario, tú te mudarás en mí*. Entonces eché de ver que para mi enseñanza *y en pena de mi maldad habíais dejado que mi alma se disipase y consumiese inútilmente como la araña*, y hablando conmigo mismo dije: ¿juzgarás ya por ventura que la verdad es nada y que no tiene existencia porque no está esparcida ni se difunde por -142- lugares y espacios finitos ni infinitos? Y Vos, Señor, como desde muy lejos disteis una voz, diciendo: Antes bien al contrario. *Yo soy el que existo*. Habiendo oído esto, como se suelen oír en el alma las hablas interiores, quedé certificado sin tener de qué dudar, de modo que primero dudaría si yo estaba vivo, que dudase *de la existencia de aquella verdad que se ve y conoce por las criaturas*.

Capítulo XI

Cómo las criaturas en cierto modo son y no son

17. Y mirando todas las demás cosas que están debajo de Vos, vi que absolutamente no se pudiera afirmar, ni que de todo punto tenían ser, ni que de todo punto dejaban de tenerle. Que tienen ser verdadero porque Vos las habéis creado; que no lo tienen porque no tienen el ser que tenéis Vos, y sólo existe y tiene ser, verdaderamente, lo que siempre permanece inconmutable. *Así mi bien consiste en estar unido con mi Dios*, pues si en Él no permanezco, menos podré permanecer en mí mismo. *Pero Dios da nuevo ser a todas las cosas, permaneciendo él mismo sin novedad alguna*; y como no *tiene necesidad de mí ni de mis bienes*, le reconozco por mi Señor y mi Dios.

Capítulo XII

Que todas las cosas que son o existen son buenas

18. También me hicisteis conocer, Señor, que todas las cosas que se corrompen son buenas, porque no pudieran corromperse si no tuvieran alguna bondad, ni tampoco pudieran si su bondad fuera suma, pues si fueran sumamente buenas, serían incorruptibles, y si no tuvieran alguna bondad no hubiera en ellas cosa alguna que se pudiera corromper.
Porque es certísimo que la corrupción causa algún daño, y si no disminuyera algún bien, no lo causaría. Luego o se ha de decir que la corrupción no causa daño alguno, lo cual es falso e imposible, o se ha de confesar que todas las cosas que se corrompen se privan de algún bien con la corrupción, lo cual es certísimo y evidente.
Y si se privaran enteramente de toda su bondad, absolutamente dejarían de ser, porque si todavía existieran sin bondad alguna, quedarían incapaces de ser corrompidas, y por consiguiente, mucho mejores que antes, pues permanecerían incorruptibles. ¿Y qué desatino más monstruoso se puede imaginar que el decir que perdiendo aquellas cosas toda la bondad que tenían se habían hecho mejores de lo que antes eran? Conque es evidente que si se privaran enteramente de toda su bondad, absolutamente dejarían de ser: luego, mientras que tienen ser, tienen alguna bondad, y así es cierto que todas las cosas que son, son buenas. Lo cual prueba convincentemente que el mal, cuyo principio andaba yo buscando, no es alguna sustancia, porque si lo

fuera, algún bien sería. Pues o había de ser una sustancia incorruptible, y esto era un bien muy grande, o sustancia corruptible, la cual, si no tuviera alguna bondad, no pudiera corromperse.

-143-

Así llegué a conocer claramente, y Vos me lo manifestasteis, que todas las cosas que Vos hicisteis son buenas, y que no hay sustancia alguna en todo el mundo que Vos no la hayáis creado. Y por lo mismo que no hicisteis todas las criaturas iguales en bondad, por eso mismo son todas y tienen su propio y distinto ser: cada una de por sí tiene su particular bondad y, miradas todas juntas, son muy buenas, porque nuestro Dios y Señor hizo todas las cosas, no buenas solamente, sino en grado superlativo muy buenas.

Capítulo XIII

Cómo todas las criaturas dan alabanzas a Dios

19. Por tanto, Dios mío, no es posible algún mal que os perjudique a Vos ni os haga el más leve daño, ni tampoco hay mal alguno que lo sea respecto de todo el universo, porque fuera de él no hay cosa alguna que pueda introducirse a perturbarle o a destruir el orden que Vos habéis determinado y establecido en él. Es verdad que algunas de sus partes no son convenientes a algunas otras, y por eso se tienen por malas y nocivas, pero esas mismas son convenientes y provechosas a otras, y son verdaderamente buenas en sí mismas. Todas las criaturas que entre sí son opuestas y desconvenientes, convienen mucho a la parte inferior del universo, que llamamos tierra, la cual tiene también su cielo oscurecido con nubes y alborotado con vientos, y es lo que ha menester y le conviene.

Bien lejos me hallaba yo de decir como antes: mejor sería que no hubiese estas cosas, porque aun dado caso que sólo viese en el mundo estas criaturas desconvenientes entre sí y contrarias, desearía, sí, que las hubiese mejores, pero aun por solas aquéllas debería en tal caso daros alabanzas, porque claramente muestran que merecéis ser alabado; *hasta los dragones y serpientes de la tierra, y todos los abismos y profundidades del agua; el fuego, el granizo, la nieve, el hielo y los aires tempestuosos, que no hacen más que obedecer vuestro mandato; los montes y todos los collados; los árboles fructíferos y todos los cedros; los animales feroces y las reses mansas; los que andan arrastrando por la tierra y los que*

vuelan por los aires; los reyes de la tierra y todos los pueblos, los príncipes y todos los jueces de la tierra, los jóvenes y vírgenes, y los ancianos juntamente con los de poca edad, alaban y bendicen vuestro nombre.

Al ver que no solamente os alaban todas estas criaturas terrenas, sino también las del cielo, pues se ocupan en alabaros desde las alturas todos vuestros ángeles, todas las virtudes, el Sol y la Luna, todas las estrellas y la luz, los cielos de los cielos y las aguas que están sobre los cielos, todos, todos alaban vuestro nombre, ya no deseaba que hubiese otras mejores criaturas, porque las contemplaba todas de una vez; y aunque juzgaba con más prudente juicio que las cosas superiores tenían mayor bondad que las inferiores, pero también conocía que juntas ellas todas eran mejores que las superiores solas.

-144-

Capítulo XIV

Que al hombre cuerdo ninguna cosa desagrada de cuantas Dios ha creado

20. No están en su sano juicio los que se desagradan de alguna de vuestras criaturas, como yo no lo estaba cuando no me gustaban muchas de las cosas que Vos habéis creado. Y porque mi alma no se atrevía a descontentarse de Vos, Dios mío, no quería reconocer por obra vuestra la que me desagradaba. De aquí provino el seguir la sentencia de las dos sustancias, pero no se aquietaba mi alma con aquel sistema y hablaba cosas extrañas. Y retirándose de él, llegó mi alma a formar allá a su modo un dios, que se extendía por infinitos espacios y ocupaba todos los lugares, y juzgaba que Vos erais este dios, al cual había colocado en su corazón: así es como ella se había hecho segunda vez templo abominable a Vos de aquel ídolo suyo. Pero después que Vos curasteis mis delirios e ignorancias y me hicisteis cerrar los ojos de mi entendimiento para que no mirase ni atendiese a las quimeras vanas que interiormente vela, cesé algún tiempo de imaginar fantásticas ideas y se adormeció aquella mi locura. Al fin, desperté para pensar en Vos y vi que verdaderamente sois infinito, pero muy de otra suerte que yo me lo había figurado: esta vista o conocimiento no pertenecía a los ojos corporales.

Capítulo XV

Del modo con que se halla en las criaturas, ya la verdad, ya la falsedad

21. De aquí pasé a considerar las criaturas y vi que todas os debían a Vos el ser que tienen, y que en Vos, que sois infinito, están todas las cosas finitas y limitadas, pero no con aquel modo de limitación que tienen ocupando lugar, sino en cuanto Vos contenéis todas las cosas con la mano de vuestra eterna verdad, y todas participan de ella y son verdaderas, en cuanto existen y tienen ser; ni consiste en otra cosa la falsedad sino en juzgar que tiene ser aquello que no lo tiene. También vi que todas las cosas no solamente estaban colocadas en sus propios y convenientes lugares, sino también en los tiempos que a todas respectivamente les correspondían. Y finalmente, advertí que Vos, Señor, que sólo sois el eterno, no comenzasteis la obra de vuestra creación después de pasados innumerables espacios de tiempos, porque antes bien, todos los tiempos que han pasado, y los que pasarán, ni hubieran podido pasar, ni hubieran podido venir, si Vos no hubierais hecho que llegaran y pasaran permaneciendo Vos eternamente.

Capítulo XVI

Que todas las criaturas son buenas, aunque algunas no son convenientes y acomodadas a otras

22. Después conocí claramente, y experimenté también, que no debía extrañarse que a un paladar enfermo le sea áspero y penoso el pan, que es delicioso y suave al que está sano, a la par que la -145- luz, que a los ojos enfermos es aborrecible, a los sanos es amable. También vuestra justicia es un atributo que desagrada a los inicuos y malos, y así no es mucho que les desagraden la víbora y el gusano, que Vos creasteis buenos, y son útiles y convenientes a esta parte inferior del universo, a la cual convienen y pertenecen juntamente los mismos inicuos y pecadores, cuanto más se alejan de vuestra semejanza, al paso que tanto más pertenecen y se adaptan a la superior clase de vuestras criaturas cuanto más semejantes se hicieren a Vos.

Busqué también entonces qué cosa era la maldad y no hallé que fuese sustancia alguna, sino un desorden de la voluntad que se aparta de la sustancia suma que sois Vos, Dios mío, y se ladea y une a las criaturas

inferiores, que desecha y arroja todos sus bienes interiores y se muestra en lo exterior soberbia y orgullosa.

Capítulo XVII

De las cosas que nos impiden el conocer a Dios

23. Yo mismo me admiraba de que tan pronto hubiese podido amaros, en lugar de aquel fantasma que amaba antes teniéndole por Dios. Y no me detenía a gozar de aquel dios obra mía, sino que era arrebatado a Vos, con el poderoso atractivo de vuestra hermosura, pero luego era apartado de Vos por el peso y gravedad de mi miseria, y venía a caer gimiendo en estas cosas terrenas; este peso que así me precipitaba no era otra cosa sino la costumbre de seguir la carne y sangre. No obstante, os tenía presente en mi memoria, sin dudar de modo alguno que había y existía un sumo Bien, con quien debía unirme y estrecharme, al mismo tiempo que conocía que aún no estaba capaz de conseguirlo, porque este cuerpo corruptible comunica en cierto modo su pesadez al alma, *por cuanto esta habitación terrena en que ella vive y obra, oprime y abate hacia lo terreno la potencia intelectiva, ocupándola con grande variedad de pensamientos*. Estaba certísimo *de que vuestras perfecciones y atributos, invisibles desde el principio del mundo, se descubren y manifiestan al entendimiento humano por medio de estas criaturas visibles que habéis hecho, por las cuales hasta se descubre vuestra sempiterna virtud y omnipotencia, y vuestra divinidad*.

Porque indagando cuál era el principio y causa de que yo aprobase la hermosura de los cuerpos, ya sean los celestiales, ya los terrenos, y cuál era la regla por donde me guiaba cuando hacía un juicio recto y cabal de las cosas mudables, y decía: *Esto está como debe ser, aquello no lo está*, indagando, pues, cuál era la regla que me guiaba para formar aquel juicio, cuando juzgaba de aquel modo tan cabal y recto, hallé que el principio de juzgar con aquel acierto era la inconmutable y verdadera eternidad de la Verdad, que estaba sobre mi mente mudable.

Fui subiendo de grado en grado desde la consideración de los cuerpos a la del alma, que siente mediante el cuerpo; y desde ésta a su potencia o facultad interior, a la cual los sentidos corporales avisan y participan las cosas exteriores y todas aquellas percepciones hasta donde pueden llegar los irracionales; desde aquí fui subiendo -146- todavía a la facultad o potencia intelectiva, a la cual se presenta lo que han suministrado los sentidos corporales para que haga juicio de ello. Ésta, hallándose también mudable en

mí, se levantó algo más para entender del modo que le es propio, apartó su pensamiento del modo con que acostumbra entender las demás cosas, desviándose de la multitud de fantasmas que se le oponían y estorbaban para llegar a saber qué luz era la que la alumbraba, cuando con toda certeza, y sin quedarle la menor duda, decía y vociferaba que el bien inconmutable se debe anteponer a todo lo mudable. ¿Y de dónde le venía la idea que tenía del mismo Ser inconmutable? Pues si de algún modo no le conociera, absolutamente sería imposible que con tanta certidumbre le antepusiese todo lo mudable. Llegó hasta lo que por sí mismo tiene ser, pero tan repentina y pasajeramente, como lo que se ve en un solo abrir y cerrar de ojos.
Entonces por medio de las cosas visibles que Vos habéis creado, vi con mi entendimiento vuestras perfecciones invisibles, pero no pude fijar en ellas mi atención, antes bien, deslumbrada la flaqueza de mi vista, y vuelto a mis acostumbrados modos de conocer y pensar, no llevaba conmigo sino la memoria, enamorada de lo que había descubierto y deseosa de aquel manjar delicioso cuya fragancia había percibido, pero que todavía no podía poseerlo ni gustarlo.

Capítulo XVIII

Que solamente Cristo Señor Nuestro es el camino que guía a la salud eterna

24. Buscaba entonces el camino de adquirir aquella robustez que es necesaria para gozar de Vos, y no podía hallarle hasta que me abrazase con *Jesucristo, mediador entre Dios y los hombres, ensalzado sobre todas las criaturas y verdadero Dios bendito y alabado por todos los siglos*, el cual me estaba llamando y diciendo: *Yo soy el camino, la verdad y la vida*. Él es quien envolvió en carne aquel manjar, que por falta de fuerzas no podía yo comer, porque el Verbo eterno se hizo carne para que vuestra increada sabiduría, con que creasteis todas las cosas, pudiese ser alimento suavísimo y proporcionado a nuestra pequeñez e infancia. Pero como yo no era humilde, no me abrazaba con mi Señor Jesucristo, que se había humillado tanto, ni sabía yo qué virtud nos enseñaba vistiéndose de nuestra flaca y débil naturaleza.
Porque vuestro divino Verbo y verdad eterna, siendo infinitamente superior a la más noble porción de vuestras criaturas, levanta hasta sí mismo a los que se le humillan y sujetan; y acá abajo, en la inferior porción del universo, se dignó edificar para sí mismo una humilde casa de nuestro propio barro, para enseñar con el ejemplo de tan profundísima humildad que depusiesen su

orgullo los que habían de ser sus súbditos y siervos, y que a fuer de humildes había de trasladarlos y ensalzarlos hasta sí mismo. Sanando en ellos la hinchazón de su soberbia, les inspiró su amor y caridad, para que la necia confianza en sí mismos no los apartase y llevase cada vez más lejos, antes bien reconociesen su bajeza, viendo a sus pies humillada -147- la Divinidad, por haber participado del traje tosco de nuestra naturaleza, para que en sus apuros y trabajos se arrojasen a los pies de Su Majestad humanada, que al exaltarse gloriosa los levantara del polvo de la tierra a la mayor altura.

Capítulo XIX

De lo que sentía Agustín acerca de la Encarnación de Cristo Señor Nuestro

25. No pensaba yo entonces estas cosas, sino otras muy distintas; y así de Jesucristo mi Salvador había formado el gran concepto que correspondía a un hombre de sabiduría tan excelente y superior que ninguno se le pudiese igualar, y principalmente me parecía que por haber nacido maravillosamente de una madre virgen, para enseñarnos con su ejemplo a despreciar los bienes temporales por conseguir los inmortales y eternos, cuidando tan extraordinaria y divinamente de nosotros, por eso había merecido tan grande autoridad en todo el mundo su enseñanza y magisterio. Por lo demás, ni siquiera llegaba a sospechar que hubiese algún misterio en aquellas palabras: *El Verbo se hizo carne*. Solamente por las cosas que de su vida andaban escritas, esto es, que había comido y bebido, dormido y paseado, que se había alegrado, entristecido y predicado, sacaba yo que no se había unido al Verbo la carne sola, sino juntamente con el alma y entendimiento humano. Esto lo conoce cualquiera que sabe la inmutabilidad de vuestro divino Verbo, como yo lo sabía entonces cuanto me era posible, ni tenía acerca de esto la duda más leve. Porque mover unas veces voluntariamente los miembros corporales y otras no moverlos, querer al presente una cosa y luego no quererla, proferir unas veces sentencias maravillosa y otras guardar mucho silencio, son cosas éstas propias de un alma y entendimiento mudables. Pues si todo esto se hubiera escrito falsamente del Verbo encarnado, todas las demás cosas se pudiera sospechar también que no eran verdaderas, y no quedaría cosa alguna digna de fe en todo el Evangelio, que es donde estriba la salud del género humano.

Pero como no se puede dudar que es cierto todo lo que allí está escrito, reconocía yo y confesaba en Cristo todo aquello de que consta un hombre verdadero, esto es, no solamente el cuerpo humano, o cuerpo y alma sin la parte intelectiva, sino uno y otro, y todo lo que es el hombre; mas juzgaba yo que ese mismo hombre, solamente por cierta grande singular excelencia con que estaba en él la naturaleza humana, y por su mayor y más perfecta participación de sabiduría, era preferido a todos los demás hombres, no por estar en él personalmente la Verdad eterna.
Al contrario, juzgaba Alipio que los católicos creían haberse Dios vestido de nuestra carne de tal modo que, además de la divinidad y de la carne, no hubiese en Cristo alma ni tampoco entendimiento humano. Y porque estaba convencido de que aquellas acciones que se refieren de Cristo no podían ejecutarse sino por alguna criatura viviente y racional, se detenía en abrazar la religión cristiana. Mas sabiendo después que esta doctrina que él juzgaba ser de los católicos -148- era el error de tos herejes sectarios de Apolinar[70], se alegró y conformó con la creencia y fe católica.
Pero yo confieso que hasta después de pasado algún tiempo, no supe la diferencia que hay entre la verdad católica y la falsedad de Fotino[71] acerca de la Encarnación de Cristo y de haberse tomado carne humana con el Verbo divino. Porque el desaprobar la doctrina de los herejes hace que resplandezca y sobresalga lo que enseña vuestra Iglesia y se sepa lo que es sana doctrina. *Así es que conviene que haya herejías para que se descubran los probados y escogidos entré los que son flacos y vacilantes en la fe*.

Capítulo XX

Cómo el haber manejado los libros platónicos le hizo a la verdad más instruido, pero también más soberbio

26. Había antes leído aquellos libros de los platónicos y excitado después con su leyenda a buscar la verdad incorpórea, *llegué a descubrir y ver con el entendimiento vuestras perfecciones invisibles, por medio de estas obras que habíais hecho en el mundo*. Deslumbrado y rebatido mi entendimiento con tan excesivo

---

70 Obispo que fue de Laodicea, en Siria, y se apartó de la Iglesia por los años de 376; contra cuyos errores escribieron casi todos los Santos Padres griegos y latinos de su tiempo. Enseñó que el Verbo tomó un cuerpo sin alma.
71 Era obispo de Sirmio en el Ilírico y por los años 345 renovó la herejía de Sabelio y Paulo Samosateno, enseñando que Cristo era hombre puramente y no Dios.

resplandor, conocí claramente que por las tinieblas que padecía mi alma no se me permitía contemplar luz tan divina, la cual, sin embargo, me dejó cerciorado y convencido de vuestra existencia y de que vuestro ser es infinito, sin que por eso estéis como extendido y derramado localmente por espacios finitos ni infinitos. También quedé certificado de que Vos sois el que verdaderamente existe y tiene un ser verdadero, porque *siempre sois el mismo*, sin que por parte ni afección alguna tengáis variedad, alteración o mudanza, y que todas las demás cosas han dimanado y procedido de Vos, costando esto certísimamente por sólo el documento irrefragable y firmísimo de que tienen ser.

Acerca de todas estas cosas estaba yo muy cierto, pero flaco y sin fuerzas para gozar de Vos. Hablaba mucho de ellas como si estuviera muy instruido, siendo así que si no buscara en Jesucristo, Señor y Salvador nuestro, el camino que nos guía y lleva a Vos, no sería yo instruido, sino destruido. Ello es que ya había comenzado a desear que me tuviesen por sabio, lleno de ignorancia, que es castigo de la culpa, y en lugar de llorar mi ignorancia, me desvanecía y ensoberbecía con mi afectada ciencia. Porque ¿adónde estaba entonces la *caridad, que edifica sobre el fundamento de la humildad, que es Jesucristo*? ¿O cuándo aquellos libros me la hubieran enseñado?

Yo me persuado que Vos quisisteis que leyese aquellos libros antes de las Sagradas Escrituras para que siempre me acordase de los afectos y disposiciones que habían causado en mi alma; y cuando después, con la lectura de vuestros Libros Santos, se amansase y humillase mi altanería y orgullo, y mis llagas se dejasen manosear de -149- vuestros dedos, que me las iban curando, supiese hacer diferencia y distinguir entre la presunción de filósofo y la confesión humilde de cristiano; y entre la ciencia de los filósofos, que ven y enseñan el fin adonde debemos caminar, pero no ven ni enseñan el camino, y la que nos muestra este camino, que nos guía y lleva a la patria bienaventurada, no solamente hasta llegar a verla, sino también a habitarla. Pues si primeramente me hubiera instruido en nuestras Santas Escrituras, y con su frecuente lectura me hubierais hecho participante de vuestra dulzura y después hubieran venido a mis manos aquellos libros, puede ser que me hubiesen apartado de los principios y sólidos cimientos de la piedad, o si perseveraba firmemente en el piadoso afecto que vuestros libros me hubiesen inspirado, acaso juzgara que si alguno leyera solamente aquéllos, pudiera también haber producido en él igual efecto.

Capítulo XXI

De lo que halló en los Libros Sagrados, que no halló en los platónicos

27. Así, tomé en mis manos con vivísimas ansias las Santas y venerables Escrituras, dictadas por vuestro divino Espíritu, y principalmente las cartas de San Pablo; y luego al punto se desvanecieron mis dudas y dificultades sobre la doctrina del Apóstol, la que antes me había parecido contradecirse en algunos pasajes, y que no concordaba con los textos de la Ley y de los Profetas. Entonces conocí que en todo el cuerpo de los Libros Santos era uno mismo el espíritu, y esto me enseñó a leerlos con alegría, mezclada de temor y de respeto. Al punto conocí que todas las verdades que yo había leído en otros libros se contenían en los vuestros y se comprendían con el auxilio de vuestra gracia, para que el que alcanzara a descubrirlas no se gloríe de haberlas por sí mismo alcanzado, ignorando que a la gracia que recibiera debe no solamente lo que ve y descubre, sino también el que descubra y vea, pues, como dice San Pablo: *¿qué tiene el hombre que no lo haya recibido?* Y también para que sea amonestado y enseñado el hombre no sólo a poner su atención en Vos, que sois el mismo siempre, sino también a ser curado de sus llagas y llegar a poseeros.

Y el que por hallarse muy distante de Vos no puede alcanzar a veros, ande y camine la senda que conduce y guía a Vos, hasta que llegue, vea y os posea, pues aunque *interiormente se deleita el hombre con la ley de Dios*, ¿cómo podrá resistirse a la otra ley de su cuerpo, que se opone y contradice a la de su espíritu, y le tiene cautivo en la del pecado, la cual reside en los miembros de su mismo cuerpo? Eso mismo, Señor, nos hace ver que sois justo, *porque nosotros hemos obrado mal y procedido inicuamente*; y por eso la mano de vuestra justicia está sobre nosotros tan gravosa, y justamente nos ha entregado a las instigaciones del primer pecador entre todas las criaturas y principal autor de la muerte, quien persuadió a la voluntad humana que imitase su rebeldía, *con que se separó de su verdad eterna*.

Mas entonces, ¿qué ha de hacer el hombre en tan miserable estado? *¿Quién le libertará del cuerpo de esta muerte sino vuestra gracia, por los méritos de Jesucristo, Señor Nuestro*, a quien engendrasteis coeterno a Vos, y en cuanto hombre le criasteis en tiempo y *en el* -150- *principio de vuestros caminos*, en el cual *no halló el príncipe de este mundo cosa digna de muerte*, y no obstante le quitó la vida, con cuyo enorme atentado se *anuló y canceló la sentencia y escritura que a todos nos era contraria*?

Nada de eso contenían aquellos libros platónicos. No se hallan en aquellas páginas expresiones de piedad, como lágrimas de compunción, *sacrificio vuestro que consta de un espíritu abatido, corazón contrito y humillado*, la salvación de vuestro pueblo, la Iglesia vuestra esposa, la celestial ciudad de Dios, las arras del Espíritu Santo y el cáliz de nuestra redención.
No se halla en aquellos libros el canto del Salmista, cuando dice: *¿No será justo que mi alma sirva y obedezca a Dios, pues de su divina mano ha de venir mi salud? Él es mi Dios y mi Salvador, es mi apoyo firme, de quien cosa ninguna me apartará eternamente*. Tampoco se oye allí la voz de Jesucristo que nos llama y dice: *Venid a Mí los que padecéis trabajos*, porque se desdeñan de aprender de Él, *que es manso y humilde de corazón*. Porque ésta es una doctrina misteriosa *que Vos habéis escondido a los sabios y prudentes del mundo, y la revelasteis a los humildes y pequeñuelos*.
Es cosa muy diferente alcanzar a ver la patria de la paz desde la cumbre de un monte, sin descubrir empero el camino que conduce a ella, intentando vanamente llegar allá por extravíos y derrumbaderos, estando cercados por todas partes de los malignos espíritus, que siguiendo al dragón su príncipe, se ocupan en poner asechanzas a los viadores, y otra cosa es el conocer y andar el camino que guía a la misma patria, defendido por el cuidado y providencia del celestial Emperador, para que los rebeldes desertores de la milicia del cielo no hagan en él latrocinios, huyendo de él como de su pena y tormento.
Todas estas cosas se entraban a lo íntimo de mi alma con ciertos y varios modos admirables cuando yo leía a San Pablo, que se llama a sí mismo *el mínimo de nuestros Apóstoles; y considerando lo maravilloso de vuestras obras, quedaba asombrado y como fuera de mí*.

Libro VIII

Desechados todos los errores; encendido con los consejos de Simpliciano, con los ejemplos de Victorino, de Antonio, de los dos magnates y de otros siervos de Dios; después de una gran contienda y lucha con la concupiscencia, y una dificultosa deliberación; amonestado con una voz divina, y leídas las palabras de San Pablo en la *Epístola a los romanos* (cap. XIII, 13 y 14), se convirtió todo a Dios, imitándole Alipio y alegrándose mucho su madre

Capítulo I

Determina Agustín ir a verse con Simpliciano, movido del deseo de disponer y arreglar mejor su vida

1. Justo es, Dios mío, que yo recuerde y confiese las misericordias que habéis usado conmigo, y os muestre en acción de gracias mi reconocimiento. *Penetrados y llenos de vuestro amor todos mis huesos, deben clamar, diciendo: Señor, ¿quién hay semejante a Vos? Pues rompisteis mis lazos y prisiones, corresponda yo ofreciéndoos sacrificio de alabanza*. Voy a referir el modo con que me los rompisteis para que oyéndolo todos aquéllos que os adoran, digan: *Bendito sea el Señor en el cielo y en la tierra: grande y maravilloso es su nombre*.

Todas vuestras palabras se me habían quedado impresas en el corazón y me hallaba cercado y sitiado de Vos por todas partes. Yo estaba muy cierto de vuestra vida eterna, pues aunque la había *visto confusamente y como por un espejo*, no me había quedado duda alguna acerca de la existencia de una sustancia incorruptible por haber dimanado y procedido de ella todas las demás sustancias, y ya no deseaba estar más certificado de Vos, sino estar más firme y constante en Vos. Pero acerca del género de vida que había de seguir, se me ofrecían mil dudas y dificultades, y conocía que era necesario limpiar primero mi corazón de la antigua levadura que me lo tenía acedado y corrompido. Me agradaba el camino que debía seguir, que es el mismo Salvador; pero todavía estaba perezoso para entrar y pasar lo que tiene de estrecho ese camino.

Vos, Señor, me inspirasteis entonces el pensamiento (que a mí me -152- pareció bueno y oportuno) de ir a verme con Simpliciano[72], que le tenía por el

[72] San Simpliciano fue enviado por San Dámaso a Milán, para que ayudase a San Ambrosio, recién electo obispo de aquella iglesia. Era muy sabio, había hecho muchos

fiel siervo vuestro, y resplandecía en él vuestra divina gracia. También había oído decir que desde su juventud estaba dedicado y consagrado a Vos, y siendo entonces ya anciano, me parecía que en una edad tan larga, que había empleado en tan buenos ejercicios de vuestra ley, estaría muy práctico, experto y muy instruido en ella; y verdaderamente era así como yo lo pensaba.

Por eso quería yo que me dirigiese y después de comunicarle mis deseos, me manifestase qué modo de vida sería el más a propósito a quien se hallaba en la disposición que yo tenía para seguir vuestra ley, observando aquel método que él me señalase.

2. Porque yo veía la iglesia llena de fieles, y que unos iban por un camino y otros iban por otro; pero a mí me desagradaba el método y ocupación que yo seguía en el siglo, y era para mí una carga insoportable, después que cesaron de inflamarse, como solían, mis deseos, con la esperanza de adquirir honra y dinero, para tolerar aquella sujeción y servidumbre tan gravosa. Ya no me deleitaba cosa alguna de ésas en comparación de vuestra dulzura y suavidad, y de la hermosura de vuestra casa, que amaba más que todo esto; pero aún me sentía atado fuertemente con el amor a la mujer; ni el Apóstol me prohibía el casarme, aunque me exhortaba a lo mejor y más perfecto, queriendo principalmente y deseando que todos los hombres fuesen libres como él lo era. Pero yo, como más flaco, escogía lo más blando y suave; y lo que hacía que me portase en todo lo demás con languidez y me consumiese con molestos cuidados era solamente el considerar que la vida conyugal, a la que yo estaba tan inclinado y rendido, tenía anejas muchas cosas que no quería padecerlas ni sufrirlas. Bien sabía yo que la Verdad misma había dicho por su boca: *que hay hombres que a sí mismos se han hecho eunucos para conseguir el reino de los cielos*; pero añadió también *que esto lo ejecute el que tuviere fuerzas para ejecutarlo*.

Vanos son ciertamente todos aquellos hombres que no tienen conocimiento de Dios, y que de todas estas cosas y criaturas buenas que están viendo, no han podido llegar a conocer al que verdaderamente existe. Pero yo no estaba ya comprendido en el número de aquellos hombres vanos. Ya había pasado

---

viajes para instruirse en varias materias y no cesaba de leer y de estudiar. San Ambrosio le dedicó varias obras suyas; y le sucedió a San Ambrosio en el obispado, al cual fue promovido en el año 397. Era grande la fama de su virtud y sabiduría, como insinúa aquí San Agustín, y se conoce tan bien porque los concilios de África y de Toledo no determinaban cosa alguna de importancia sin haberla tratado y consultado antes con San Simpliciano. Murió lleno de años y méritos por el mes de mayo del año 400. Toda la religión agustiniana reza de él en el día 13 de agosto.

más adelante de aquella vanidad e ignorancia, y por la contestación de todas vuestras criaturas, había hallado que Vos erais nuestro Creador, juntamente con vuestro divino Verbo, por el cual creasteis todas las cosas, el cual eternamente dimanando de Vos es Dios que con Vos y el Espíritu Santo no hace más que un solo Dios verdadero.

Hay otra clase de gentes impías y pecadoras, *que habiendo conocido a Dios no le glorifican como a Dios, ni le dan las gracias que le* -153- *son debidas*. También en esta impiedad había yo caído, pero vuestra diestra me recibió y levantó, y además de sacarme de aquel atolladero, me puso en lugar acomodado y propio para que convaleciese de tan peligrosa caída, porque me hicisteis saber aquella sentencia en que dijisteis al hombre: *Mira que la piedad es verdadera sabiduría*; y también aquella otra: *No quieras parecer sabio, porque los que dicen que son sabios, ellos mismos se hacen necios*. Por lo cual es cierto que ya había *hallado aquella perla preciosa, que había de comprarse vendiendo cuanto tuviese*, pero aún no me resolvía a ejecutarlo.

Capítulo II

De cómo Victorino, célebre orador romano, se convirtió a la fe de Jesucristo

3. Fui, pues, a buscar a Simpliciano, que había sido padre espiritual de Ambrosio (ya entonces obispo), por cuanto en el Bautismo le había conferido vuestra gracia, a quien amaba Ambrosio verdaderamente como a padre. Le hice relación de mis extravíos y de los rodeos y errados caminos por donde había andado. Luego le dije cómo había leído algunos libros de los platónicos, traducidos al latín por Victorino, que en los años anteriores fue profesor de retórica en la ciudad de Roma, y que según había oído murió cristiano; él se alegró mucho y me dio el parabién de que no hubiese ido a dar con las obras de otros filósofos, que están llenas de falsedades y engaños, propios de una ciencia enteramente mundana, pero en estos otros libros a cada paso y de todos modos se insinúa y da a conocer a Dios y su divino Verbo.

Después, para exhortarme a la humildad de Cristo, *escondida a los sabios y revelada a los pequeñuelos*, me propuso el ejemplo de Victorino[73], a quien él

[73] Sobre las noticias y elogios de Victorino, que refiere aquí San Agustín de boca de San Simpliciano, puede añadirse lo que refiere San Jerónimo, que en el libro de los *Escritores eclesiásticos*, dice que se llamaba C. Mario Victorino, que era africano de nación y que enseñó en Roma la retórica en tiempo del emperador Constantino, y hacia los últimos plazos de su vida se hizo cristiano, admirándose Roma, y alegrándose la Iglesia, como dice

había tratado muy familiarmente cuando estuvo en Roma; y me refirió de él lo que no pasaré en silencio, porque contiene grandes motivos para alabar vuestra divina gracia, como es justo y debido ejecutarlo.

Contome, pues, cómo aquel doctísimo anciano, y sapientísimo en todas las ciencias y artes liberales, que había leído tantas obras de filósofos y las había criticado e ilustrado, que había sido maestro de tantos nobles senadores, que por la excelencia de su sabiduría y doctrina mereció y obtuvo que se le erigiese una estatua en la plaza pública de Roma (que es lo más glorioso que hay para los ciudadanos de este mundo), que hasta aquella edad tan avanzada había adorado y venerado los ídolos, y concurrido a celebrar las fiestas y sacrificios sacrílegos, con que casi toda la romana nobleza inspiraba ya entonces y enseñaba a todo el pueblo los monstruos de todos los dioses egipcios, -154- y entre ellos también a Anubis[74] con figura de perro, los cuales en alguna ocasión tomaron las armas contra Neptuno, Venus y Minerva, deidades de Roma; y ella suplicaba ahora a aquellos mismos dioses contra quienes había peleado y a quienes había vencido[75]; que finalmente por

---

San Agustín. Escribió varios libros contra los arrianos, y también unos comentarios sobre las epístolas de San Pablo.

[74] En el texto latino, dice el Santo: *Omnigenumque deum monstra, et Anubim latratorem*, que es puntualmente el verso de Virgilio: *Omnigenumque deum monstra, et latrator Anubis*. Y le llama *latrator*, porque Anubis en lengua egipciaca es lo mismo que *perro* en lengua castellana; y debajo de la figura de perro adoraban a Mercurio, como dice Servio sobre el citado verso de Virgilio (*Aen.*, 8). Otros explican de otro modo esta fábula, diciendo que Anubis era un famoso capitán hijo de Osiris, que siguiendo a su padre en las expediciones que hizo (como de Hércules se dice que iba cubierto de la piel de un león), «él se cubrió con la de un *perro*, y le tenía por su divisa»; y que de aquí provino que los egipcios diesen la preferencia al perro entre los demás animales de que ellos formaban su apoteosis; pero que perdieron esta preferencia cuando, habiendo Cambises hecho matar y arrojar al dios Apis, fue el perro el único que se lo comió. No obstante, perseveró el culto del perro en Cinópolis, que era la ciudad capital (y quiere decir ciudad de perros), que estaba consagrada a aquel animal, y sus habitantes conservaban un fondo considerable, de donde se sacaba para el sagrado alimento de los perros, como dice Diodoro Sículo, libro IV.

[75] Los romanos, y generalmente todos los gentiles, creían que cada reino, cada estado, cada provincia, cada ciudad y, en una palabra, cada lugar, estaba bajo la protección de algunas deidades particulares, que velaban para su conservación. No obstante, los romanos peleaban contra todos aquellos reinos, ciudades y pueblos, los sujetaban y triunfaban de ellos, y por consiguiente triunfaban de aquellos dioses que eran protectores de aquellos lugares, y se tenían por vencedores de ellos. Sobre cuyo supuesto se funda la sátira que les hace a los romanos San Agustín ya en este capítulo, diciendo que Roma suplicaba y ofrecía sacrificios a aquellos mismos dioses contra quienes había peleado en otro tiempo y a quienes había vencido, y ya también en el libro I de *La Ciudad de Dios*, cap. III, donde los satiriza del mismo modo, haciéndoles ver la inconsecuencia con que procedían en sus idolatrías, pues les atribuían poder para defenderlos a ellos, cuando no lo habían tenido

espacio de tantos años había defendido todas estas idolatrías con su famosa elocuencia; siendo ya anciano, no se avergonzó de humillarse como un párvulo, para ser marcado por siervo de vuestro Hijo Jesucristo, y renacer como nuevo infante en la fuente del Bautismo, doblando su cuello al yugo de la humildad evangélica, y sujetándose a llevar en su frente la señal de la cruz, tenida antes por oprobio.

4. ¡Oh Señor, Señor, *que inclinasteis los cielos y bajasteis a nosotros, que tocasteis los montes y exhalaron humo*, con qué modos o de qué manera os insinuasteis en aquel pecho!

Leía él, según me contó Simpliciano, la Sagrada Escritura y buscaba con grandísimo cuidado todas las obras que trataban de la religión cristiana, instruyéndose en ellas; y decía a Simpliciano, aunque no públicamente, sino en secreto y en confianza de amigo: *Sábete que yo ya soy cristiano*; a lo que Simpliciano respondía: *Yo no lo creeré ni te contaré entre los cristianos, hasta que te vea en la iglesia de Cristo*. Pero él, como burlándose, decía: *Pues qué, ¿son las paredes las que hacen cristianos a los hombres?* Y esto lo repetía muchas veces, diciendo que él ya era cristiano, y otras tantas le respondía Simpliciano lo mismo que antes, pero él volvía a burlarse, con decir que eso no lo hacen las paredes.

Temía Victorino disgustar a sus amigos, soberbios idólatras que -155- adoraban al demonio, que por ser muy poderosos y hallarse constituidos en la cumbre de las mayores dignidades que hay en la Babilonia de este mundo, y eran como *elevados cedros del Líbano*, que aún no había el Señor derribado y deshecho, juzgaba que habían de caer sobre él con más ímpetu y fuerza sus odios y enemistades.

Pero después que con su estudio y lección continua adquirió más fortaleza, temió que Cristo no le había de reconocer por suyo *en presencia de los santos ángeles, si él temía confesarle ahora delante de los hombres*; y conociendo que se hacía reo de un delito muy grave en avergonzarse de recibir los Sacramentos que nuestro Verbo humano había instituido, no habiéndose avergonzado de cooperar a los sacrílegos sacrificios y cultos inventados por la soberbia de los demonios, a quienes él, soberbio, también había imitado, recibiendo las sacrílegas órdenes con que se dedicaban los hombres y destinaban al culto y sacrificios de los ídolos, perdió la vergüenza, que le era nociva y le hacía perseverar en la vanidad mundana, trocándola en provechosa vergüenza de no seguir la verdad que conoció, repentinamente se resolvió, y sin más

---

para defenderse a sí mismos de ellos ni para defender aquellos pueblos de quienes se suponían protectores, y habían sido vencidos y avasallados por los romanos. Con lo cual se entenderá bien todo este pasaje de San Agustín, que se les haría oscuro a los que no tienen alguna tintura de mitología.

pensar en ello, dijo a Simpliciano, según este mismo contaba: *Ea, vamos a la iglesia, que quiero hacerme cristiano*.

Entonces, Simpliciano, no cabiendo en sí de alegría, marchó con él a la iglesia. Luego que se le catequizó y recibió toda la instrucción necesaria en los principales misterios de nuestra fe, de allí a poco dio su nombre para que se le escribiese en el catálogo[76] de los que pedían ser reengendrados por el santo Bautismo, maravillándose Roma, y alegrándose la Iglesia. *Veían esto los soberbios, y se enojaban y enfurecían, rechinaban sus dientes de cólera y se consumían de rabia, pero vuestro siervo tenía puesta su esperanza en Vos, y no atendía a la vanidad de las doctrinas pasadas, ni a las locuras tan falsas y engañosas*.

5. Finalmente, cuando llegó la hora de hacer la profesión de la fe (que en Roma es costumbre hacerla en presencia de todos los fieles que concurren, con ciertas y determinadas palabras aprendidas de memoria y pronunciadas desde un lugar eminente por los mismos que han de recibir en el Bautismo vuestra gracia), le propusieron a Victorino los sacerdotes, según contaba Simpliciano, que hiciese aquella profesión de fe secretamente, como se solía conceder también a algunos de quienes se juzgaba que por vergüenza se retraían de hacerlo en público, pero que él prefirió hacer la profesión de la fe y de la doctrina de su salud públicamente y a presencia de aquella multitud de fieles, conociendo que su salvación no estaba en la retórica, que enseñaba, ni en los errores que hasta entonces había profesado públicamente en Roma. Y a la verdad, ¡cuánto menos tenía que temer al manso rebaño vuestro al decir y pronunciar vuestras palabras el que usando de las suyas propias no había temido ni respetado ni tropas enteras de locos!

-156-

Así, luego que subió al sitio determinado para hacer la profesión de la fe, todos los que allí estaban, según que cada uno le iba conociendo[77],

[76] Como en aquel tiempo no se daba el Bautismo, por lo común, sino en los sábados de la vigilia de Pascua y de Pentecostés, aquellos que habían de recibirlo eran obligados a dar antes su nombre, para que se les pusiese en la matrícula de los que habían de ser bautizados, y el obispo y clero hiciesen con ellos aquellas diligencias preparatorias, exámenes, escrutinios y ceremonias que se usaban, como se ha insinuado en el cap. IX del lib. I, y se dirá más abajo.

[77] La ciencia de Victorino y sus escritos, sus discípulos y la estatua que se había erigido para su memoria en la plaza de Trajano le hacían sumamente célebre y famoso. Él profesó la retórica en Roma, no solamente bajo el imperio de Constantino, como se ha dicho antes, sino también en el imperio de Constancio y de Juliano Apóstata. El tratamiento que se le

mutuamente unos a otros le iban nombrando con ruidosa aclamación de enhorabuenas. Pero ¿quién había allí que no le conociese? Así entre todos formaban una voz y murmullo, con que alegres y festivos, decían ¡Victorino, Victorino! Tan presto como se levantó aquel murmullo con la alegría que causó a todos el verle, tan presto cesó repentinamente con el deseo de oírle. Pronunció él con noble y excelente confianza su protestación de la fe verdadera, y todos querían arrebatarle y meterle dentro de sus corazones, y efectivamente lo conseguían con el amor y el gozo que mostraban: estos afectos eran las manos que le arrebataban y metían dentro de las almas.

Capítulo III

Cómo Dios y los santos ángeles se alegran mucho de la conversión de los pecadores

6. ¡Oh buen Dios!, ¿de dónde, Señor, proviene que un hombre se alegra mucho más de la salud de un alma que estaba sin esperanza de vida, o que se ha libertado de un peligro grande, que si siempre hubiera estado con esperanza de su salud eterna, o hubiera sido mayor el peligro en que se hallaba? También Vos, Señor, Padre misericordioso, *mostráis mayor alegría por un solo pecador que hace verdadera penitencia, que por noventa y nueve justos que no la necesitan*. Y nosotros con mucho regocijo oímos decir a San Lucas cuán grande es la alegría de los ángeles viendo que la oveja perdida vuelve a su rebaño llevándola el pastor sobre sus hombros; y cómo dan el parabién las vecinas a la mujer que halló aquella dracma que había perdido, y se vuelve a guardar en vuestro tesoro, y nos hace llorar de puro gozo la grande fiesta que hay en vuestra casa cuando en ella se refiere de vuestro hijo menor: *Que había muerto y resucitó, que se había perdido y volvió a parecer*. Lo cual demuestra que Vos, Dios mío, os alegráis en nosotros, y en vuestros ángeles en cuanto somos santificados por una caridad santa, porque Vos, considerado solamente en Vos, siempre sois el mismo sin mudanza ni variedad alguna, que siempre y de un mismo modo conocéis todas las cosas, aunque ellas no sean siempre ni de un mismo modo existan.

7. Pues ¿qué es, Dios mío, lo que pasa en el alma cuando se alegra mucho más con las cosas que ama si las cosas que ama si las halla o recobra, que si

---

daba era el de *clarísimo*, título que no se daba sino a los senadores y a las personas de la primera distinción y clase.

siempre las hubiera poseído sin perderlas? Y esto mismo lo contestan también las demás cosas, todas llenas de testimonios y ejemplos que lo comprueban, clamando y diciendo: *Así sucede, así es*.

-157-

Triunfa un emperador cuando ha vencido; y no venciera si no hubiera peleado; y cuanto mayor fue el peligro en la batalla, tanto es mayor en el triunfo la alegría.
Acomete una tempestad a los navegantes, y al verse amenazados del naufragio, todos se ponen pálidos del miedo de la muerte, que consideran cercana, pero serénase el cielo y tranquilízase el mar, y todos se regocijan sumamente, porque también sumamente temieron.
Cae enferma una persona amada, y el pulso indica una calentura maligna y peligrosa, con lo cual todos los que desean su salud enferman igualmente, en cuanto a la pena y sentimiento que tienen en su alma. Hállase mejor y fuera de peligro, pero todavía no se ha restablecido ni ha recobrado sus antiguas fuerzas, y ya se alegran mucho más de aquella mejoría que de la salud y robustez que antes gozaba. Aun los mismos deleites comunes y ordinarios de la vida humana los consiguen los hombres mediante algunos disgustos y molestias, no de las imprevistas y que les sobrevienen sin quererlas, sino procuradas y buscadas voluntariamente y de propósito. No hay deleite en el comer y beber, sin que preceda la molestia del hambre y de la sed, y por esto los bebedores de vino comen algunos bocadillos salados, con que se excita una sequedad y ardor molesto, que con beber se apaga, y al apagarse deleita. También es costumbre bien establecida que las mujeres tratadas de casar no las entreguen sus deudos y parientes a los que han de ser sus maridos inmediatamente que se hayan desposado, para que suspirando por ellas algún tiempo mientras son sus esposos, las amen y estimen más cuando maridos.
8. Esto mismo sucede en el deleite que es torpe y execrable; esto mismo en el que es lícito y permitido; esto mismo en la más pura, honesta y sincerísima amistad, y finalmente, esto mismo sucedió en la conversión de aquél *que estaba muerto y resucitó, que se había perdido y pareció*. Siempre a la mayor alegría precede mayor molestia. Mas ¿de qué proviene esto, Dios y Señor mío, cuando Vos no solamente sois para Vos mismo un sumo gozo inalterable y eterno, sino también algunas criaturas reciben de Vos y en Vos una alegría y felicidad perpetua? ¿En qué consiste que en las cosas de acá abajo hay esta alternativa de atrasos y adelantamientos, de enemistades y reconciliaciones? ¿Es acaso esta variedad propia de su ser y lo que solamente

concedisteis a estas cosas cuando desde lo más alto de los cielos hasta lo más profundo de la tierra, desde el principio del tiempo hasta el fin de los siglos, desde el ángel supremo hasta el más vil gusanillo, desde el primer movimiento que hubo hasta el último que ha de haber, ordenasteis todos los géneros de bienes y todas vuestras obras cabales y perfectas, dándoles a todas sus convenientes lugares y distribuyéndolas en sus propios tiempos? ¡Ay de mí, Dios mío!, ¡qué investigable grandeza tenéis en las cosas grandes, y qué impenetrable profundidad en las pequeñas! ¡Vos nunca os apartáis de vuestras criaturas, y con todo eso, apenas andamos lo bastante para llegar a Vos!

-158-

Capítulo IV

Por qué razón debemos alegrarnos más con la conversión de aquellos pecadores que son personas nobles y principales

9. ¡Ea, Señor, hacedlo Vos todo, excitadnos y volved a llamarnos, encendednos y arrebatadnos, arded en nosotros y comunicadnos vuestras dulzuras, para que os amemos y corramos tras de Vos!
¿No es cierto que vuelven a Vos muchos que estaban en un abismo de ceguedad más profundo que aquél en que se hallaba Victorino, *y se acercan a Vos y son iluminados*, recibiendo aquella luz que a los que la reciben les da juntamente *potestad para hacerse hijos vuestros*? Pero si éstos que se convierten a Vos son poco conocidos en los pueblos, aun aquellos pocos que los conocen reciben menor alegría, porque cuando la alegría es de muchos, viene a ser mayor en cada uno de ellos, porque se la aumentan y comunican mutuamente los unos a los otros. A esto se añade que la conversión de los muy conocidos y famosos es de grande peso y autoridad para que muchos procuren su salvación y vengan también muchos a seguir su ejemplo. Por esto aun aquéllos que los han precedido se alegran mucho con la conversión de semejantes sujetos, porque la alegría que reciben no es por ellos solos, sino por todos los demás que han de imitarlos. No quiero decir con esto que en vuestra casa, Señor, sean más bien recibidas las personas ricas y nobles que las pobres y plebeyas, pues antes bien *Vos mismo elegisteis los endebles y flacos del mundo, para confundir a los fuertes y poderosos; y las cosas viles y despreciables de este mundo, y que son como si no fueran, las escogisteis para deshacer con ellas las que son principales en la estimación del mundo*.

Pero no obstante esta doctrina, el mismo Apóstol, por cuya boca nos enseñasteis estas verdades, el cual se llama a sí mismo el menor de vuestros Apóstoles, teniendo antes el nombre de Saulo, quiso tomar el de Pablo[78], para blasón y señal de aquella grande victoria que consiguió, cuando con las armas de su predicación venció y domó la soberbia del procónsul Pablo y le redujo a sujetarse al suave yugo de vuestro Hijo, Jesucristo, y a ser fiel vasallo y tributario humilde del Rey de todos los reyes. Porque más vencido queda el enemigo del género humano cuando se le quita uno a quien tenía más poseído y por quien poseía otros muchos; y cuanto más poseídos tiene a los grandes por su orgullo y soberbia, tanto más por el influjo de éstos posee a otros por medio de su ejemplo y autoridad.

Por eso, cuanto más gustosamente se consideraba el estado presente de Victorino, cuya alma había sido antes un castillo inexpugnable de que el demonio se había señoreado y de cuya lengua se había servido como de grande y aguda saeta para matar a muchos, tanto mayores demostraciones de gozo y alegría debían hacer vuestros hijos los fieles, viendo al fuerte aprisionado ya por nuestro Rey poderoso, -159- que después de quitarle los despojos que había hecho y las armas de que se había servido, lo lavó y purificó todo, para que no solamente se pudiese emplear en honor vuestro, sino también ser útil y provechoso para cualquier obra buena.

Capítulo V

Qué cosas eran las que detenían a Agustín para no acabar de convertirse a Dios

10. Luego que vuestro siervo Simpliciano me hizo esta relación de Victorino, me encendí en deseos de seguir su ejemplo, y con este fin me había él referido aquella historia. Pero después que prosiguió diciendo cómo en tiempo del emperador Juliano se promulgó aquella ley rigurosa contra los cristianos, en la cual se les prohibía que enseñasen letras humanas y retórica, y que Victorino, conformándose con dicha ley, quiso más abandonar la cátedra en

[78] De este mismo sentir es San Jerónimo, diciendo que el Apóstol tomó entonces el nombre de Pablo para memoria del triunfo grande que había conseguido, mediante la gracia y favor de Jesucristo Señor Nuestro, convirtiendo a la fe al dicho Paulo Sergio, procónsul de la isla de Chipre, lo cual sucedió en el año 45 de Jesucristo. Otros dan otras razones para que tomase el nombre de Pablo, que se pueden ver en Baronio, al año 36 de Cristo.

que enseñaba la elocuencia, que dejar vuestra divina palabra, *con que hacéis discretas y elegantes aun las lenguas de los niños que no saben hablar*, me pareció que no había sido en esto tan fuerte y valeroso Victorino, como feliz y dichoso por hallar una ocasión tan oportuna para dedicarse únicamente a Vos.

Esto era lo que yo anhelaba y por lo que suspiraba, pero estaba aprisionado no con grillos ni cadenas de hierros exteriores, sino con la dureza y obstinación de mi propia voluntad. El enemigo estaba hecho dueño de mi voluntad y había formado de ella una cadena, con la cual me tenía estrechamente atado. Porque de haberse la voluntad pervertido, pasó a ser apetito desordenado; y de ser éste servido y obedecido, vino a ser costumbre; y no siendo ésta contenida y refrenada, se hizo necesidad como naturaleza. De estos como eslabones unidos entre sí se formó la que llamé cadena, que me tenía estrechado a una dura servidumbre y penosa esclavitud.

Y aquella nueva voluntad que comenzaba yo a tener de serviros graciosamente y gozar de Vos, Dios mío, que sois el único y verdadero gozo, no era bastante fuerte todavía para vencer la otra voluntad primera, que con el tiempo se había hecho robusta y poderosa. Así, estas dos voluntades, una antigua y otra nueva, aquélla carnal, esta otra espiritual, batallaban entre sí, y con discordia disipaban y destruían a mi alma.

11. Este combate que yo experimentaba en mí mismo me hacía entender claramente aquella sentencia que había leído en el Apóstol, que refiere cómo *la carne tiene deseos contrarios al espíritu y el espíritu los tiene contrarios a la carne*. Yo, verdaderamente, era el que obraba en uno y otro deseo, pero más estaba yo en aquél que aprobaba en mí mismo, que en el otro, que en mí desaprobaba, por cuanto en éste mi voluntad no obraba con la misma eficacia, pues por la mayor parte más era padecerlo, con repugnancia y violencia, que ejecutarlo espontáneamente. Pero ello es cierto que yo había sido la causa de estas superiores fuerzas que la costumbre tenía contra mí, pues queriendo yo, había llegado a un estado en que no quisiera hallarme. Y siendo esto así, ¿cómo pudiera con razón quejarme del -160- estado en que me veía, siendo una pena justa que corresponde al que peca?

Ya no me podía valer aquella excusa con que antes solía persuadirme a mí mismo que el no acabar de despreciar el mundo y dedicarme a serviros consistía en que aún no estaba cierto de haber hallado la verdad, porque entonces ya lo estaba. Mas atado todavía a las cosas de la tierra, rehusaba alistarme en vuestra sagrada milicia; y tanto temía el librarme de todos los impedimentos que me lo estorbaban cuanto debiera temer el no estar libre de ellos.

12. Así, con la pesada carga de las cosas del mundo me hallaba gustosamente oprimido, como sucede con un pesado sueño; así como los pensamientos con

que meditaba en Vos eran semejantes a los esfuerzos que hacen para despertar los que están muy dormidos, que no pudiendo vencer aquella gana vehemente de dormir, vuelven a sumergirse en lo profundo del sueño. Y del mismo modo que no hay hombre alguno que quisiese estar siempre durmiendo, enseñándonos el buen juicio que es mejor velar que dormir, mas esto no obstante, dilata algunas veces el hombre el sacudir el sueño, cuando le tiene rendido, ocupados y entorpecidos sus miembros; y aunque le desagrada dormir tanto y sea llegada la hora de levantarse, vuelve a tomar el sueño con más gusto, así yo estaba muy cierto de que era mejor entregarme a vuestro amor que rendirme a mis deseos y apetitos. Aquello me agradaba, pero sin acabar de vencerme y estotro tanto me deleitaba, que me ataba.
No tenía verdaderamente qué responderos cuando os dignabais decirme por el Apóstol: *Levántate de ese profundo sueño en que te hallas, acaba de salir de entre los muertos y recibirás la luz de Jesucristo*. Y como por todas partes me hacíais conocer que todo cuanto me decíais era verdad; convencido de ella no tenía absolutamente qué responder, sino aquellas palabras lentas y soñolientas: *Luego al punto, sí, luego al instante: déjame estar otro ratito*. Pero este luego no tenía término y el déjame otro ratito iba muy largo.
En vano me deleitaba en vuestra ley con mi alma, que es el hombre interior, porque otra ley que reside en los miembros corporales repugnaba y contradecía a la ley de mi espíritu, y me llevaba cautivo a la del pecado, la cual estaba en los miembros de mi cuerpo. Porque ley es del pecado la fuerte violencia de una costumbre, que arrastra y sujeta al alma a pesar suyo, en justa pena de haber ella caído voluntariamente en aquella costumbre.
Pues hallándome en tan miserable estado, *¿quién me había de librar del cuerpo de esta muerte, sino vuestra divina gracia por los méritos de Jesucristo Señor nuestro?*

Capítulo VI

Cuéntale Ponticiano la vida de San Antonio abad

13. También quiero referir el modo con que me librasteis de aquel lazo estrechísimo con que el deseo de mujer me tenía fuertemente atado y de la servidumbre en que me tenían los cuidados y negocios seculares, para alabar por ello vuestro nombre, Dios y Señor mío, mi amparo y Redentor.

Vivía yo padeciendo siempre mayores congojas, y todos los días suspiraba en vuestra presencia; frecuentaba vuestra iglesia cuanto me lo permitían los negocios y ocupaciones que tenía sobre mí y bajo de cuyo peso gemía.
Estaba conmigo Alipio, desocupado entonces, y sin tener que trabajar en su empleo y facultad de jurista, después de haber sido tres veces asesor del magistrado, y aguardando otros a quienes vender sus pareceres y consejos, así como yo vendía la elocuencia, si alguna se puede comunicar con enseñarla.
Nebridio no pudo negar a nuestra amistad el encargarse de sustituir en la cátedra de gramática que tenía Verecundo, familiarísimo amigo nuestro y ciudadano de Milán, el cual deseaba mucho, y lo pedía encarecidamente por la ley de nuestra amistad, que alguno de nosotros le ayudase fielmente en aquel ministerio, porque lo necesitaba en extremo. Nebridio, pues, aunque se encargó de esto, no fue movido de interés, ni por el deseo de mayores conveniencias, porque si él quisiera aprovecharse para eso de su literatura, las hubiera logrado mucho más ventajosas, sino que por ser él un amigo dulcísimo y suavísimo, no quiso desatender nuestra súplica sino condescender a nuestro ruego por este acto de su benevolencia. Se portaba Nebridio en aquel cargo con gran prudencia y cautela, precaviéndose de ser conocido de los grandes y poderosos del mundo y evitando todo lo que por causa de ellos pudiera inquietar a su espíritu, al cual quería tener libre y desembarazado de otros asuntos, para emplearle cuantas más horas pudiese en inquirir, en leer o en oír alguna cosa perteneciente a la sabiduría.
14. Un día, pues, estando ausente Nebridio (no me acuerdo por qué causa), vino a nuestra casa, donde estábamos Alipio y yo, un paisano nuestro, porque era natural de África, llamado Ponticiano, sujeto principal[79] y distinguido en palacio, y no sé por cierto qué era lo que nos quería.

---

[79] Diciendo San Agustín que Ponticiano *proeclare in palatio militabat*, da a entender que tenía uno de los empleos más honoríficos de palacio. Porque primeramente se ha de suponer que entre los romanos todo oficio y servicio público se llamaba entonces *militia*, y el ejercerlo *militare*; y que solamente había tres géneros de servir o militar de este modo: el primero y más honroso era el militar o servir en palacio, y se llamaba *militia palatina*; el segundo era el militar y servir en todo lo concerniente a la guerra, y se llamaba *militia castrensis sive armata*; y el tercer género venía a ser el seguir la carrera de las letras, como leyes, artes, etc., y se llamaba *militia cohortis sive togata*, a cuya clase pertenecían los jueces, prefectos, presidentes, abogados, curiales y otros semejantes, como dicen Gotofredo y Valesio, citados por Selvagio, en las *Antigüedades cristianas*, lib. I, pág. 2, cap. IV, § III, n. 10. De donde infiero que Ponticiano, que seguía la *milicia o servidumbre palatina*, era uno de los sujetos más visibles y considerados de palacio.

Sentámonos para hablar, y sobre una mesa de juego que había delante de nosotros había por casualidad un libro. Viole Ponticiano, lo tomó, lo abrió y halló que eran las cartas de San Pablo, lo que le sorprendió mucho, porque él juzgó que sería alguno de los libros de retórica, cuya profesión me agobiaba y consumía. Entonces él se sonrió hacia mí, mirándome como quien se complacía y me daba la enhorabuena, pero extrañando y admirándose de que cogiéndome desprevenido hubiese encontrado delante de mí aquel libro, y ese único y solo, pues él era fiel cristiano, y muy a -162- menudo acudía a vuestra iglesia, Dios mío, donde postrado ante vuestra divina Majestad, os hacía frecuentes y largas oraciones. Así fue que habiéndole yo dicho que aquellas Escrituras me ocupaban con preferencia a todo otro cuidado, comenzó a hablarnos de Antonio, monje de Egipto, cuyo nombre era famoso y celebrado entre vuestros siervos, aunque hasta entonces había sido ignorado de nosotros. Viendo él que esta especie nos era tan nueva, se detuvo y extendió más en la plática, para hacernos conocer a tan grande hombre, de quien estábamos enteramente ignorantes, admirándose él de esta ignorancia nuestra. Nosotros nos espantábamos oyendo la relación de tantas y tan estupendas maravillas, como acababais de obrar en el gremio de los que profesan la verdadera fe, y dentro de la católica Iglesia, las cuales, además de ser muy probadas y certísimas, estaban tan recientes, que habían sucedido casi en nuestros días. Por eso nos admirábamos a un tiempo nosotros y Ponticiano; nosotros, por ser aquellas cosas tan grandes y extraordinarias; y él, porque eran para nosotros tan nuevas e inauditas.

15. De aquí vino a parar su conversación en tratar de los muchos monjes congregados en los monasterios, de las costumbres y método de vida que observan los que siguen más de cerca vuestra divina ley; y finalmente de los muchos penitentes, virtuosos y santos varones que poblaron las soledades del yermo, de todo lo cual no sabíamos nosotros cosa alguna. Y no sólo esto, sino que en la misma Milán, fuera de los muros de la ciudad, había un monasterio lleno de buenos y virtuosos frailes[80], de cuya dirección y sustento cuidaba el obispo Ambrosio; y tampoco lo habíamos sabido. Proseguía Ponticiano hablando aún del mismo asunto, y nosotros le oíamos con atención y silencio, contándonos entre otras cosas que hallándose una vez en la ciudad de

[80] En este monasterio fue donde Joviniano y otros compañeros de su impiedad estuvieron algún tiempo, disimulando con el nombre católico su maldad y cubriendo con el hábito de frailes sus perversas intenciones. Pero a poco tiempo, como dice Baronio, los arrojó de sí aquella santa casa, como el mar arroja los cadáveres a la orilla. Baron A. C. 382. También allí profesaron la vida monástica Sarmaciano y Barbación, que dieron mucho que sentir al gran padre San Ambrosio y al prelado de dicho monasterio, por la vida desarreglada que tenían y la mala doctrina que enseñaban.

Tréveris, mientras que el emperador asistía al espectáculo de los juegos circenses, que se tenían después del mediodía, se había salido con otros tres amigos y compañeros suyos a pasear por unas huertas que estaban contiguas a los muros de la ciudad, y que estando en ellas se pusieron a pasear de dos en dos, según los combinó entre sí la casualidad. Ponticiano con uno de ellos echó por una parte y los otros dos echaron por otra, y se fueron alejando los unos de los otros. Los primeros, siguiendo su paseo sin rumbo ni camino determinado, vinieron a parar en una pobre casilla en que habitaban algunos de vuestros siervos que *profesan la pobreza de espíritu, de los cuales es el reino de los cielos*, y allí encontraron un libro en que estaba escrita la vida del santo abad Antonio. Comenzó a leerla el uno de ellos y comenzó también a admirarse y encenderse en devoción; al mismo tiempo que leía, iba pensando en abrazar aquel genero de vida, para emplear la suya en serviros a Vos únicamente, dejando todos los empleos y ocupaciones del siglo, donde eran
-163- aquellos dos compañeros agentes[81] de negocios. Y repentinamente lleno de un amor santo y religioso pudor, enojándose contra sí mismo, volvió los ojos para mirar al otro amigo suyo, hablándole de este modo: «Ruégote, hombre, que me digas, ¿adónde aspiramos y pretendemos llegar nosotros con todas nuestras fatigas y trabajos?, ¿qué es lo que buscamos?, ¿cuál es el fin con que seguimos a la corte? ¿Podrá nuestra esperanza prometerse mayor fortuna en palacio que llegar a ser amigos del emperador?, ¿y qué hay en ese punto que no sea frágil, de corta duración y lleno de peligros? ¿Y por cuántos peligros hay que pasar precisamente para llegar a ese peligro más grande? ¿Y cuánto tiempo fuera necesario para conseguir eso siendo así que si quiero ser amigo de Dios, en este mismo instante lo puedo ser?» Dichas estas palabras, y como atribulado con el proyecto que había concebido de mudar de vida, volvió los ojos al libro, y conforme iba leyendo, se iba mudando en su interior, adonde solamente vuestros ojos podían penetrar, y su alma se iba desnudando de los afectos del mundo, como se mostró después. Porque mientras leyó y se agitó su corazón con las olas de varios afectos y pensamientos, dio algunos grandes sollozos y suspiros, y conoció claramente lo que le estaba mejor, y determinó seguirlo; y hecho ya amigo vuestro, habló de esta suerte al otro amigo suyo: «Yo estoy ya enteramente separado de todo

---

[81] Agentes de los negocios del emperador. No se ha de entender que fuesen semejantes a los que ahora llamamos agentes de negocios, porque éstos sólo tienen los poderes y hacen las veces de toda clase de personas particulares, pero el empleo de aquéllos consistía en llevar ellos mismos las órdenes del emperador y hacerlas obedecer y ejecutar.
Había cinco clases de estos agentes: *ducenarios*, *centenarios*, *biarcos*, *circitores* y *caballeros*. Véase al citado Gotofredo sobre el *Cod. Theod.*, título I, página 164.

lo que hasta ahora fue el objeto de nuestras esperanzas; estoy resuelto a servir a Dios y quiero comenzar desde este punto, y en este mismo sitio. Si tú no te hallas en estado de seguir mi ejemplo no quieras oponerte a mi designio». El otro le respondió que quería serle compañero en tan digna servidumbre y en recibir el gran premio que le corresponde. Así quedándose entrambos a ser vuestros siervos, comenzaron a *edificar la torre de perfección evangélica con el caudal que tenía proporcionado* para la obra, y consistía en dejar todas las cosas del mundo y seguiros a Vos.
Mientras tanto Ponticiano y su compañero, que se paseaban por otras partes de la huerta, después de haberlos andado buscando algún tiempo, llegaron a aquella misma casilla; y habiéndolos hallado, les dijeron que ya era hora de volverse, porque se iba acabando la tarde. Pero ellos, después de referirles la determinación y propósito que tenían y el modo con que había comenzado aquella voluntad, y llegado a ser firme resolución, les suplicaron, que si no querían quedarse a acompañarlos, no les molestasen tirando a disuadirlos. Mas estotros, no moviéndose con nada de esto a mudar su método antiguo, se lloraron a sí mismos por verse tan poco fervorosos, como Ponticiano refería; y después de darles piadosas enhorabuenas por su determinación y encomendarse a sus oraciones, llevando el corazón inclinado a lo terreno, se volvieron a palacio, quedándose les otros dos en la casilla con sus corazones fijados en el cielo.

-164-

Y es de notar que estos dos estaban ya desposados; y luego que sus esposas supieron aquella determinación de los que habían de ser sus maridos, imitaron su ejemplo y consagraron a Vos, Dios mío, su virginidad.

Capítulo VII

Cómo interiormente se deshacía Agustín, al oír esta relación de Ponticiano

16. Todo esto nos contaba Ponticiano, y mientras él lo estaba refiriendo, Vos, Señor, me obligabais a que volviese en mí y me considerase, haciendo que todo el feo semblante de mi mala vida, que yo había echado a las espaldas por no verme, se me pusiese delante de mí, para que viese cuán feo era, cuán descompuesto y sucio, manchado y lleno de llagas. Yo me veía y me horrorizaba y no tenía adónde huir de mí mismo. Si procuraba apartar de mí

la vista, prosiguiendo Ponticiano su relación, volvíais a ponerme enfrente de mí y hacíais que me viese y me mirase a mí mismo, para que claramente conociese mi maldad y la aborreciese. Bien la conocía yo, pero disimulaba: pasaba por ella y la olvidaba.

17. Sin embargo, en aquella ocasión, cuanto más me encendía en amor de aquéllos de quienes oía tan santos y saludables ejemplos, porque enteramente se habían entregado a Vos para que los sanarais, tanto más me abominaba y aborrecía a mí mismo, comparándome con ellos. Porque ya habían pasado muchos años (creo que eran doce) desde que a los diecinueve de mi edad, habiendo leído el *Hortensio* de Cicerón, me sentí excitado al amor y deseo de la verdadera sabiduría, pero desde entonces había ido dilatando el dedicarme a investigarla, mediante el desprecio de toda felicidad terrena; siendo así que aquella sabiduría es tan grande, que no solamente su adquisición, sino también su inquisición se debe anteponer a la posesión de los tesoros y reinos del mundo, y a toda especie de deleites que voluntaria y abundantemente pueda gozar el cuerpo. Mas yo, infeliz joven, y en sumo grado infeliz, desde el principio mismo de mi juventud os había pedido castidad, diciendo: *Dadme, Señor, castidad y continencia, pero no ahora*. Porque yo temía que despachaseis luego al punto mi petición, y luego al punto que sanaseis de la enfermedad de mi concupiscencia, la cual más quería ver la saciada que extinguida. Y además de eso, había yo seguido las torcidas sendas de una religión y doctrina supersticiosa y sacrílega, no de suerte que asintiese a ella con certidumbre, sino prefiriéndola a las demás doctrinas ciertas, las cuales en vez de investigarlas con piedad, las impugnaba con ojeriza y encono.

18. También antes me había parecido que el motivo que me hacía diferir de día en día el seguiros a Vos únicamente, despreciando la esperanza del siglo, era porque no se me descubría alguna cosa cierta hacia donde pudiese yo enderezar los pasos de mi vida. Pero al fin llegó el día en que mi corazón se me manifestase desnudo y sin rebozo, y mi conciencia me reprendiese diciendo: *¿Qué respondes ahora? Tú decías que por no tener certeza de la verdad rehusabas arrojar de ti la pesada carga de vanidad. Ya al presente conoces la verdad y todavía la vanidad te oprime; cuando otros que ni se han* -165- *consumido como tú inquiriendo la verdad, ni han gastado diez años y más en reflexiones y disgustos para hallarla, en lugar de sentir peso en sus hombros, han cobrado alas con que volar en su seguimiento*. De este modo me consumía interiormente y se cubría mi alma de una vehemente y horrible confusión y vergüenza, mientras que Ponticiano refería aquellas cosas.

Pero acabada la plática, y concluido el negocio a que venía, se volvió a marchar. Y yo vuelto a mí entonces, ¿qué cosas no dije contra mí? ¿Con qué aspereza de sentenciosas palabras no castigué y estimulé a mi alma, para que

ella ayudase los esfuerzos que yo hacía para irme tras de Vos? Ella lo rehusaba y resistía, pero no se excusaba. Todos los argumentos y pretextos que hasta entonces había alegado estaban ya confutados y deshechos, y le había quedado solamente un temor mudo que no explicaba, y consistía en que temía como el morir el apartarse de la corriente de su costumbre, que la consumía y llevaba a la perdición eterna.

Capítulo VIII

Cómo Agustín se retiró a un huerto de su casa, y lo que en él le sucedió

19. Entonces en medio de aquella gran contienda que en lo más íntimo de mi corazón había yo excitado y sostenido fuertemente con mi alma, lleno de turbación, así en el ánimo como en el rostro, me volví hacia Alipio atropelladamente, y exclamé diciendo: *¿Qué es esto que pasa por nosotros?, ¿qué es lo que nos sucede?, ¿qué es esto que has oído? Levántanse de la tierra los indoctos y se apoderan del cielo, ¿y nosotros, con todas nuestras doctrinas, sin juicio ni cordura, nos estamos revolcando en el cieno de la carne y sangre? ¿Por ventura nos da vergüenza el seguirlos, porque ellos van delante de nosotros? ¿Y no tendremos vergüenza siquiera de no seguirlos?*

Dije no sé qué otras cosas de este modo, y arrebatado del ímpetu de mi interior congoja me aparté de Alipio, que sin hablarme palabra, atónito y espantado, me miraba, ya porque no hablaba yo las cosas que solía, ya porque echaba él de ver que con mi semblante, con las mejillas, con los ojos, con el color, con el tono de la voz, explicaba yo más bien el estado de mi alma que con las palabras y sentencias que decía.

Había un pequeño huerto en la posada donde estábamos, del cual como también de toda la casa usábamos libremente, porque nuestro huésped y dueño no habitaba en ella. A este huerto me condujo el desasosiego de mi corazón, para que nadie impidiese la encendida guerra que contra mí mismo había yo comenzado, hasta que se acabase del modo que sólo Vos sabíais, pues yo mismo lo ignoraba, y no hacía más que enloquecerme con una locura que me era saludable, y padecer las ansias de una muerte que me daba la vida, conociendo solamente lo que en mí había de malo e ignorando lo que de allí a poco había de tener de bueno.

Retireme, pues, al huerto, siguiéndome Alipio sin apartarse de mí un paso, porque aunque él estuviese conmigo, no me estorbaba para estar solo. ¿Y cómo había de dejarme, viéndome en aquel estado? -166- Sentámonos lo

más lejos que pudimos de la casa y allí bramaba yo, enfurecido e irritado contra mí mismo, reprendiéndome con un enojo inquietísimo el que retardase el ir a abrazarme con Vos, Dios mío, cumpliendo vuestra voluntad y ley, como todos mis sentidos interiores y exteriores, todas mis facultades y potencias me persuadían y clamaban que debía ejecutarlo, elevando hasta el cielo con los mayores elogios esta noble empresa; siendo así que el ir a Vos no había de ser con naves ni carrozas, ni siquiera había que andar tan pocos pasos como los que habíamos dado desde la casa hasta el paraje en que estábamos. Porque no sólo para ir caminando hacia Vos, sino también para llegar a Vos, bastaba solamente el querer ir, siendo un querer perfecto y eficaz, y no una voluntad mudable y achacosa, que de una parte a otra anda variando agitada y sin firmeza, cuyas partes inferior y superior están desavenidas y luchando una con otra.

20. Finalmente, entre las ansias que padecí en aquel tiempo que tardé en resolverme, ejecuté con los miembros de mi cuerpo muchas y variadas acciones, que algunas veces quieren los hombres ejecutarlas y no pueden, o porque les faltan aquellos miembros, o porque los tienen aprisionados, o sin bastantes fuerzas por alguna enfermedad, o por tenerlos de cualquier modo impedidos. De modo, que si en aquel lance me arranqué[82] los cabellos, si me herí la frente, si con las manos cruzadas me apreté las rodillas, fueron acciones que las hice por querer yo hacerlas; y pudo haber sucedido que quisiese ejecutarlas y no las ejecutase, porque los brazos y manos con que las había de ejecutar no me obedeciesen. Hice, pues, entonces muchísimas acciones, no obstante que no era lo mismo el querer, que el poder hacerlas; y no hacía lo que me agradaba mucho más que todo aquello sin comparación alguna, siendo así que luego que hubiera querido, hubiera podido también ejecutarlo, porque era imposible que no quisiese lo que efectivamente quería; y respecto de los actos de la voluntad, lo mismo es el querer que el poder, pues aun el mismo acto de querer ya es hacer y ejecutar; con todo eso no se hacía en aquella ocasión lo mismo que quería mi voluntad.

De modo que más fácilmente obedecía el cuerpo a la más leve insinuación del alma, moviéndose todo él luego al punto a su mandato, sin resistencia ni dilación alguna, que ella propia se obedecía a sí misma en cumplir aquella grande e importante voluntad, que solamente con su voluntad misma había de cumplirse y perfeccionarse.

---

[82] Es menester inferir de este pasaje que la turbación y aflicción en que se hallaba su alma en aquella lucha que tuvo consigo mismo en el huerto le obligaba a hacer todas estas acciones que aquí dice, y otras semejantes.

Capítulo IX

En qué consiste que, mandando el alma en sí misma, no se hace algunas veces lo que manda

21. ¿De dónde nace este monstruoso desorden?, o ¿qué causa y razón puede haber para esto? Resplandezca sobre mí, Señor, vuestra misericordia, comunicándome algún rayo de luz con que se disminuyan las tinieblas oscurísimas de la ignorancia, que es una de las -167- penas y miserias de los hijos de Adán, a ver si pueden responderme a lo que he preguntado.

¿De dónde nace este monstruoso desorden?, ¿y cuál es la causa o principio de que suceda una cosa tan extraña? Manda el alma al cuerpo, y al instante es obedecida; mándase el alma a sí misma, y halla resistencia. Manda el alma que la mano se mueva, y con tanta facilidad es obedecida, que apenas se puede notar la diferencia que hay entre el mandamiento de la una y la ejecución de la otra, siendo así que el alma que manda es espíritu y la mano que obedece es cuerpo. Manda el alma a sí misma que quiera alguna cosa y, no obstante que no hay distinción entre quien lo manda y quien lo ha de ejecutar y obedecer, no se hace ni ejecuta lo que ella manda.

Pues ¿de qué proviene este desorden monstruoso?, o ¿cómo sucede esto? Manda el alma, repito, que ella misma quiera esto o aquello, y no lo mandaría si no lo quisiera; con todo eso no se hace lo que manda. Pero el caso es que eso mismo que ella quiere, no acaba de quererlo entera y perfectamente, conque tampoco entera y perfectamente lo manda. Porque en tanto lo manda, en cuanto lo quiere; y en tanto deja de hacerse lo que manda, en cuanto ella no lo quiere. La voluntad es la que manda que haya voluntad de aquello que manda, y no que haya otra voluntad que sea distinta de ella, sino ella misma. Conque se conoce claramente que la voluntad que manda así, no es completa ni cabal; por eso no se hace lo que manda. Porque si fuera la voluntad entera y perfecta no tendría que mandar querer, porque esta voluntad actual o este querer ya estaría hecho, ya lo habría.

Conque no es monstruosidad querer en parte y en parte no querer, sino que ésta es flaqueza y debilidad del alma, que por estar sobrecargada de su costumbre antigua no acaba de levantarse hacia donde la guía y eleva la verdad; así, tiene como dos voluntades, porque ninguna de ellas es total y perfecta; de modo que el ser que tiene la una es precisamente el ser que falta a la otra.

Capítulo X

Contra los maniqueos, que por experimentar en un sujeto a un tiempo mismo dos voluntades opuestas, inferían que había en el hombre dos naturalezas contrarias

22. Perezcan, Dios mío, a vuestra presencia, como inventores de fábulas y engañadores de las almas, los que viendo en sí dos voluntades opuestas en sus determinaciones, afirman que hay dos naturalezas de almas, la una buena y la otra mala. Ellos sí que son los malos cuando afirman y establecen tan malas doctrinas, pero ellos mismos serían buenos si dieran asenso a la doctrina verdadera y la creyesen, para que entonces les dijera vuestro Apóstol: *Por algún tiempo habéis sido tinieblas, pero ya al presente sois luz en el Señor*. Mas estos hombres por la locura de querer ser luz en sí mismos y no en el Señor, e imaginar y juzgar que la sustancia y el ser del alma es el mismo que el de Dios, han venido a convertirse en tinieblas mucho más oscuras y espesas, porque su arrogancia y presunción los apartó -168- mucho más de Vos, Dios mío, *que sois la verdadera luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo*.

Atended, hombres, reflexionad bien lo que decís y avergonzaos de semejantes delirios; no dilatéis el *acercaros al Señor, y os alumbrará su luz, y así os libraréis del rubor y confusión* eterna que os amenaza.

Cuando yo trataba de resolverme a servir a mi Dios y Señor como mucho tiempo había pensado, yo era el que quería y yo era el que no quería; yo mismo, yo mismo era; pero ni del todo quería, ni del todo no quería; así peleaba contra mí mismo, y a mí mismo me deshacía y destruía. Bien cierto es que esta disposición y destrucción se hacía contra mi voluntad, pero esto no prueba que había en mí otra naturaleza de alma enemiga, sino que muestra claramente que aquella división era pena y castigo que mi alma padecía. Así, no era yo el que causaba aquella destrucción y pena mía, sino el pecado que habitaba en mí, para castigo de otro pecado cometido más libremente, del que yo participaba por ser hijo de Adán.

23. Porque si hubiera en nosotros tantas naturalezas contrarias, como hay voluntades opuestas, ya no serían precisamente dos naturalezas, sino muchas más. Supongamos que estuviese uno dudando si asistiría a una junta que tenían los maniqueos, o si iría al teatro, en cuyo lance clamarían ellos, diciendo: Ved ahí claramente dos naturalezas contrarias: la una buena, que lleva al hombre a lo bueno; y la otra mala, que le lleva a lo malo. Porque si no, ¿de dónde puede nacer esta detención del hombre para escoger entre estas

dos voluntades contrarias? Pero yo respondo que son malas entrambas voluntades, ya sea la que guiara a sus juntas y conciliábulos, ya sea la que llevara al teatro, aunque ellos están persuadidos de que no puede dejar de ser buena la voluntad que nos lleva y guía hacia ellos.

Mas ¿qué dirán si ponemos el ejemplo en un católico que estuviese perplejo, porque sentía en sí dos voluntades que altercaban una con otra, haciéndole dudar si iría al teatro o si iría a nuestra iglesia? ¿No se hallarían también ellos perplejos, dudando lo que habían de responder? Porque o habían de verse precisados a confesar lo que ellos no quieren, esto es, que es buena la voluntad de ir a nuestra iglesia, como van los que profesan nuestra religión y han recibido sus Sacramentos, o que en un solo hombre hay dos naturalezas malas y dos malas voluntades que pelean entre sí; por tanto, no será verdad lo que continuamente están ellos diciendo, esto es, que no hay más que dos naturalezas, la una buena y la otra mala; o tendrán que rendirse a la fuerza del argumento, confesando que cuando el hombre se halla en ese estado de dudas, una sola alma es la que se ve combatida de dos voluntades contrarias.

24. Pues no tienen ya que decirnos, cuando experimentan en un mismo hombre dos voluntades opuestas una a otra, que hay en él dos almas contrarias entre sí, la una buena y la otra mala; y que como dimanadas aquéllas de dos sustancias y principios contrarios, están luchando una con otra. Porque Vos, Dios mío, que sois la suma verdad, los reprobáis, redargüís y convencéis con el ejemplo de dos voluntades opuestas, que una y otra sean malas, como cuando uno está dudando si dará la muerte a otro con un veneno o con un puñal; si entrará a destruir esta heredad ajena o la otra de más allá, suponiendo que no puede destruir entrambas; si gastará el dinero en lujuria -169- o si le guardará con avaricia; si irá al circo o si irá al teatro cuando entrambas fiestas se dan en un mismo día al pueblo. Añado que se le proponga a su voluntad otro tercer objeto, que le haga dudar si irá a la casa ajena a cometer un hurto, teniendo ocasión oportuna para ello; añádase también otra cuarta voluntad que puede tener el hombre dudando si irá a cometer un adulterio, suponiendo que tiene proporción para todas estas cosas, que concurran todas al mismo tiempo, y que él las desee todas igualmente, sin que todas a un mismo tiempo puedan ejecutarse. Ve aquí cuatro voluntades incompatibles entre sí y contrarias unas de otras, que dividen o despedazan el alma en otras tantas partes, o también en muchas más, según el número y multitud de cosas que se apetezcan al mismo tiempo; y con todo eso no suelen admitir ellos en un mismo hombre tan grande multitud de sustancias diversas o naturalezas distintas.

Es preciso confesar lo mismo poniendo el ejemplo en varias voluntades de objetos buenos. Porque si yo les pregunto si es bueno divertirse un hombre en

leer al Apóstol; si será bueno entretenerse en cantar con devoción algún salmo; y finalmente, si será bueno también conferenciar y tratar de las verdades del Evangelio, me responderán que es bueno emplearse en cualquiera de estas cosas. Pues si todas estas cosas se propusiesen a un tiempo e igualmente se aficionase la voluntad de todas ellas, ¿no es cierto que son otras tantas voluntades, que tendrán como partido el corazón del hombre todo aquel tiempo que tardare en determinar lo que ha de escoger y seguir? Conque todas estas voluntades son buenas; y no obstante pelean entre sí, hasta que el hombre escoja una cosa sola, a la cual se determine toda la voluntad, hecha ya una, la que antes estaba dividida en muchas.
Lo mismo sucede cuando por una parte el deseo de los bienes eternos eleva nuestro corazón hacia el cielo y, por otra, el deleite de los bienes temporales le abate hacia la tierra, porque entonces el alma que quiere lo uno y lo otro es una misma, pero ni lo uno ni lo otro lo quiere con toda su voluntad; por eso se siente despedazar cruelmente, ya por la verdad que la incita a que anteponga aquello primero, ya por la costumbre que le impide que deponga lo segundo.

Capítulo XI

Lucha que experimentaba Agustín entre el cuerpo y el espíritu

25. De este modo me veía enfermo y atormentado, reprendiéndome a mí mismo con mucha mayor aspereza que la acostumbrada, y dando vueltas y más vueltas en los mismos lazos que me oprimían, hasta que se acabase de romper todo aquello por donde estaba aprisionado, que era ya muy poco, pero no obstante me tenía aún preso. Y Vos, Señor, usando conmigo de una severidad llena de misericordia, allá en lo interior de mi alma me estimulabais para que me diese prisa, redoblándome los azotes que padecía del temor y la vergüenza, para que no cesase en procurar romper aquello poco y tenue que restaba de mis prisiones; no sea que volviese a rehacerse y fortificarse, y me atase entonces más fuerte y apretadamente.

-170-

Yo decía en mi interior: *Ea, hágase al instante; ahora mismo se han de romper estos lazos*; y además de decir esto, deseaba ya y me agradaba ejecutarlo. Ya casi lo hacía, y realmente lo dejaba de hacer, pero no volvía a caer y enredarme en

los antiguos lazos, sino que estaba parado junto a ellos, como tomando aliento para acabar de romperlos. Volvía a procurar con más esfuerzo llegar a aquel estado que deseaba, y casi estaba ya en él, casi ya le tocaba, casi ya le tenía; pero real y verdaderamente ni estaba en él, ni le llegaba a tocar, ni le tenía, por no acabar de resolverme a morir para todo lo que es muerte y sólo vivir a la verdadera vida; porque tenía mayor poder sobre mí lo malo acostumbrado que lo bueno desusado. Finalmente, cuanto más se iba acercando aquel instante de tiempo en que había de ser ya muy otro, tanto me causaba mayor miedo y espanto, pero no me hacía retroceder ni apartarme del intento, sino suspenderme y detener el paso.

26. Las cosas más frívolas y de menor importancia, que solamente son vanidad de vanidades, esto es, mis amistades antiguas, ésas eran las que me detenían, y como tirándome de la ropa parece me decían en voz baja: *pues qué, ¿nos dejas y nos abandonas? ¿Desde este mismo instante no hemos de estar contigo jamás? ¿Desde este punto nunca te será permitido esto ni aquello?* Pero ¡qué cosas eran las que me sugerían, y yo explico solamente con las palabras *esto ni aquello*!, ¡qué cosas me sugerían, Dios mío! Apartad, Señor, por vuestra misericordia, del alma de este vuestro siervo y de mi memoria aun la idea de las suciedades e indecencias que me sugerían. Pero ya las oía tan escasamente, que era mucho menos de la mitad respecto de antes; ni me contradecían como antes cara a cara, sino como murmurando a espaldas mías, siguiendo mis pisadas y como llamándome y tirándome por detrás para que volviese a mirarlas. No obstante, entretenían y retardaban mi fuga, por no tener yo valor para separarme de ellas con aspereza y sacudirme de sus importunaciones saltando y atropellando por todo para seguir mi vocación, porque la violencia de mi costumbre no cesaba de decirme: *¿Imaginas que has de poder vivir sin estas cosas?*

27. Pero esto me lo decía ya con gran tibieza, porque por aquella misma parte hacia donde tenía puesta mi atención y adonde me daba miedo el pasar, se me descubría la excelente virtud de la continencia, que se me representaba con un rostro sereno, majestuoso y alegre, con cuya gravedad y compostura honestamente me halagaba para que llegase adonde ella estaba y desechase enteramente todas las dudas que me detenían; además de esto extendía sus piadosos brazos para abrazarme y recibirme en su seno, lleno de gran multitud de continentes, con cuyo ejemplo me alentaba. Allí había innumerables personas de diferentes edades; allí una multitud de mozos y doncellas; allí otros muchísimos de mayor edad, venerables viudas y vírgenes ya ancianas; pero en todas estas innumerables personas no era la continencia y castidad estéril, antes bien era fecunda y abundante en alegrías y gozos espirituales, nacidos de teneros a Vos por esposo. Y la continencia, como

burlándose de mí con una risa graciosa que convidaba a seguirla, parece que me decía: *Pues qué, ¿no has de poder tú lo que han podido y pueden todos éstos y éstas? ¿Por ventura lo que éstos y éstas pueden, lo pueden por sus propias fuerzas o por las* -171- *que la gracia de su Dios y Señor les ha comunicado? Su Dios y Señor les dio continencia, pues yo soy dádiva suya. ¿Para qué te estribas en tus propias fuerzas, si ésas no te pueden sostener ni darte firmeza alguna? Arrójate con confianza en los brazos del Señor, y no temas, que no se apartará para dejarte caer. Arrójate seguro y confiado, que Él te recibirá en sus brazos y te sanará de todos tus males*.

Yo me corría y avergonzaba mucho, porque todavía estaba oyendo el murmullo de aquellas fruslerías, que me tenían suspenso y sin acabar de resolverme. Entonces otra vez la continencia parece que me decía: Hazte sordo a las voces inmundas de tu concupiscencia, que así ella quedará enteramente amortiguada. Ella te promete deleites, pero no pueden compararse con *los que hallarás en la ley de tu Dios y Señor*.

Toda esta contienda pasó dentro de mi corazón, batallando interiormente yo mismo contra mí mismo. En tanto Alipio, que no se apartaba de mi lado, aguardaba silenciosamente a ver en qué venían a parar los desusados movimientos y extremos que yo hacía.

Capítulo XII

Cómo se convirtió de todo punto, amonestado de una voz del cielo

28. Luego que por medio de estas profundas reflexiones se conmovió hasta lo más oculto y escondido que había en el fondo de mi corazón, y junta y condensada toda mi miseria se elevó cual densa nube y se presentó a los ojos de mi alma, se formó en mi interior una tempestad muy grande, que venía cargada de una copiosa lluvia de lágrimas. Para poder libremente derramarla toda y desahogarme en los sollozos y gemidos que le correspondían, me levanté de donde estaba con Alipio, conociendo que para llorar me era la soledad más a propósito; y así me aparté de él cuanto era necesario, para que ni aun su presencia me estorbase. Tan grande era el deseo que tenía de llorar entonces; bien lo conoció Alipio, pues no sé qué dije al tiempo de levantarme de su lado, que en el sonido de la voz se descubría que estaba cargado de lágrimas y como reventando por llorar, lo que a él le causó extraordinaria admiración y espanto, y le obligó a quedarse solo en el mismo sitio en que habíamos estado sentados.

Yo fui y me eché debajo de una higuera; no sé cómo ni en qué postura me puse, mas soltando las riendas a mi llanto, brotaron de mis ojos dos ríos de lágrimas, que Vos, Señor, recibisteis como sacrificio que es de vuestro agrado. También hablando con Vos decía muchas cosas entonces, no sé con qué palabras, que si bien eran diferentes de éstas, el sentido y concepto era lo mismo que si dijera: *Y Vos, Señor, ¿hasta cuándo, hasta cuándo habéis de mostraros enojado? No os acordéis ya jamás de mis maldades antiguas*.
Porque conociendo yo que mis pecados eran los que me tenían preso, decía a grito con lastimosas voces: *¿Hasta cuándo, hasta cuándo ha de durar el que yo diga*, mañana y mañana?, *pues ¿por qué no ha de ser desde luego y en este día?, ¿por qué no ha de ser en esta misma hora el poner fin a todas mis maldades?*

-172-

29. Estaba yo diciendo esto y llorando con amarguísima contrición de mi corazón, cuando he aquí que de la casa inmediata[83] oigo una voz como de un niño o niña, que cantaba y repetía muchas veces: *Toma y lee, toma y lee*. Yo, mudando de semblante, me puse luego al punto a considerar con particularísimo cuidado si por ventura los muchachos solían cantar aquello o cosa semejante en alguno de sus juegos; y de ningún modo se me ofreció que lo hubiese oído jamás. Así, reprimiendo el ímpetu de mis lágrimas, me levanté de aquel sitio, no pudiendo interpretar de otro modo aquella voz, sino como una orden del cielo, en que de parte de Dios se me mandaba que abriese el libro de las Epístolas de San Pablo y leyese el primer capítulo que casualmente se me presentase. Porque había oído contar del santo abad Antonio, que entrando por casualidad en la iglesia al tiempo que se leían aquellas palabras del Evangelio: *Vete, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y después ven y sígueme*; él las había entendido como si hablaran con él determinadamente y, obedeciendo a aquel oráculo, se había convertido a Vos sin detención alguna. Yo, pues, a toda prisa volví al lugar donde estaba sentado Alipio, porque allí había dejado el libro del Apóstol cuando me levanté de aquel sitio. Tomé el libro, lo abrí y leí para mí aquel capítulo que primero se presentó a mis ojos, y eran estas palabras: *No en banquetes ni embriagueces, no en vicios y deshonestidades, no en contiendas y emulaciones, sino revestíos de Nuestro Señor Jesucristo, y no empleéis vuestro cuidado en satisfacer los apetitos del cuerpo*.

---

[83] Hoy día se conserva en Milán la tradición de que el huerto donde San Agustín oyó la voz del cielo que refiere aquí es el mismo que tiene ahora la iglesia de San Ambrosio, o por lo menos éste es parte de aquél; y que la capilla que se llama de San Remigio está en el mismo sitio en que se hallaba San Agustín cuando oyó aquella voz.

No quise leer más adelante, ni tampoco era menester, porque luego que acabé de leer esta sentencia, como si se me hubiera infundido en el corazón un rayo de luz clarísima, se disiparon enteramente todas las tinieblas de mis dudas[84].

30. Entonces cerré el libro, dejando metido un dedo entre las hojas para anotar el pasaje, o no sé si puse algún otro registro, y con el semblante ya quieto y sereno, le significué a Alipio lo que me pasaba. Y él, para darme a entender lo que también le había pasado en su interior, porque yo estaba ignorante de ello, lo hizo de este modo. Pidió que le mostrase el pasaje que yo había leído, se lo mostré y él prosiguió más adelante de lo que yo había leído. No sabía yo qué palabras eran las que seguían; fueron éstas: *Recibid con caridad al que todavía está flaco en la fe*. Lo cual se lo aplicó a sí y me lo manifestó. Pero él quedó tan fortalecido con esta especie de aviso y amonestación del cielo, que sin turbación ni detención alguna se unió a mi resolución y buen propósito, que era tan conforme a la pureza de sus costumbres, en que había -173- mucho tiempo que me llevaba él muy grandes ventajas. Desde allí nos entramos al cuarto de mi madre, y contándole el suceso como por mayor, se alegró mucho desde luego, pero refiriéndole por menor todas las circunstancias con que había pasado, entonces no cabía en sí de gozo, ni sabía qué hacerse de alegría; ni tampoco cesaba de bendeciros y daros gracias, Dios mío, que *podéis darnos mucho más de lo que os pedimos y de lo que pensamos*, viendo que le habíais concedido mucho más de lo que ella solía suplicaros para mí por medio de sus gemidos y afectuosas lágrimas. Pues de tal suerte me convertisteis a Vos, que ni pensaba ya en tomar el estado del matrimonio ni esperaba cosa alguna de este siglo, además de estar ya firme en aquella regla de la fe, en que tantos años antes[85] le habíais revelado que yo estaría. Así *trocasteis su prolongado llanto en un gozo mucho mayor que el que ella deseaba, y mucho más puro y amable que el que ella pretendía en los nietos carnales que de mí esperaba*.

---

[84] Esta maravillosa conversión de San Agustín, que ha sido de tanta utilidad para la Iglesia, sucedió hacia los fines de agosto o principios de septiembre del año 386. Porque el mismo Santo dice más abajo (lib. IX, cap. II) que desde aquel lance hasta las vacaciones (*de las vendimias*, que serían por octubre) no faltaban más que veinte días. Por lo cual no sé qué causa tendría el autor del Martirologio Romano para poner la Conversión de San Agustín en el día 5 de mayo.

[85] Hace aquí alusión el Santo a la visión que tuvo su madre, Santa Mónica, el año 373 ó 374, en la cual se le representó una regla en que ella y su hijo estaban, como refirió el santo doctor en el lib. II, cap. XI, núm. 20.

-174-

Libro IX

Vase Agustín con su madre y los demás compañeros a la quinta de Verecundo. Renuncia a la cátedra de retórica y se ocupa en escribir libros. Después, a su tiempo vuelve e Milán, donde con Alipio y Adeodato recibe el bautismo. Desde allí dispone volverse a África en compañía de su madre y de los demás. Después refiere la vida de su santa madre y su muerte, acaecida en el puerto de Ostia. Finalmente cuenta piadosa y elegantemente su sentimiento y llanto, como amante y buen hijo de tal madre

Capítulo I

Reconociendo Agustín su miseria, alaba la suma bondad de Dios

1. *Yo, Señor*, puedo decir con David, *soy vuestro siervo; yo soy vuestro siervo, e hijo de una sierva vuestra. Ya que habéis hecho pedazos mis prisiones, quiero por tan grande beneficio tributaros sacrificios de alabanzas*. Alábeos mi corazón y mi lengua, y todos mis sentidos y potencias digan: *Señor, ¿quién hay semejante a Vos?* Y Vos, Señor, dignaos respondedme, *decid a mi alma: Yo soy tu salud*.
¿Quién soy yo y qué tal he sido? ¿Qué les ha faltado de iniquidad a mis obras, cuando no a mis obras, a mis palabras, cuando no a mis palabras, a los deseos y afectos de mi voluntad? Pero Vos, Señor, conmigo procedisteis como bueno y misericordioso: vuestra mano me fue tan favorable y poderosa, que me sacó de lo profundo de la muerte en que estaba sumergido y agotó la maldad de mi corazón, que estaba hecho un abismo de corrupción e iniquidad. Todo esto se reducía a que yo no quisiese ya lo que antes quería, y quisiese lo que Vos queríais. Pero durante toda aquella multitud de años, ¿dónde estaba mi libre albedrío?, ¿de qué profundo y escondido seno hube de sacarlo repentinamente, Redentor y favorecedor mío Jesucristo, para que libre y voluntariamente sujetase mi cerviz a *vuestro suave yugo* y mis hombros a vuestra ligera carga?
¡Oh, cuán dulce y gustoso se me hizo repentinamente el carecer de unos deleites que no eran más que simplezas y vanidades! Pues si antes me daba susto el perderlas, después me daba gusto el dejarlas. Porque Vos, Señor, que sois la verdadera y suma delicia, las echabais fuera de mi alma; y no

solamente las echabais fuera, sino -175- que en su lugar entrabais Vos, que sois dulzura soberana y superior a todos los deleites, aunque imperceptible por los sentidos de la carne y de la sangre; entrabais Vos, que sois más claro, hermoso y transparente que toda luz, aunque más escondido y secreto que todo cuanto hay secreto y escondido; entrabais Vos, que sois más excelso, sublime y elevado que todos los honores, aunque no para aquéllos que se tienen por grandes en sí mismos.

Ya mi alma se veía libre de los cuidados que causa la ambición de las dignidades, la codicia de los intereses, el deseo de saciar sus apetitos y de hallar medios con que avivarlos y excitarlos a los deleites sensuales; y sólo me gustaba hablar de Vos, que sois mi gloria, mis riquezas, mi salud, mi Dios y mi Señor.

Capítulo II

Dilata Agustín renunciar la cátedra de retórica hasta que llegasen las vacaciones del tiempo de la vendimia

2. También determiné, habiéndolo considerado delante de Vos, que me convenía dejar la cátedra de retórica que regentaba, pero no luego al punto y arrebatadamente, sino irme poco a poco retirando de aquella ocupación, en que con el ministerio de mi lengua hacía comercio de la locuacidad, para que de allí adelante no comprasen de mi boca las armas de la elocuencia jóvenes estudiantes, que en lugar de aprovecharse de ellas para la observancia y cumplimiento de vuestra ley y para conservar vuestra paz, habían de emplearlas en cavilaciones engañosas explicando su furor en las contiendas de los tribunales.

A esta mi determinación favorecía la oportunidad, pues faltaban ya pocos días para las vacaciones de las vendimias. Resolví aguardar aquel poco tiempo para retirarme pública y solemnemente, y no volver a vender mi enseñanza y doctrina, después que me había rescatado vuestra gracia.

Este mi designio era solamente manifiesto a Vos y a los amigos y familiares que vivían conmigo, pero respecto a los demás estaba reservado. Todos nosotros habíamos convenido en que no se divulgase nuestro intento; no obstante que Vos, Señor, a los que ya íbamos *subiendo desde este valle de*

lágrimas[86], y cantando alegremente el *Cántico de los grados*, que cantan los que suben hacia Vos, nos habíais armado y prevenido de las *saetas agudas y encendidas ascuas* que sirven para resistir a las *lenguas engañosas* de los falsos -176- amigos, que so color de dar consejo se oponen a nuestros buenos intentos, y con pretexto de amarnos nos destruyen, así como acostumbra la lengua hacer con el manjar, que por quererlo, lo deshace y consume.

3. Las saetas de vuestro amor y caridad habían traspasado ya mi corazón, y tenía atravesadas vuestras palabras en lo íntimo de mi alma; además de eso, los ejemplos de vuestros fervorosos siervos, que vuestra gracia había hecho pasar de las tinieblas a la luz y de la muerte a la vida, reunidos todos en el seno de mi memoria e imaginación, eran como unas brasas encendidas que quemaban y consumían todo el material pasado de los afectos terrenos, para que su gravedad no me arrastrase a las cosas de este mundo: ardía ya en mi corazón tan activo fuego, que cualquier aire de contradicción que saliese de semejantes bocas y lenguas engañosas más pudiera servir para avivarlo que para extinguirlo.

Por otra parte, siendo la santidad de vuestro nombre tan conocida y alabada en todo el mundo, es cierto que aquel buen deseo y determinación que habíamos tomado, tendría también muchos que lo alabasen y aplaudiesen: así podría parecer especie de jactancia no aguardar aquel poco tiempo que faltaba para las vacaciones, sino antes de que llegasen, renunciar a la cátedra y retirarme enteramente de aquella mi profesión de retórica, que era pública y patente a los ojos de todos. Esto sería llamar la atención de los que vieran el hecho de mi renuncia y dimisión, dándoles motivo para que hablasen mil cosas y dijesen que determinadamente lo había anticipado a las vacaciones, que estaban tan próximas, para que se hablase de mí y fuese reputado por persona de provecho o por un grande hombre. ¿Y qué necesidad tenía yo de darles motivo de hablar así, de que se pensase de mí con variedad, de que se disputase sobre mi intención y se hablase mucho y mal de nuestro bien?

---

86 Alude el Santo doctor ya al salmo LXXXIII, 7, donde se dice: *Beatus vircujus est auxilium abs te, ascensiones in conde suo disposuit, in valle lacrymarum*; ya también al salmo CXIX, que es el primero de los quince que se llaman graduales, y son los que componen el *Cántico de los grados* que dice aquí San Agustín, y yo he traducido para explicarlo más, el *cántico de los grados, que cantan los que suben hacia Vos*, porque acostumbraban cantarse subiendo las quince gradas que tenía el templo de Salomón; cuya subida figuraba la que hacen los hombres de virtud en virtud para irse acercando a Dios, y en esto se ocupaban Agustín y sus compañeros entonces. También es verosímil que por aquel tiempo los rezase muchas veces con sus compañeros después de haberse convertido; y esto es lo que da a entender todo este pasaje, como dice Wangnereck.

4. Fuera de que también en aquel mismo verano experimentaba que el pulmón se me había comenzado a fatigar y ceder a mi excesiva aplicación y trabajo; con la difícil respiración y dolores del pecho significaba estar algo lastimado, por manera que no me dejaba hablar en voz alta ni por mucho tiempo. Eso al principio me dio algún cuidado, viéndome casi obligado ya por necesidad a dejar la carga de enseñar la retórica, o a lo menos a interrumpir por algún tiempo la enseñanza, mientras procurase curarme y convalecer. Pero bien sabéis, Dios mío, que luego que en mi corazón nació y se confirmó aquel deseo de dejarlo todo y entregarme únicamente a Vos y a meditar que Vos sois mi Dios y mi Señor, comencé también a alegrarme, por tener esta excusa verdadera con que templar el sentimiento de los hombres, que por el amor de sus hijos no querían que yo me viese nunca libre de la obligación y cargo de enseñarlos.

Lleno, pues, de esta alegría, iba aguantando aquel espacio de tiempo, hasta que se acabase de pasar, que no sé si eran veinte días cabales los que faltaban; pero los toleré constantemente, pues aunque ya me había dejado la codicia, que era la que me ayudaba a llevar aquel pesado empleo, sucedió la paciencia en su lugar a darme fuerzas para que el peso no me oprimiese enteramente llevándolo yo solo.

Puede ser que algunos de vuestros siervos y hermanos míos digan -177- que hice mal y pequé en aguardar aquel poco tiempo, que teniendo ya mi corazón lleno de deseos y determinaciones de seguir la milicia cristiana, no debía haber permanecido ni estar sentado siquiera por una hora en la cátedra de la mentira.

No porfío sobre esto. Pero vuestra infinita misericordia, Dios y Señor mío, ¿no me ha perdonado ya también este pecado, justamente con todos los demás, tan horrendos y mortales, en las santas aguas del Bautismo?

Capítulo III

Cómo Verecundo le cedió a Agustín una casa de campo en que viviese mientras llegaba el tiempo de recibir el Bautismo

5. Verecundo, muy amigo nuestro, que estaba casado con una cristiana, aunque él no era cristiano todavía, sabiendo nuestro buen propósito y la resolución que habíamos tomado, se consumía de pena y sentimiento, porque veía que le era forzoso privarse de nuestra compañía por la multitud de sus negocios e impedimentos, de que no podía desprenderse y desembarazarse; y

especialmente porque, siendo casado, era la mujer una corma que le oprimía y estorbaba mucho, más que todo, el poder seguir nuestro camino y abrazar el género de vida que habíamos comenzado. Además de esto, él decía que no quería ser[87] cristiano, sino de aquel modo que para él no era posible. Pero nos ofreció con toda benignidad y franqueza una casa de campo que tenía, para que la habitásemos todo el tiempo que nos habíamos de detener en Milán.

Dignaos, Señor, pagarle esta buena obra en la resurrección de los justos, supuesto que ya le concedisteis ser contado entre ellos. Pues cuando estábamos ya en Roma, aunque ausente de nosotros, se hizo cristiano en una enfermedad que padeció, y partió de esta vida marcado con el sello de la fe, en lo cual, Señor, no solamente tuvisteis misericordia de él, sino también de nosotros, para que no fuésemos continua y cruelmente atormentados por la pena y dolor intolerables de no poder contar en nuestro rebaño a un tal amigo, que tan generosa y excelentemente se había portado con nosotros.

Gracias a Vos, Señor, que somos de los vuestros, como lo dan a entender las mismas exhortaciones que nos hacéis y los mismos consuelos que nos dais. Como tan fiel en vuestras promesas, esperamos que por aquella heredad que nos cedió Verecundo, llamado Casiciaco, en la que descansamos en Vos de las fatigas del siglo, después de haberle perdonado los pecados que cometió en este mundo, le daréis la eterna amenidad de vuestro paraíso que nunca se marchita, por estar colocado en aquel monte pingüe, monte vuestro, monte fertilísimo.

6. Angustiábase, pues, con nuestra determinación el amigo Verecundo, pero se alegraba extremadamente Nebridio. Porque si bien éste tampoco era cristiano todavía, y cayera antes en el pernicioso -178- error de creer que el cuerpo de vuestro Hijo, que es la verdad por esencia, era aparente y fantástico[88], no obstante, ya había salido de él, bien que permanecía sin recibir sacramento alguno de los preparatorios[89] que usa vuestra iglesia, con todo de

---

87 No quería Verecundo abrazar el Cristianismo, sino siguiendo aquel método de vida que Agustín y los suyos habían proyectado, y libre de la compañía de su mujer; y como esto no podía ser viviendo ella, por eso decía que no quería ser cristiano sino de un modo que no le era posible.

88 Ya se dijo en el libro V*, cap. X, que uno de los errores de los maniqueos era negar que Cristo hubiese tomado verdadero cuerpo; error que ellos tomaron de otros herejes más antiguos, y particularmente de los docetas.

[«libro IX» en el original (N. del E.)]

89 Llámanse sacramentos preparatorios para el Bautismo los exorcismos, las señales de la cruz que se hacían sobre los catecúmenos, la sal misteriosa que se les daba, todo lo cual

ser grandísimo y vigilantísimo indagador de la verdad. Poco después, empero, de nuestra conversión y regeneración por vuestro santo Bautismo, se hizo también él católico cristiano y, vuelto al África, vivió entre sus parientes, observando continencia y castidad perfecta, habiendo hecho cristianos a todos los de su casa, cuando fuisteis servido de sacarle de esta vida, y ahora vive en el seno de Abraham.

Sea lo que fuere lo que se entiende y significa por aquel seno[90], en él vive mi Nebridio, allí vive mi dulce amigo, a quien Vos, Señor, primeramente sacasteis de la sujeción de esclavo[91] y después le hicisteis hijo adoptivo vuestro. Porque ¿qué otro lugar correspondía a un alma como la suya? Ahora, pues, vive él en aquel seno, acerca del cual solía él preguntarme muchas cosas siendo yo un hombrecillo ignorante y sin experiencia de ellas. Ya no aplica sus oídos a mi boca para escuchar mis respuestas, sino que, como eternamente bienaventurado, pone la boca de su alma a la fuente inagotable de la vida, que sois Vos, y bebe cuanto quiere y cuanto puede de vuestra infinita sabiduría. Pero juzgo que por mucho que se embriague bebiendo sin cesar de ella, no se ha de olvidar de mí, cuando Vos, Señor, que sois esa misma fuente de que él bebe, os acordáis de mí.

Así, pues, nos hallábamos entonces, por una parte consolando a Verecundo, que sin faltar a la amistad se entristecía del método de vida que abrazábamos por nuestra conversión; y al mismo tiempo exhortándole a que abrazase vuestra fe y os sirviese en aquel grado que le correspondía, esto es, en el mismo estado del matrimonio en que se hallaba; mientras por otra parte aguardábamos que nos acompañase Nebridio, que facilísimamente podía ejecutarlo y estaba ya para hacerlo sin demora. Con esto se pasaron finalmente aquellos días, que se me hicieron largos y muchos por el deseo que tenía de verme desocupado para cantaros con todas las potencias de mi

---

por ser cosas sagradas y misteriosas pueden llamarse sacramentos preparatorios, que es la frase con que también se explica el padre J. M.

[90] San Gregorio Nacianceno en la oración fúnebre de San Cesáreo dice lo mismo, y casi con las mismas palabras que San Agustín: *Vos*, dice, *descansáis en el seno de Abraham; sea lo que fuere aquel lugar feliz*.

[91] El Santo dice de Nebridio, que por Dios fue hecho *ex liberto filius*, en lo cual alude a las leyes de los romanos, que les permitían hacer de sus esclavos, *libertos* o libres (que no hay en castellano otra voz con que poder significarlo de una vez); y a éstos podían imponerles sus mismos nombres honrosos, contarlos entre su familia y hacerlos herederos de sus bienes en todo o en parte. Como a Nebridio le sacó Dios del error y servidumbre del demonio, que le tenía como esclavo, fue esto hacerle *liberto* o libre por el Bautismo; fue hecho de *liberto* hijo adoptivo, porque por la gracia consiguió la adopción de los hijos de Dios y herederos de su gloria.

alma: *Señor, mi corazón os ha dicho que yo he buscado la luz de vuestro rostro: vuestro rostro, Señor, he de buscar*.

-179-

Capítulo IV

De los libros que escribió, después de retirado con todos los suyos a la dicha heredad de Casiciaco; de las cartas a Nebridio; afectos que experimentaba leyendo los Salmos, y cómo sanó milagrosamente de un vehementísimo dolor de dientes

7. Llegó, por fin, el día en que efectivamente había de exonerarme del empleo de maestro de retórica, como ya lo estaba con la intención y la voluntad. Efectuose la dimisión de dicho empleo, con lo cual sacasteis a mi lengua de las prisiones y grillos de que habíais sacado mi corazón; y yo, lleno de gozo y dándoos muchas gracias por ello, me retiré a la quinta de Verecundo con todos los amigos[92].

Los libros que allí compuse, ya de las materias que trataba y controvertía con mis compañeros, ya conmigo[93] solo y en presencia vuestra, y las cartas que escribí a Nebridio, que estaba ausente, testifican la clase de estudios en que me ocupaba entonces, pues todas aquellas obras las escribí y ordené a vuestro servicio, no obstante que conservan todavía algún resabio de la escuela de la vanidad, lo cual puede compararse con aquel jadear o difícil respiración del que va corriendo, que le dura aun después de estar parado.

Pero ¿qué tiempo bastaría para que yo refiriese por menor los grandes beneficios que Vos me hicisteis en todo aquel tiempo, especialmente metiéndome mucha prisa en el deseo de llegar a referir otras mayores mercedes? Porque me está llamando y me deleita verdaderamente el

---

92 A la quinta Casiciaco, que era propia de Verecundo acompañándole su madre, Alipio y otros, entre los cuales se han de contar su hijo Adeodato, Navigio su hermano; Trigecio y Licencio, paisanos y discípulos suyos; Lastidiano y Rústico, sus primos, y también Evodio, como él mismo dice en los libros *De Ordine*, *De Vita beata* y *Contra Académicos*. Durante su estancia en Casiciaco fue cuando vio el monasterio que había fuera de Milán, de donde volvió muy edificado del método de vida que tenían aquellos solitarios, como él refiere en el libro *De moribus Eccles.*, 33.

93 Los primeros de que el Santo habla son los que acabo de nombrar en la nota anterior; estos segundos, que dice los compuso hablando consigo mismo, fueron los *Soliloquios*, que los escribió inmediatamente después de los otros citados.

acordarme, Señor, y publicar ahora con qué interiores estímulos domasteis mi ferocidad, de qué modo allanasteis en mí los montes y collados de mis altivos pensamientos, enderezasteis mis caminos torcidos y suavizasteis los ásperos y fragosos; de qué modo también a Alipio, hermano de mi corazón, le sujetasteis al nombre de vuestro unigénito Hijo, nuestro Señor y Salvador Jesucristo, cuyo nombre no quería él antes que sonase en mis escritos, gustando más de que oliesen a las soberbias doctrinas de los filósofos, cedros[94] que el Señor había quebrantado, que a las saludables hierbas de las doctrinas sagradas, cuya virtud ahuyenta las serpientes ponzoñosas.

8. ¡Qué voces os daba yo, Dios mío, cuando hallándome desocupado en aquella quinta, no obstante ser todavía catecúmeno, rudo -180- y bisoño en amaros con verdadero amor, acompañado de Alipio, que era también catecúmeno, y de mi madre, que era por el traje mujer, por la fe varonil, por su ancianidad segura, por su maternidad amorosa, por su piedad muy cristiana, me ocupaba en leer los Salmos de David, cánticos llenos de las verdades de nuestra fe, cantares que inspiran piedad y devoción y excluyen todo espíritu de soberbia y vanidad! ¡Qué voces os daba yo, Señor, leyendo aquellos salmos, y cómo ellos me inflamaban en vuestro amor y encendían en vivísimos deseos de irlos publicando por todo el mundo, si me fuera posible, contra la hinchazón y soberbia del género humano! Bien sé que ya se cantan en todo el universo, verificándose en esto también que *no hay quien se esconda de vuestro calor y luz*.

¡Con cuán vehemente y vivo sentimiento me indignaba contra los maniqueos, porque tan locamente procedían contra aquel antídoto que podría curar las dolencias de su alma!, aunque por otra parte me daba lástima que ignorasen aquellos misterios, que eran las medicinas más conducentes a su salud. Quisiera que hubieran estado allí, en un sitio inmediato, que sin saberlo yo, hubieran visto entonces mi semblante y oído las voces que daba para explicar los sentimientos y afectos que en mi alma había producido la lectura del cuarto salmo, cuando leí en el tiempo y lugar que he dicho repitiendo estas palabras: *Luego que comencé a invocaros, Dios mío, principio y causa de toda mi justicia, luego al punto fue mi súplica bien oída y despachada de Vos; cuando me estrechaban las tribulaciones, me desahogasteis colocándome en espaciosas anchuras. Tened, Señor, misericordia de mí y concededme lo que os pido en mi oración*. ¡Ojalá que ellos hubieran oído todas las cosas que yo entonces mezclé entre estas

---

94 Llama cedros a los filósofos para significar la soberbia y vanidad de sus doctrinas, por la mucha altura y elevación que tienen los cedros; dice que el Señor los había ya quebrantado para significar que ya no le llevaban la atención ni hacía caso de ellos, y alude a lo del salmo XXVIII, 5: *Et confringet Dominus cedros Libani*.

palabras! Pero lo habían de haber oído, sin saber yo que me oían, para que no juzgasen que lo decía porque ellos me escuchaban. Porque, a la verdad, ni yo hubiera acertado a decir tan buenas cosas, ni las hubiera dicho de aquel modo y con tan vivos afectos si conociera que ellos me estaban viendo y escuchando. Y dado caso que las hubiera dicho, y del mismo modo, ellos no hubieran sacado de mis palabras tanto provecho como diciéndolas yo a mis solas y hablando conmigo mismo en presencia vuestra, movido sólo del natural afecto de mi alma.

9. Bien sabéis, Padre amantísimo, que me horroricé temiendo vuestra justicia y también me enfervoricé esperando y alegrándome mucho en vuestra misericordia, que estos mismos afectos se me salían por los ojos y boca cuando en el mismo salmo leí aquellas palabras que dice vuestro Espíritu Santo hablando con nosotros: *Hijos de los hombres, ¿hasta cuándo habéis de tener tan pesado y terreno el corazón? ¿Para qué amáis la vanidad y buscáis la mentira?* Porque yo me hallaba comprendido en esto, pues había amado la vanidad y buscado la mentira; por eso ignoraba lo que allí dice el Profeta, esto es, que Vos, Señor, ya habíais glorificado a vuestro Santo, resucitándole de entre los muertos y colocándole a vuestra diestra, para que desde allí enviase al divino consolador, Espíritu de verdad, según lo había prometido, y como efectivamente ya le había enviado. Ya le había enviado, porque ya él había sido glorificado, resucitando de entre los muertos y subiendo a los cielos; que si *hasta* -181- *entonces el Espíritu Santo no había sido dado, era porque Jesucristo no había sido hasta entonces glorificado*.

El Real Profeta clamaba: *¿Hasta cuándo habéis de tener pesado el corazón? ¿Para qué amáis la vanidad y buscáis la mentira?* Sabed que el Señor ha glorificado ya a su *SANTO*[95]. Primero clama diciéndonos: *¿Hasta cuando?* Después vuelve a clamar y decirnos: *Sabed*. Y yo, que fui por tanto tiempo ignorante, que amé la vanidad y busqué la mentira, por eso me estremecí todo al oír aquellas palabras, por acordarme muy bien de que yo había sido tal como aquéllos a quienes se dirigían. Porque en aquellos fantasmas que yo había abrazado en lugar de la verdad no había otra cosa que vanidad y mentira. Por eso dije entonces muchas sentencias graves y fuertes hasta en el modo de decirlas, por el sentimiento y dolor que me causaba acordarme de aquellas cosas. ¡Ojalá que las hubieran oído los que todavía perseveran amando la vanidad y buscando la mentira! Puede ser que al oírme se hubieran conmovido tanto, que llegasen a vomitar aquel veneno, y Vos, Señor, los hubierais atendido cuando clamasen a Vos y confesasen que padeció por nosotros verdadera

---

95 *A vuestro Santo*, esto es, a Cristo, que es por antonomasia el *Santo*, y el Santo de los santos.

muerte en un cuerpo real y verdadero. El mismo que ahora *os ruego y pide por nosotros*.

10. Allí también leía: *Servíos de vuestra ira para no pecar*. Esto, Dios mío, ¡cuánto me conmovía, por haber aprendido ya a enojarme contra mí por mis pasados desórdenes, para no volver a pecar en adelante! Y era justo enojarme contra mí, porque estaba plenamente convencido de que no era otra naturaleza del linaje de las tinieblas, distinta de la mía, la que pecaba en mí, como enseñaban aquéllos que no se irritan ni enojan contra sí mismos, pero *van atesorando contra sí enojos para el día de la ira*, que es el día de la manifestación de vuestro justo juicio.

Tampoco miraba ya estas cosas exteriores, como si fueran los verdaderos bienes a que debía aspirar, ni buscaba mi felicidad en estas cosas visibles a los ojos corporales y que se registran con la luz del sol. Porque aquellos herejes, que querían ser felices gozando de estas cosas corpóreas y exteriores, con facilidad se ven burlados y se vuelven inútiles y vanos sus deseos; como derrumban su corazón y lo entregan totalmente a estas cosas visibles que duran poco y las consume el tiempo, no tienen más recurso que estar como lamiendo con la lengua de su hambrienta imaginación las especies o imágenes que de aquellas cosas han quedado en ella. Ojalá que, siquiera acosados del hambre, llegasen a decir: *¿Quién nos manifestará los bienes sólidos y verdaderos?*, para que entonces les digamos que atiendan al Real Profeta, que dice: *Señor, la luz de vuestro divino rostro está grabada en nuestro corazón*. Porque nosotros no somos aquella *luz que alumbra a todos los hombres*, sino que somos iluminados de Vos, para que *los que antes éramos tinieblas, seamos luz en Vos*.

¡Oh, si ellos vieran en su interior aquel bien eterno que yo había comenzado a gustar! Me deshacía y consumía considerando que me era imposible hacérselo ver a ellos, aunque me preguntaran y dijeran: -182- *¿quién nos manifestará los verdaderos bienes?*, mientras me presentasen un corazón como el suyo, que sólo cree y asiente al informe de sus ojos, y busca solamente los bienes fuera de Vos. Porque allá en lo más íntimo de mi alma, donde yo me enojé contra mí mismo[96], donde sentí una verdadera compunción, donde os había ofrecido y sacrificado mis antiguas costumbres, y esperando en vuestra gracia había comenzado a pensar en hacer vida nueva; allí mismo fue donde Vos, Señor, comenzasteis a darme a conocer vuestra dulzura y *a llenar mi corazón de alegría*.

Al mismo tiempo que con los ojos del cuerpo iba leyendo estas cosas y con los de mi espíritu las iba conociendo, prorrumpía en varias exclamaciones,

[96] Habla del enojo que concibió contra sí, después de haber oído toda la relación de Ponticiano, como se dijo en el libro VIII, capítulo VII.

ordenadas a no querer dividir mi corazón, amando la diversidad y multitud de los bienes terrenos, en que precisamente había de gastar yo tiempo, y los tiempos me gastarían a mí; siendo así que hallaba y tenía en la simplicidad de un bien eterno otra suerte de *pan, vino y aceite* que alimenta eternamente las almas.

11. También, cuando leía el verso que se sigue, exclamaba desde lo más profundo de mi corazón, diciendo aquellas palabras: *¡Oh paz!, ¡oh inalterable descanso!* O lo que expresa el Profeta con decir: *¡En su paz y descanso dormiré y gozaré de un consuelo delicioso!* Porque ¿quién se nos opondrá, cuando llegue a cumplirse aquella sentencia que consta en la Escritura: *Quedó la muerte aniquilada y convertida en victoria*?[97]. Vos, Señor, sois ese mismísimo Ser, que nunca puede mudarse; y en Vos es donde se halla este descanso perfecto que hace olvidar todos los trabajos, pues Vos sois el único que me establecisteis y disteis seguridad en aquella esperanza que mira a Vos solamente y no aspira a conseguir esa varia multitud de cosas que no son lo que Vos sois.

Estas cosas leía en aquel salmo, y leyéndolas me enardecía, pero no hallaba cómo darme a entender a aquellos herejes tan sordos como muertos, de cuya pestífera secta había sido yo antes, cuando poseído de aquella amargura y ceguedad había ladrado contra las Sagradas Escrituras, que comunican una dulzura que es como una miel del cielo y una luz y resplandor que es vuestra misma luz; por eso me abrasaba la ira, me consumía el enojo de que hubiese quien contradijese a tan divina Escritura.

12. ¿Cuándo podré recordar ni referir todos los beneficios y dulzuras que experimentó mi alma en aquellos días que estuvimos allí desocupados? Pero no tengo olvidado ni quiero pasar en silencio el riguroso azote con que me castigó vuestra justicia y la admirable prontitud con que me remedió vuestra misericordia. Dispusisteis, Señor, que me acometiese un gran dolor de dientes, que me mortificaba sobremanera, y habiéndose agravado tanto que ya no podía hablar, se me ofreció al pensamiento el pedir a todos mis amigos que me acompañaban, que rogasen por mí a Vos, que sois Dios y Señor de toda la salud. Escribí esto en una tabla encerada y se la di a ellos para que lo leyesen. Y lo mismo fue ponernos de rodillas para haceros la súplica, que desaparecer enteramente aquel dolor. Pero -183- ¡qué dolor era!, ¡y qué repentinamente desapareció! Confieso, Dios y Señor mío, que me quede atónito y espantado, porque en toda mi vida no había experimentado semejante cosa. Este admirable suceso grabó en mi corazón la idea que yo debía formar de la eficacia de vuestro poder; y alegrándome mucho de la fe

[97] San Agustín lee aquí *victoriam*.

que ya tenía en Vos, alabé vuestro santo nombre. Pero esta misma fe no me dejaba tener seguridad y quietud a vista de mis pecados anteriores, que todavía no se me habían perdonado por medio de vuestro santo Bautismo.

Capítulo V

Consulta con San Ambrosio sobre qué Libros Sagrados le sería más conveniente leer

13. Concluido el término de aquellas vacaciones, avisé a los magistrados de Milán que proveyesen a sus estudiantes de otro maestro de retórica, ya porque había determinado ocuparme en vuestro servicio, ya porque no podía continuar en aquel ministerio a causa de la difícil respiración y dolor que padecía en el pecho. También escribí al santo prelado Ambrosio mis pasados errores y extravíos, y los buenos deseos con que al presente me hallaba, a fin de que me dijese cuáles de vuestros Libros Sagrados me convendría más leer, para mejor disponerme a prepararme a recibir dignamente una tan grande gracia como la del Bautismo. Él me mandó que leyese al profeta Isaías, y creo que lo hizo así porque entre los demás profetas éste es el que anuncia con mayor claridad la doctrina del Evangelio y la gracia de la vocación de los gentiles. Pero yo, no habiendo entendido bien lo que leí la primera vez en Isaías, y creyendo que todo lo demás estaría oscuro para mí y tan dificultoso de entender como lo primero, dejé de continuar en aquella lectura con ánimo de volver a ella cuando estuviese más hecho al estilo y lenguaje de la Sagrada Escritura.

Capítulo VI

Vuelve Agustín a Milán, y en compañía de Alipio y Adeodato recibe el sagrado Bautismo

14. Habiendo llegado el tiempo en que debía inscribirse mi nombre en el catálogo de los que estaban admitidos para recibir el Bautismo y se llamaban

competentes[98], dejamos la quinta y nos volvimos a Milán[99]. Alipio quiso también acompañarme en renacer -184- a Vos, para lo cual se había preparado con la grande humildad que requieren vuestros santos Sacramentos, y con tan grave y rigurosa mortificación de su cuerpo, que se atrevió a andar descalzo por aquella tierra de Italia que se hallaba cubierta de hielo, no estando él acostumbrado a eso.

Juntamos también con nosotros al joven Adeodato[100], que era mi hijo natural, fruto de mi pecado; pero Vos, Señor le dotasteis de unas cualidades muy buenas y excelentes. Aún no tenía quince años, y ya se aventajaba en el ingenio a otros muchos que por la edad y literatura pasaban por hombres graves y doctos.

Dones son y beneficios vuestros estos que os confieso, Dios y Señor mío, Creador de todas las cosas, que sois poderosísimo para reformar nuestras deformidades, pues yo en aquel muchacho no tenía otra cosa mía sino el pecado. Porque el que yo le crease, enseñándole vuestro temor y doctrina, Vos, Señor, me lo inspirasteis y no otro alguno: conque dones son y beneficios vuestros estos que os confieso.

Un libro hay mío, que se intitula *Del Maestro*, y Adeodato es aquel interlocutor que habla allí conmigo. Bien sabéis Vos, Señor, que aquellos pensamientos y sentencias que pongo allí en nombre del que introduzco hablando conmigo, todos son verdaderamente de Adeodato, cuando sólo tenia dieciséis años de edad. Pero otras cosas experimenté en él que eran mucho más admirables. Asombrado me tenía aquel ingenio. ¿Y quién sino Vos puede ser el autor de tan grandes maravillas? Bien presto le sacasteis de este mundo; por eso me acuerdo de él ahora con mayor seguridad, sin temer que le suceda alguna desgracia, pues ni en la puericia, ni en la adolescencia,

---

98 En la Iglesia de Milán, y en otras muchas del Occidente, se llamaban *competentes* aquellos catecúmenos que, estando ya suficientemente instruidos, y reconocidos por de buenas costumbres, pretendían el Bautismo. A éstos les inscribían antes de la Cuaresma en un libro de registro que había para este fin: tenían que ir a la iglesia en aquellos días y horas que les señalaban para recibir allí nuevas instrucciones y sujetarse a nuevas experiencias y exámenes. San Agustín hace mención, aunque de paso, en el libro *De Fide et operibus*, de la atención, cuidado y respeto con que él oía y atendía las instrucciones de aquéllos que enseñaban los principios de la Religión cuando pretendía recibir el Bautismo y estaba en el grado de los *competentes*.

99 En el intervalo de tiempo que pasó desde su llegada a Milán hasta la Pascua del año 387, hizo y escribió algunas otras obras que las pasa en silencio: entre ellas fueron la de la *Inmortalidad del alma*, la de la *Gramática*, los principios de los *Tratados de la Dialéctica*, de la *Retórica*, de la *Geometría*, de la *Aritmética*, de la *Filosofía* y *Sobre las categorías*, etc.

100 Adeodato había nacido en el año 372, no teniendo su padre más que dieciocho años de edad; conque venía a tener Adeodato quince años, y su padre treinta y tres.

ni en toda su vida encuentro ni descubro cosa alguna que de ningún modo pueda darme cuidado.
Juntamos, pues, a Adeodato con nosotros, para que en la vida de la gracia fuese nuestro coetáneo y para continuar educándole con arreglo a vuestra ley y doctrina. Finalmente recibimos el Bautismo[101]; y luego al punto se nos quitó aquel cuidado en que nos tenía la memoria de nuestra vida pasada.
Ni me hartaba en aquellos días de la dulzura admirable que causaba en mi alma el considerar vuestra altísima e inescrutable providencia en orden a la salud del género humano. ¡Cuánto lloré también oyendo los himnos y cánticos que para alabanza vuestra se cantaban en la iglesia, cuyo suave acento me conmovía fuertemente y me excitaba a devoción y ternura! Aquellas voces se insinuaban por mis oídos y llevaban hasta mi corazón vuestras verdades, que causaban en mí tan fervorosos afectos de piedad, que me hacían derramar copiosas lágrimas, con las cuales me hallaba bien y contento.

-185-

Capítulo VII

Cómo en Milán comenzó la costumbre de cantarse himnos y salmos en la iglesia. Y cómo fueron hallados los cuerpos de los santos mártires Protasio y Gervasio

15. No había mucho que la Iglesia de Milán había comenzado a practicar este género de ejercicio piadoso, que es de tanto consuelo y edificación para los fieles, los cuales concurrían a él con gran celo y devoción, cantando juntamente con las voces y con los corazones. Habría un año, o poco más, que la emperatriz Justina[102], madre del joven emperador Valentiniano, había dado en perseguir a vuestro siervo Ambrosio, por causa de la herejía de los arrianos con que ella estaba inficionada y seducida; pasaban los fieles las noches en la iglesia, determinados y dispuestos a morir por su obispo y siervo vuestro. Mi madre, vuestra fiel sierva, a quien tocaba la mayor parte

---

101 En 25 de abril del año 387.

102 La emperatriz Justina, que era arriana, perseguía a San Ambrosio porque no había querido ceder a los arrianos una iglesia; y estaba tan enconada contra él, que envió a su casa un asesino para que le matase, al cual, yendo a ejecutar el golpe, se le quedó yerto el brazo y sin movimiento alguno.

del cuidado y consternación que padecían los fieles, era la primera en concurrir también a aquellas vigilias que celebraban, de modo que no vivía sino de sus oraciones. Yo, que todavía estaba frío en la devoción y falto de calor y fervor de vuestro espíritu, no dejaba de conmoverme con el susto y turbación que padecía toda la ciudad. Entonces fue cuando se estableció que cantasen los fieles himnos y salmos, según se acostumbraba ya en las iglesias de Oriente, para entretener y divertir el tedio y la tristeza que pudiera acabar de sobrecoger al pueblo, y desde entonces hasta el día de hoy se ha continuado este piadoso ejercicio, que han adoptado ya casi todas las Iglesias del universo, siguiendo el ejemplo de la de Milán[103].

16. En este mismo tiempo fue cuando en una visión manifestasteis a vuestro santo obispo el lugar donde estaban enterrados los cuerpos de los santos mártires Protasio y Gervasio, que por tantos años habíais conservado incorruptos y escondidos en el secreto de vuestros tesoros, para manifestarlos oportunamente cuando conviniese y reprimir la rabiosa furia de una mujer, que además de eso era emperatriz. Porque habiéndolos descubierto y desenterrado[104], al tiempo de trasladarlos a la basílica ambrosiana con el honor y pompa que correspondía, no sólo quedaban sanos y salvos los energúmenos a quienes mortificaban antes los espíritus inmundos, confesando vuestro poder los mismos demonios, sino que también un ciudadano que había muchos años que estaba ciego, y era muy conocido en toda la ciudad, preguntando el motivo que tenía el pueblo para aquellas demostraciones que hacía de júbilo y regocijo, e informado -186- bien de todo, saltó de contento y rogó al que lo iba guiando que le llevase al paraje por donde pasaba la procesión. Llevado allá, suplicó que le permitiesen tocar con un pañuelo el féretro donde iban los cuerpos de aquellos santos *cuya muerte había sido preciosa en vuestros ojos*. Tocó al féretro el pañuelo, se lo aplicó el ciego a los ojos e inmediatamente recobró la vista. Al instante se divulgó por todas partes la fama de este milagro; al instante resonaron por toda la ciudad vuestras alabanzas públicas y fervorosas; y con esto el ánimo de aquella enemiga del santo obispo Ambrosio, ya que no se extendió ni dilató de modo que consiguiese la santidad de la fe, a lo menos se reprimió y estrechó, cesando de perseguirle con tan gran furor.

---

[103] Éste fue el origen de la costumbre que siguió la Iglesia de Occidente de cantar himnos y salmos. San Ambrosio entonces compuso muchos himnos, que cantaban los fieles en la iglesia; y al mismo tiempo que servían a Dios de alabanza, a ellos les servían de consuelo en la dura y cruel persecución que padecían.

[104] Fue este descubrimiento de los cuerpos de San Gervasio y Protasio a 17 de junio del año 386, según Mr. Tillemont, aunque Baronio lo aplica al año siguiente.

Infinitas gracias os sean dadas, Dios mío. Pero ¿cómo y hasta dónde habéis ido gobernando mi memoria, para que también os alabase y bendijese por estas cosas, que no obstante ser tan grandes y maravillosas, las había olvidado y omitido? Con todo eso, *extendiéndose tanto la fragancia de vuestros olorosos ungüentos y aromas*, no os seguía yo entonces todavía, ni corría[105] tras de Vos. He aquí lo que me daba después más motivo de llorar entre los himnos y cánticos de vuestras alabanzas; en otro tiempo, antes de ahora, como quien suspiraba por Vos, pero ahora desahogado y como quien ya respira con tanta libertad como la que tiene el aire en una casa de heno[106].

Capítulo VIII

De la conversión de Evodio; de la muerte de su santa madre, Mónica, y de la crianza y educación que tuvo desde sus primeros años

17. *Vos, Señor, que hacéis que vivan juntos en una misma casa los que tienen una misma voluntad*, trajisteis a nuestra compañía al joven Evodio[107], que era natural de mi mismo pueblo. El que era agente de los negocios del príncipe se convirtió a Vos y se bautizó antes que nosotros, y dejando el servicio del emperador, se dedicó al vuestro.

Vivíamos, pues, en amigable compañía y con la santa resolución de no separarnos nunca. Buscando un lugar que nos fuese más cómodo y proporcionado para establecernos en él y emplearnos en vuestro servicio, determinamos volvernos a África todos juntos[108]: estábamos en el puerto de Ostia, por donde desemboca el Tíber en el mar, y allí falleció mi madre.

-187-

---

105 Como este suceso fue un año antes de que recibiese San Agustín el Bautismo, por eso dice que todavía no corría él tras la fragancia y aromas que Dios comunicaba a los fieles.

106 Con esta frase me parece quiere significar San Agustín la libertad con que ya *respiraba* su corazón, cuando antes oprimido *suspiraba*.

107 Este Evodio fue después obispo de Uzales, y se hizo muy ilustre por su virtud, por su ciencia y por los muchos y grandes servicios que hizo a la Iglesia. Este mismo es con quien habla San Agustín en el libro *De quantitate animae*, y en los *De libero arbitrio*.

108 En el poco tiempo que se detuvo en Roma, volviendo de Milán para África, escribió un libro *De las costumbres de la Iglesia católica*, otro *De las costumbres de los maniqueos* y el ya citado *De la cuantidad del alma* y los *Del libre albedrío*; de los cuales el segundo y el tercero dice que los concluyó estando ya en África.

Muchas cosas paso aquí en silencio, porque voy muy deprisa para referir otras que no quiero omitir. Aceptad, Dios mío, las alabanzas que deseo daros y la acción de gracias que os doy también en silencio por las innumerables cosas que dejo de referir. Pero no omitiré todas cuantas especies pueda parir mi memoria de aquella sierva vuestra, que me parió a mí, no sólo en cuanto al cuerpo a esta vida temporal, sino también en el espíritu en orden a la eterna. Las cosas que de mi madre voy a referir, fueron dones y gracias vuestras, no suyas, pues ni ella se hizo a sí propia, ni se educó a sí misma.
Vos, Señor, la creasteis, sin que tampoco supiesen su padre ni su madre qué tal sería en lo venidero aquella hija que les había nacido. La recta disciplina de Jesucristo, vuestro unigénito Hijo, régimen que observaba en la casa de sus fieles padres, que era una buena parte de vuestra Iglesia, fue quien la hizo instruirse en vuestro santo temor. Porque, a la verdad, no solía alabar tanto mi madre, Mónica, el cuidado de la suya en orden a su educación y enseñanza, como el de una criada que había muy anciana, la cual en otro tiempo había traído también en brazos a su padre cuando era niño, como suelen las muchachas grandecillas traer los niños en brazos.
En atención a esto, como también por su ancianidad, y las loables costumbres que siempre había practicado en una casa tan cristiana, era muy querida y honrada de los amos.
Por eso también ella cuidaba mucho de las hijas de sus amos, cuya educación le habían encargado. Para reprenderlas, cuando era menester, era áspera con una severidad santa; y para enseñarlas, moderada y suave con prudencia. Así, fuera de aquellas horas en que las niñas tomaban su alimento, muy corto y moderado, en la mesa de sus padres, aunque estuviesen abrasándose de sed, no les permitía beber ni aun agua sola, para que no tomasen alguna mala costumbre, añadiéndoles estas prudentes palabras: *Ahora bebéis agua, porque no tenéis el vino a vuestra disposición; pero cuando lleguéis a estar casadas y seáis dueñas de las bodegas y despensas, os parecerá mal el agua, y la costumbre de beber se os quedará siempre*. Con esta razón que presidía en lo que mandaba, y con la autoridad y poder que tenía para que ejecutasen lo mandado, conseguía refrenar los antojos de aquella edad más tierna, y arreglaba la sed de aquellas niñas a las leyes de la templanza, para que nunca les agradase lo que no fuese decoroso.
18. No obstante todo este cuidado y enseñanza, imperceptiblemente se le introdujo en el corazón a mi madre y sierva vuestra el gusto y afición al vino, como ella misma me lo contaba. Porque en la confianza de que era niña, y que no bebía vino, ella era la que por mandato de sus padres iba regularmente a sacarle de la cuba, y antes de echarlo en la vasija en que lo había de llevar, aplicaba los labios al vaso con que lo sacaba, dando un

pequeño sorbito, porque su paladar mismo repugnaba el beber algo más. Pues no hacía esto en fuerza de alguna pasión que tuviese al vino, sino impelida de ciertos excesillos y antojos de que abunda aquella edad, y se desahogan y explican en unos movimientos como burlescos, los cuales, con el peso y gravedad de los mayores y maestros, suelen contenerse y reprimirse en los ánimos de los muchachos. Así, añadiendo a aquel -188- pequeño sorbo primero otros pequeños sorbos cotidianos (como *el que desprecia lo poco, viene a caer en lo mucho*), llegó a contraer tal costumbre, que ya bebía con gran gusto una copa de vino casi llena.

¿Dónde estaba entonces aquella prudente anciana, y aquella su prohibición severa y rigurosa? Mas ¿por ventura habría alguna cosa que fuese de provecho para curar una enfermedad oculta, si Vos, Señor, que sois el verdadero médico de todos nuestros males, no estuvierais siempre velando sobre nosotros? Así, un día, estando ausente el padre y la madre, y también los que cuidaban de su educación, Vos, Señor, que estáis presente a todos, que nos habéis creado, que nos llamáis en todo tiempo, que hasta por medio de los hombres que son contrarios nos procuráis lo que es bueno para la salud de nuestras almas, ¿qué fue, Dios mío, lo que hicisteis en aquella ocasión?, ¿con qué remedio la curasteis?, ¿con qué medicina la sanasteis? ¿No es cierto, Señor, que os servisteis de aquel fuerte y agudo dicterio que le dijo aquella otra criatura, cuya injuriosa afrenta fue como un hierro cortante y medicinal, que sacasteis de los secretos senos de vuestra providencia, con el cual de un solo golpe cortasteis toda aquella corrupción?

Porque aquel día que ella estaba sola con una criada, que era precisamente la que solía acompañarla cuando iba por el vino, riñeron las dos entre sí, como muchas veces sucede en las casas; la criada le echó en rostro esta mala costumbre que su ama menor tenía, y con un modo áspero y desabrido la insultó llamándola *borrachuela*. Estimulada la niña con esta injuria, abrió los ojos para ver aquella fea costumbre, y desde aquel instante la condenó ella misma y la dejó.

Ello es cierto que así como los amigos adulando nos pervierten, así muchas veces los enemigos injuriando nos corrigen; pero Vos, Señor, les daréis el pago que corresponde a la voluntad e intención que ellos tuvieron, y no el que corresponde a lo que Vos mismo hacéis por medio de ellos. Porque aquella criada, llevada de la ira, no pretendía verdaderamente sanar a su ama menor, sino injuriarla y zaherirla; así fue que aquella reprensión se la dio sin testigos y a escondidas, o porque el lugar y tiempo de la riña casualmente las cogió solas, o acaso recelosa de que a ella le viniese algún daño por no haberlo descubierto antes. Mas Vos, Señor, que gobernáis todas las cosas del cielo y de la tierra, que de todas usáis, haciendo que sirvan al cumplimiento

de vuestra voluntad y dando su debida ordenación, aun a las cosas que desordenadamente siguen el curso perturbado de los siglos, hasta de la misma enfermedad de la una os servisteis para sanar a la otra, conque cualquiera que advierta y reflexione esto, no tendrá motivo para atribuirse a sí mismo el buen efecto que sus palabras hicieron tal vez en otro a quien quería corregir de algún defecto.

Capítulo IX

Continúa Agustín refiriendo las loables costumbres de su madre

19. Siendo, pues, criada mi madre con honestidad y templanza, y hecha por Vos obediente a sus padres, más que hecha por ellos obediente a Vos, luego que cumplió la edad que se requiere para el matrimonio, obedecía y servía al marido que le dieron sus padres, como -189- a su señor: puso gran cuidado en ganarle para Vos, proponiéndole y explicándole vuestro ser y perfecciones, no tanto con sus palabras como con sus costumbres, por las cuales la hicisteis tan hermosa y amable a su marido, que al mismo tiempo le causaba respeto y admiración.

Pero ella toleró de tal suerte las injurias de sus infidelidades, que jamás tuvo por esto la menor desazón con su marido, porque esperaba que vuestra misericordia había de concederle primeramente la fe y después la castidad conyugal. Además de esto, era mi padre por una parte muy benigno y amoroso, por otra muy iracundo y colérico; cuando ella le veía enojado, tenía la advertencia de no contradecirle ni de obra ni de palabra; después, cuando la ocasión le parecía oportuna, y pasado aquel enojo le veía ya sosegado, entonces le informaba bien del hecho, si acaso aquel enojo había nacido de su falta de consideración y de no estar bien informado.

Así, cuando otras muchas matronas, cuyos maridos eran más pacíficos y tratables, traían sus rostros señalados y afeados con cardenales, de los golpes que les daban, en sus conversaciones amigables solían ellas reprender la conducta de sus maridos y mi madre sus lenguas. Recordábales como por chanza, pero en la realidad con mucho juicio, que desde que se les leyeron los contratos matrimoniales, debían considerar que se les había leído una obligación con la que habían quedado hechas criadas de sus maridos; que teniendo esto presente, estando en calidad de criadas, no debían engreírse ni ensoberbecerse contra sus señores. Admirándose ellas (que sabían muy bien cuán feroz marido tenía que sufrir) de que jamás se hubiese oído, ni por

indicio alguno se hubiese rastreado, que Patricio hubiese puesto las manos en su mujer, ni siquiera un día hubiesen tenido alguna disensión; le preguntaban con familiaridad y confianza la causa de todo esto, y ella les enseñaba la conducta que tenía con su marido, que es la misma que dejo insinuada. Las que tomaban su consejo, le daban las gracias por el bien que habían experimentado; y las que no imitaban su conducta, se veían oprimidas y maltratadas.

20. También a puros obsequios y por medio de una continua paciencia y mansedumbre supo vencer el ánimo de su suegra de tal suerte, que siendo así que antes la tenía muy enojada por los chismes de algunas malas criadas, la suegra misma de su propia voluntad se quejó de ellas a su hijo Patricio, le descubrió cuáles eran las que con sus malas lenguas habían sido causa de que ella estuviese mal con su nuera y de que se hubiese perturbado la paz de su casa, y le pidió que las castigase como correspondía. Así, después que él, ya por dar gusto a su madre, ya por cuidar del buen gobierno de su familia, ya por atender a la paz y concordia de dos personas tan suyas como esposa y madre, castigó a las acusadas a satisfacción de su madre, que las había acusado; dijo esta misma a todas las criadas que aquéllos eran los premios que de allí en adelante debía esperar de su mano cualquiera que, juzgando que le agradaba, le fuese a contar algo de su nuera. Y no atreviéndose ya ninguna de ellas a ejecutar tal cosa, vivieron las dos con benevolencia y unión de corazones tan gustosa como memorable.

También Vos, misericordiosísimo Dios y Señor mío, habíais dado a aquella tan buena sierva vuestra, en cuyas entrañas me creasteis, el -190- excelente don de apaciguar luego que podía los ánimos de cualesquiera que estuviesen entre sí reñidos y discordes. Portábase con tal prudencia, que oyendo de ambas partes todas las quejas, desabrimientos y palabras descompuestas que la enemistad colérica e indigesta suele dictar y proferir, cuando con una amiga presente habla otra de su enemiga ausente en confianza, exhalando por sus bocas la crudeza de sus odios y rencores, nunca descubría a las unas lo que había oído a las otras, sino aquello solamente que podía servir para reunirlas y reconciliarlas.

Este don me parecería pequeño si yo mismo no hubiera experimentado con sentimiento de mi alma lo que practican en esta materia innumerables gentes, por haber cundido dilatadísimamente no sé qué horrenda peste de pecados, quienes no solamente acostumbran revelar a los unos airados enemigos lo que los otros enemigos suyos, enojados también, han dicho de ellos, sino que también añaden otras cosas que no han dicho. Debiera ser tan al contrario, que a un hombre que obra conforme a la humanidad habría de parecerle poco el no excitar ni promover las enemistades de los hombres, hablando mal de

unos a otros, si además de esto no procuraba también apagarlas enteramente hablando bien a todos. Esto es lo que mi madre practicaba, siguiendo las ocultas instrucciones que Vos, íntimo maestro suyo, le dictabais en la escuela de su corazón.

21. Finalmente, ganó para Vos a su marido, reduciéndole a la fe algún tiempo antes de que él saliese de esta vida mortal[109]. Desde que se hizo fiel, no le dio a mi madre motivos de llorar los malos procederes con que le había dado que sufrir y tolerar antes de serlo.

Además de esto, era mi madre una mujer dedicada a servir a todos los que os servían[110]. Cualquiera de vuestros siervos que la había conocido os alababa, os reverenciaba y os amaba mucho en ella, porque los frutos de santidad de su inculpable vida testificaban que Vos estabais presente en su corazón.

Había sido mujer de un solo varón; había cumplido todas las obligaciones que tenía para con sus padres; había gobernado su familia y casa con mucha piedad; y las buenas obras que había hecho daban testimonio de la virtuosa conducta que había tenido. Ella, por sí misma, había criado a sus hijos, sintiendo después por ellos los dolores de parto tantas veces cuantas los veía apartarse de vuestros mandamientos.

Últimamente, Señor, ya que por vuestra gracia permitís que os hablemos vuestros siervos, a todos nosotros los que antes del sueño de su muerte vivíamos juntos, y unidos también a Vos, después de recibida la gracia de vuestro Bautismo, de tal suerte nos cuidaba, como si fuera madre de todos; y de tal suerte nos servía, como si cada uno de nosotros fuera su padre.

-191-

Capítulo X

Coloquio de Agustín con su madre, acerca del reino de los cielos

22. Acercándose ya el día en que mi madre había de salir de esta vida, el cual para Vos, Señor, era tan sabido como para nosotros ignorado, sucedió, sin duda disponiéndolo Vos por los medios ininvestigables de vuestra

---

109 La muerte de Patricio fue en el año 371, y habiendo quedado sola, tuvo más proporción para no perder de vista a su hijo Agustín y seguirle a Cartago, a Milán, a Casiciaco y a todas partes adonde él iba, hasta morir en Ostia con él a la cabecera.

110 En estos siervos entiende aquí San Agustín a los que en otras partes llama *santos*, por estar especialmente consagrados a Dios y dedicados a su culto, como los eclesiásticos, los religiosos, las monjas.

providencia, que mi madre y yo estuviésemos solos y asomados a una ventana, desde donde se veía un jardín que había dentro de la casa que habíamos tomado en la ciudad de Ostia, donde, apartados del bullicio de las gentes, pudiésemos descansar de las molestias de un largo viaje y disponernos para la navegación. Estando, pues, los dos solos, comenzamos a hablar, y nos era dulcísima la conversación, porque *olvidados de todo lo pasado, empleábamos nuestros discursos en la consideración de lo venidero*. Buscábamos en la misma verdad, que sois Vos y que estabais presente, qué tal sería aquella vida eterna que han de gozar los santos, que consiste en una felicidad *que ni los ojos la vieron, ni los oídos la oyeron, ni el corazón humano es capaz de concebirla*. Abríamos la boca de nuestro corazón hacia aquellos raudales soberanos que manan de la inagotable *fuente de la vida, que está en Vos*, para que, rociados con sus aguas, según nuestra capacidad, pudiésemos de algún modo pensar una cosa tan sublime y elevada.

23. Había llegado nuestra conversación a tales términos, que el mayor deleite de los sentidos corporales que pueda imaginarse, y el mayor auge de luz y resplandor terreno que pueda concebirse, no solamente nos parecía indigno de poderse comparar, sino también de que le trajésemos a la memoria, respecto de aquella delicia de la vida eterna; cuando elevándonos con más fervoroso afecto hacia esto mismo, fuimos recorriendo sucesivamente por sus grados todas las criaturas corporales y hasta el mismo cielo, desde donde el Sol, la Luna y las estrellas envían a la Tierra su luz y resplandores. Subíamos todavía más, ya pensando interiormente en vuestras obras, ya comunicándonos uno a otro nuestros pensamientos con palabras, ya admirándonos de la excelencia de vuestras criaturas; vinimos a tratar de nuestras almas y de allí pasamos más adelante para llegar a tocar en aquella región de abundantes e indefectibles delicias, donde por toda la eternidad apacentáis a vuestros escogidos con el pábulo de la verdad infinita, donde es vida de todos los bienaventurados aquella misma Sabiduría, por la cual fueron hechas todas las cosas que al presente son, las que han sido y las que serán; sin que ella haya sido hecha, porque es y será siempre lo que ha sido.

En medio de nuestro coloquio, cuando más ansiosamente suspirábamos por ella, llegamos a tocarla con todo el ímpetu y fuerza de nuestro espíritu, aunque repentina e instantáneamente, y suspirando por aquella eternidad, dejándonos allí las primicias de nuestra alma, nos volvimos a nuestro común modo de hablar, donde la palabra suena para ser oída y se comienza y se acaba. Pero ¿qué cosa hay semejante a vuestra palabra, que es nuestro Dios y Señor, que subsiste y permanece en sí misma, y lejos de poder envejecerse, renueva todas las cosas?

24. Decíamos, pues: si cesara enteramente la ruinosa inquietud que causan en un alma las impresiones del cuerpo; si no la conmovieran de modo alguno las especies que por la vista y demás sentidos corporales recibe de la tierra, de las aguas, de los cielos; si aun la misma alma no hablase consigo misma y, como olvidada de sí, no se detuviese a reflexionar sobre sí misma; si no hablaran tampoco los sueños ni las revelaciones imaginarias; si, finalmente, cesaran todas las locuciones que puede un alma percibir de las criaturas, por manera que ni le hablaran con palabras de la lengua, ni por medio de signos o de señas, ni de otro cualquier modo de hablar sucesivo y pasajero, sino que enmudeciese todo lo creado, después de haberle dicho lo que están siempre diciendo estas cosas creadas a todo el que quiere oírlas, esto es: *No nos hemos hecho a nosotras mismas, sino que nos hizo el que permanece y dura eternamente*. Si, dicho esto, callara enteramente todo lo creado y guardando un silencio profundo todo el universo, como para atender y escuchar al que le creó, entonces hablase Él solo a aquella alma, no por medio de las criaturas, sino por sí mismo, de modo que oyésemos su palabra, no de boca de hombres, ni de voz de ángeles, ni mediante algún ruido de las nubes, ni por símbolos ni enigmas, sino por el mismo Creador que el alma ama en estas criaturas, le oyera hablar sin ellas, como ahora nosotros mismos acabamos de experimentar en aquel feliz instante en que nuestro espíritu subió tan alto, que rápidamente llegó a tocar nuestro pensamiento aquella Sabiduría infinita que eternamente subsiste sobre todas las cosas; pues si este conocimiento se continuara, de modo que, apartados todos los demás que son de esfera muy inferior, sólo éste sea el que arrebate el alma, la posea toda y la introduzca donde esté rodeada y llena de gozos interiores, en el concepto de que la vida eterna sea tal cual ha sido este momento de clara inteligencia que hemos tenido suspirando, ¿no sería todo esto lo que se le promete, diciendo: *Entra en el gozo de tu Señor*? Pero esto ¿cuándo se cumplirá? ¿Será cuando se verifique el que *todos resucitaremos, pero no todos seremos inmutados*?

25. Ve aquí con poca diferencia lo que entonces decíamos, aunque no fuese con estas mismas palabras ni del mismo modo que ahora. Pero bien sabéis, Señor, que aquel día en que estuvimos hablando de estas cosas, y que según las íbamos tratando, nos iba pareciendo más vil y despreciable este mundo con todos sus deleites, dijo mi madre entonces estas palabras: *Hijo, por lo que a mí toca, ya ninguna cosa me deleita en esta vida. Yo no sé qué he de hacer de aquí en adelante en este mundo, ni para qué he de vivir aquí, no teniendo cosa alguna que esperar en este siglo. Una sola cosa había, por la cual deseaba detenerme algún poco*

de tiempo en esta vida, que era por verte católico cristiano, antes que muriese. Esto me lo ha concedido mi Dios más cumplidamente de lo que yo deseaba; pues, además de esto, te veo en el número y clase de aquéllos que, despreciando toda felicidad terrena, se dedican totalmente a su servicio. Pues ¿qué hago yo en este mundo?

-193-

Capítulo XI

Del éxtasis y muerte de su madre

26. No me acuerdo muy bien de lo que respondí a estas palabras de mi madre. Pero de allí a cinco días, o muy poco más, cayó enferma de calenturas. En uno de los días de su enfermedad padeció una especie de desmayo, en que por algún tiempo estuvo enajenada de los sentidos. Nosotros acudimos, pero prontamente volvió en sí, y mirándonos a mi hermano y a mí, que estábamos allí inmediatos a su lecho, nos dijo en tono de quien pregunta: *¿Dónde estaba yo ahora?* Y después, viéndonos sobrecogidos de aflicción, nos dijo: *Aquí dejaréis enterrada a vuestra madre*. Yo callaba y reprimía el llanto, pero mi hermano le dijo no sé qué palabras, que aludían a desearle como cosa más feliz el que muriese en su patria y no en país tan extraño. Ella, habiendo oído todo esto, mirándole primero con un rostro severo y desazonado, como reprendiéndole con los ojos que pensase de aquel modo, y mirándome después a mí, dijo: *Mira lo que dice éste*. Luego hablando con entrambos añadió: *Enterrad este cuerpo dondequiera y no tengáis más cuidado de él; lo que únicamente pido y os encomiendo es que os acordéis de mí en el altar del Señor, dondequiera que os halléis*. Habiendo manifestado este su sentimiento con las palabras que pudo, se quedó callando y, agravándose la enfermedad, creció también su fatiga.
27. Mas yo, Dios mío, considerando los dones que vuestra inescrutable providencia derrama invisiblemente en los corazones de vuestros fieles, haciendo que de allí nazcan frutos admirables, no podía menos de alegrarme y daros muchas gracias por lo que acababa de oír a mi madre, acordándome del gran cuidado que había tenido siempre de su sepulcro, y cómo lo tenía ya prevenido y preparado junto al de su marido. Porque habiendo vivido los dos con grande unión y concordia, quería también, como es propio de un alma que todavía no está perfectamente capaz de las cosas divinas, que se añadiese a esta felicidad el que, después de su muerte, contasen los hombres cómo después de aquella peregrinación ultramarina le hubiese Dios

concedido restituirse a su patria, para que la tierra de sus dos cuerpos se cubriese con la tierra inmediata y contigua de sus dos sepulcros. Como yo ignoraba cuánto tiempo había ya que vuestros dones habían llenado su corazón, y expelido de él un pensamiento tan vano como éste, me llenó de alegría y admiración lo que acababa de decirme. Es verdad que en aquel coloquio que tuvimos los dos a la ventana cuando me dijo: *¿Qué es lo que hago yo en este mundo?*, no dio a entender de ninguna manera que tuviese ya deseo de morir en su patria.

También supe después, cómo en aquel mismo tiempo que nos detuvimos en el puerto de Ostia, un día en que yo me hallaba ausente, estuvo mi madre hablando con unos amigos míos, a quienes trataba con la confianza que pudiera una madre con sus hijos, acerca del menosprecio de esta vida y de los bienes y utilidades de la muerte. Admirándose ellos de la excelente virtud que Vos habíais concedido a aquella piadosa mujer, le preguntaron si verdaderamente no le daría sentimiento alguno el morir allí y dejar su cuerpo en una tierra -194- tan lejos de su ciudad y patria, a lo que ella respondió: *Nada hay lejos para Dios; ni hay que temer que se le olvide o no sepa el lugar donde está mi cuerpo, para resucitarme en el fin del mundo*.

En fin, aquella alma tan llena de religión y piedad fue desatada de las ligaduras del cuerpo al noveno día de la enfermedad referida, a los cincuenta y seis años de su edad, y a los treinta y tres de la mía.

Capítulo XII

De cómo lloró la muerte de su madre

28. Al mismo tiempo que yo cerraba sus ojos al cadáver, se iba apoderando de mi corazón una tristeza grande, que iba a resolverse en lágrimas; pero mis ojos, obedeciendo al violento imperio del alma absorbían toda la corriente de su llanto, de modo que pareciesen enjutos; y en esta repugnancia que hacía el desahogo del llanto, tenía que vencer y que padecer mucho. El joven Adeodato, luego que mi madre dio el último aliento, comenzó a llorar a gritos, pero a persuasión de todos nosotros se sosegó y calló. A este modo también era lo que yo experimentaba, pues aquel primer movimiento, que con pueril flaqueza me quería hacer prorrumpir en llantos y gemidos, a la voz y precepto de mi alma, como de sujeto más prudente y juicioso, se reprimía y callaba. Porque no pensábamos por conveniente acompañar con lamentos, gemidos y sollozos la muerte de mi madre, por ser éstas unas

demostraciones con que por lo común suele llorarse la infeliz y desgraciada suerte de los que han muerto, o con que al parecer se significa que se han consumido enteramente o aniquilado. Pero mi madre, ni había muerto, de modo que se le pudiese temer algún infeliz destino, ni había muerto de todo punto, lo cual teníamos por verdad muy cierta, ya atendiendo a la pureza de sus costumbres y método de vida, ya a su fe no fingida, sino muy verdadera, ya también por otras muchas razones que nos lo aseguraban.

29. Pues ¿qué era, Señor, aquello que tan gravemente sentía en lo interior de mi alma, sino la herida reciente que en ella había causado el haberse disuelto repentinamente aquella costumbre de vivir en su compañía, que me era tan sumamente amable y deliciosa? Es cierto que me complacía mucho lo que mi madre había testificado de mí, aun en esta su última enfermedad, en la cual como halagándome por los obsequios que yo le hacía y lo que la cuidaba, me llamaba *hijo piadoso*; traía también a la memoria con grande afecto y ternura que jamás había oído de mi boca palabra ni voz alguna que le fuese molesta ni injuriosa. Pero a la verdad, Dios mío y mi Creador, ¿qué importaba todo esto, ni cómo era comparable el reconocimiento y respeto que yo le tuve con los cuidados y servicios que le debía? Así, viendo yo que quedaba desamparado de tan grande consuelo como de ella recibía, mi alma estaba traspasada del dolor y pena, y parece que mi vida se despedazaba, pues la mía y la suya no hacían más que una sola[111].

-195-

30. Después que a nuestras persuasiones, como he dicho, reprimió las lágrimas y clamores Adeodato, cogió Evodio un salterio y comenzó a cantar aquel salmo: *Vuestra misericordia, Señor, y vuestra justicia cantaré en vuestra presencia*; y le respondíamos todos los que estábamos en la casa. Al ruido de nuestras voces acudió gran número de personas fieles y piadosas de uno y otro sexo; y mientras que los que tienen esto a su cargo, disponían todas las cosas que según costumbre se requerían para el entierro, yo, en un lugar retirado, donde podía estar sin menoscabo de mi decoro en compañía de algunos que no tuvieron por conveniente el dejarme solo, trataba y conversaba de aquellas materias que me parecían oportunas y propias de aquella ocasión. Esta disputa e indagación de la verdad servía como de lenitivo a mi dolor y tormento, que solamente a Vos era notorio, pues los

---

111 Con esta misma expresión explicó el amor extremado que tenía a aquel amigo que se le murió en Tagaste, de quien habló en el libro IV, capítulo VI; pero aunque retracta aquella expresión, y le parece demasiada hablando del amor de su amigo, no la retracta ni modera hablando del que tenía a su santa madre.

demás que me acompañaban y oían atentamente nuestras conferencias, no solamente ignoraban mi pena y sentimiento, sino que juzgaban que estaba sin pesadumbre ni dolor alguno. Pero bien llegaban a vuestros oídos las interiores voces de mi alma, con que yo me reprendía a mí mismo la debilidad y poca fortaleza de mi afecto, aunque los circunstantes no pudiesen oírlas. También delante de Vos comprimía el ímpetu de mi tristeza, la que cesando por brevísimo tiempo, volvía a prevalecer y apoderarse de mi corazón, aunque no tanto que me hiciese prorrumpir en lágrimas ni se advirtiese alguna mutación en mi semblante; pero yo bien sabía cuán gravemente oprimido estaba mi corazón y acongojado. Y como por otra parte me desazonaba mucho el que hiciesen en mí tan fuerte y poderosa impresión estos sucesos humanos, que forzosa y necesariamente han de acaecer, ya por el orden que vuestra providencia tiene establecido, ya por ser propios de nuestra condición y naturaleza, con otro nuevo dolor sentía mi dolor primero y me afligía con duplicada tristeza.

31. Llegose el tiempo de llevar el cadáver y no lloré en todo el camino, ni a la ida ni a la vuelta, pues ni aun en aquellas preces y oraciones que os hicimos, mientras se os ofrecía por su alma el sacrificio de nuestra redención, estando ya puesto el cadáver junto a la sepultura antes que se enterrase, como allí se acostumbra hacer, ni en aquellas preces me enternecí ni lloré. Sin embargo, estuve todo el día poseído interiormente de una gran tristeza; y del modo que me permitía la turbación de mi alma, os suplicaba que sanaseis mi dolor; pero Vos no lo hacíais, y era, según creo, para que a lo menos por esta experiencia mía aprendiese y tuviese en la memoria la gran fuerza que tienen los lazos de toda costumbre contra todas las reflexiones que pueda hacer un alma que ya está desengañada y no se alimenta de la falsedad y mentira.

Entonces me pareció que también me convendría tomar baños, porque había oído decir que en latín se llamaban *balnea*, del nombre griego *Balanion*, para significar que expelen y echan fuera del alma toda aflicción y tristeza. Pero también debo confesar a vuestra infinita misericordia, con la que sois Padre mío y de todos los huérfanos, que después de haberme bañado, me hallé del mismo modo que antes, -196- porque el calor del baño no pudo hacer que expeliera por el sudor la amargura y tristeza de mi alma.

Dormí después un rato y, cuando desperté, conocí que mi pena y sentimiento en parte se me habían mitigado. Entonces, estando solo en mi lecho, se me acordaron aquellos versos tan verdaderos de vuestro siervo Ambrosio, en que hablando con Vos, dice:

Divino Creador del universo,
que los cielos regís de polo a polo,

engalanando el día con el terso
y hermoso resplandor que el Sol da sólo;
y que la noche, para fin diverso,
vestís de luto con gustoso dolo
de los sentidos, que al trabajo adverso
habilita los miembros fatigados,
por medio del descanso y el reposo,
para que por el sueño confortados
vuelvan a su ejercicio laborioso:
asimismo las almas angustiadas
con cuidados, disgustos, sutilezas,
mediante el sueño, miran aliviadas
sus penas, aflicciones y tristezas, etc.

32. Pero desde estas consideraciones volvía a recaer poco a poco en los antecedentes y pasados sentimientos, acordándome de aquella vuestra sierva, de su vida y conducta fiel, tan piadosamente ordenada a Vos, como santamente halagüeña y suave para mí; y no pudiendo reprimir el sentimiento de verme privado de ella repentinamente, me dio gana de llorar delante de Vos por ella y por mí; tomando motivos para llorar de su proceder y el mío. Así solté el dique a mis lágrimas, que hasta entonces tenía represadas, dejándolas correr cuanto quisiesen, hasta que nadase y descansase mi corazón en ellas; como efectivamente descansó por ser Vos el único testigo que había de mi llanto, no habiendo allí persona humana que diese a mis lágrimas alguna interpretación vana y siniestra.
Ahora, Señor, también os lo confieso por escrito; léalo el que quisiese e interprételo como gustare. Si le pareciere que hice mal y pequé por haber llorado a mi madre por un corto espacio de tiempo, a una madre muerta allí a mis ojos y que por muchos años me había llorado a mí para que viviese a los vuestros, le pido que no se ría de mi llanto; antes bien, si tiene bastante caridad, llore él también por mis pecados delante de Vos, Dios mío, que sois el Padre de todos aquellos fieles que son hermanos de vuestro Hijo Jesucristo.

Capítulo XIII

Ora Agustín a Dios por su difunta madre

33. Pero ahora que ya estoy sano de aquella herida que penetró en mi corazón y en que pudiera reprenderse por excesivo mi carnal afecto, os ofrezco, Dios mío, por aquella sierva vuestra otro muy diferente género de lágrimas, que dimanan del temor que padece mi espíritu, considerando los peligros de cualquier alma que contrae *la culpa y muerte de Adán*. Pues aunque mi madre fue vivificada en Cristo, y también mientras vivió en este mundo tuvo una conducta tan justificada, que su fe y sus costumbres dan motivo de que se -197- alabe y bendiga vuestra santo nombre, con todo eso no me atreveré a asegurar que desde que le disteis la vida de la gracia en el Bautismo, no se le escapase de su boca siquiera una palabra que por vuestros mandamientos estuviese prohibida. Y sabemos que la Verdad por esencia, que es vuestro unigénito Hijo, dejó dicho en su Evangelio que *si alguno injuriase a su hermano diciéndole que es un fatuo, se hacía digno del infierno*. Así, ¡desventurado el hombre, por más laudable que haya sido su vida, si Vos le juzgarais sin misericordia!

Mas como no escudriñáis con todo ese rigor nuestros pecados, confiadamente esperamos hallará en vuestra piedad algún lugar el perdón. Y a la verdad, Señor, cualquiera que delante de Vos contara y alegara sus verdaderos méritos, ¿qué hacía sino contar lo que Vos le habíais dado, pues todos son dones vuestros? ¡Oh, si los hombres acertasen a conocer que son hombres!, *¡y el que se alaba y gloría, se alabase y gloriase en el Señor!*

34. Yo, pues, ¡oh alabanza mía, vida mía, Dios de mi corazón!, dejando ahora aparte todas las buenas obras de mi madre, por las cuales os doy muchas gracias con gran gusto mío, os pido ahora el perdón de sus pecados. Concedédmelo, Señor, por los méritos de Jesucristo, que murió pendiente del árbol de la cruz, que fue el remedio universal de todas nuestras llagas, y ahora, sentado a vuestra diestra, no cesa de interceder por nosotros. Yo sé que ella ejercitó las obras de misericordia y que perdonó muy de corazón a todos los que la habían ofendido, pues Vos, Señor, perdonad también a ella sus deudas, si contrajo algunas en tantos años como vivió después que fue lavada en el agua saludable del Bautismo. Perdonadla, Señor, perdonadla, os ruego, *y no entréis con ella a juicio. Sobresalga, Señor, vuestra misericordia sobre vuestra justicia*, ya que no puede faltar la verdad de vuestras palabras, y Vos habéis prometido tener misericordia con los que han sido misericordiosos. Si ellos lo fueron, a vuestra misericordia deben el haberlo sido y, como dice

vuestro apóstol Pablo: *Tendréis misericordia de los mismos con quienes antes habéis sido misericordioso y daréis vuestra misericordia a aquéllos con quienes queráis usarla*.
35. Yo bien creo que ya Vos habréis ejecutado lo mismo que os suplico; pero llevad a bien, Señor, que yo os explique estos deseos de mi voluntad, cuando os ruego por una madre tan cristiana, que estando ya próximo el día de su muerte, no pensó siquiera en que su cuerpo se enterrase con aparato suntuoso, ni en que fuese antes embalsamado, ni deseó que le colocasen en un sepulcro distinguido y separado, ni cuidó de que le llevasen al que en su patria tenía prevenido. Nada de esto nos mandó, sino únicamente que nos acordásemos de ella en el sacrificio del altar, al cual todos los días asistía y cooperaba indispensablemente. Sabía que en él se ofrecía y sacrificaba aquella Víctima santa, con cuya sangre *se borró la cédula del decreto que había contra nosotros* y quedó vencido nuestro mortal enemigo, que es el que se ocupa en hacer el cómputo de nuestros pecados, el que por más solícito que anduvo buscando algún defecto que oponer contra la santidad de Aquél por quien le vencimos, no halló imperfección alguna que fiscalizar.
¿Quién podrá volverle la inocente sangre que derramó por nosotros?, ¿quién podrá restituirle el infinito precio con que nos compró -198- y se hizo Señor de nosotros, para que intente arrancarnos de su poder y dominio? Pues a este Sacramento, que contiene el precio de nuestra redención, es al que mi madre y sierva vuestra tenía atada estrechamente su alma con el lazo de la fe. Nadie, pues, Dios mío, nadie rompa ese lazo separándola de vuestra protección. No se interponga a estorbarla el dragón infernal con sus violencias ni con sus astucias; es verdad que ella no responderá que no debe cosa alguna, tiene que satisfacer a vuestra justicia, temiendo ser convencida de lo contrario y venir a manos de su acusador astuto y malicioso; pero responderá que sus deudas se las ha perdonado aquel Señor a quien nadie puede restituir lo que pagó por nosotros sin deberlo.
35. Descanse eternamente en paz con su marido, que fue el único que tuvo, pues ni después de él conoció a otro, habiéndole servido de manera que al mismo tiempo que mereció mucho para con Vos por su paciencia, logró también ganarle para Vos.
Inspirad Vos, Dios mío y mi Señor, inspirad a vuestros siervos que miro como a hermanos, inspirad a vuestros hijos que venero como a señores míos, a quienes sirvo con mis palabras, con mi corazón, con mis escritos, que todos los que leyeren estas mis *Confesiones* hagan en vuestros altares conmemoración de Mónica vuestra sierva, y juntamente de Patricio su esposo, por medio de los cuales me disteis el ser y me introdujisteis a esta vida, sin saber yo cómo. A todos, pues, les ruego que con un afecto de

piadosa caridad se acuerden de los que fueron mis padres en esta luz y vida transitoria, y mis hermanos en el seno de la Iglesia católica, madre de todos los fieles, siendo Vos el Padre de todos, y que espero serán también mis conciudadanos en la Jerusalén eterna, por lo cual suspira incesantemente vuestro pueblo, mientras dura su peregrinación en esta vida, hasta que vuelva a la deseada patria. Así tendré yo el consuelo de haber procurado a mi madre las oraciones de muchos, y de que por medio de mis *Confesiones* logre más abundantemente que por mis oraciones solas, la última cosa que me pidió y encargó.

Libro X

Muestra por qué grados fue subiendo al conocimiento de Dios; que se halla a Dios en la memoria, cuya capacidad y virtud describe hermosamente; que sólo en Dios está la verdadera bienaventuranza que todos apetecen, aunque no todos la buscan por los medios legítimos. Después describe el estado presente de su alma y los males de las tres concupiscencias

Capítulo I

Que en sólo Dios halla un alma su esperanza y alegría

Conózcaos yo, Padre mío, conózcaos yo como Vos me conocéis. Vos, Dios mío, que sois la virtud y fortaleza de mi alma, entrad en ella, ajustadla tanto a Vos, que la tengáis, poseáis y llenéis toda, y ella quede a vuestros ojos *sin arruga ni mancha*. Así lo espero y deseo, y esto me da aliento y confianza de hallaros; esta esperanza es la que me alegra, cuando es legítima y verdadera mi alegría. Todas las demás cosas de esta vida tanto menos deberían llorarse, cuanto más se suele llorar el no tenerlas; y por otra parte, tanto más se deberían llorar, cuanto menos se suele llorar el gozarlas. Ésta es una confesión de la *verdad que Vos amáis; y como el que sigue la verdad llega a conseguir la luz, yo quiero seguirla y practicarla, ya sea en la confesión que os hago en lo oculto de mi corazón, ya sea en la que hago públicamente con mi pluma delante de todo el mundo*.

Capítulo II

Siendo claras y manifiestas respecto de Dios las cosas más ocultas, qué viene a ser lo que hace el hombre en confesarse a Dios

2. Aunque no quisiese yo confesarme, ni descubrirme a Vos, ¿qué cosa puede haber en mí que os sea oculta, Señor, a cuyos ojos están patentes y claros los más profundos y escondidos senos de nuestra conciencia? En tal caso, en lugar de ocultarme a vuestra vista, os alejaría a Vos de la mía. Pero ahora que mis gemidos y llantos testifican que verdaderamente me desagrado a mí mismo, Vos, Señor, os dignáis descubriros resplandeciente a mi alma; Vos sois toda mi -200- complacencia, Vos sois el objeto de mi amor y de mis deseos; para que avergonzándome de mí mismo, me desprecie y deje a mí, y os escoja sólo a Vos, de modo que ya no piense tener gusto en Vos ni en mí que no provenga de Vos.

Es certísimo, pues, que Vos, Señor, me conocéis claramente tal como soy; pero ya he dicho antes el provecho que espero sacar de confesarme a Vos. Así, no lo ejecuto con palabras ni voces formadas en mi boca, sino con palabras interiores de mi alma y clamores de mi pensamiento, que llegan a vuestros oídos. Si soy malo, no es otra cosa el confesarlo a Vos, que desagradarme de mí mismo; y si soy bueno, no es otra cosa el confesarlo a Vos que no atribuirme a mí mismo esa bondad, *porque Vos sois el que dais vuestra bendición al justo*, haciendo Vos mismo que lo sea el que antes era pecador y malo. Así, Dios mío, estas *Confesiones* que hago delante de Vos, las hago al mismo tiempo callando y no callando, porque si calla el ruido de la voz exterior, no calla mi corazón, ni cesa de clamar. Ni yo hablo ni comunico a los hombres alguna cosa buena que Vos antes no la hayáis oído de mí; ni tampoco pudiera ser que Vos la oyerais de mí si Vos mismo no me la hubierais dicho o inspirado.

Capítulo III

Del fruto que sacaba de confesar a Dios el estado presente de su alma, a distinción de lo que antes había sido

3. ¿Qué me importa a mí que oigan o no los hombres las *Confesiones* mías, como si ellos hubieran de sanar todas las dolencias de mi alma, siendo ellos tan cuidadosos para saber la vida ajena como desidiosos para enmendar la

suya? ¿Para qué desean oír de mí lo que soy, no queriendo escuchar de Vos lo que son ellos? Mas cuando me oigan hablar de mí mismo, ¿de dónde saben ellos si yo les digo la verdad, siendo así que *ninguno de los hombres puede saber lo que pasa en el interior de cada uno, sino el espíritu humano que está en el hombre mismo*? Pero si os oyeran hablar de ellos mismos, no pudieran decir nunca: el Señor nos engaña, o esto es mentira.

Porque oír ellos lo que decís de ellos mismos, ¿qué otra cosa es sino conocerse a sí propios? ¿Y quién es el que habiendo llegado a este conocimiento, se atrevió a decir: es falso esto que conozco, sino mintiendo él mismo?

Mas como es propio de la caridad hacer que todos los que ella une de modo que tengan un solo corazón se crean todas las cosas mutuamente unos a otros, yo, Señor, también os hago mi confesión, de tal modo que pueda llegar a noticia de los hombres, aunque no pueda hacerles demostración de que os confieso realmente la verdad, porque estoy seguro que me creerán todos aquéllos a quienes la caridad anima y les abre los oídos.

4. No obstante, Dios mío y médico soberano de mi alma, dignaos declararme qué fruto puedo sacar de hacer esto. Ya veo que las confesiones de mis males pasados, que vos me perdonasteis y los borrasteis para comunicarme vuestra bienaventuranza, dando a mi alma nuevo ser con la fe y gracia de vuestro santo Bautismo, cuando -201- se leen o se oyen, han de excitar precisamente el corazón humano, para que no se deje oprimir del letargo de la desesperación, ni diga «No puedo ya ser otro». Ellas servirán para despertarle de tan peligroso sueño y hacerle vigilante en el amor de vuestra misericordia y en la dulzura de vuestra gracia, que es la que da a los flacos el poder y robustez que necesitan, como también la luz que es necesaria para que reconozcan su flaqueza. Aun los buenos se deleitan con saber los males pasados, de los que ya se han librado ellos, pero no se deleitan porque son males, sino porque de tal modo lo fueron que ya no lo son.

¿Cuál, pues, será el provecho, Dios y Señor mío, a cuya presencia se confiesa todos los días mi alma, quedando más quieta y segura con la esperanza de vuestra misericordia que con su inocencia, cuál, digo, será el provecho que puedo prometerme de hacer ante Vos estas *Confesiones* por escrito, por lo que toca a dar noticia a los hombres de lo que soy al presente, no de lo que antes de ahora he sido? Porque ya he visto el fruto que corresponde a confesar lo que fui, y ya hice antes conmemoración de él.

Lo que soy ahora en este mismo tiempo en que estoy escribiendo mis *Confesiones* hay muchos que lo desean saber, ya de los que me conocieron antes, ya también de los que no me conocieron, sino que a mí mismo o a otros han oído hablar de mí, aunque ni los unos ni los otros pueden aplicar sus oídos a las voces interiores de mi corazón, donde se halla realmente la verdad

de lo que soy. Quieren, pues, oírme confesar lo que soy verdaderamente en mi interior, adonde no pueden aplicar sus ojos, ni sus oídos, ni su entendimiento; con todo eso ellos lo quieren, y están dispuestos a creerme; pero ¿acaso eso es bastante para que tengan un conocimiento cierto y seguro de lo que yo soy interiormente? La caridad que los hace tan buenos como ellos son es la que les persuade que yo no miento en estas *Confesiones* que hago de mí mismo, y ella es la que hace que den crédito a mis palabras.

Capítulo IV

Del grande fruto que esperaba hacer en los fieles con los libros de sus *Confesiones*

5. Pero ¿qué fruto esperan sacar de mis *Confesiones* éstos que las desean?, ¿será acaso que quieren alegrarse conmigo y darme parabienes, cuando sepan lo que por vuestra gracia he adelantado para acercarme a Vos y orar por mí, cuando me oigan confesar cuanto me estorbe para eso mismo el peso de mi corrupción? A estos tales yo me descubriré desde luego, porque ya no es pequeño fruto, Dios y Señor mío, que muchos os den gracias por los beneficios que me habéis hecho, y sean muchos también los que os supliquen y hagan oración por mí.

Bueno es que mis hermanos amen en mí lo que Vos enseñáis que debe ser amado; y bueno es que sientan ver en mí lo que Vos enseñáis que debe ser sentido. Haga esto el que me ame como verdadero hermano suyo, no aquél que por falta de caridad y de fe me sea extraño y permanezca en la clase de los que llama David *hijos ajenos*, -202- *cuya boca se emplea en doctrinas vanas, y cuya diestra lo es para la maldad*. Haga esto, vuelvo a decir, el que me mire con fraternal afecto, porque éste, cuando me aprueba, se alegra de mi bien y, cuando me reprueba, se entristece de mi mal, porque ya apruebe o ya repruebe mi conducta, siempre me ama. Pues a éstos quiero darme a conocer, para que respiren con alegría cuando sepan lo que hay en mí de bueno y suspiren con tristeza por lo que hubiere de malo.

Cuanto hay en mí de bueno, de Vos, Señor, dimanó, de Vos tuvo el principio, todo ello es don vuestro; pero cuanto hay de malo, o son mis propios delitos, o son penas que les corresponden por vuestros justos juicios. Pues respiren mis hermanos por aquellos bienes y suspiren llorosos por estos males; tanto sus alegres himnos como sus tristes llantos suban hasta el trono de Vuestra Majestad como oloroso incienso que exhalan los corazones de mis hermanos,

como otros tantos racionales incensarios llenos del fuego de la caridad. Y Vos, Señor, aplacado con esa fragancia de vuestro santo templo, *habed piedad de mí, según es propio de vuestra grande misericordia*, por la gloria de vuestro santo nombre, y no cesando jamás de conservar lo bueno que en mí habéis comenzado, perfeccionad también lo que todavía hubiere de imperfecto.

6. Éste es, Señor, todo el fruto que pretendo sacar de estas mis *Confesiones*, no ya diciendo lo que he sido antes, sino lo que soy ahora. Lo confesaré no solamente en vuestra presencia con interior alegría mezclada de temor y con oculta tristeza acompañada de esperanza, sino también delante de todos los fieles hijos de los hombres, compañeros de mi gozo, participantes como yo de la humana y mortal naturaleza, conciudadanos míos de la celestial Jerusalén, a la cual se dirigen como peregrinos conmigo en la tierra, ya sean los que me preceden, ya los que me sigan, ya los que me acompañen durante el camino de mi vida. Éstos son vuestros siervos, y por eso mis hermanos: Vos, Señor, quisisteis que fuesen vuestros hijos y me habéis mandado que les sirva como a mis señores[112] si quiero vivir con Vos de vuestra misma vida.

Para que yo lo pudiese ejecutar no me bastaría que vuestra palabra sólo hablando me lo mandase, si además no me hubiera precedido ejecutando lo mismo que había mandado. Pues también yo hago esto que me mandáis con mis hechos y con mis dichos. Esto hago bajo la protección de vuestras alas, y es cierto que lo haría con grandísimo peligro, a no estar mi alma debajo de la protección de vuestras alas y a no seros notoria mi flaqueza.

Es verdad que yo soy un parvulillo, pero mi Padre vive siempre y es eterno, y en él tengo el tutor que necesito. El mismo que me dio el ser es mi tutor; Vos, Señor, sois para mí todo esto y todos mis bienes juntos: Vos sois el Todopoderoso, que estáis siempre conmigo, aun antes que yo estuviese con Vos. A aquéllos, pues, a quienes me mandáis que sirva en esto, me descubriré y les manifestaré, -203- no ya lo que he sido antes, sino lo que ya soy[113], y lo que todavía soy; *sin embargo, no me juzgo a mí mismo* con el juicio más exacto, cabal y perfecto, bajo cuyo concepto se ha de entender lo que les voy a decir.

---

112 Dice el Santo doctor que Dios le ha mandado que sirva a sus hermanos, aludiendo a lo que Su Majestad dijo por San Lucas (XXII, 26): *El que sea el mayor entre vosotros, hágase como el menor; y el que fuere presidente y prelado, hágase y pórtese como el siervo y ministro de todos*. Así San Agustín, aun siendo obispo, cumplía exactísimamente este precepto y no mandaba, sino que servía a sus clérigos, a sus frailes, a todos sus inferiores y súbditos.

113 *Lo que ya soy*, esto es, lo que ya he adelantado en la virtud; *y lo que soy*, esto es, lo que todavía me falta para enmendar y perfeccionar. Esto mismo lo dice de otro modo al principio de este capítulo en aquellas palabras: *lo que por vuestra gracia he adelantado para acercarme a Vos, y... cuanto me estorbe el peso de mi corrupción*. Pero los traductores no han explicado bien el *quis jam sim, et quis adhuc sim* del texto.

Capítulo V

Que el hombre no se conoce a sí mismo cabal y perfectamente

7. Vos solamente, Señor, sois el que puede hacer juicio cabal de lo que soy, pues aunque es cierto *que ninguno de los hombres puede llegar a saber lo que pasa en lo interior de otro hombre, sino el mismo espíritu que está en cada uno de ellos*, hay, no obstante, algunas cosas en el hombre que aun el mismo espíritu que le anima no las sabe cabal y perfectamente. Sólo Vos, Señor, que le habéis creado, conocéis todas sus cosas con ese cabal y perfectísimo conocimiento. Pero yo, aunque respecto de vuestra perspicacia me respete a mí mismo y conozca que soy tierra y ceniza, algunas sé y puedo afirmar de Vos que no las sé ni puedo afirmar de mí.

Es muy cierto que *ahora no os vemos sino confusamente como por un espejo y en enigmas, no habiendo llegado todavía a veros cara a cara*. Por eso mientras dura mi peregrinación en la tierra me veo más cerca a mí mismo que no a Vos, y no obstante eso sé ciertamente de Vos que de ningún modo podéis padecer violencias ni daño alguno, cuando de mí mismo ignoro enteramente a qué tentaciones sabré resistir y a cuáles no sabré. Tengo esperanza de salir con victoria, fundándola *en que Vos sois fiel en vuestras promesas, y no permitís que seamos tentados más de lo que nuestras fuerzas pueden resistir*; antes bien hacéis que saquemos provecho de la tentación, para que al fin salgamos victoriosos. Confesaré, pues, lo que sé de mí y confesaré también qué es lo que de mí no sé. Porque todo lo que sé de mí, lo sé mediante la luz que Vos me habéis comunicado para que lo sepa; y lo que no sé de mí, estaré sin saberlo hasta que estas tinieblas de mi ignorancia se conviertan en luz tan clara como la del mediodía con el resplandor de vuestra divina presencia.

Capítulo VI

Qué cosa es la que se ama cuando se ama a Dios; y cómo por las criaturas se llega a conocer al Creador

8. Yo, Señor, sé con certeza que os amo, y no tengo duda en ello. Heristeis mi corazón con vuestra palabra y luego al punto os amé. Además de esto, también el cielo, la tierra *y todas las criaturas que en ellos se contienen* por todas

partes me están diciendo que os ame; y no cesan de decírselo a todos los hombres, *de modo que no puedan tener excusa si lo omiten*.

-204-

Pero el más alto y seguro principio de ese amor es que *Vos usáis con ellos vuestra misericordia*, haciendo que os amen aquéllos con quienes habéis determinado ser misericordioso. Concedéis por vuestra piedad que os tengan amor los que por misericordia vuestra teníais escogidos para que os amaran; sin lo cual serían inútiles las voces con que el cielo y la tierra se explican incesantemente en vuestras alabanzas, como si las dijeran a los sordos.

Pero ¿qué es lo que yo amo cuando os amo? No es hermosura corpórea, ni bondad transitoria, ni luz material agradable a estos ojos; no suaves melodías de cualesquiera canciones, no la gustosa fragancia de las flores, ungüento o aromas; no la dulzura del maná, o la miel, ni finalmente deleite alguno que pertenezca al tacto o a otros sentidos del cuerpo.

Nada de eso es lo que amo, cuando amo a mi Dios; y no obstante eso, amo una cierta luz, una cierta armonía, una cierta fragancia, un cierto manjar y un cierto deleite cuando amo a mi Dios, que es luz, melodía, fragancia, alimento y deleite de mi alma. Resplandece entonces en mi alma una luz que no ocupa lugar; se percibe un sonido que no lo arrebata el tiempo; se siente fragancia que no la esparce el aire; se recibe gusto de un manjar que no se consume comiéndose; y se posee estrechamente un bien tan delicioso, que por más que se goce y se sacie el deseo, nunca puede dejarse por fastidio. Pues todo esto es lo que amo cuando amo a mi Dios.

9. Pero ¿qué viene a ser esto? Yo pregunté a la tierra y respondió: No soy yo eso; y cuantas cosas se contienen en la tierra me respondieron lo mismo. Preguntele al mar y a los abismos, y a todos los animales que viven en las aguas y respondieron: No somos tu Dios; búscale más arriba de nosotros. Pregunté al aire que respiramos y respondió todo él con los que le habitan: Anaxímenes[114] se engaña porque no soy tu Dios. Pregunté al cielo, Sol, Luna y estrellas, y me dijeron: Tampoco somos nosotros ese Dios que buscas. Entonces dije a todas las cosas que por todas partes rodean mis sentidos: Ya que todas vosotras me habéis dicho que no sois mi Dios, decidme por lo menos algo de él. Y con una gran voz clamaron todas: *Él es el que nos ha hecho*.

---

114 Anaxímenes se engaña. Este filósofo, que florecía durante el cautiverio de los israelitas en Babilonia, enseñaba que el aire es infinito y que era el principio y causa de todas las cosas, aun de los mismos dioses. Fue discípulo de Anaximandro y maestro de Diógenes y de Anaxágoras, como dice el mismo Santo en el libro III *De Civitate Dei*, capítulo II.

Estas preguntas que digo yo que hacía a todas las criaturas era sólo mirarlas yo atentamente y contemplarlas, y las respuestas que digo me daban ellas es sólo presentárseme todas con la hermosura y orden que tienen en sí mismas.

Después de esto, volviendo hacia mí la consideración, me pregunté a mí mismo: Tú ¿qué eres? Y me respondí: Soy hombre. Y bien claramente conozco que soy un todo compuesto de dos partes: cuerpo y alma, una de las cuales es visible y exterior, y la otra, invisible e interior. ¿Y de las dos es de las que debo valerme para buscar a mi Dios, después de haberle buscado recorriendo todas las criaturas corporales que hay desde la tierra al cielo, hasta donde pude enviar por mensajeros los rayos visuales de mis ojos? No hay duda en que la -205- parte interior es la mejor y más principal, pues ella era a quien todos los sentidos corporales que habían ido por mensajeros referían las respuestas que daban las criaturas, y la que como superior juzgaba de lo que habían respondido cielo y tierra, y todas las cosas que hay en ellos, diciendo: Nosotras no somos Dios, pero somos obra suya. El hombre interior que hay en mí es el que recibió esta respuesta y conoció esta verdad, mediante el ministerio del hombre exterior. Es decir, que yo considero según la parte interior de que me compongo, yo mismo, en cuanto al alma, conocí estas cosas por medio de los sentidos de mi cuerpo. Pregunté por mi Dios a toda esta grande máquina del mundo y me respondió: *Yo no soy Dios, pero soy hechura suya*.

10. Esta hermosura y orden del universo, ¿no se presenta igualmente a todos los que tienen cabales sus sentidos? Pues ¿cómo a todos no les responde eso mismo?

Todos los animales, desde los más pequeños hasta los mayores, ven esta hermosa máquina del universo, pero no pueden hacerle aquellas preguntas, porque no tienen entendimiento, que como superior juzgue de las noticias y especies que traen los sentidos. Los hombres sí que pueden ejecutarlo, *y por el conocimiento de estas criaturas visibles pueden subir a conocer las perfecciones invisibles de Dios*, aunque sucede que, llevados del amor de estas cosas visibles, se sujetan a ellas como esclavos, y así no pueden juzgar de las criaturas, pues para eso habían de ser superiores a ellas. Ni estas cosas visibles responden a los que solamente les preguntan, sino a los que al mismo tiempo que preguntan, saben juzgar de sus respuestas. Ni ellas mudan su voz, esto es, su natural hermosura, ni respecto de uno que no hace más que verlas, ni respecto de otro, que además de esto se detiene a preguntarles; no es que a aquél parezcan de un modo y a éste de otro, sino que presentándose a entrambos con igual hermosura, hablan con el uno y son mudas para con el otro, o por mejor decir, a entrambos y a todos hablan, pero solamente las

entienden los que saben cotejar aquella voz que perciben por los sentidos exteriores con la verdad que reside en su interior.

Esta verdad es la que me dice: No es tu Dios el cielo ni la tierra, ni todo lo demás que tiene cuerpo. La misma naturaleza de las cosas corporales, a cualquiera que tenga ojos para verlas, le está diciendo: Esto es una cantidad abultada; y ésta precisamente es menor en la parte que en el todo. De aquí se infiere que tú, alma mía, eres mejor que todo lo corpóreo, porque tú animas esa abultada cantidad de tu cuerpo y le das la vida que goza, lo que cuerpo ninguno puede hacer con otro cuerpo. Pero tu Dios está tan lejos de ser corpóreo, que aun respecto de ti, que eres vida del cuerpo, es Dios tu vida.

Capítulo VII

Que ninguno puede hallar a Dios por medio de los sentidos corporales ni de las potencias puramente sensitivas

11. Pues ¿qué es lo que yo amo, cuando amo a mi Dios? ¿Qué ser tiene aquél que es superior a lo que hay más alto y superior en mi alma? Es menester que ella me sirva como de escala para subir hasta -206- Él. Pasaré, pues, más arriba de aquella facultad que ejerce mi alma en el cuerpo, comunicando la vida a todas las partes de que se compone, pues con sola esta facultad o potencia de mi alma no puedo hablar a mi Dios; porque de lo contrario se siguiera que también le hallarían *el caballo y el mulo, que no tienen entendimiento*, pues también ellos tienen esa facultad que da vida a sus cuerpos.

Hay además en mi alma otra virtud y facultad superior a ésta, la cual no solamente hace que viva el cuerpo, sino también que sea sensitivo. El mismo Señor que creó a mi alma con esta facultad maridó y dispuso que no oyera por los ojos, ni viera por los oídos, sino que se sirviera de aquéllos para ver y de estotros para oír, y así respectivamente de los demás sentidos, a los cuales señaló sus propios y peculiares órganos para los diversos oficios que mi alma, siendo única, ejecuta por diferentes sentidos.

Pues también debo pasar más arriba de esta facultad de mi alma que me da la vida sensitiva, porque ésta es común al caballo y demás brutos, que igualmente sienten por medio de los órganos y sentidos de su cuerpo.

Capítulo VIII

De la admirable virtud y facultad de la memoria

12. Continuando, pues, en servirme de las potencias de mi alma, como de una escala de diversos grados para subir por ellos hasta mi Creador, y pasando más arriba de lo sensitivo, vengo a dar en el anchuroso campo y espaciosa jurisdicción de mi memoria, donde se guarda el tesoro de innumerables imágenes de todos los objetos que de cualquier modo sean sensibles, las cuales han pasado al depósito de la memoria por la aduana de los sentidos. Además de estas imágenes, se guardan allí todos los pensamientos, discursos y reflexiones que hacemos, ya aumentando, ya disminuyendo, ya variando de otro modo aquellas mismas cosas que fueron el objeto de nuestros sentidos; y en fin, allí se guardan cualesquiera especies, que por diversos caminos se han confiado y depositado en la memoria, si todavía no las ha deshecho y sepultado el olvido.

Cuando mi alma se ha de servir de esta potencia pide que se le presenten todas las imágenes que quiere considerar; algunas se le presentan inmediatamente, pero otras hay que buscarlas más despacio, como si fuese menester sacarlas de unos senos más retirados y ocultos. Otras suelen salir amontonadas y de tropel; y aunque no sean aquéllas las especies que entonces se pedían y buscaban, ellas se ponen delante, como diciendo: ¿Por ventura somos nosotras las que buscáis? Yo las aparto de la vista y aspecto de mi memoria con la mano y entendimiento, hasta que se descubra lo que busco y acabe de dejarse ver, saliendo de aquellos senos donde estaba escondido. También hay otras que se presentan fácilmente y con el mismo orden con que se las va llamando; entonces las primeras ceden su lugar a las que siguen, y cediéndolo, vuelven a guardarse. Todo esto sucede verdaderamente cuando digo alguna cosa de memoria.

13. Allí están guardadas con orden y distinción todas las cosas, y según el órgano o conducto por donde ha entrado cada una de ellas, como, por ejemplo, la luz y todos los colores, la figura y hermosura -207- de los cuerpos, por los ojos; todos los géneros y especies que hay de sonidos y voces, por los oídos; todos los olores, por el órgano del olfato; todos los sabores, por el gusto; y finalmente, por el sentido del tacto, que se extiende generalmente por todo el cuerpo, todas las especies de que es duro o blando, caliente o frío, suave o áspero, pesado o ligero, ya sean estas cosas exteriores, ya interiores al cuerpo. Este capacísimo retrete de la memoria recibe, en no sé qué secretos e inexplicables senos que tiene, todas estas cosas, que por las

diferentes puertas de los sentidos entran en la memoria y en ella se depositan y guardan, de modo que puedan volver a descubrirse y presentarse cuando fuere necesario.
Pero no entran allí estas mismas cosas materiales, sino que unas imágenes que representan esas mismas cosas sensibles son las que se ofrecen y presentan al pensamiento cuando sucede que uno se acuerda de ellas. Mas ¿quién sabe ni podrá decir cómo fueron formadas estas especies o imágenes, no obstante que claramente consta por qué sentidos fueron atraídas y guardadas allí dentro?
Porque aun cuando estoy a oscuras y en silencio, si yo quiero, saco en mi memoria varios colores y hago distinción entre lo blanco y lo negro, y entre los demás colores que quiero; y los ruidos o sonidos no se presentan entonces ni perturban lo que estoy considerando, y que ha entrado por los ojos; siendo así que también los sonidos están allí, aunque puestos como separadamente y escondidos. Porque también, si me agrada, pido que salgan ellos, y al instante se me presentan; y entonces, sin mover la lengua y callando la garganta, canto en mi interior todo lo que quiero. Y no obstante que están allí también las dichas imágenes de los colores, no se mezclan con estotras, ni sirven de estorbo cuando se está disfrutando aquel otro depósito de imágenes que entraron por los oídos.
Del mismo modo recuerdo a mis solas, cuando quiero, todas las demás cosas, cuyas imágenes entraron a juntarse en la memoria por los otros sentidos; y sin oler cosa alguna, discierno entre el olor de los lirios y de las violetas; y sin valerme del gusto ni del tacto, sino solamente repasando las especies que enviaron a mi memoria estos sentidos, prefiero la dulzura de la miel a la del arrope, y lo que es suave a lo que es áspero.
14. Todo esto lo ejecuto dentro del gran salón de mi memoria. Allí se me presentan el cielo, la tierra, el mar y todas las cosas que mis sentidos han podido percibir en ellos, excepto las que ya se me hayan olvidado. Allí también me encuentro yo a mí mismo, me acuerdo de mí y de lo que hice, y en qué tiempo y en qué lugar lo hice, y en qué disposición y circunstancias me hallaba cuando lo hice. Allí se hallan finalmente todas las cosas de que me acuerdo, ya sean las que he sabido por experiencia propia, ya las que he creído por relación ajena. A todas estas imágenes añado yo mismo una innumerable multitud de otras, que formo sobre las cosas que he experimentado, o que fundado sobre éstas he creído por diversos modos, y son las semejanzas y respectos que todas ellas dicen entre sí y esas otras. Además de esto, se han de añadir las ilaciones que hago de todas estas especies, como las acciones futuras, los sucesos venideros y las esperanzas; todo lo cual lo considero y miro en la memoria como presente, sin salir de

aquel capacísimo seno de mi alma, lleno de -208- tantas imágenes de tan diversas cosas. Y suelo decirme a mí mismo: *Yo he de hacer esto o aquello, y de aquí se seguirá esto o lo otro. ¡Ojalá que sucediera tal o tal cosa! ¡No quiera Dios que esto o aquello suceda!* Todo esto lo digo en mi interior y, cuando lo digo, salen de aquel tesoro de mi memoria y se me presentan las imágenes de todas las cosas que digo; y nada de eso pudiera decir si aquellas imágenes no se me presentaran.

15. Grande es, Dios mío, esta virtud y facultad de la memoria; grandísima es y de una extensión y capacidad que no se le halla fin. ¿Quién ha llegado al término de su profundidad? Pues ella es una facultad y potencia de mi alma y pertenece a mi naturaleza; y no obstante, yo mismo no acabo de entender todo lo que soy. Pues qué, ¿el alma no tiene bastante capacidad para que quepa en ella todo su propio ser? ¿Y dónde ha de quedarse aquello que de su ser no cabe dentro de ella misma? ¿Acaso ha de estar fuera de ella y no en ella misma? Pues ¿cómo puede ser verdad que no se entienda ni comprenda toda a sí misma?

Esto me causa grande admiración y me tiene atónito y pasmado, Los hombres por lo común se admiran de ver la altura de los montes, las grandes olas del mar, las anchurosas corrientes de los ríos, la latitud inmensa del océano, el curso de los astros, y se olvidan de lo mucho que tienen que admirar en sí mismos. No admiran ellos que cuando yo nombraba estas cosas que acabo de decir no las estaba viendo con mis ojos; y no obstante, era preciso, para nombrarlas, que interiormente viese en mi memoria los montes, las olas, los ríos y los astros, que son cosas que he visto, y el océano, de que otros me han informado; y que se me presentasen con tan grandes espacios y extensión como tienen en sí mismos, y como si los estuviera viendo con mis ojos. Tampoco cuando vi estas cosas se me introdujeron por los ojos ellas mismas; ni son ellas las que están dentro de mí en el depósito de mi memoria, sino solamente unas imágenes suyas; también sé y conozco clara y distintamente por cuál de los sentidos de mi cuerpo ha entrado cada una de ellas y la impresión que han hecho en mi memoria.

Capítulo IX

Del lugar que tienen en la memoria las ciencias

16. Pero no son solas éstas las cosas que se encierran en la inmensa capacidad de mi memoria, pues también están allí como apartadas en un lugar más

profundo (aunque propiamente no es lugar) todas las cosas que he aprendido de las artes liberales, si no se han olvidado; y conservo allí guardadas, no las imágenes de estas cosas[115], sino las cosas mismas. Porque lo que sé de la gramática, de la lógica y de la retórica no está de tal modo en mi memoria que dentro de ella estén las imágenes de las ciencias, y éstas se quedasen fuera. Porque esto no es una cosa que sonó y pasó, como la voz que sonó en los -209- oídos y pasó dejando un rastro o señal de sí, que nos acordamos de ella como si sonara, cuando ya no suena; ni como un olor, que según ya pasando y esparciéndose por el aire, mueve al olfato, desde donde envía a la memoria una imagen suya, la cual tenemos presente cuando nos acordamos del olor; ni tampoco como el manjar, que estando en el estómago verdaderamente no tiene ya sabor, pero parece lo tiene en la memoria; ni como lo que se siente por medio del tacto, lo cual, aunque esté distante, queda en la memoria su imagen, que nos lo representa. Todas estas cosas no entran en la memoria, según el ser que tienen en sí mismas, sino solamente como unas imágenes suyas, que con maravillosa facilidad y presteza se forman y se depositan en aquellos senos como en celdillas admirables que tiene la memoria, de donde también maravillosamente vuelven a salir cuando uno las recuerda.

Capítulo X

Las ciencias no entran en la memoria por ministerio de los sentidos, sino que salen de otro seno más profundo de ella

17. Cuando oigo decir a alguno que acerca de cualquiera cosa se pueden hacer tres distintas cuestiones, a saber: *Si ella es, qué ser tiene y qué tal es*; es cierto que conservo en mi memoria las imágenes de los sonidos con que se formaron y pronunciaron estas palabras; también sé que los tales sonidos, pasando por los aires, se disiparon y desvanecieron enteramente, de modo que ya no existen; pero las cosas significadas por aquellas voces no pude tocarlas ni percibirlas por algunos de mis sentidos corporales, ni tampoco las vi en parte alguna, sino en mi alma: yo guardé en mi memoria, no las

[115] Aunque el Santo doctor conoció y adoptó las especies que se llaman *intencionales* de las cosas corpóreas, y las admitió en los sentidos externos e internos, no admitió especies inteligibles de las ciencias y artes, y otras cosas espirituales que, en sentencia del Santo, están impresas en nuestra alma y como congénitas con ella.

imágenes de aquellas cosas, sino a ellas mismas; mas por dónde entraron en mi alma, ellas solamente lo han de decir, si pueden.
Por más que recorra y examine bien todas las puertas de mis sentidos, no encuentro por cuál de ellas puedan haber entrado, porque los ojos dicen: Si tienen algún color, nosotros fuimos los que dimos noticia de ellas; los oídos dicen: Si hicieron algún sonido, nosotros te las mostramos; el olfato dice: Si fueron olorosas, por aquí solamente habrán pasado. También el sentido del gusto dice: Si no tienen algún sabor, no hay que preguntarme a mí; el tacto dice: Si no es alguna cosa corpulenta, yo no he podido tocarla; si no la he tocado, tampoco puedo dar noticia de ella.
¿De dónde, pues, han venido estas ciencias y por dónde han entrado en mi memoria? Lo ignoro, porque cuando las aprendí, no fue dando crédito a lo que otros me dijeron, sino que yo mismo las descubrí en mi alma desde luego y, habiéndolas aprobado como verdaderas, las encomendé a la memoria, como depositándolas allí para volverlas a sacar cuando quisiese. Luego estaban dentro de mi alma aun antes de que yo las aprendiese, pero todavía no estaban en mi memoria. Pues ¿dónde estaban? Y si no, ¿por qué las reconocí luego que me hablaron de ellas y por qué dije: *Esto es así, esto es verdad*, sino porque ya estaban en mi memoria, aunque tan escondidas y encerradas en sus senos profundísimos y ocultísimos, que si alguno no las excitara ni me hubiera hablado de ellas, puede ser que jamás se me hubieran ofrecido al pensamiento?

-210-

Capítulo XI

Qué cosa sea aprender, hablando de las verdades que hallamos en nosotros mismos

18. De lo dicho resulta que aprender estas cosas, cuyas imágenes no hemos recibido por los sentidos, sino que son imágenes, e inmediatamente[116] como ellas son en sí las vemos dentro de nosotros mismos, no es otra cosa que recoger y juntar con el pensamiento aquellas especies que estaban dispersas y sin orden en nuestra memoria; y además de eso, procurar, con reflexión y

[116] Es sentencia del Santo doctor que las cosas inmateriales las conocemos por sí mismas con conocimiento propio e intuitivo, no menos que las cosas sensibles. Por esto dice (libro IX, *De Trinit.*, cap. III): *Así como nuestra alma recibe por los sentidos del cuerpo las noticias de las cosas corporales, inmediatamente y por sí misma tiene las que pertenecen a las cosas incorpóreas*.

advertencia, que esas mismas verdades que antes estaban allí dispersas, arrinconadas escondidas, de allí en adelante estén como puestas a mano en la misma memoria, y se presenten fácil y prontamente luego que quisiéramos valernos de ellas.

¿Cuán grande multitud de especies de esta clase tiene mi memoria, que al presente están juntas y ordenadas, y que, como tengo dicho las tengo en la mano para poder usarlas, y comúnmente se dice que las hemos estudiado y aprendido? Pues estas mismas cosas, si de cuando en cuando no se vuelven a repetir y repasar, de tal manera se hunden otra vez y se van como resbalando hasta los senos más profundos y escondidos, que es menester nuevamente irlas buscando y sacando de allí mismo (porque ellas no tienen otro lugar donde irse), como si fueran nuevas y nunca sabidas, y recogerlas y ponerlas juntas otra vez para que pueden saberse. Esto mismo da a entender la palabra latina *cogitare*, que significa *pensar*, pero en su raíz (que es *cogo*[117], de donde sale el frecuentativo *cogito*) significa *recoger* y *juntar*; y así *pensar* es lo mismo que juntar y unir las especies que estaban en la memoria dispersas. Este verbo ya no se usa propiamente en la significación de juntar cualesquiera cosas que están dispersas en otra parte, sino solamente para significar las que se recogen y juntan en el alma, que propiamente en latín se dice *cogitare*, y en castellano *pensar*.

Capítulo XII

Del lugar que tienen en la memoria las ciencias matemáticas

19. Contiene también la memoria, además de lo referido, innumerables reglas, razones y leyes acerca de los números y dimensiones de la cantidad, que no las ha recibido ni adquirido por ninguno de los sentidos del cuerpo; por cuanto no son ellas de color alguno, ni suenan, ni huelen, ni se gustan, ni se palpan. Es verdad que cuando -211- se habla o se disputa de ellas, oigo los sonidos de las voces o palabras con que estas mismas ciencias y sus leyes y reglas se significan, pero aquellos sonidos son una cosa y éstas cosa muy

[117] Ésta es una hermosa y elegante etimología del verbo *cogitare*, y ciertamente es la propia, porque el *pensar* consiste en *juntar y combinar muchos conceptos*, para que así podamos formar nuestros juicios y discursos. Por lo que a la primera operación del entendimiento, que llamamos *simple aprehensión o concepto*, no le conviene con toda propiedad el nombre de cogitación o pensamiento, porque no es colección de varios conceptos, sino uno único y solo.

distinta. Porque aquéllas suenan de un modo en latín y de otro modo en griego, pero dichas ciencias ni son griegas ni latinas, ni de otro algún determinado idioma.
También es cierto que he visto por mis ojos aquellas líneas con que trazan los arquitectos sus obras, no obstante ser tan delicadas y sutiles como el hilo de la araña; pero aquéllas que yo tengo en mi interior son muy diferentes de éstas, pues no son imágenes de las líneas que me mostraron mis ojos; sólo conoce bien qué líneas son aquéllas el que, cuando las contempla y examina, prescinde de todo lo que es cuerpo.
Es no menos cierto que por medio de los sentidos de mi cuerpo han entrado en mi interior las imágenes de los números que exteriormente contamos, pero aquéllos con que contamos a esotros son muy distintos de éstos, y tampoco son imágenes de estos números y, por tanto, su ser es más constante y más cierto.

Capítulo XIII

Cómo la memoria es tan reflexiva que con ella nos acordamos de habernos acordado

20. Conservo todas estas cosas en mi memoria, como también los diferentes medios y modos con que las aprendí, lo propio que muchas objeciones y argumentos falsos que he visto proponer en las disputas contra estas verdades; y aunque las dichas objeciones son falsas, no lo es que me acuerdo de ellas, ni que hice discernimiento entre la verdad de aquellas tesis y la falsedad de estas objeciones, lo que tengo muy presente. Además de esto, veo en mi memoria que el discernimiento y juicio que ahora formo de estas cosas es diferente del que me acuerdo haber hecho antes, muchas veces que he pensado en ellas; también me acuerdo de que he entendido estas cosas diferentes veces, y que ahora las percibo y entiendo, lo guardo en mi memoria para acordarme después de que las entiendo ahora. Conque también recuerdo que me he acordado, y si después me acuerdo de que ahora he podido acordarme de estas cosas, sin duda que será un acto reflejo de la virtud o facultad de la memoria.

Capítulo XIV

Cómo también están en la memoria las afecciones o pasiones del ánimo

21. También las afecciones o pasiones del alma tienen su lugar en mi memoria, pero no están en ella de aquel modo como en el alma cuando las padece, sino de otro muy diverso, y según corresponde al oficio y facultad de la memoria. Porque sin sentir en mi alegría, me acuerdo de haber estado alegre, y sin estar triste, me acuerdo de la tristeza pasada; también sin sentir temor, me acuerdo de haber tenido alguna vez; y sin desear ni apetecer, me acuerdo de -212- que antes he apetecido y deseado; algunas veces me acuerdo de lo que positivamente es contrario al afecto que entonces experimento, pues estando con alegría me acuerdo de mi tristeza pasada, y estando con tristeza suelo acordarme de mi pasada alegría.

No fuera esto tan digno de admirarse hablando de las pasiones del cuerpo, porque el alma, que es la que se acuerda, es muy distinta del cuerpo que las padecía. Y así no merece tanta admiración, que estando yo actualmente gozoso, me acuerdo de algún dolor pasado de mi cuerpo. Pero aquí es cosa que admira, porque también es alma la memoria, pues cuando encargamos a alguno que no olvide una cosa, solemos decirle: *Mira que esto lo tengas en el alma*; y cuando sucede olvidamos de algo, decimos: *No estuvo en mi alma tal cosa o se me escapó del alma*, llamando alma a la memoria.

Pues siendo esto así, ¿en qué consiste que, aun cuando actualmente esté alegre, si me acuerdo de mi tristeza pasada, mi alma tenga alegría y mi memoria tristeza, pero de tal modo que el alma real y verdaderamente está alegre, porque tiene en sí la alegría, y la memoria no está triste, aunque tiene en sí la tristeza?, ¿acaso puede decirse que la memoria no es parte del alma? ¿Quién puede decir tal cosa? De todo lo cual podemos inferir que la memoria, respecto del alma, es como el estómago[118] respecto del cuerpo; y que la alegría y la tristeza son dos manjares, uno dulce y otro amargo; y así, cuando aquéllas se encomiendan a la memoria, es como cuando los manjares pasan al estómago, que allí se pueden guardar, pero no comunicar su sabor. Sería un pensamiento ridículo juzgar que en todo eran semejantes estas dos cosas, bien que tienen las dos alguna semejanza.

---

[118] Platón llamó también a la memoria *estómago* del alma, pero aunque sirve mucho este ejemplo para explicar el asunto de que trata aquí San Agustín, el mismo Santo dice que no convienen en todo estómago y memoria, sino que en parte se pacen y en parte se distinguen.

22. También es muy cierto que cuando digo que son cuatro las pasiones del alma: deseo, alegría, miedo y tristeza, todo lo que de ellas pueda discurrir y disputar, ya dividiendo cada uno de sus géneros en sus respectivas especies, ya dando a cada una sus propias definiciones, lo saco de mi memoria, pues allí encuentro lo que he de decir y de allí efectivamente saco todo lo que digo; pero no me siento movido de ninguna de estas pasiones cuando las recuerdo, las nombro y trato de ellas, siendo así que estaban en mi memoria aun antes que tratase o me acordase de ellas; porque estaban allí pude sacarlas a luz y recordarlas.

Tal vez podrá decirse que así como en los animales el manjar sale del estómago a la boca rumiándole, así estas cosas salen de nuestra memoria acordándonos de ellas. ¿Cómo, pues, en el pensamiento, que es la boca del alma, no se siente lo dulce de la alegría ni lo amargo de la tristeza, cuando se trata o se disputa de ellas, extrayéndolas así de la memoria? ¿Acaso es esto en lo que no tienen semejanza, pues ya hemos dicho que no la tienen en todo? A no haber esta distinción, ¿quién habría que voluntariamente nombrase tristeza o miedo si todas las veces que se hubiesen de nombrar estuviésemos precisados a tener y sentir miedo o tristeza? Es cierto que no hablaríamos de ellas, ni podríamos nombrarlas si no halláramos en nuestra memoria, no solamente las voces significativas de tales pasiones -213- (las cuales se representan en las imágenes impresas en la memoria por los sentidos del cuerpo), sino también las nociones o ideas de las mismas cosas, las cuales por ninguna de las puertas del cuerpo entraron en la memoria, sino que sintiendo el alma y experimentando en sí misma sus pasiones, encomendó a la memoria sus ideas; o bien ella por sí misma, sin que se las entregasen, las tenía recogidas para sí.

Capítulo XV

Cómo también nos acordamos de las cosas que están ausentes

23. Pero ¿quién podrá fácilmente establecer si todo esto se hace por imágenes o no? Porque, si yo no nombro a la piedra, o nombro al Sol, cuando estas dos cosas no están presentes a mis sentidos, inmediatamente se presentan sus imágenes en mi memoria. Nombro algún dolor corporal, no estando presente el dolor, y nada me duele; y si su imagen no estuviera presente en mi memoria, no supiera lo que nombraba o decía, ni pudiera distinguir entre el

dolor y el deleite. Nombro la salud del cuerpo hallándome bueno y sano; entonces es verdad que está presente la misma cosa nombrada, pero si su imagen no estuviera también en mi memoria, de ningún modo podría acordarme de lo que significa el sonido de esta palabra *salud*. Ni los enfermos, cuando se nombra la salud delante de ellos, entenderían lo que se había dicho si aquella misma imagen no se conservara en su memoria, aunque la misma cosa faltase de su cuerpo.

Nombro los números con que contamos y hallo que están en mi memoria, no las imágenes de los números, sino los números mismos. Nombro la imagen del Sol, la cual está presente en mi memoria; entonces ella misma es la que se me presenta cuando me acuerdo de ella nombrándola, porque no recuerdo ni nombro la imagen de esta imagen, sino ella misma. Finalmente, nombro a la memoria, y conozco lo que nombro. ¿Y dónde lo conozco sino en la misma memoria? ¿Acaso ella puede estar de algún modo más presente a sí misma por medio de su imagen, que inmediatamente por sí misma?

Capítulo XVI

Cómo también la memoria se acuerda del olvido

24. Pero ¿qué diremos que sucede cuando nombro el olvido, con conocimiento de lo que nombro? Porque no pudiera conocer bien el olvido sino acordándome de él. No hablo del sonido de esta palabra *olvido*, sino de la cosa significada, la cual, si yo la hubiera olvidado, es cierto que no pudiera saber lo que vale o significa aquella voz. Resulta, pues, que cuando hago mención de la memoria, la misma memoria inmediatamente por sí misma se ofrece y se presenta a sí misma; pero cuando menciono al *olvido*, se hacen presentes y se ofrecen luego la memoria y el olvido: la memoria, con la cual me acuerdo y menciono al olvido, y el olvido, que es la cosa de que me acuerdo y que menciono.

Pero ¿qué es el olvido sino una falta o privación de la memoria? ¿Y cómo esa privación de memoria está presente para que me acuerde -214- de ella, si no es posible que me acuerde mientras subsista esa privación o falta de memoria? Siendo, pues, cierto que aquello de que nos acordamos lo tenemos en la memoria, y que si no nos acordásemos del olvido, no sería posible que entendiésemos lo que se significa con esta palabra *olvido*, cuando la oímos pronunciar, se infiere necesariamente que tenemos al olvido en la memoria.

No se pudiera inferir de aquí que, cuando nos acordamos del olvido, no está él por sí mismo en nuestra memoria, sino mediante su imagen que le representa; porque si fuera el mismo olvido el que allí se representa en su ser propio, no haría que nos acordásemos, sino todo lo contrario. ¿Y quién alcanzará perfectamente ni podrá comprender cómo esto sea?

25. Yo confieso, Señor, que hallo aquí bastante dificultad y la experimento en mí mismo, pues me cuesta mucho trabajo el entenderme a mí mismo. No intento ahora averiguar las regiones en que se divide el cielo, ni medir lo que distan entre sí los astros, ni entender el equilibrio de la tierra, sino saber lo que soy yo mismo; pues yo, según que soy alma, soy el que me acuerdo y tengo memoria. No es de admirar que no alcance ni llegue a entender todo aquello que se distingue de mí. Pero ¿qué cosa puede haber más cerca de mí que yo? Con todo eso no puedo acabar de entender lo que pasa en mi memoria, que es parte de mi ser, y sin ella no fuera todo lo que soy.

Pues ¿qué es lo que tengo de decir cuando me consta con certeza que yo mismo me acuerdo de mi olvido? ¿Por ventura he de decir que no está en mi memoria aquello de que me acuerdo, o bien que, para no olvidarme está el olvido en mi memoria? Lo uno y lo otro es un absurdo muy grande. Veamos, pues, lo tercero que antes insinué. ¿Cómo he de decir y asegurar por cierto que, cuando hago memoria del olvido, no es el olvido mismo, sino una imagen suya la que está y se presenta en mi memoria? ¿Cómo, pues, tengo de decir esto, cuando por otra parte sabemos que para imprimirse en la memoria la imagen de cualquier cosa es necesario que antes esté presente aquella cosa misma, de la cual pueda quedar la imagen impresa en la memoria? Porque así sucede para acordarme de la ciudad de Cartago, así me acuerdo de los lugares en que he estado, así de los rostros humanos que he visto y de las cosas que se dan a conocer por los demás sentidas, y así, finalmente, es como me acuerdo de la salud o del dolor del mismo cuerpo.

Cuando estas cosas estuvieron presentes, cogió de ellas la memoria unas imágenes que pudiese yo después mirar y tener presentes, y usar de ellas en lo interior de mi alma, cuando tuviese que acordarme de aquellas cosas, aunque ausentes. Luego, si el olvido, no por sí mismo, sino por medio de una imagen suya, se tiene en la memoria, es necesario que antes estuviese el mismo olvido presente, para que se quedase en la memoria su imagen. Cuando estaba presente el mismo olvido, ¿cómo podía delinear en mi memoria su imagen cuando aun aquello que encuentra ya delineado lo borra con su presencia el olvido? No obstante, de cualquier modo que esto suceda, y aunque este modo con que el olvido está presente a la memoria no pueda comprenderse ni explicarse, estoy muy cierto de que me acuerdo aun del

mismo olvido, aunque él es el que quita de nuestra memoria las especies o imágenes que para acordarnos teníamos en ella.

-215-

Capítulo XVII

Que no obstante ser tan grande la capacidad y virtud de la memoria, es necesario, para hallar a Dios, subir más arriba de esta potencia

26. Grande y excelente potencia es la memoria. Su multiplicidad, Dios mío, tan profunda como inmensa, tiene un no sé qué que espanta; todo esto que es mi memoria lo es mi alma y lo soy también yo mismo. ¿Y qué soy yo, Dios mío?, ¿qué ser y naturaleza es la que tengo? Una naturaleza que se compone de varias y que vive con varios modos de vida, y que de varios modos es inmensa, como se ve en los espaciosos campos de mi memoria, en las innumerables y profundas cuevas y senos ocultísimos de que consta, que de innumerables modos están todos llenos de innumerables géneros de cosas, ya estén allí por medio de sus imágenes, como las cosas corpóreas; ya estén por sí mismas, como las artes y ciencias, ya por medio de no sé qué nociones y señales, como las afecciones o pasiones del alma, que las tiene la memoria aun cuando ya no las padece el alma; no obstante que todo cuanto está en la memoria está en el alma. Por todos estos campos, cavernas y senos de mi memoria corro y vuelo de una parte a otra, me insinúo y profundizo cuanto cedo, pero en parte alguna hallo el fin. Tan inmensa como esto es fuerza y virtud de la memoria; y tan grande y suma es la vivacidad humana, no obstante ser la vida del hombre mortal y perecedera.
Pues ¿qué me resta hacer? Decídmelo Vos, Dios mío, que sois mi vida constante y verdadera. Subiré más arriba de esta potencia de mi alma, que llamamos memoria: pasaré por ella subiendo más arriba para llegar a Vos, deliciosa luz de mi alma. ¿Qué me decís Vos, Señor? Ya veis que por los grados de mi alma voy subiendo hacia Vos, que sois superior a mí. Subiré, pues, más arriba de esta potencia que llamamos memoria, deseando tocar con mi conocimiento vuestro Ser, por donde puede tocarse, y unirme a Vos, por donde y como esta unión pueda conseguirse. También las bestias y las aves tienen su memoria, sin la cual no sabrían volverse á sus guaridas y nidos, ni hacer ni repetir otras muchas acciones a que están acostumbradas, porque ni aun pudieran acostumbrarse a cosa alguna si no tuvieran memoria.

Pasaré, pues, más arriba de mi memoria, para llegar a aquel Ser soberano que me hizo diferente de los brutos y me hizo más sabio que las aves del cielo. Más arriba de mi memoria he de subir; pero ¿dónde os hallaré, dulzura soberana, segura y verdadera?, ¿en donde os hallaré? Porque si os he de hallar más allá de mi memoria y fuera de ella, no me acordaré de Vos. Y si no me acuerdo de Vos, ¿cómo os he de hallar?

Capítulo XVIII

Cómo no pudiera hallarse una cosa perdida si no se conservara en la memoria

27. Aquella mujer del Evangelio que perdió la dracma y la buscó con una antorcha encendida, no hubiera podido hallarla si no la conservara en su memoria, porque después que la hubiese hallado, ¿cómo -216- había de conocer si era aquélla la que buscaba, si no se acordara de ella? Recuerdo haber buscado y hallado muchas cosas que había perdido, y sé que las hallé porque si cuando buscaba alguna de ellas me decía alguno: *¿Es por ventura esto lo que buscas, o es acaso aquello?*, yo siempre respondía: *No es eso*; hasta que se me presentase aquella misma cosa que buscaba. Si, pues, no me hubiese acordado de ella, ni tuviera en la memoria lo que era y cómo era aquella cosa, aunque la tuviera a la vista no la hallara, porque no la conociera. Esto mismo sucede siempre que buscamos y hallamos lo que antes hemos perdido.
Pero si alguna cosa se pierde respecto de nuestra vista, no respecto de nuestra memoria, como por ejemplo, cualquier cuerpo visible, entonces la imagen de aquella cosa se conserva interiormente y por ella se busca hasta que vuelve a presentarse a nuestra vista; cuando ya se ha hallado se reconoce si es o no aquella misma cosa que se buscaba, confrontándola con su imagen que estaba en la memoria. Por lo cual, ni decimos que hemos hallado lo perdido si no lo conocemos, ni podemos conocerlo si no nos acordamos de ello. Es verdad que esto solamente se había perdido respecto de nuestra vista, pero se conservaba en nuestra memoria.

Capítulo XIX

Cómo vuelve a acordarse la memoria de lo que había perdido ella misma

28. Pero ¿qué diremos cuando es la misma memoria la que ha perdido alguna cosa, como sucede cuando olvidamos algo y lo buscamos para acordarnos de ello? Porque últimamente, ¿dónde lo buscamos sino en la misma memoria? Y si buscándolo allí se nos ofrece y presenta una cosa por otra, la desechamos hasta que se nos ocurra lo que buscamos; entonces decimos inmediatamente: *Esto es, helo aquí*; lo que no diríamos si no la conociéramos, ni tampoco la conociéramos, si no nos acordáramos de ella. Pero es cierto que la teníamos antes olvidada, tal vez no del todo, sino en parte; con la que aún estaba en la memoria, buscábamos la otra parte que faltaba, porque sintiendo en sí la memoria que no tenía juntas y cabales todas las especies que ella acostumbraba usar y manejar a un mismo tiempo, como truncada y defectuosa en la costumbre que tenía, estaba pidiendo que se le reintegrase lo que la faltaba.

Semejante a esto es lo que sucede cuando vemos una persona conocida, o que sin verla se nos ofrece a la memoria, pero no nos podemos acordar de cómo se llama y nos ponemos a pensar en su nombre: cualquier nombre distinto que se nos ofrezca no se une bien con la idea que tenemos de aquella persona, porque no estamos acostumbrados a juntar aquella persona con aquel nombre; y por eso los desechamos todos, hasta que se nos presenta aquel que nuestro pensamiento acostumbraba juntar con aquella persona, y entonces descansa y cesa de buscarle, teniendo ya cabal y completa noticia de aquel nombre.

Pero este nombre olvidado que se nos recuerda, ¿de dónde viene o sale sino de la misma memoria? Porque, aun cuando alguno nos lo -217- recuerde, de nuestra memoria proviene que le reconozcamos: no le oímos como un nombre nuevo, que entonces aprendamos, sino que nos acordamos del que habíamos oído otras veces; aprobamos que éste, que entonces se nos dice, es el nombre que aquella persona tiene, pero si enteramente se borra de la memoria, aunque otro nos lo quiera recordar, y nos sugiera aquel nombre, no nos acordamos de él absolutamente: no olvidamos enteramente lo que mediante el aviso de otro nos recuerda haberlo olvidado; es imposible que buscáramos una cosa que habíamos perdido si enteramente la hubiéramos olvidado.

Capítulo XX

Para desear la bienaventuranza, como todos los hombres la desean, es necesario que la conozcan

29. Supuesto lo que acabo de decir, ¿de qué medios me valgo para buscaros, Señor? Porque buscaros, Dios mío, es buscar mi felicidad y bienaventuranza: debo buscaros para que mi alma viva, porque Vos sois la vida de mi alma[119], así como ella es la que da vida a mi cuerpo. ¿Cómo, pues, busco la vida bienaventurada? Porque ésta no la puedo conseguir hasta que me halle en tal estado que pueda y deba decir con verdad mi corazón: *Esto me basta*. Pues ¿cómo la busco? Acaso por medio de reminiscencia, que es lo mismo que volviéndome a acordar de ella, como cosa que tenía olvidada, pero acordándome todavía de que la había olvidado, o ¿es por medio de un deseo y apetito de saber una cosa para mí desconocida e ignorada, ya por no haberla sabido nunca, ya por haberla olvidado absolutamente? Pero esa vida bienaventurada, ¿no es la que todos quieren y que ninguno hay que absolutamente no la quiera? Pues, ¿dónde la han conocido para que así la quieran? ¿Dónde la han visto, pues, para amarla tanto?
Es que la tenemos dentro de nosotros mismos, aunque ignoramos cómo. También hay un cierto modo de tenerla, que hace verdaderamente bienaventurado a cualquiera que la tiene de aquel modo: otros hay que son bienaventurados por la esperanza de serlo. Es verdad que este modo de tener la bienaventuranza es muy inferior al otro con que la poseen los que real y verdaderamente son bienaventurados, pero no obstante, están mejor que aquellos otros primeros, que ni en la realidad ni en la esperanza son bienaventurados, los cuales no lo son de alguno de esos modos; de lo contrario no desearan tanto el ser bienaventurados como es certísimo que lo desean.
No sé cómo han llegado a conocer la bienaventuranza, de la cual tienen no sé qué noticia, que deseo averiguar si reside en la memoria, pues si residiese en ella, se inferiría de esto que en algún tiempo ya habíamos sido todos bienaventurados. No trato ni examino ahora si esto se debe entender de todos los hombres, y de cada uno en particular, o si la dicha bienaventuranza la tuvimos solamente en *aquel* -218- *hombre que pecó el primero*, en el cual todos

---

[119] Es muy verdadera esta sentencia y muy frecuente en San Agustín, que dice muchas veces que Dios es la vida de nuestra alma, como nuestra alma es la vida de nuestro cuerpo; y así como faltando el alma al cuerpo, muere éste, así faltando Dios al alma, se muere ésta. Véase el sermón XIII de San Agustín, *De Martyribus*.

pecamos y morimos, y de quien todos nacimos cargados de miserias. Solamente quiero averiguar ahora si la idea y noticia que tenemos de bienaventuranza reside en nuestra memoria, porque no la amaríamos si no la conociéramos.
Oímos este nombre *bienaventuranza* y todos confesamos que amamos y apetecemos lo que aquella palabra significa, porque lo que nos deleita y enamora, no es el material sonido de aquella palabra, pues si un griego la oye nombrar en latín, no le mueve ni deleita aquella voz, porque suponemos que no entiende lo que significa, pero nosotros, que la entendemos, nos deleitamos y aficionamos a ella, como el griego también se aficionaría si la oyera nombrar en su propio idioma: la cosa significada en dicho nombre no es griega ni latina, pero griegos y latinos, y todos los hombres del mundo, de cualquiera nación que sean, suspiran por ella y desean alcanzarla. Luego de todos los hombres es conocida y a todos les es notoria, de modo que si pudiera preguntarse a todos de una vez, y con una misma voz, si querían ser bienaventurados, sin detenerse a pensarlo y sin dudar en ello, todos responderían que sí; esto no sucedería si no estuviera en su memoria la cosa que corresponde por significado a este nombre *bienaventuranza*.

Capítulo XXI

Del modo en que la bienaventuranza está en nuestra memoria

30. ¿Por ventura está en nuestra memoria la bienaventuranza así como lo está la ciudad de Cartago en la del que alguna vez la ha visto? No por cierto, porque la vida bienaventurada no se ve con los ojos, pues no es cuerpo. ¿Acaso la tenemos en nuestra memoria como tenemos los números? Tampoco es de este modo, porque el que tiene conocimiento de los números no desea ya ni solicita alcanzarlos.
¿Acaso nos acordamos de la bienaventuranza como nos sucede con la elocuencia? Tampoco, pues aunque al oír ese nombre, es cierto que se acuerdan de la elocuencia aun aquellos que no son elocuentes, y muchos que desean serlo (de donde se infiere claramente que tenían noticia y conocimiento de lo que es elocuencia), pero les ha venido esa noticia por los sentidos corporales, viendo u oyendo a otros que eran elocuentes, de lo que provino el aficionarse a la elocuencia y darse a conseguirla (aunque es verdad que, si no tu vieran interiormente noticia, no tendrían ese gusto y afición, y faltándoles la afición y el gusto a la elocuencia, tampoco tendrían deseo de

alcanzarla); pero la vida bienaventurada no la hemos experimentado en hombre alguno por informe de los sentidos.

¿Será por ventura del modo con que nos acordamos de la alegría? Puede que sea así, porque así como estando triste puedo acordarme y me acuerdo de mi alegría pasada, así aunque esté en la mayor infelicidad y miseria puedo acordarme de la vida feliz y bienaventurada. Además de esto se parecen también en que tampoco ninguno de mis sentidos corporales percibe jamás mi gozo o alegría, pues ni la vi, ni la oí, ni la olí, ni la gusté, ni la palpé; solamente la sentí o experimenté en mi alma cuando tuve aquella alegría: su especie y noticia quedó impresa en mi memoria, para poder acordarme de dicha alegría, unas veces para aborrecerla y otras para desearla, según -219- la diversidad de objetos de que recuerde haberme alegrado. Si ahora me acuerdo de alguna alegría que tuve causada de objetos torpes, la detesto y abomino; y si, por el contrario, me acuerdo de la que tuve nacida de cosas buenas y honestas, deseo volver a tenerla o continuarla, no obstante que acaso ya no existan ni estén presentes aquellas cosas u acciones, y por eso no me acompaña la tristeza cuando hago memoria de esta alegría pasada.

31. Pues ¿dónde y cuándo experimento yo mismo mi vida bienaventurada, para que me acuerde de ella, y la ame y la desee? Ni en esto soy yo solo, o tengo pocos que me acompañen, sino que todos deseamos ser bienaventurados, lo cual no apeteceríamos con una voluntad tan firme y determinada si no la conociéramos con certeza y no tuviéramos de ella cierta y segura noticia.

Pero ¿en qué consiste, que si a dos hombres se les preguntase si querían seguir la carrera de la milicia, es muy posible que el uno respondiera que sí y el otro que no, y que si a entrambos se les preguntase si querían ser bienaventurados, sea también muy posible que uno y otro respondiesen al punto y sin poner duda en ello que lo querían y estaban deseando, y que no por otro fin sino el de ser felices y bienaventurados tomaban dos partidos tan opuestos como querer el uno seguir la milicia y el otro no seguirla?

Tal vez porque unos hombres tienen su alegría y gozo en una cosa y otros la tienen en otra, por eso concuerdan todos en responder que quieren ser bienaventurados, como convendrían también si se les preguntase si querían vivir alegres y contentos, porque este mismo contento y alegría es lo que ellos llaman vida bienaventurada. Aunque esta alegría la consiguen unos por un camino y otros la alcanzan por otro, es uno mismo el fin a donde todos conspiran y desean llegar, que es a vivir alegres y contentos.

Ésta es una cosa tan común, que nadie puede decir con verdad que no la haya experimentado en sí mismo: por eso cuando se oye el nombre de la vida

bienaventurada, se reconoce al instante por aquella especie de alegría que se halla en la memoria.

Capítulo XXII

En qué consista la vida bienaventurada, y dónde se ha de buscar

32. No quiera ni permita, Señor, vuestra misericordia, que en el corazón de este humilde siervo vuestro, que delante de Vos descubre los secretos de su alma, tenga entrada jamás ese vano pensamiento de juzgarme bienaventurado con cualquier género de gozo y alegría que haya tenido. Porque hay otro verdadero gozo que no se concede a los impíos y malos, sino solamente a aquéllos que os sirven voluntariamente, de los cuales Vos sois el gozo: ésa es la vida bienaventurada, una alegría ordenada a Vos, dimanada de Vos y poseída por amor de Vos; ésa misma es, y no hay otra verdadera. Aquéllos que juzgan que hay otra distinta de ésa, siguen otra muy diferente alegría, pero no esa misma que es la verdadera; y sólo alguna aparente semejanza de la verdadera alegría es la que siguen, y de la cual no se aparta su voluntad.

-220-

Capítulo XXIII

Prosigue explicando qué cosa sea la vida bienaventurada, y dónde se halla

33. Luego no es cierto que todos desean ser bienaventurados, porque aquéllos que no quieren la alegría que Vos comunicáis, que es la única vida bienaventurada, sin duda no quieren la que lo es cierta y verdadera, o bien deberá decirse que la quieren y desean todos, pero como *la carne tiene unos deseos contrarios al espíritu, y éste los tiene también opuestos a la carne*, no pudiendo uno y otro hacer lo que entrambos quieren, vienen a dar y caer en lo que pueden, y con ello se contentan; y es porque aquello que no pueden, no lo quieren tanto como es necesario para que lo puedan.

Si les pregunto a todos si quieren más gozar de esta alegría que proviene de la verdad, que de otra que provenga de la mentira, responderían todos que más quieren la alegría que nace de la verdad, y que desean ser felices y

bienaventurados, porque *la vida bienaventurada* es alegría y gozo que nace de la verdad, que es lo mismo que decir, alegría que nace de Vos, *que sois la verdad suma, mi luz, mi Dios, vida y salud de mi alma*. Todos, pues, quieren esta vida bienaventurada; esta vida, digo, que únicamente es la bienaventurada, todos la quieren: todos, vuelvo a decir, quieren y desean el gozo y alegría de la verdad, pues aunque he tratado a muchos que quisieran engañar a otros, a ninguno he visto que deseara ser engañado.

¿Dónde, pues, conocieron esta vida bienaventurada, sino allí mismo donde también conocieron la verdad? A ésta la aman también, supuesto que no quieren ser engañados, y amando la vida bienaventurada, que no es otra cosa sino alegría de la verdad, han de amar precisamente también a ésta, y no pudieran amarla si no tuvieran alguna noticia de ella en su memoria.

¿Por qué, pues, no hacen de ella su gozo y alegría? ¿Por qué no son felices y bienaventurados? Porque la adhesión que tienen a otras cosas es más fuerte y eficaz para hacerlos miserables e infelices, que aquel leve y escaso conocimiento que tuvieron de la verdad para hacerlos felices y bienaventurados. Y esto nace de que *todavía hay poca luz en los hombres: dense, pues, prisa a caminar adelante, para que no acaben de hallarse sin luz enteramente*.

34. Amando todos la vida bienaventurada, que no es otra cosa sino la alegría que se tiene de la verdad, ¿por qué causa la verdad engendra odio en los hombres, y aun vuestro Hijo Jesucristo se hizo enemigo de ellos porque se la predicaba? La causa de esto no puede ser otra sino que de tal modo se ama la verdad, que aun aquéllos que aman otra cosa muy distinta quisieran que fuese la verdad aquello que aman; y como por otra parte no quieren ser engañados, tampoco quieren verse convencidos de que lo son. Así, pues, aquella misma cosa que tienen por verdad, y como a tal la aman, es el motivo de que aborrezcan la verdad. Aman la verdad en cuanto resplandece o ilumina, pero la aborrecen en cuanto los acusa y reprende, y como ellos no quieren ser engañados, pero quieren engañar a otros, aman la verdad cuando ella se descubre o manifiesta a sí misma, pero la aborrecen cuando los descubre o los manifiesta a ellos. Así, -221- pues, la correspondencia que tendrían de la verdad será que a los que no quieren que los descubra y manifieste, los manifestará y descubrirá, aunque ellos no quieran, sin que la misma verdad se descubra y manifieste a ellos. Así es también puntualmente el espíritu del hombre que quiere ocultar su ceguedad, sus achaques, su fealdad, sus indecencias, y no quiere que a él se le oculte cosa alguna; pero sucede al contrario, que él queda descubierto para la verdad, y la verdad queda oculta para él; no obstante este estado de miseria en que se halla, más quiere gozar y alegrarse de bienes sólidos y verdaderos, que de aparentes y falsos. Luego será verdaderamente *bienaventurado* si, libre de toda molestia,

no hallase ya alegría sino en la Verdad suprema, de quien participaron su verdad todas las otras cosas verdaderas.

Capítulo XXIV

Se alegra Agustín de haber hallado a Dios dentro de su memoria

35. Mirad, Señor, cuánto me he detenido recorriendo la anchurosa extensión de mi memoria, sólo para buscaros, y no he podido hallaros fuera de ella: no he hallado de Vos cosa alguna que no estuviese en mi memoria, desde el instante que tuve conocimiento de Vos, pues jamás os he olvidado desde que os he conocido. En donde hallé la verdad, allí mismo hallé a mi Dios, que es la Verdad misma, que nunca olvidé desde que la conocí. Y así, Dios mío, desde que tuve conocimiento de Vos permanecéis en mi memoria, y en ella misma os hallo cuando hago mención de Vos, y me deleito en Vos. Éstas son mis santas delicias, que os habéis dignado concededme por vuestra misericordia, atendiendo a mi pobreza.

Capítulo XXV

En qué grado de la memoria se halla a Dios

36. Pero ¿en qué parte de mi memoria estáis, Señor?, ¿qué lugar tenéis en ella?, ¿cuál es la morada que habéis fabricado para Vos allí?, ¿cuál es el santuario que en ella edificasteis para Vos? Vos, Señor, concedisteis a mi memoria la honrosa dignidad de que Vos estéis y permanezcáis en ella, pero lo que ahora considero es en qué parte de mi memoria estáis. Porque, para acordarme de Vos, subí, como tengo dicho[120], más arriba de todos aquellos grados en que mi memoria conviene con la de los irracionales, porque no os hallaba en aquella parte de mi memoria donde están las imágenes de las cosas corpóreas. Subí, pues, a otro grado superior de mi memoria, donde tengo depositadas las afecciones o pasiones de mi alma, y tampoco allí os hallé. Pasé más adelante y entré a buscaros en el mismo seno donde reside mi

[120] En el capítulo XVII de este libro.

alma, que es el lugar que ella tiene para sí dentro de mi memoria, porque también mi alma se acuerda de sí misma, y tampoco Vos estabais en aquel seno, porque así como Vos no sois alguna imagen corpórea, ni pasión o afección alguna de las que suele en sí experimentar el alma, como sucede cuando nos alegramos, nos -222- entristecemos, deseamos, tememos, nos acordamos, nos olvidamos, y todas las otras afecciones semejantes, así tampoco sois lo que es nuestra alma, sino una sustancia muy distinta y superior a ella, como que sois el Señor y Dios de mi alma, fuera de que todas estas cosas que he dicho, son varias y mudables, y Vos permanecéis sobre todo lo creado eternamente invariable, y sin poder padecer variedad ni mutación alguna; pero no obstante, desde que os conocí os habéis dignado habitar en mi memoria.

Mas ¿para qué ando buscando el lugar propio que tenéis en ella, como si allí hubiera lugares distintos o separados? Vos ciertamente estáis de asiento en ella, porque yo me acuerdo de Vos desde que os conocí, y os hallo en mi memoria cuando me acuerdo de Vos.

Capítulo XXVI

Dónde se halla a Dios

37. Pero ¿dónde os hallé para poder conoceros? Porque antes que os conociera no estabais en mi memoria. ¿Dónde, pues, os hallé para conoceros, sino en Vos mismo y más arriba de mí? Pero de ningún modo hay en esto espacios ni lugares y, no obstante eso, es verdad que ya nos apartamos de Vos, ya nos acercamos a Vos, sin que en esto intervenga algún lugar. En todas partes estáis, Verdad eterna, presidiendo a todos los que os consultan y se aconsejan de Vos, y a todos les respondéis a un tiempo, aunque os pregunten cosas muy diferentes. Bien claramente les respondéis a todas, pero no todos oyen vuestras respuestas claramente. Todos os consultan y preguntan su inclinación y voluntad, pero no a todos respondéis conforme a su voluntad e inclinación. El mejor de todos vuestros siervos es aquél que no atiende tanto a oír de Vos lo que él desea y quiere, como a querer y ejecutar lo que de Vos oyere.

Capítulo XXVII

Cómo la hermosura de Dios arrebata hacia sí al hombre

38. Tarde os amé, Dios mío, hermosura tan antigua y tan nueva; tarde os amé. Vos estabais dentro de mi alma y yo distraído fuera, y allí mismo os buscaba; y perdiendo la hermosura de mi alma, me dejaba llevar de estas hermosas criaturas exteriores que Vos habéis creado. De lo que infiero que Vos estabais conmigo y yo no estaba con Vos; y me alejaban y tenían muy apartado de Vos aquellas mismas cosas que no tuvieran ser si no estuvieran en Vos. Pero Vos me llamasteis y disteis tales voces a mi alma, que cedió a vuestras voces mi sordera. Brilló tanto vuestra luz, fue tan grande vuestro resplandor, que ahuyentó mi ceguedad. Hicisteis que llegase hasta mí vuestra fragancia, y tomando aliento respiré con ella, y suspiro y anhelo ya por Vos. Me disteis a gustar vuestra dulzura, y ha excitado en mi alma un hambre y sed muy viva. En fin, Señor, me tocasteis y me encendí en deseos de abrazaros.

-223-

Capítulo XXVIII

De las miserias de esta vida

39. Cuando total y perfectamente esté yo unido a Vos no habrá ya para mí de ningún modo trabajo ni dolor alguno, y mi vida será totalmente viva, porque toda estará llena de Vos. Pero ahora me soy gravoso a mí mismo, porque no estoy lleno de Vos, pues a los que Vos llenáis, les quitáis su pesadez.
Mis pasadas alegrías dignas de llorarse, luchan con mis presentes tristezas dignas de alegría; y no sé en esta lucha quién lleva la victoria. ¡Ay de mí, Señor, tened misericordia de mí! Batallan, digo, mis tristezas malas con mis alegrías buenas y no sé quién saldrá con la victoria. ¡Ay de mí, Señor, tened misericordia de mí! Mirad, Señor, que no oculto mis llagas. Vos sois el médico, yo soy el enfermo: Vos sois misericordioso, yo lleno de miseria. ¿Por ventura podréis Vos olvidar *que la vida del hombre sobre la tierra es una tentación continua*?
¿Quién hay que ame las molestias y trabajos? Vos, Señor, mandáis que las suframos, no que las amemos. Ninguno ama aquello que sufre y tolera, aunque tenga amor a tolerarlo y sufrirlo. Pues aunque alguno se alegre de

que tolera y sufre, pero no obstante, más quiere que no haya que sufrir y tolerar. Cuando padezco cosas adversas, deseo las prósperas, y cuando estoy en posesión de las prósperas, estoy temiendo las adversas. ¿Qué medio puede hallarse entre estos dos contrarios, donde la vida humana deje de ser probada y combatida de semejantes afectos? Arriesgadas son las prosperidades del siglo de una y dos maneras: ya por el temor de la adversidad, ya por la corrupción de la alegría. Arriesgadas son también las adversidades del siglo de una, dos y tres maneras: ya por el deseo de la prosperidad, ya porque la adversidad misma es áspera y penosa, ya porque en ella peligra la paciencia. Pues siendo esto así, ¿cómo podrá dudarse *que la vida del hombre sobre la tierra sea una tentación continuada sin intermisión alguna*?

Capítulo XXIX

Que toda nuestra esperanza ha de ponerse en Dios

40. Toda mi esperanza, Dios y Señor mío, se funda únicamente en vuestra grandísima misericordia. *Dadme lo que me mandáis y mandadme lo que quisiereis*. Nos mandasteis ser continentes[121], *pero yo sé*, dice el Sabio, *que ninguno puede serlo, si Dios no le concede esta virtud, y también es un don de la Sabiduría increada el conocer de quién proviene esta dádiva*. Porque la continencia es la virtud que nos reúne y nos reduce a ser una cosa sola, de cuya unidad habíamos degenerado haciéndonos de uno muchos y dividiendo nuestro corazón -224- en multitud de cosas; y menos, Señor, os ama el que juntamente con Vos ama alguna otra cosa, que no la ama por Vos. ¡Oh amor, que siempre ardéis y nunca os apagáis! ¡Oh Dios mío, caridad infinita, encended mi corazón! Nos mandáis la templanza o continencia, pues[122] *dadnos lo que mandáis y mandad lo que queréis*.

---

121 Aquí no se toma la continencia por la castidad, que hace que el hombre se abstenga de toda delectación venérea, sino más generalmente por aquella virtud que es, según Santo Tomás (2.ª, 2.ª, q. 155, a. 1 c.), *por la cual resiste el hombre a todos los deseos malos y desordenados*. Lo cual todavía no es virtud perfecta, sino como un principio e incoación de las virtudes, y por eso es propia de los que comienzan a servir a Dios.

122 San Agustín refiere en el libro *De dono perseverantiae* que leyendo en Roma un obispo en presencia de Pelagio estas mismas palabras de San Agustín: *Da quod jubes, et jube quod vis*, y admirándolas como un excelente modo de pedir a Dios, Pelagio se alteró tanto contra el obispo, que estuvo cerca de perderle el respeto. Pero ello es cierto que contienen un método fácil, pronto, sólido y cristiano de hacer oración a Dios en cualquiera dificultad que hallemos en la observancia de la ley diciendo con humildad y fervor: *Dadme, Señor, lo*

Capítulo XXX

Confiesa Agustín el estado en que se hallaba en orden a las tentaciones libidinosas

41. Vos, Señor, me mandáis que reprima la concupiscencia de la carne, la de los ojos y la ambición de los honores mundanos. Mandasteis que me abstuviese del acceso carnal, y aun me aconsejasteis otra mejor y más perfecta continencia que la que es propia del matrimonio y que Vos habéis permitido. Vos mismo me lo concedisteis, y se efectuó en mí eso que me aconsejasteis, aun antes de que yo fuese ordenado y hecho ministro y dispensador de vuestros Sacramentos. Pero aún viven en mi memoria (de la cual he hablado tan largamente) las imágenes de aquellas cosas torpes que mi mala costumbre dejó estampadas en ella, las cuales se me presentan, ya cuando estoy despierto, ya cuando dormido: cuando despierto se me ofrecen como flacas y sin fuerzas, pero entre sueños llegan no sólo a causar deleite, sino también una especie de consentimiento y obra, que son muy semejantes a la obra y consentimiento verdaderos. Puede tanto en mi alma y en mi cuerpo aquella ilusión y engaño causado por las dichas imágenes, que me persuaden e inducen dormido aquellas visiones falsas a lo que no me indujeran ni persuadieran despierto los mismos objetos reales y verdaderos. ¿Por ventura, Dios y Señor, no soy yo el mismo entonces que cuando estoy despierto? Pues ¿cómo me diferencio tanto de mí mismo, desde el punto en que paso de despierto a dormido, hasta que vuelvo a pasar de dormido a despierto?
¿Dónde está entonces mi razón y entendimiento, que estando en vela resiste a semejantes sugestiones con tal fuerza que, aunque las mismas cosas reales y verdaderas se me pongan delante, no bastan a conmoverme?, ¿acaso se cierra también la razón al mismo tiempo que se cierran los ojos para dormir?, ¿acaso ella se duerme juntamente con los sentidos del cuerpo? Además, ¿en qué consiste que muchas veces aun entre sueños resistimos también a semejantes sugestiones, y acordándonos de nuestro propósito en orden a la castidad, perseveramos -225- firmemente en él, y no damos consentimiento alguno a

---

que me mandáis y mandadme lo que queréis. Porque hemos de estar en que nosotros somos suficientes por nosotros mismos para lo malo, pero para lo bueno y para cumplir los preceptos de Dios, no somos suficientes por nosotros mismos sin la gracia de Dios que lo intima. Así como puede cualquiera cerrar sus ojos cuando quiere y dejar de ver; pero aun con ellos abiertos no podrá ver si no le ayuda y le acompaña la luz, como dice el mismo Santo doctor en el libro *De gestis Pelagii*.

tales deleites halagüeños y engañosos? Con todo, hay en esto tan grande diferencia de nosotros a nosotros mismos, que cuando en el sueño ha sucedido al contrario, en despertando volvemos a tener quieta y sin remordimientos la conciencia; y en esta misma diferencia conocemos que no hicimos nosotros aquello que entre sueños se ejecutó en nosotros y, fuese como fuese, lo sentimos y desaprobamos.

42. ¿Por ventura, Dios mío todopoderoso, no tiene fuerza y poder vuestra divina mano para curar perfectamente todas las enfermedades de mi alma y apagar también con vuestra gracia más especial y activa los movimientos impuros que padezco en sueños? Yo espero, Señor, que aumentaréis más y más en mí vuestras gracias y dones, para que mi alma, libre y enteramente desprendida de la pegajosa liga de toda concupiscencia, pueda seguir sin estorbo los movimientos y afectos que me llevan hacia Vos, y no sea rebelde a sí misma; antes bien, aun entre sueños, no solamente quede libre de ejecutar aquellas torpezas de corrupción que en fuerza de las imágenes animales llegan a hacer su propio efecto en la carne, sino que también esté muy lejos de consentirlas. Respecto de un Dios omnipotente, *que podéis hacer mucho más de lo que nosotros podemos pedir ni pensar*, no sería cosa muy grande ni dificultosa el hacer que atendido no sólo este método de vida que sigo, sino también esta edad que tengo, ninguna de aquellas impurezas haga en mi alma entre sueños la más leve impresión contraria a la castidad, que también con la más leve atención pudiera estorbarse o reprimirse.

Pero el estado en que me hallo por ahora en cuanto a este género de mal ya lo he confesado a Vos, Dios y todo mi bien, alegrándome (aunque con algún temor todavía) por el bien que ya me habéis concedido, llorando por lo que aún me falta y esperando que Vos perfeccionéis los buenos efectos que han obrado ya en mí vuestras misericordias, hasta concederme aquella paz cumplida y perfecta que ha de haber con todas las potencias y sentidos de mi alma y de mi cuerpo, cuando se verifique *que la muerte quede tan cumplidamente vencida, que toda su guerra se mude en*[123] *victoria*.

[123] Da motivo a esta versión el leer aquí San Agustín *Cum absorpta fuerit mors in victoriam*, y no en el sexto caso *in victoria*, conforme a la Vulgata.

Capítulo XXXI

Del estado en que se hallaba en orden a las tentaciones de la gula

43. También el día nos ocasiona otro mal y daño, ¡y ojalá que éste fuera único y solo! Porque todos los días reparamos por la comida y bebida las ruinas que cotidianamente padecen nuestros cuerpos, hasta que llegue el día en que Vos destruyáis, no sólo las viandas, sino también al estómago que las destruye a ellas, que será cuando matéis mi hambre y necesidad enteramente con aquella soberana hartura y vistáis a este corruptible cuerpo de una incorruptibilidad perpetua y sempiterna. Pero al presente esta hambre y necesidad me es suave y deliciosa, y tengo que pelear contra este mismo deleite y suavidad, para no dejarme prender y cautivar de ella: esta -226- guerra es cotidiana en los ayunos, pues ayunando con frecuencia para *reducir mi cuerpo a la sujeción y servidumbre*, sucede que esa misma molestia del ayuno hace después más agradable y deleitoso el alimento.

El hambre y la sed son ciertos dolores que incomodan, abrasan y consumen como una calentura, y causarían la muerte a cualquiera, si no se les socorriese con la medicina de los alimentos; como ésta la tenemos tan a mano, por la abundancia de vuestros dones, con los cuales hacéis que la tierra, el mar, el cielo contribuyan y sirvan a nuestra necesidad y dolencia, *esta especie de trabajo y calamidad* se llama ya gusto y regalo.

44. Vos, Señor, me habéis enseñado que debo usar de los alimentos del mismo modo que de los medicamentos, pero cuando he de pasar desde la molestia que ha causado en mí el hambre y necesidad a la quietud que causa la refacción, en este mismo paso tiene armados contra mí sus lazos el apetito. Porque este mismo pasar desde el hambre al alimento es deleite y gusto, y no hay otro medio por donde pasar a aquel extremo, al cual nos obliga la necesidad a que pasemos. Y siendo la salud la causa motiva de que comamos y bebamos, se le junta como criada o sierva la delectación peligrosa, y muchas veces quiere ella ir delante como principal, para que se haga por causa de la delectación lo que digo que hago o quiero hacer por conservar mi salud. Pero no tiene la una la moderación que tiene la otra, pues lo que para la salud es bastante es poco para el deleite. Muchas veces no se sabe con certeza si es el cuidado necesario de nuestro cuerpo el que pide el manjar para su socorro, o si es el deleitoso engaño de nuestro apetito el que lo solicita, aunque superfluo: la pobre infeliz alma se alegra con esta incertidumbre, y en ella misma tiene preparada o su defensa o su excusa, alegrándose de no saber con certeza cuánto sea lo bastante para el régimen y conservación de la salud,

para que ésta sirva de pretexto, cuando realmente es cumplir el deleite y apetito.
Éstas son tentaciones cotidianas que procuro resistir todos los días, e invoco vuestra mano poderosa para que me saque a salvo: os refiero las dudas y congojas de mi alma, porque no sé todavía lo que debo practicar en esta materia.
45. Oigo la voz de mi Dios que me impone este precepto: *No se agraven ni entorpezcan vuestros corazones con los manjares ni con la embriaguez*. El exceso del vino o la embriaguez está bien lejos de mí, y espero que me concederá vuestra misericordia que no se me acerque nunca. Por lo que toca al *exceso en la comida*[124], alguna vez, sin advertirlo, se me ha insinuado; Vos, Señor, usaréis conmigo de vuestra misericordia para que se aleje de mí todo lo que fuere exceso, porque ninguno puede tener templanza si Vos mismo no se la concedéis.

-227-

Muchas gracias y beneficios nos concedéis, porque os lo suplicamos: todo el bien que había en nosotros antes que os suplicásemos, de vuestra mano, Señor, lo habíamos recibido, y este mismo conocimiento también es dádiva vuestra. Es cierto que yo nunca fui apasionado por el vino, pero he conocido a algunos que, siendo antes muy dados al vino, Vos los hicisteis sobrios y templados: luego Vos también hicisteis que no fuesen destemplados en el beber vino los que nunca lo fueron, así como hicisteis que no lo fueran siempre aquéllos que antes lo habían sido; Vos también hicisteis que los unos y los otros reconozcan quién fue el autor de aquel bien que se les hizo.
También, Señor, tengo oída aquella palabra vuestra, en que decís: *No sigas tus apetitos y apártate de tu propia voluntad*. También oí por gracia vuestra otra palabra que fue muy de mi gusto, en que decís: *Ni porque comamos tendremos de sobra, ni porque no comamos tendremos escasez*. Que es lo mismo que decir: Ni lo uno me hará rico, ni lo otro me hará pobre. Otra voz oí también vuestra, en que decís: *He aprendido a contentarme con cualquier estado en que me halle: sé vivir con abundancia y sé padecer pobreza. Todo lo puedo en Aquél que me conforma*.
El que dijo esto es un soldado de la milicia del cielo, que ya no es polvo y ceniza como nosotros. Acordaos, pues, Señor, de que somos polvo, y que *del*

---

[124] Esto es lo que propiamente significa la voz *crapula* en este pasaje de San Agustín, y en el de San Lucas, cap. XXI, 34, a que alude el Santo. Y deba distinguirse entre lo que es *ebrietas* y lo que es *crapula*, como el Santo las distingue, diciendo: que la primera *está lejos de él*, y pide a Dios que no se le acerque; la segunda *está cerca*, y pide a Dios que se la retire, aleje y aparte de él.

polvo formasteis al hombre, y que habiéndose perdido, Vos le volvisteis a hallar. Ni el mismo que habló aquella sentencia, inspirado de Vos (que porque hablaba así, me aficioné yo a él), podía cosa alguna por sí mismo, porque él también era polvo. *Todo lo puedo*, dice, *pero lo puedo en Aquél que me conforta*. Confortadme a mí, Señor, para que yo lo pueda todo como él. Dadme lo que mandáis y mandadme cuanto queráis. El Apóstol que decía esto reconoce y confiesa que cuanto tenía lo había recibido de Vos: *y así cuando él se gloríe, se gloríe en el Señor*.

Por otra parte oigo también al Sabio, que deseando conseguir este beneficio, os lo pide a Vos, diciendo: *Apartad, Señor, de mí los destemplados deseos de comer y de beber*. De donde se infiere, santísimo Dios mío, que cuando cumplimos vuestros mandamientos, Vos sois el que nos dais la gracia de cumplirlos.

46. Vos, Padre amabilísimo, me habéis enseñado que, *para los que son puros y limpios, todos los manjares son puros y limpios, pero que sería malo para el hombre comer de cualquier cosa con escándalo de otros; que todas vuestras criaturas son buenas, y nada se debe desechar para alimento, siendo cosa que se pueda comer con acción de gracias: que no es la comida la que nos hace recomendables en vuestra presencia; que ninguno debe juzgar a su prójimo por la especie de manjar o bebida que toma; finalmente, que aquél que come de todo, no haga desprecio del que no come lo que él, y el que no come de todo, no juzgue ni condene al otro que usa de todo manjar indiferentemente*.

De Vos, Señor, he aprendido todas estas doctrinas: por lo cual os alabo y doy repetidas gracias a Vos, Dios mío y Maestro mío, que, además de haberos dignado hacer que oyese vuestras palabras, ilustrasteis mi corazón para entenderlas. Libradme también de todas las tentaciones a que me veis expuesto.

Lo que yo temo no es la inmundicia del manjar, sino la del apetito. -228- Sé que Vos disteis licencia *a Noé, para que comiese de toda especie de animales que tuviesen carnes saludables y buenas; que Elías también se alimentó de carne; que San Juan Bautista, que practicó una abstinencia admirable, no incurrió en inmundicia ni manchó su alma por alimentarse de unos animalejos tan viles como son las langostas*. Sé, por el contrario, que *Esaú fue engañado por el destemplado apetito que tuvo de comer unas lentejas; que David se reprendió a sí mismo por el deseo que tuvo de beber un poco de agua, y que el demonio, queriendo tentar a nuestro Rey y Señor, no le propuso que comiese carne, sino, que comiese pan*. Y finalmente, el pueblo de Israel, a quien Vos mismo guiabais por el desierto, si mereció ser sorprendido y reprobado, no fue porque deseó alimentarse de carne, sino porque llevado del deseo de este manjar, se quejó y murmuró de su Dios y Señor.

47. Yo me hallo en medio de estas tentaciones, y todos los días tengo que pelear contra el apetito de comer y beber; esta materia no podía

determinarme a dejarla enteramente de una vez, y no volver jamás a usarla, como lo pude hacer con el deleite carnal: así, pues, las riendas del apetito de comer y beber se han de gobernar de modo que ni se aflojen mucho ni se tiren demasiado. Pero, Señor, ¿quién será aquél que nunca exceda los precisos límites de la necesidad? Cualquiera que sea, ciertamente, es un hombre grande, y os debe dar gracias y engrandecer por ello vuestro nombre. Yo ciertamente no soy tal, porque sólo soy un hombre pecador, aunque también alabo y engrandezco vuestro nombre, y sé que aquel Señor que triunfó del mundo *os pide incesantemente el perdón de mis pecados*, contándome entre los miembros débiles y flacos de su cuerpo místico, porque vuestros ojos los ven, aunque *sean imperfectos, y a todos los tenéis escritos en vuestro Libro*.

Capítulo XXXII

Del estado en que se hallaba en orden a las tentaciones de los olores y fragancias tocantes al olfato

48. Del atractivo de los olores no se me da tanto, ni estoy tan cuidadoso. Cuando no los tengo presentes a mi olfato, no los pretendo ni busco, ni tampoco cuando se me presentan los desecho, pero me hallo en disposición de carecer de ellos para siempre. Así me lo parece, y puede ser que yo me engañe.

También son dignas de llorarse las tinieblas de nuestra ignorancia, en las cuales aún no alcanzo a ver hasta dónde puede o no puede extenderse mi facultad. De modo que preguntándose mi alma a sí misma para saber sus propias facultades y fuerzas, juzga que no debe creer con facilidad el informe que ella misma dé sobre este punto, porque aun el poder y fuerzas que verdaderamente tiene están por lo común tan ocultas, que sólo la experiencia puede manifestarlas.

Por eso en esta vida, que la Escritura llama *tentación*, ninguno debe estar seguro de si aquél que pudo hacerse de malo bueno, podrá o no hacerse también de bueno malo. Nuestra única esperanza, nuestra única seguridad y la que únicamente podemos prometernos con firmeza, es vuestra misericordia.

-229-

Capítulo XXXIII

Del estado en que se hallaba en orden a los deleites tocantes al oído

49. Más fuertemente me habían aprisionado y sujetado los deleites tocantes al oído, pero Vos, Señor, me desatasteis otra vez y disteis libertad. Pero al presente, cuando oigo en vuestra iglesia aquellos tonos y cánticos animados de vuestras palabras, confieso que, si se cantan con suavidad, destreza y melodía, algún poco me aficionan; no tanto que me sujeten y detengan, sino de modo que los pueda dejar fácilmente cuando quiera. No obstante, aquellos tonos acompañados de las sentencias que les sirven de alma y les dan vida, para haber de ser admitidos dentro de mi corazón solicitan en él algún lugar honroso y distinguido, y apenas yo les doy el que les corresponde. Porque algunas veces me parece que doy más honra a aquellos tonos y voces de la que debía, por cuanto juzgo que aquellas palabras de la Sagrada Escritura más religiosa y fervorosamente excitan nuestras almas a piedad y devoción cantándose con aquella destreza y suavidad, que si se cantaran de otro modo, y que todos los afectos de nuestra alma tienen respectivamente sus correspondencias con el tono de la voz y canto, con cuya oculta especie de familiaridad se excitan y despiertan. Pero me engaña muchas veces el deleite de los sentidos, al cual no debiera entregarse el alma de modo que se debilite y enflaquezca, cuando el sentido no acompaña a la razón, de modo que se contenta con irla siguiendo, sino que habiendo sido admitido por amor y causa de ella, ya quiere adelantarse a la razón y procura ser su guía. Así peco en estas cosas sin conocerlo, pero después lo conozco.

50. También algunas veces cautelándome demasiadamente de este engaño doy en el extremo contrario, errando en esto por exceso de severidad; algunas veces llega a ser tan grande este exceso de mi severidad, que quisiera apartar de mis oídos, y aun de toda la iglesia, todo género de melodía y suavidad de tonos con que todos los días cantan los salmos de David, pareciéndome entonces más seguro lo que me acuerdo haber oído contar de Atanasio, obispo de Alejandría[125], que tenía mandado al cantor de los Salmos que los cantase con tan baja y poca voz, que más pareciese rezarlos que cantarlos.

---

[125] Solamente a San Agustín se debe esta noticia que nos da del grande Atanasio, obispo de Alejandría, y que prueba la pureza grande de intención que deseaba aquel Santo que tuviesen los que asistían a los divinos oficios en la iglesia.

No obstante, cuando me acuerdo de aquellas lágrimas que derramé oyendo los cánticos de vuestra Iglesia, muy a los principios de haber recuperado mi fe, y contemplando que ahora mismo siento moverme, no con los tonos y la canturía, sino con las palabras y cosas que se cantan, cuando esto se ejecuta con una voz clara, y con el tono que les sea más propio y conveniente, vuelvo a reconocer que esta práctica y costumbre de la Iglesia es muy provechosa y de grande utilidad. Así estoy vacilando entre el daño que del deleite de oír cantar puede seguirse y la utilidad que por la experiencia sé que puede sacarse; y más me inclino (sin dar en esto sentencia irrevocable ni definitiva) a aprobar la costumbre de cantar, introducida en la Iglesia, -230- para que por medio del aquel gusto y placer que reciben los oídos, el ánimo más débil y flaco se excite y aficione a la piedad. Esto no quita que yo conozca y confiese que peco y que merezca castigo, cuando me sucede que el tono y canto me mueve más que las cosas que se cantan, y entonces más quisiera no oír cantar. Ve aquí el estado en que me hallo al presente en cuanto a esto.
Llorad conmigo, y llorad por mí todos los que dentro de vuestros corazones tratáis algo de espíritu y de virtud, de donde proceden las obras exteriores, porque a los demás que no tratáis de esto, tampoco os moverá la situación y estado en que me hallo.
Pero Vos, Señor y Dios mío, oídme, miradme, vedme, apiadaos de mí y sanadme Vos, a cuyos ojos son patentes las dudas y congojas con que lidio, y esto mismo es la dolencia que padezco.

Capítulo XXXIV

De cómo se hallaba en cuanto a los deleites de la vista

51. Lo que me falta es hablar del deleite que corresponde a mis ojos corporales, el cual también es materia de estas *Confesiones*, que hago de tal modo que lleguen a los oídos de mis hermanos piadosos, en que Vos habitáis como en templo vuestro, con lo cual acabaré de referir las tentaciones que pertenecen a la concupiscencia de la carne, y que todavía me incitan mientras gimo en esta cárcel de mi cuerpo, suspirando por la mansión celestial, en que se debe dar al cuerpo y al alma la vestidura de gloria.
Los ojos tienen su deleite en ver objetos hermosos y varios, y colores lustrosos y risueños. Pero nada de esto merece los afectos de mi alma, que debe ocuparla toda y poseerla toda Dios, que hizo estas criaturas, y aunque a todas las *hizo sumamente buenas*, pero no lo son ellas, mi soberano Bien, sino el que

las hizo a ellas. Estos objetos visibles en todos los instantes del día se presentan a mis ojos mientras que estoy despierto, sin que cesen nunca de presentarse a la vista, como sucede con las voces respecto del oído, que no siempre está oyendo cantar, y hay ocasiones en que cesa toda voz y ruido, como sucede cuando todo está en silencio; pero esto no sucede así respecto de los ojos, porque en cualquier paraje donde esté durante el día, la misma luz, reina de colores, bañando con sus rayos todas las cosas visibles, sin que yo la atienda, y aunque esté pensando en otra cosa muy diferente, se me comunica y se me insinúa de muchos modos y muy halagüeños a la vista; tanta es la vehemencia con que se insinúa y comunica, que si repentinamente se nos quitase la luz, tendríamos que buscarla con gran deseo de que se nos volviese y, si durase por largo tiempo su ausencia, nuestra misma alma se contristaría.
52. ¡Oh luz, aquella que veía Tobías cuando cerrados los ojos corporales enseñaba a su hijo el camino de la vida, yendo delante de él en las obras de caridad que hacía, sin errar en tales pasos el camino ni extraviarse nunca! ¡Oh luz, aquélla que veía Isaac, cuando ya la vejez le tenía oscurecidos y cerrados los ojos corporales, y sin conocer los hijos a quienes bendecía, mereció conocerlos en las bendiciones que les aplicaba! ¡Oh luz, que veía Jacob, cuando ciego también por la mucha edad, pero ilustrado interiormente, conoció que sus -231- hijos habían de ser cabezas de las doce tribus que formarían en lo venidero el escogido pueblo de Israel, y en atención a este conocimiento, cruzó las manos misteriosamente al tiempo de imponerlas sobre sus dos nietos[126], hijos de José, gobernándose al trocarlas, no por lo que el padre de ellos le dictaba, sino por lo que él mismo en su interior conocía! Esta luz sí que es la verdadera, ésta es única y sola, y todos los que la ven y aman son una cosa misma.
Pero esta luz material de que iba hablando, con una dulzura tan atractiva como peligrosa, hace gustosa y sazonada la vida de este mundo a sus ciegos amadores; pero aquéllos que de esa misma luz saber tomar motivo de alabaros, *Dios mío y creador de todas las cosas*[127], la hacen servir a vuestros

[126] Para que Jacob bendijese a sus dos nietos Manasés y Efraím, hijos de José, los puso éste de modo que Manasés, que era el mayor, quedase a la derecha de Jacob, y Efraím, que era el menor, a la izquierda. Pero Jacob, cruzando las manos, puso su derecha sobre Efraím y la izquierda sobre Manasés, no obstante que José, padre de ambos, le advertía lo contrario. Esto fue porque Jacob, ilustrado con la luz de profecía, vio que el menor debía ser antepuesto y preferido al mayor, según la voluntad de Dios.
[127] Hace alusión al himno de San Ambrosio que comienza así: *Deus creator omnium*, que se cantaba al acabarse la luz del día y a la entrada de la noche. También cita este verso en el cap. XXVII del libro X*, y refiere las dos primeras estrofas del mismo himno en el cap. XII del libro IX.

himnos y alabanzas, y no se dejan dominar del letargo que causa en los primeros el atractivo de sus dulzuras.

Yo quiero ser del número de estos últimos, por esto resisto a los engaños que me pueden ocasionar mis ojos, para que mis pies no caigan en algunos lazos que me impidan seguir las sendas de vuestra justicia, por donde he comenzado a caminar; levanto hacia Vos los ojos invisibles de mi alma, para que Vos saquéis libres mis pies de aquellos lazos, y con efecto, Vos me los desenredáis, porque efectivamente dan mis pies en ellos. Como me sucede muchas veces, caigo en las asechanzas que me están armadas por todas partes; Vos, Señor, no cesáis de desenredarme y libertarme de ellas, porque Vos, que estáis guardando a Israel, no os dormís y dormitáis.

53. ¡Cuán innumerables son los alicientes que nuevamente han añadido los hombres para atraer y captar más bien la atención de nuestros ojos, con una infinidad de artificiosos tejidos, en varias modas de vestidos, de calzados, de vasos y otros utensilios, y de toda suerte de adornos y curiosidades hechas de mil maneras, y también por medio de pinturas y otros diversos modos de hacer figuras y retratos, pasando con unas de estas cosas mucho más allá de lo que pedía la necesidad de usar de ellas, excediendo mucho con otras los límites de la moderación y abusando notablemente de las últimas, de las cuales había de usarse únicamente para representaciones piadosas! De modo que aman y siguen las obras exteriores que ellos mismos hacen y abandonan en su interior al que los hizo a ellos y deshacen la imagen que hizo de ellos.

Pero yo, Dios mío y gloria mía, aun de estas cosas saco nuevos motivos de cantaros alabanzas y hago sacrificio de ellas a quien me santifica, porque sé muy bien que todas las hermosas ideas que desde la mente y alma de los artífices han pasado a comunicarse a las obras exteriores, que labran y fabrican sus manos artificiosas, dimanan y provienen de aquella soberana hermosura que es superior a -232- todas las almas, y por la que mi alma continuamente suspira de día y de noche. Los mismos artífices que fabrican y aman estas obras tan delicadas y hermosas, toman y reciben de aquella hermosura suprema el buen gusto, idea y traza de formarlas, pero no aprenden ni toman de allí el modo con que debieran usar de ellas. No le ven, aunque también está allí este modo justo, para que no tengan que ir a buscarle más lejos y para que ordenen a Vos todas las fuerzas de su habilidad e ingenio, y no las malgasten y disipen en deleites fatigosos.

Yo mismo, hablando ahora de estas cosas, y mostrando tener conocimiento de ellas, también parece que detengo el paso, como enredado en estas

* [«libro XI» en el original (N. del E.)]

hermosuras; pero Vos, Señor, me desprendéis de estos lazos, Vos me sacáis libre de ellos, porque siempre miro a vuestra misericordia y la tengo delante de mis ojos. Confieso que también caigo en el lazo de estas cosas con mi fragilidad y miseria; pero Vos me sacáis de él con vuestra misericordia, unas veces sin que yo lo conozca ni lo advierta, porque fue poco a poco y muy leve la caída, y otras veces me libráis de modo que sienta algún dolor, porque ya mi corazón estaba adherido a alguna cosa y tenía algún apego a ella.

Capítulo XXXV

De cómo se hallaba en orden al segundo género de tentación, que es el de la curiosidad

54. A todas éstas es preciso añadir otra especie de tentación, que es mucho más peligrosa. Además de aquella concupiscencia de la carne, que tiene por objeto el regalo de los sentidos y deleites, sirviendo y obedeciendo a la cual perecen los que se alejan de Vos, hay en el alma otra especie de concupiscencia vana y curiosa, disfrazada con el nombre de conocimiento y ciencia, que se vale y se sirve de los mismos sentidos corporales, no para que ellos perciban sus respectivos deleites, sino para que por medio de ellos consiga satisfacer su curiosidad y la pasión de saber siempre más y más.
Como esta concupiscencia del alma pertenece al apetito de conocer y saber, y los ojos son los principales en el conocimiento de las cosas sensibles, por eso en la Sagrada Escritura se llama *concupiscencia de los ojos*. Y aunque es cierto que el *ver* única y propiamente corresponde a los ojos, solemos usar también de esa palabra para explicar la acción de los demás sentidos, cuando los aplicamos a conocer sus propios objetos. Pero no al contrario, pues nunca decimos: *oye* cómo alumbra, ni *oled* cómo luce, ni *gustad* cómo brilla, ni *palpad* cómo resplandece, siendo así que todo esto lo llamamos ver. Porque no sólo decimos *mirad* cómo luce (lo cual únicamente pertenece a los ojos), sino también *mirad* cómo suena, *mirad* cómo huele, *mirad* cómo sabe, *mirad* cómo está duro.
Por eso todas las sensaciones de nuestros sentidos se comprenden de una vez llamándose, como ya dije, *concupiscencia de los ojos*, porque todos los demás sentidos, cuando conocen o perciben algo de sus objetos, usurpan en algún modo la acción y oficio del ver, que propia y principalmente pertenece a los ojos.

55. De aquí se puede conocer más claramente cuándo es el deleite y cuándo es la curiosidad quien hace obrar a nuestros sentidos, porque -233- el deleite siempre busca lo hermoso, lo sonoro, lo fragante, lo sabroso, lo suave, pero la curiosidad busca aun lo contrario de todo esto, no para mortificarse[128], sino por el prurito de saberlo y experimentarlo todo. Porque a la verdad, ¿qué deleite puede haber en mirar un cadáver lleno de heridas y despedazado, siendo una cosa que espanta y horroriza? Con todo esto, si en alguna parte hay este lastimoso espectáculo, concurren todos a verle y, conseguido, se entristecen y asustan. Además de esto, temen ver eso mismo entre sueños, como si alguno los hubiera obligado a que lo vieran cuando despiertos, o la fama y noticia de que allí había que ver una grande hermosura los hubiera persuadido y llevado a que lo vieran. Lo mismo pudiéramos decir de los demás sentidos, pero sería muy largo ir poniendo ejemplos en todos.

De este achaque y dolencia de la curiosidad ha nacido todo cuanto se ejecuta de extraño y admirable en los espectáculos. Ella es la que nos hace andar investigando los efectos ocultos de la naturaleza, que no es exterior y está fuera de nosotros, que para nada aprovecha averiguarlos, y los desean saber los hombres no más que por saberlos; con el mismo fin de satisfacer su curiosidad perversa procuran averiguar algunas cosas por arte mágica. Ella es, finalmente, la que en el seno mismo de la Religión ha incitado a los fieles a tentar a Dios, pidiéndole milagros y prodigios, no para conseguir algún bien o salud del cuerpo o alma, sino por espíritu de curiosidad.

56. En este tan inmenso y enmarañado bosque de deseos, y tan lleno de asechanzas y peligros, ya veis, Dios mío y salud mía, cuánta maleza he cortado y arrojado de mi corazón, según Vos me disteis gracia para ejecutarlo, y que efectivamente ejecuté; pero no obstante, ¿cuándo me atreveré a decir, sabiendo que nuestra vida continuamente y por todas partes está cercada y combatida de tan grande multitud de cosas semejantes, cuándo me atreveré a decir que estoy seguro y que ninguna de ellas excita mi atención siquiera para mirarla, y que nunca he de caer en lazo alguno de la vana curiosidad?

---

[128] San Agustín entiende por *concupiscencia de los ojos* la curiosidad, o el excesivo y desordenado deseo de ver y conocer cualesquier cosas, y claramente explica cómo la concupiscencia de la carne, que comprende todos los deleites de los sentidos, se distinga de esta otra concupiscencia o curiosidad, que no solamente apetece conocer y experimentar las cosas suaves y hermosas, sino también las cosas feas, ásperas y horrendas. También Santo Tomás (1.ª, 2.ª, q. 77, a. 5) dice que se entiende por esta concupiscencia, ya *el deseo de un saber y conocer desordenado*, ya *el deseo de las mismas cosas que exteriormente se proponen a la vista*.

A la verdad, los teatros ya no me arrastran ni llevan tras de sí, ya no cuido de saber el curso de los astros, ni mi alma consultó jamás las sombras de que se vale la magia para sus respuestas, antes bien detesto y abomino todos sus misterios sacrílegos y supersticiosos. Pero ¿con cuántas máquinas y ardides me combate el enemigo para obligarme a que os pida un milagro a Vos, Dios y Señor mío, a quien sólo debo servir humilde y sencillamente? Pero yo, Señor, por Jesucristo Rey nuestro, y por toda su corte celestial, esa triunfante Jerusalén, que es nuestra patria, inocente y casta esposa vuestra, os ruego y suplico que así como al presente estoy lejos de consentir a semejante tentación, así lo esté siempre y cada día más.
Pero cuando os ruego por la salud de alguno, es muy diferente y mejor el fin de mi intención, y además de eso, me concedéis entonces, -234- y espero que siempre me lo concedáis, el que gustosamente me conforme con vuestra voluntad.
57. No obstante, ¿quién hay que pueda contar la innumerable multitud de cosas menudísimas y despreciables con que es tentada nuestra curiosidad todos los días, y nuestras caídas? ¿Cuántas veces nos sucede que comenzamos a oír con gusto algunas conversaciones inútiles y vanas, que al principio aguantamos por no ofender a los que están hablando, y después venimos poco a poco a oírlas con voluntad y gusto? Ya no voy al circo a ver a un perro correr tras de una liebre, pero si sucede esto en el campo, y casualmente paso por allí al mismo tiempo, acaso me distrae y aparta de algún pensamiento grande y bueno, y me hace mirar y atender a aquella caza, no de modo que me haga extraviar con el caballo, pero sí con la voluntad y afecto. Si Vos, dándome entonces a conocer mi flaqueza, no me excitarais prontamente a que de aquello mismo que estoy viendo, levante mi espíritu y consideración a Vos, o por lo menos a que desprecie todo aquello y prosiga mi camino, me estaría embebecido vanamente. ¿Cuántas veces también, estando en casa, me tiene entretenido ya el animalejo que llaman alguacil de moscas, parándome a mirar cómo las caza, ya una araña, observando cómo las aprisiona, después de que caen en sus redes? ¿Acaso porque sean pequeños animales se podrá decir que no ejercitaron mi curiosidad ni causaron verdadera distracción? Es verdad que de esto mismo paso después a alabaros, por el orden admirable que habéis establecido y guardan entre sí todas las criaturas del universo; pero también es verdad que cuando comencé a atender, no comencé con este fin. Una cosa es levantarse presto y otra no caer.
De semejantes cosas está llena mi vida, y por eso toda mi esperanza estriba únicamente en vuestra grande e infinita misericordia. Porque si llega a hacerse nuestra alma un depósito y receptáculo de semejantes cosas tan

fútiles y vanas, y lleva dentro de sí copiosa multitud de especies a cuál más frívolas, sucederá que nuestras oraciones se interrumpirán y perturbarán no una sino muchas veces. Así, aun cuando nos contemplamos delante de vuestra presencia, y queremos que las voces de nuestro corazón lleguen a los oídos de vuestra divina Majestad, no sé cómo, ofreciéndose a nuestro pensamiento una infinidad de bagatelas y fruslerías, se viene a interrumpir una cosa de tanta importancia. ¿Por ventura contaremos también esto entre las cosas de poca monta y de que no debemos hacer caso? O bien considerado, ¿habrá cosa alguna con que pueda alentar nuestra esperanza, sino el considerar que, habiendo vuestra misericordia comenzado la obra de nuestra conversión y mudanza de vida, la ha de continuar y concluir, para que así sea completa y total la misericordia?

Capítulo XXXVI

De cómo se hallaba en orden al tercer género de tentación, que es el de la soberbia

58. Vos, Señor, sabéis cuánto me habéis mudado en algunas cosas, sanándome primeramente del deseo de vengarme, para que, perdonando yo, me perdonéis a mí también todas las demás maldades, -235- sanéis todas mis dolencias, redimáis mi alma de la perdición y muerte eterna, me deis la corona ganada con vuestras gracias y misericordias, y saciéis mis deseos con bienes interminables e infinitos.

Vos me hicisteis temer el rigor de vuestro juicio, y con este temor santo reprimisteis mi soberbia y me hicisteis que sujetase dócilmente mi cerviz al yugo de vuestra ley. Ahora llevo este yugo y me parece suave, porque Vos prometisteis que lo sería, y habéis hecho que lo sea: verdaderamente era suave, y no lo sabía yo cuando tenía miedo de sujetarme a él.

Mas ¿por ventura, Señor, que sois el único que domina sin fausto ni altivez, porque también sois el único verdadero Señor, que no reconocéis otro, por ventura, vuelvo a decir, podré esperar verme libre enteramente de esta tercera especie de tentación que trae consigo el mandar, o es posible librarse de ella durante todo el curso de esta vida?

59. Desear ser temido y amado de los hombres, no por otra cosa sino para tener en esto un gozo que no es gozo, es miseria de la vida humana y una jactancia fea. He aquí de dónde principalmente dimana el no amaros los hombres a Vos solo ni temeros con temor filial y santo. Por eso *resistís a los*

soberbios y dais gracia a los humildes, por eso tronáis sobre los ambiciosos del mundo, haciendo que se estremezcan los cimientos de los montes más altos. Pero como sea necesario para el desempeño y cumplimiento de algunos empleos de la república, el que sean temidos y amados de los hombres los que están destinados a aquellos cargos o empleos, el enemigo de nuestra verdadera felicidad y bienaventuranza nos estrecha más para hacernos caer en esta vana complacencia, y por todas partes tiende los lazos de aplausos y lisonjas, para que recogiéndolas con ansia y afición, caigamos incautamente en aquella vanidad y dejemos de poner nuestro gozo en vuestra verdad, colocándolo en el engaño y falacia de los hombres, y lleguemos a tener gusto y complacencia de ser amados y temidos de los hombres por nosotros mismos y no por Vos. Así intenta el enemigo, haciéndonos semejantes a él en la soberbia, llevarnos también a su compañía, no para usar con nosotros de caridad y concordia, sino para hacemos compañeros de sus penas y tormentos; porque él, aspirando soberbiamente a ser semejante a Vos, tiró a imitaros malamente por el torcido rumbo y contrario extremo de la desemejanza, queriendo poner su trono en el Aquilón[129], para que los hombres, deslumbrados y fríos por faltos de fe y caridad, le sirvan y obedezcan a él.

Pero nosotros, Señor, que somos vuestro pequeño rebaño, vuestros somos, poseednos siempre Vos. Extended vuestras alas, para que huyendo de nuestros enemigos, nos refugiemos y acojamos debajo de ellas. Sed Vos nuestro única gloria y haced que solamente en Vos -236- nos gloriemos, y que si nos aman, seamos amados por Vos; si nos temen, sea vuestra divina palabra la que se tema y se respete en nosotros. El que quiere ser amado de los hombres, vituperándole Vos, no será defendido de los hombres cuando Vos le juzguéis, ni ellos podrán libertarle si le condenáis.

Pero cuando la alabanza es tal que ni con ella es alabado el pecador en los malos deseos de su alma, ni bendecido el inicuo, sino que es alabado el hombre por alguna gracia y don que Vos le concedisteis, y él se alegra más de ser alabado que de tener aquel don por el cual le alaban, se verifica que éste es alabado vituperándole Vos; y es mejor el otro que le alabó que éste que fue

[129] Alude primeramente al texto de Isaías, que dice de Luzbel que intentó poner su trono a los lados del Aquilón, y como éste es el aire que hay más frío entre todos, porque viene del Septentrión, por donde nunca anda el sol ni puede andar (sino en la fábula de Faetón), allí todo es oscuridad y frío, y así metafóricamente significa el reino de las tinieblas y a su príncipe el demonio; y por eso dice aquí con hermosa alegoría San Agustín, que los soberbios que siguen al demonio en el Aquilón, están sin *luz* de fe en el entendimiento, y sin *calor* de caridad en la voluntad, pues ni hay luz ni calor en el Aquilón o Septentrión.

alabado, porque a aquél le agradó en el hombre el don de Dios, y a este otro le agradó más el don del hombre que el de Dios.

Capítulo XXXVII

De cómo le movían las alabanzas de los hombres

60. Todos los días somos tentados, Señor, con estas tentaciones, sin darnos treguas ni cesar de combatirnos. Las lenguas de los hombres que nos alaban vienen a ser nuestro horno, que cotidianamente nos examina y prueba. Vos nos habéis mandado que también en esta especie de tentación seamos cautelosos y contenidos. Dadme, Señor, lo que mandáis y mandadme lo que queráis. Vos sabéis los muchos suspiros que esto me cuesta y los ríos de lágrimas que en vuestra presencia han derramado mis ojos por esta causa. Porque no puedo fácilmente conocer cuánto haya adelantado en preservarme de este contagio, y temo mucho que haya varios defectos ocultos y escondidos en lo interior de mi alma, los cuales claramente los descubren vuestros ojos, pero no los ven los míos. En los otros géneros de tentaciones tengo algún arbitrio y facultad para examinarme a mí mismo, y conocer en qué disposición me hallo, pero en esta materia casi no hay medio alguno por donde conocerlo.

Porque yo bien conozco y veo cuánto es lo que tengo adelantado y adquirido de fuerzas para refrenar mi ánimo, ya sea de los deleites sensuales, ya sea de la vana curiosidad y deseo de saber cosas inútiles, cuando actualmente carezco de aquellos objetos, o porque me privo de ellos por mi voluntad, o porque no los tengo presentes a mi disposición; en tal caso me pregunto yo a mí mismo cuánta sea la molestia que me causa el carecer de aquellas cosas, y conozco si es mayor o menor que la que otras veces me causaba. Por lo que mira a las riquezas, se desean únicamente para satisfacer a alguna de estas tres suertes de concupiscencias, o dos de ellas, o todas tres: si poseyéndolas actualmente no puede el ánimo conocer bien si las desprecia o no, tiene el arbitrio de renunciarlas enteramente, y entonces lo conocerá.

Para carecer de las alabanzas, y hacer entonces experiencia de si sentimos o no su falta, ¿por ventura hemos de vivir mal y desordenadamente, y ser tan perdidos, crueles y desalmados, que cuantos nos conozcan, nos abominen y digan mal de nosotros?, ¿qué mayor locura puede pedirse o pensarse? Pues si la alabanza suele y debe ser compañera inseparable de la buena vida y de las buenas obras, así -237- como no debemos dejar la vida y costumbres

buenas, tampoco podemos abandonar el acompañamiento que llevan de las alabanzas. Ello es cierto que sólo careciendo de una cosa es cuando puedo conocer y experimentar si siento el que me falte o no lo siento.

61. Pues, Dios mío, ¿qué confesión es la que puedo haceros de lo que me sucede con este género de tentación, sino que me deleitan las alabanzas, aunque más me deleito con la verdad que con ellas? Si me propusiera cuál de estas cosas quería más, o ser un hombre furioso y desatinado, que no obraba con rectitud y acierto en materia alguna, pero no obstante era muy alabado de todos los hombres, o por el contrario, verme vituperado de todos, siendo yo cuerdo y juicioso, y teniendo verdadera ciencia y sabiduría, que es certísimo conocimiento de la verdad, veo claramente lo que en tal caso había de escoger.

Pero yo no quisiera que la aprobación y alabanza ajena me aumentase el gozo que puedo tener de alguna bondad mía, aunque conozco y confieso que no sólo me lo aumenta la alabanza, sino que el vituperio me lo disminuye. Cuando me veo atribulado con semejante flaqueza, propia de mi miseria, se me ofrece luego una disculpa, que Vos, Dios mío, sabéis si es buena o mala, pues yo no me atrevo a calificarla con certeza. La razón con que tiro a disculpar mi alegría y gozo de la alabanza consiste en que, como Vos nos habéis mandado no sólo la continencia y templanza, que nos enseña de qué cosas debemos apartar nuestra afición, sino también la justicia, que nos muestra en qué cosas debemos poner nuestro amor y voluntad, y como por otra parte nos habéis mandado que no solamente os amemos a Vos, sino también al prójimo, fundado yo en todo esto, me parece que muchas veces que me deleito oyendo que me alaban, no nace mi deleite y alegría de aquella alabanza, sino del aprovechamiento que muestra el prójimo y de las buenas esperanzas que da de su talento, pues alaba lo que merece ser alabado; por el contrario, si me entristezco cuando me vitupera, me parece que sólo es de su mal, oyendo que desprecia y vitupera lo que él no sabe ni entiende, o lo que realmente es bueno. También cuando me alaban, me suelo entristecer algunas veces, o porque alaban en mí algunas cosas que me disgustan a mí mismo, o porque también hacen más estimación y aprecio del que debieran hacer de algunos pequeños y leves bienes que experimentan en mí.

Pero ¿qué sé yo si este sentimiento mío nacerá de que no llevo a bien que el que me alaba piense de mí mismo de diferente modo que yo pienso, no porque a esto me mueva su bien y utilidad, sino el que aquellos mismos bienes que tengo yo y me alegro de tenerlos, se me hacen más gustosos y agradables cuando también agradan a los otros? Porque en algún modo no soy yo alabado, cuando no lo es también aquel juicio y concepto que tengo formado de mí mismo; supuesto que se alaban en mí las cosas que a mí

mismo me disgustan, o se alaban más las que a mí me agradan menos. ¿No es verdad, pues, que acerca de la excusa referida estoy dudoso y no puedo calificarla con certeza?

62. Bien veo en Vos, Verdad eterna, que de las alabanzas que me dieren no debo alegrarme por el bien mío, sino por el bien y utilidad de mi prójimo; mas no sé si lo hago así, porque más bien os conozco -238- a Vos que a mí mismo en este punto. Yo os suplico, Dios mío, que hagáis que yo me conozca perfectamente, para que a todos mis hermanos, que os pedirán por mí, pueda yo descubrirles en esta confesión todo cuanto hubiese en mí de heridas y de llagas, lo cual supuesto, vuelvo a examinar mi interior con más cuidado.

Si el gozo que experimento cuando soy alabado es nacido del bien y provecho de mi prójimo, ¿por qué el vituperio que injustamente se hace a otro me contrista menos que si se me hiciera a mí?, ¿por qué me duele más la contumelia que me hacen a mí mismo, que la que en mi presencia le hacen a mi prójimo, siendo igual la malicia de una y otra? ¿Por ventura ignoro también esto?, ¿había de llegar a tanto que me engañase a mí mismo, y que en presencia vuestra faltase a la verdad con el corazón y con la boca? Apartad Vos, Señor, lejos de mí tan gran locura y no permitáis que mi boca delante de Vos oculte mis defectos, ni sea como el *aceite*, con que, en frase de David, *desfigura el pecador su rostro*.

63. Muy pobre y necesitado estoy de vuestra luz y enseñanza; mejor seré desagradándome a mí mismo con gemidos y sollozos ocultos, y buscando sin cesar vuestra misericordia, hasta que os dignéis reparar mis defectos, y darme tal perfección, que goce aquella tranquilidad y paz que no sabe ni conoce el soberbio y arrogante.

Pero las palabras que uno dice y las obras que hace, como son públicas y notorias a los hombres, están expuestas a la peligrosísima tentación del amor y deseo de las alabanzas, el cual busca los votos y pareceres ajenos, y los junta y ordena para conseguir con ellos una cierta excelencia y distinción particular. Aun cuando me reprendo a mí mismo por este mal deseo, me tienta también a desear alabanza, por la misma razón con que le he afeado y reprendido.

Muchas veces sucede también que de haber el hombre despreciado la vanagloria viene a caer en otra gloria más vana; en tal caso tampoco puede decirse que se gloríe de haber menospreciado la vanagloria, porque no puede ser verdad que ella esté menospreciada en un hombre que tan vana e íntimamente se gloríe.

Capítulo XXXVIII[130]

Cómo la virtud tiene también peligro por la vanagloria

64. En esta misma especie de tentación hay también otro mal, todavía más disimulado y oculto, en que caen aquellos hombres vanos que están muy preciados de sí mismos, aunque sus cosas no agraden, antes bien desagraden a los otros, ni ellos tampoco intentan agradarles.

Pero éstos, Señor, que se agradan a sí mismos, os desagradan mucho a Vos, porque se glorían no sólo de las cosas malas como si fueran buenas, sino también de las que son buenas y dones vuestros, como si sólo fuesen bienes suyos, o porque de tal manera los reconocen dones vuestros, que los juzgan debidos a sus méritos, y cuando -239- los atribuyen únicamente a vuestra gracia, no se alegran amigablemente de que otros también los tengan, antes por eso mismo les tienen envidia.

Ya veis, Señor, cuánto tiembla mi alma a vista de todos estos y otros semejantes peligros y dificultades de que se ve rodeada y, por tanto, más bien creo y soy de sentir que Vos me curéis mis heridas y llagas, que el que entre tantos peligros deje yo de recibirlas y tenerlas.

Capítulo XXXIX

Epílogo de lo que ha tratado en este libro

65. Mientras que yo, Dios mío y Verdad eterna, me he ocupado en referiros todo cuanto he podido llegar a conocer de estas cosas inferiores, y he consultado con Vos, ¿cuándo ni dónde me dejasteis solo, o no anduvisteis conmigo, enseñándome lo que tengo de evitar y lo que tengo de apetecer? Registré primeramente las cosas exteriores de que consta el universo, según y como pude valerme de mis sentidos, después consideré la vida que mi cuerpo recibe de mi alma, y los sentidos mismos con que obra.

De allí entré a contemplar los senos de mi memoria, la vastísima capacidad que tienen, lo llenos que están de innumerable multitud de especies y los

[130] Siguiendo el ejemplo y fundamentos del padre J. M. de la Congregación de San Mauro, de los caps. XXXVII y XXXVIII, *de otras ediciones*, hemos formado uno solo, porque así lo pide la conexión de la materia.

modos admirables con que allí se colocan y conservan. Consideré todo esto y quedé atónito y espantado; no pude entender sin Vos ninguna cosa de aquéllas, pero hallé y conocí que ninguna de ellas era lo que Vos; ni aun yo mismo, que descubrí y conocí todas aquellas cosas, imágenes y especies, y las fui recorriendo todas y procuré distinguirlas y apreciarlas según la estimación y dignidad que corresponde a cada una de ellas; ya recibiendo alguna de estas especies por medio de los sentidos, y examinándolas y reconociéndolas después; ya reflexionando algunas otras cosas que están como mezcladas conmigo, y examinando también el número, naturaleza y propiedades de los mismos sentidos que me daban noticia de ellas, y finalmente, aprovechándome de aquel tesoro de mi memoria, y usando diferentemente de sus grandes riquezas, manifestando unas, reservando otras y descubriendo las que estaban ocultas y guardadas, conocí que ni yo mismo, que hacía todas estas operaciones, o por mejor decir, ni la misma virtud y potencia con que las hacía, somos lo que Vos, que tenéis otro ser muy superior, porque Vos sois aquella luz permanente, con quien iba yo a consultar todas aquellas cosas, para saber si verdaderamente existían, qué ser y naturaleza era la suya, y qué precio y estimación debía hacerse de ellas, y oía lo que Vos me enseñabais y lo que me mandabais.

Esto mismo lo hago también ahora muchas veces; y esto es lo que me deleita, y así, cuando puedo eximirme de las ocupaciones que me son precisas y necesarias, me refugio a este deleite. Porque en ninguna de estas cosas, que he estado recorriendo y consultando con Vos, hallo un lugar seguro para mi alma sino en Vos, que sois el único donde caben y pueden reunirse todos los afectos de mi voluntad, que han estado esparcidos por las criaturas, de modo que ninguno de ellos se aparte jamás de Vos.

También algunas veces hacéis que en lo interior de mi alma prorrumpa -240-
en un afecto de amor muy extraordinario[131], que me lleva a una incomprensible dulzura, la cual, si enteramente se me comunicara, sería una cosa que no puedo comprenderla, pero sé que sería muy superior a todo lo de esta vida. Con el peso de mis miserias vuelvo a dar en estas cosas terrenas,

---

131 Éste es uno de los varios pasajes que en esta misma obra se pueden alegar en prueba de que favoreció Dios a San Agustín y Santa Mónica, comunicándoles algunas veces en esta vida la unión íntima de Su Majestad. Así, la descripción que en otras partes y aquí hace el Santo de este singular favor es admirable y le da a conocer por cosa sobrenatural. Lo que el Santo doctor dice, puede servir para enmendar los términos e ideas con que los místicos modernos explican la unión íntima con Dios, pues según la doctrina de San Agustín, no es más que *un sentimiento extraordinario de amor de Dios y un exceso de dulzura, que si llegara a toda su perfección, sería una cosa que infinitamente sobrepujara a todo cuanto hay delicioso en esta vida*. San Pablo, que lo había experimentado y que fue arrebatado al tercer cielo, no nos dijo más que San Agustín en este punto, como dice el padre J. M.

donde mis ocupaciones acostumbradas por todas partes me rodean, quedando como sumergido en ellas y como aprisionado; mucho lo siento y lloro, pero también lo que me estorban y detienen es mucho. ¡Tanto es lo que nos agobia la pesada carga de una costumbre! Como en este último estado puedo permanecer, pero no quiero, y en aquel otro quiero perseverar, pero no puedo, vengo a ser infeliz en uno y otro.

Capítulo XL

Cómo buscó a Dios dentro de sí mismo y en todas las demás cosas

66. Por eso consideré todas las dolencias de mis pecados en los tres géneros de concupiscencias que he referido e invoqué vuestra mano poderosa para que sanase las dolencias de mi alma. Como puse mis ojos en vuestros divinos resplandores, teniendo todavía el corazón herido y llagado, no pude resistir tan grande golpe de luz, y como deslumbrado, dije: ¿Quién será capaz de ver tan excesiva luz? Por lo que a mí toca, *yo me veo infelizmente arrojado de vuestra presencia*.

Vos sois la verdad suma y superior a todas las cosas; mas yo con una especie de avaricia no quería privarme de Vos, sino que juntamente con Vos quería poseer la mentira y falsedad, así como ninguno hay que de tal modo quiera ser mentiroso, que ni él mismo conozca lo que es verdadero. Por eso os pedí yo, Verdad eterna, por no ser Vos poseído de un alma juntamente con la mentira.

Capítulo XLI

Cómo algunos han recurrido infelizmente a los demonios, para que sirvieran de medianeros a fin de convertirse los hombres a Dios

67. ¿Quién había yo de hallar que pudiese reconciliarme con Vos? ¿Había de acudir a los ángeles? ¿Y con qué oraciones, con qué sacrificios había de atraerlos? Muchos pecadores, deseando volver a Vos, y no pudiendo lograrlo

por sí solos, se valieron[132] (según he -241- oído decir) de semejantes medios; pero vencidos del deseo de tener apariciones o visiones curiosas, se hicieron dignos de engañosas ilusiones. Como os buscaban llenos de orgullo y presentaban con arrogancia su pecho, en lugar de herírsele con humildad, por eso solamente pudieron atraer a sí (por medio de alguna imagen o semejanza) a las *rebeldes aéreas potestades*, esto es, los demonios, compañeros de su soberbia, que los engañaron con la magia cuando ellos buscaban un medianero que les iluminase y purificase; y entre ellos no había sino el demonio, que se transformaba en ángel de luz. Lo que ayudó mucho a que los hombres soberbios y camales cayesen en semejante desvarío de solicitar al demonio para su medianero fue que, siendo ellos mortales y pecadores, y deseando (aunque soberbiamente) reconciliarse con Vos, que sois inmortal e impecable, les pareció que aquel maligno espíritu sería el más oportuno, por la ventaja de no tener cuerpo formado de carne como ellos.

Pero es menester que el mediador entre Dios y los hombres tuviese algo en que fuese semejante a Dios, y algo también que fuese semejante a los hombres, porque si en todo fuera semejante a los hombres, estaría muy apartado de Dios, y si en todo fuera semejante a Dios, estaría muy lejos de los hombres, y así no podría ser medianero.

Aquel, pues, mediador falso, por el cual, conforme a vuestros ocultos juicios, merecen ser engañados los soberbios, tiene una cosa por donde es semejante a los hombres, que es el pecado, y quiere dar a entender que tiene otra cosa por donde sea semejante a Dios, jactándose de ser inmortal, por cuanto no está vestido de la mortalidad de nuestra carne. Pero siendo como es *la muerte,*

---

132 Estos tales fueron Pitágoras, Apolonio Tianeo, Porfirio, Proclo, Pselo, Máximo el Cínico, Juliano Apóstata y otros muchos, que siguiendo la doctrina de los caldeos y egipcios, creían que todos los entes sublunares habían sido puestos por el Creador del universo al cuidado de las potestades celestiales, que gobernaban a su gusto el principio, la duración y el fin de todas estas cosas de acá abajo; y que por medio de algunos sacrificios que se les ofrecían se hacían visibles y servían a los hombres de escala para elevarse y llegar hasta Dios.

la paga y estipendio del pecado, en el cual es semejante a los hombres, también lo es en estar juntamente con ellos condenado a muerte.

Capítulo XLII

Carácter del verdadero mediador entre Dios y los hombres

68. El verdadero mediador es Aquél que por vuestra inescrutable misericordia os dignasteis manifestar a los humildes y le enviasteis para que con su ejemplo aprendiesen la verdadera humildad. Este mediador entre Dios y los hombres es el Hombre Jesucristo, que se manifestó mediando entre los pecadores y mortales, y entre el que esencialmente es justo e inmortal; conviniendo en lo mortal con los hombres, y en la justicia y santidad con Dios, para que, supuesto que la vida y la paz eterna es la paga y estipendio de la santidad y justicia, lograse con la justicia y santidad, en que convenía con Dios, que cesase la sentencia de muerte fulminada contra los pecadores e impíos, a quienes justificó, y cuya muerte quiso padecer como ellos. Este mismo medianero fue anunciado y revelado a los santos y patriarcas antiguos, para que ellos se salvasen, teniendo fe en la muerte que había de padecer, así como nosotros nos salvamos, teniendo fe -242- en la muerte que efectivamente padeció. Éste, pues, en cuanto es hombre, en tanto es medianero, porque, en cuanto es Verbo divino, no media entre Dios y el hombre, sino que es igual a Dios, y tan Dios, que con el Padre y el Espíritu Santo es un mismo Dios.

69. ¡Oh eterno y amantísimo Padre!, ¡qué grande fue el exceso de vuestro amor para con los hombres, *pues no perdonasteis a vuestro unigénito Hijo, sino que le entregasteis a que muriese por nosotros pecadores*!, ¡qué grande fue el amor que nos mostrasteis, pues llegó a tal extremo, que aquel mismo Señor, *que en tenerse por igual a Vos no os usurpara cosa alguna, se sujetase a padecer por nosotros la ignominiosa muerte de cruz! Así Él había sido el único libre entre los muertos, que tuvo potestad de morir y también la tuvo de resucitar*. Él mismo fue el vencedor[133] y la víctima que se ofreció a Vos por nosotros, y por eso fue vencedor, porque fue víctima. Se hizo para con Vos sacerdote, y sacrificio por nosotros; y por

[133] En estas palabras *vencedor* y *víctima* alude el Santo a la etimología que tienen algunos del verbo *vencer*; pero en el latín se conoce mejor la alusión y hermosura que causa la cercanía de las voces *victor* y *victima*.
Por esto se entenderá mejor lo que añade San Agustín diciendo que Cristo Señor Nuestro fue *sacerdote* y *sacrificio*, porque uno y otro son derivados de *sacrum facere*, que significa consagrar alguna cosa a la Divinidad. Pero en castellano (ni en otro idioma fuera del latino) tampoco se conocen esta y otras alusiones que usa el Santo, porque distan casi tanto entre sí los sonidos de las voces como los significados.

eso fue el sacerdote, porque Él mismo fue el sacrificio. Y finalmente, de siervos que éramos, nos hizo vuestros hijos el que, siendo Hijo vuestro, se hizo nuestro siervo.

Con razón, pues, Dios mío, tengo grande y firmísima esperanza de que *sanaréis todas mis dolencias, por este mismo Señor, que está sentado a vuestra diestra y os ruega incesantemente por nosotros*, que si no desesperaría de mi salud. Verdaderamente son muchas y grandes mis dolencias, muchas son y grandes; pero mayor, más copiosa y eficaz es vuestra medicina. Si el divino Verbo no se hubiera hecho hombre, ni habitado entre nosotros, hubiéramos podido juzgar que estaba muy ajeno de unirse con la humana naturaleza, y desesperar enteramente de nuestra salvación.

70. Confieso que, aterrado de mis culpas y oprimido del peso de mis miserias, había pensado en mi interior, muchas veces, y formado intención de dejarlo todo y huir a una soledad; pero Vos me lo estorbasteis y me animasteis diciéndome: *Jesucristo murió por todos, para que los que viven, no vivan ya para sí mismos, sino para aquél que murió por ellos. Pues, Señor, en Vos pongo todo el cuidado de mi salud, para vivir y emplearme en contemplar las maravillas de vuestra santa ley*. Vos sabéis mis ignorancias y conocéis mis dolencias, pues enseñadme y sanadme. Este vuestro único Hijo, *en quien están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia, me redimió con su sangre. Pues no me inquieten los soberbios con sus calumnias*, porque me ocupo en meditar el precio de mi rescate, porque le como y bebo, y porque le distribuyo, y porque reconociendo mi pobreza y necesidad, deseo saciarme de Él *entre aquéllos que ya le están comiendo y saciándose de Él, y alaban eternamente al Señor los que le buscan.*